

Juan Manuel Palacios Sánchez

Nuevas aportaciones sobre Miguel  
Serveto. El polígrafo Miguel  
Serveto, a través de su  
pensamiento, obra y linaje

Tomo II

Departamento

Director/es

Armillas Vicente, José Antonio

<http://zaguan.unizar.es/collection/Tesis>



Reconocimiento – NoComercial – SinObraDerivada (by-nc-nd): No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.

© Universidad de Zaragoza  
Servicio de Publicaciones

ISSN 2254-7606



**Universidad**  
Zaragoza

Tesis Doctoral

NUEVAS APORTACIONES SOBRE MIGUEL  
SERVETO. EL POLÍGRAFO MIGUEL SERVETO, A  
TRAVÉS DE SU PENSAMIENTO, OBRA Y LINAJE

TOMO II

Autor

Juan Manuel Palacios Sánchez

Director/es

Armillas Vicente, José Antonio

**UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA**



JUAN-MANUEL PALACIOS SANCHEZ.-

NUEVAS APORTACIONES SOBRE MIGUEL SERVETO.

El polígrafo Miguel Serveto, a través de su pensa-  
miento, obra y linaje.,

Director: Dr. DON JOSE-ANTONIO ARMILLAS VICENTE.-

Departamento de Historia Moderna.  
Universidad de Zaragoza.  
Facultad de Filosofía y Letras.

T O M O    I I .-

1.- PENSAMIENTO Y OBRA DE MIGUEL SERVETO.-

PENSAMIENTO Y OBRA DE MIGUEL SERVETO.

---

- 1.- Pensamiento y obra de Miguel Serveto como médico y descubridor.-
- 2.- Pensamiento y obra de Miguel Serveto como geógrafo y astrólogo.-
- 3.- Pensamiento y obra de Miguel Serveto como teólogo.-



1.- Pensamiento y obra de Miguel Serveto como médico y descubridor.-

Miguel Serveto ha pasado a la Historia de la Ciencia y de la Humanidad por haber sido el autor de la primera descripción impresa de la circulación menor de la sangre. Sin embargo, con ser tan trascendente el referido hecho, en Miguel Serveto concurren numerosas circunstancias que han hecho del mismo un personaje irrepetible, circunstancias de diversa índole y que pueden reducirse a los aspectos científico y humano. Pretendemos, en este apartado, estudiar la personalidad científica de este sabio español, como médico y descubridor de la circulación de la sangre, la orientación de su pensamiento en el campo de la ciencia médica, como descubridor y renovador de la Fisiología y de la Terapéutica y la trascendencia de su obra al respecto.

Bien merece figurar Serveto al lado de los tres grandes médicos del siglo XVI: Paracelso, Vesalio y Parco, hombres de ciencia representativos del espíritu del Renacimiento, médico el uno, anatómico el otro, cirujano el último y los tres enemigos de la falsa tradición, apasionados por el examen libre de los hechos y teorías. "Yo, dice Goyanes, veo en Servet uno de los médicos de mayor cultura del siglo XVI y de los espíritus más libres y profundos en el examen racional de la Teología, que tenía entonces bajo su servidumbre tanto a la Medicina como a las demás esferas del conocimiento, desde el alfa hasta el omega". (1)

Estamos ante uno de los médicos de más vasta cultura del siglo XVI, pudiendo contarse entre los espíritus más libres, profundos e independientes del examen racional de los principios de la ciencia entonces imperante. Comprendió Miguel Serveto la relación existente entre todas las ciencias, llegando a dominar los aspectos científicos de

nuestra existencia. (2) Sin embargo, toda la obra médica de este científico, su genial hallazgo en el terreno cardiovascular, están unidos de una manera inseparable al hecho religioso, al que, en último término, se dirige su obra múltiple y coherente. Toda su obra médica y descubridora ofrece el carácter religioso de su autor. Sus realizaciones como hombre religioso y científico están orientadas al servicio de la causa teológica de su ilustre autor y responden a la angustiosa inquietud religiosa del mismo. "En Miguel Servet, como muy bien indica Ugo Stefanutti, la revolución científica y la reforma religiosa se conjugan en íntima unión, en una unión tan estrecha e indisoluble, que los conceptos religiosos vienen a completar ciertas verdades científicas". (3)

Tan profundo es su pasión por el hecho religioso, que el descubrimiento de la circulación pulmonar le pareció detalle secundario. Este su genial hallazgo lo describió magistralmente en el Libro V de su obra Christianismi Res-titutio. La descripción que hace de la circulación pulmonar nos deja perplejos: o se trata de una intuición genial de su preclaramente, fundada en la imagen escriturista del "soplo de la vida", o simplemente estamos ante un dato personal y sobre todo concreto que obtuvo, a lo largo de sus estudios sobre el cadáver. Es indudable que el argumento de la circulación, que asombraría con el tiempo al Mundo, tuvo para él una notoria e ilusionada significación teológica, por cuanto era preciso conocer con gran exactitud la mecánica y mezcla de la sangre en el organismo, el alma infundida por Dios en la sangre. Miguel Serveto, a través de su singular hallazgo, llegó a una verdadera conclusión científica, meta final de sus largas observaciones y no menos dilatadas meditaciones sobre el cadáver.

Miguel Serveto, en este tema, como en tantos otros, no se aparta del fondo bíblico de las cosas. Es así que apunta las fuentes bíblicas que le sirvieron de fondo y

fundamento a su doctrina: "el espíritu divino está en la sangre y el espíritu divino mismo es la sangre o el espíritu sanguíneo". No dice en modo alguno que el espíritu divino esté en el parénquima del hígado o del cerebro o en las paredes del corazón, sino en la sangre, como nos enseña Dios en el Génesis, Levítico y Deuteronomio . Bajo este pensamiento, nuestro sabio logra la correlación existente entre la p-alabra de Dios, es decir la Biblia, y la naturaleza. Flourens afirma al respecto que el conocimiento perfecto de la circulación perfecta de la circulación era un argumento para resolver un problema teológico: el de la formación del alma, infundida por Dios en la sangre. (4)

El médico español creía que la acción vivificadora de la divinidad se encontraba en la sangre: "Anima ipsa est sanguis". Es de destacar la profunda significación que la sangre tiene para nuestro compatriota, significación de carácter sagrado, algo así como para los actuales Testigos de Jehová. Ya se comprende que, siendo la sangre tan importante, tan sustancial, se explica que Serveto deseara conocer su curso por el cuerpo humano. A ello dedicó sus más importantes investigaciones. Sin embargo, el hallazgo relativo al curso que sigue la sangre es para nuestro médico . un hecho secundario y sobre todo subordinado a un hecho teológico, de suyo incuestionable. De ahí que en toda la obra de Serveto como investigador del sistema cardiovascular haya una intencionalidad teológica. Dos son los entes, por consiguiente, en su actividad investigadora: Dios y el hombre. Cuando topa con el hombre lo hace en sus relaciones y dependencia p-ara con Dios. No hemos de perder de vista que estamos ante un médico-teólogo por vocación y dedicación de toda una vida. La Teología fue para el sabio español la "gran locura" de su vida, la razón de su sabiduría y de hombre de ciencia. (5)

Aunque fue enviado a la ciudad francesa de Toulouse para que estudiase Ley-es, pronto abandonó estos estudios

y se enroló en los movimientos religiosos de la época. Aconsejado por Sinforiano Champier, decidió iniciar sus estudios de Medicina. Se matriculó en la Facultad de Medicina de París y siguió los cursos con éxito, conjugando su asistencia a clase con la intervención pública cerca de cursos sobre Astrología, materia que también cultivó el joven español. En París se dedicó al estudio del cadáver humano, mediante la práctica de la disección. Allí debió intuir su genial descubrimiento, que tanta celebridad le ha proporcionado. Juan Günther en su Institutiones anatomicae hace mención a Michael Villanovanus en los siguientes términos: "Después de él - Vesalio - Miguel Villanovanus, quien amistosamente fue mi ayudante en las disecciones, una persona que es una honra en cualquier rama de las letras y no va a zaga de nadie en conocimiento de la doctrina galénica". (6)

Se doctoró en París en Medicina. En el documento oficial de la carta de naturalización francesa de Serveto, puede leerse lo siguiente: "Henry par la grace de Dieu , daulphin de Viennois, Conte de Valantinoys et Dioys, scavoit faire á tous presentz et advenir. Nous avoyr sceu l'humble supplication de nostre vien amé M. Michel de Villeneuve, docteur en Médecine....." (7) También en Ginebra declaró poseer el grado de doctor (8), no pudiendo justificar la posesión de este grado, por habérselo dejado en Viena, en su huida.

En 1.538, se establece como médico en la pequeña Ciudad de Charlieu, situada a 80 Km. de Lyon, donde residió durante tres años, llevando una vida de sosiego. Por el Proceso de Ginebra (9), sabemos que allí no tuvo grandes dificultades, si exceptuamos una pequeña reyerta con algunos desconocidos que le salieron al encuentro. Ello tuvo lugar cierta noche, cuando se dirigía a visitar un enfermo. Señalemos que los atacantes eran amigos y enviados de un médico envidioso residente en la localidad. A raíz de aquel incidente, Serveto resultó herido. Al rechazar la agresión, lesionó a sus

agresores, lo que le valió unos días en prisión.

Una de las personas más entrañables de Miguel Serveto en el extranjero fue Sinforiano Champier: "Campegius", en su forma latinizada. Fue Champier un ilustre médico de su época, además de teólogo, astrónomo, moralista y botánico. Había estudiado Medicina en París y Montpellier, llegando a ser una figura fulgurante del Renacimiento. No tenía Champier el talento de Miguel Serveto y cultivó las distintas disciplinas tan en boga en aquella época. Champier dedicóse a conciliar las "energías" de las distintas doctrinas y tendencia de su tiempo. Poesía Champier una cultura y capacidad de trabajo extraordinarias. Cuando Miguel Serveto trabó amistad con él, nuestro Serveto se honró en seguir sus consejos. Por indicación de Champier, Serveto se dedicó al cultivo de los estudios médicos.

Champier, como médico, era partidario del sistema del naturalismo y abundaba en que el médico debía ayudar a la naturaleza. En contra del ideario de Galeno, Champier es partidario de las sangrías, aunque la práctica de las mismas debe hacerse con suma cautela. También es partidario de las plantas medicinales, mostrando su predilección por aquéllas que presentan una acción moderada, como el ruibarbo o la mostaza y rechaza el uso de algunas plantas, como la escamotea y otras. Ataca a la medicina de los árabes y se inclina por el pensamiento de Galeno e Hipócrates, aunque con reservas. Fundó el Colegio de Lyon y el llamado de "Trinidad" y ostentó importantes cargos médicos y no médicos. Resulta indudable que una personalidad tan acusada como la de Sinforiano Champier, con una diferencia con Serveto de 39 años de edad, ejerció sobre éste gran influencia. Miguel Serveto le profesó gran admiración y se consideró amigo entrañable de él. Su lealtad le llevó a salir en su defensa, con sus sólidos conocimientos humanísticos.

Leonardo Fuch, médico y botánico, era en aquel tiempo una personalidad sobresaliente. Sus conocimientos

humanísticos destacaron en el mundo humanístico del siglo XVI. Fuchs hirió la vanidad de Champier en uno de sus escritos y éste le contestó con tres escritos reivindicativos de su persona y obra. La amistad que unía a Serveto con Champier y el innato afán de controversia del español, inclinó a éste a salir en la palestra, en defensa de su amigo y compañero, publicando un breve opúsculo titulado In Leonardum Duchsium Apologia. El folleto, publicado en Lyon en 1536, consta de varias partes: Un prólogo, un capítulo que lleva por título "Respeto a la fe y las obras", otro relativo a la escamotea y, finalmente, otro referido a la enfermedad gálica o venérea. Dejando para otro lugar de este estudio lo referente a aspectos religiosos, haremos alusión a la escamotea, producto utilizado en Terapéutica en aquella época, de la cual Serveto afirma existen varias clases. En lo tocante a la sífilis, el sabio español, siguiendo a Champier, afirma que esta enfermedad era, además de una enfermedad nueva, una manifestación de la voluntad divina, con la cual revelaba al hombre su disconformidad en el proceder y la realidad del castigo. El pensador español desea dar, a través de este folleto, una explicación religiosa, dado lo insostenible y corrupción de las costumbres de aquel tiempo. También se refiere en esta obrita a la doctrina de los jarabes, tema que tanto apasionó al español.

En 1541, decide establecerse en Viena del Delfinado de Francia en compañía de su antiguo discípulo y amigo Pedro Paulmier, que había conocido en París durante el curso que impartió sobre Astrología. Monseñor Paulmier se lo llevó consigo, nombrándole médico de su Palacio Episcopal. Es de señalar que Pedro Paulmier ocupaba entonces la silla episcopal de Vienne (Viena). En la tranquilidad de Palacio y mientras se dedica a la Medicina, el español permaneció por espacio de doce años, dedicado por entero al estudio y curación de numerosos enfermos que acudían a él, ansiosos de la intervención del médico español, cuya fama de buen médico, se extendió por todo el Delfinado. Allí llevó a cabo su

"perfeccionamiento clínico iniciado en Charlieu".(10) Durante este tiempo, redactó sus Declarations Jesu Christi filii Dei libri V, la Biblia de Santes Pagnini, la Biblia Sacra cum Glosis en siete volúmenes, las cinco ediciones de la "Syruporum Universa Ratio" y su obra fundamental "Christianismi Restitutio". Todas estas obras fueron aparecieron sucesivamente, apareciendo la últimamente expresada en 1553.

Era la Teología, durante la época de Serveto, la ciencia de moda. No solo absorbía el cerebro y provocaba el entusiasmo febril de los intelectuales sino que en las mismas Cortes las cuestiones de índole religiosa eran el eje de su política<sup>y</sup> aún de la diplomacia intelectual. Serveto estaba convencido de que sin el conocimiento exacto del organismo humano no se podía afrontar y mucho menos resolver el delicado problema de la relación entre el cuerpo y el alma.

Durante esta época, los casos de precocidad eran frecuentes. En la discusión, sea teológica o científica, no se tenía en cuenta la edad de los contrincantes sino la fuerza de los argumentos. Así que, en las discusiones públicas que constituían las grandes fiestas universitarias, le era fácil al alumno sobresalir y hasta aventajar y dejar derrotado al propio Maestro, ganando en su solo torneo la fama de sabio. La universalidad del latín hacía posible que el estudiante pudiera recorrer Europa entera, sin sentirse extraño ni aún extranjero. Los Estados de las distintas naciones otorgaban privilegios a los estudiantes. En todas las grandes Universidades existían la llamada "sopa boba", una especie de ayuda al estudiante necesitado. También existían colegios para extranjeros. Una auténtica libertad de enseñanza flotaba en el ambiente.

Siendo la Teología una ciencia que apasionaba a los espíritus más preocupados por las razones últimas de la existencia humana y considerando el "statu" universitario mencionado, no es difícil intuir que la decisión de Miguel

Serveto para dejar los estudios de Leyes y dedicarse a la Medicina, obedeció a sus fuertes convicciones religiosas. Es cierto que, como hemos dicho, Sinforiano Champier le inclinó al estudio de la carrera de Medicina, pero en esta su inclinación obró como motor imperante la similitud del ente teológico con el médico, siendo que éste se derivaba de aquél, en la época que estudiamos, lo que hizo posible la profesión médica de nuestro sabio. Cuando éste habla de ciertas enfermedades, la sífilis, por ejemplo, ve en ello la manifestación de la cólera divina. Es así - nos dice - la sífilis está expresada por la corrupción de las costumbres. Esta enfermedad es conocida por Serveto por los nombres de liquen o mentagra.

A través de su preocupación teológica y sin que él lo pretendiera, Miguel Serveto adquirió su gran prestigio como investigador y como médico. En efecto: el descubrimiento de la circulación pulmonar ha servido para la consecución de este gran prestigio del fisiólogo español. Es así que nuestro Serveto incluye su genial hallazgo, de carácter y trascendencia fisiológica, en su obra cumbre teológica Christianismi Restitutio. En esta obra teológica, de 732 páginas, despacha la circulación en las páginas 170 y 171 solamente. Nunca pensó Serveto que un hallazgo de esta naturaleza le cubriría de gloria y que este descubrimiento fuera el punto de arranque de un desenvolvimiento impensable de la Fisiología cardiovascular. Todavía más: Poco publicó Miguel Serveto sobre Medicina y, sin embargo, merece un puesto destacado en la historia de la ciencia médica, por haber llegado a descubrir la circulación pulmonar, preparando así la gran síntesis de Harvey.

Como quiera que la descripción de la circulación de la sangre la hizo en un libro de Teología, resulta natural que no se citaran observaciones y experimentos, limitándose su autor a una exposición escueta del mecanismo de referencia. Si ello se hubiera realizado en un libro de Anato-



mía o Fisiología humanas, el autor hubiera sido más explícito, aportando un mayor número de detalles y pruebas, adquiridas, sin duda, en sus preparaciones anatómicas y quizá en experimentos. (11) Es de señalar que, aunque utilizando un lenguaje no acorde con nuestra actual terminología científica, cosa, por otra parte, muy lógica, la descripción es sencillamente maravillosa. A través de esta descripción, el médico español no solamente descubrió la circulación pulmonar sino que también el mecanismo de la respiración y de la hematosiis, por cuanto atribuye la transformación de la sangre venosa en arterial por su mezcla con el aire de los pulmones. Dice así Miguel Serveto:

"El espíritu divino está en la sangre y el espíritu divino es el mismo la sangre o espíritu sanguíneo. No se dice que el espíritu divino esté principalmente en las paredes del corazón o en el parénquima del hígado o del cerebro, sino en la sangre, como nos enseña Dios en el Génesis, 9; Levítico, 7; y Deuteronomio, 12.

En este asunto debemos primero entender la generalidad sustancial del espíritu vital, que se compone de una sangre muy sutil nutrida por el aire inspirado. El espíritu vital tiene su origen en el ventrículo izquierdo del corazón y los pulmones contribuyen grandemente a la generación. Es un espíritu tenue, elaborado por la fuerza del calor y de un color rojo claro y de vehemente potencia, de suerte que es una especie de vapor claro, de sangre muy pura, conteniendo en sí mismo la sustancia del aire, fuego y agua. Se genera en los pulmones, de una mezcla de aire inspirado, con sangre sutil elaborada, que el ventrículo derecho del corazón transmite al izquierdo. Sin embargo, esta comunicación no se hace a través de la pared media del corazón, como se cree corrientemente, sino que por medio de un magno artificio, la sangre sutil es impulsada hacia delante, desde el ventrículo derecho, por un largo circuito a través de los pulmones. Es elaborada por los pulmones, se convierte en roja clara y es conducida desde

la vena arteriosa (arteria pulmonal) a la arteria venosa (venas pulmonares). Después, en la arteria venosa se mezcla con aire inspirado y a través de la espiración de purifica de los vapores fuliginosos. Así, finalmente, la mezcla total convenientemente preparada por la producción del espíritu vital, es atraída desde el ventrículo izquierdo del corazón, por el diástole. Que la comunicación y elaboración se cumplen por esta vía, a través de los pulmones, lo enseña las diferentes conexiones y comunicaciones de la vena arteriosa con la arteria venosa en los pulmones. El notable tamaño de la arteria pulmonar confirma esto: que ella no fue hecha de esta suerte o del tal tamaño, ni emite tan grande e importante volumen de sangre desde el corazón a los pulmones, simplemente para su nutrición; ni pretende el corazón ser útil de esta forma a los pulmones.

En una etapa anterior, en el embrión, los pulmones - como enseña Galeno - son nutridos desde otra parte, porque aquellas pequeñas válvulas del corazón no se abren hasta el momento del nacimiento. Luego con otro objeto es por lo que la sangre se vierte desde el corazón a los pulmones en el mismo momento del nacimiento tan copiosamente. Del mismo modo se envía, desde los pulmones al corazón, no solamente aire sino aire mezclado con sangre a través de la arteria venosa (venas pulmonares). Por tanto, la mezcla tiene lugar en los pulmones, no en el corazón. En el ventrículo izquierdo del corazón no existe espacio suficiente para tan grande y copiosa mezcla ni para que la elaboración imprima el color rojo. Finalmente, el tabique interventricular, pues que carece de vasos y mecanismos, no es apto para la comunicación y elaboración, aunque algo pueda resudar. Con el mismo artificio por el que una transfusión de sangre, tiene lugar en el hígado, desde la vena porta a la cava, así una transfusión del espíritu vital tiene lugar en los pulmones desde la vena arteriosa a la arteria venosa. Si alguien compara estos hechos con lo que escribió Galeno en los Libros VI y VII "De usu partium", podrá comprender cabalmente una ver-

dad que fue desconocida de Galeno.

De suerte que el espíritu vital se transfunde desde el ventrículo izquierdo del corazón dentro de las arterias de la totalidad del cuerpo, de forma que el que es más sutil busca las regiones altas, en donde es nuevamente elaborado, especialmente en el plexo retiforme situado en la base del cerebro. En él comienza a cambiarse de espíritu vital en espíritu animal, acercándose a la sede misma del alma racional. De nuevo, en virtud de la fuerza ignea de la mente, vuelve a ser formado, elaborado y perfeccionado en unos vasos delicadísimos o arterias capilares, situados en los plexos coroideos, y que contienen ya la mente misma. Estos plexos penetran todas las cavidades del cerebro y ciñen por el interior sus ventrículos, manteniéndolos unidos entre sí y entretejidos los vasos hasta los orígenes de los nervios para transmitirles la facultad de sentir y mover". (12)

Hasta aquí la traducción de los párrafos más importantes de la descripción de la circulación pulmonar que hiciera nuestro fisiólogo - párrafos de las páginas 170 y 171 de la mencionada obra teológica de nuestro autor. La claridad y plena objetividad que alberga dicha descripción hacen de la misma una pieza sencillamente maravillosa. Causa asombro la simple lectura del precedente texto y de las páginas anteriores y posteriores del mismo, por el carácter científico observado en la exposición servetiana. Estamos ante un ensamblaje singularísimo y, sin precedentes. Miguel Serveto, hombre profundo conocedor de las ciencias imperantes de su época, menciona expresamente ciertos aspectos de las doctrinas bíblica y galénica, los dos pilares sobre los que asienta su labor investigadora. Ello no obsta para que presente una postura crítica contra la doctrina de Galeno, por lo que se refiere a ciertas "verdades desconocidas", como muy bien muestra el sabio español. En el orden bíblico, se apoya inexorable y fecundamente.

Como se ha podido observar, el texto de la descripción del hallazgo servetiano es corto, pero es lo suficientemente expresivo y trascendente. Es indudable que, a juzgar por el mismo, Serveto poseía un conocimiento profundo de Anatomía, mientras muestra sus dotes de sagacidad y agudeza. "La variada conjunción y comunicación de los capilares arteriales con los capilares venosos, así como la observación referente a que para nutrir el tejido pulmonar no hacía falta una arteria tan voluminosa, el recuerdo de que en el embrión, como pasa la sangre por el agujero de Botal de una aurícula a otra, la nutrición de los pulmones que está encomendada a otros vasos, el que la mezcla de la sangre con el aire y el color rutilante que toma aquélla, no pueden efectuarse en lugar tan pequeño y estrecho como es el ventrículo y en tan breve espacio de tiempo como permanece la sangre en él, el que el tabique interventricular, falta de vasos y de orificios, no puede ser apto, en modo alguno, para la elaboración de la sangre - hematosis - y su paso de un ventrículo a otro, la feliz comparación entre el sistema de la vena porta y lo que ocurre con las arterias y venas pulmonares..... todo esto, en suma, forma un capítulo de razones, de argumentos, de demostraciones tan definitivos y convincentes que, después de tanto como han progresado las ciencias biológicas en estas casi cuatro centurias que han transcurrido desde la muerte de Servet, ningún fisiólogo moderno se desdeñaría en subscribir-las". (13)

Pero volvamos, ahora con más detalles, al texto de Serveto sobre su genial hallazgo. Como precedente al texto ya transcrito, el fisiólogo español, en la página 168 de la ya mencionada obra teológica, prepara al lector de la misma con una serie de argumentaciones, a través de las cuales, conduce al conocimiento que desea verter, el de la adquisición de un conocimiento completo del alma y del espíritu. Dice así Serveto:

"Así, pues, para que adquirieras completo conocimiento

del alma y del espíritu, voy a incluir aquí, lector cristiano, una filosofía divina que entenderás con facilidad, si estás versado en Anatomía.

Suele decirse que hay en nosotros tres espíritus formados de la sustancia de los tres elementos superiores: el natural, el vital y el animal. El Afrodiseo los llama tres espíritus; pero en realidad no son tres, sino dos espíritus distintos, así, el espíritu vital es el que por las anastomosis se comunica de las arterias a las venas, en las que recibe el nombre de espíritu natural. El primero, pues, es la sangre, cuya sede está en el hígado y en las venas del cuerpo; el segundo es el espíritu vital, cuya sede está en el corazón y en las arterias del cuerpo; el tercero es el espíritu animal, una especie de rayo de luz, cuya sede está en el cerebro y en los nervios del cuerpo. En los tres está la energía del único espíritu y luz de Dios.

Que el espíritu natural sea comunicado por el corazón al hígado lo demuestra la formación del hombre desde el útero, pues por cordón umbilical discurre la arteria unida a la vena, y así mismo en nosotros mismos, con posterioridad, siempre van unidas arteria y vena. El alma le fue inspirada por Dios a Adán antes al corazón que al hígado, siéndole comunicada a éste desde el corazón. El alma le fue infundida realmente por inspiración en su rostro y narices; pero esta inspiración divina se dirige al corazón. El corazón es lo que primeramente vive y además la fuente de calor en el cuerpo. De esta manera, toma del hígado el líquido de la vida, como su materia. Y a su vez lo vivifica. De la misma manera que el líquido del agua proporciona la materia a los elementos superiores y luego, cuando recibe la luz, es vivificado por ellos para la función de la germinación. De la sangre del hígado consta la materia del alma".(14)

Serveto, no satisfecho con la precedente aportación, en las páginas 172 y 173 de la Christianismi Restitutio, hace una exposición detallada de aspectos tales como

los vasos formados por vena y arteria, la sensibilidad de los nervios, etc. Esta exposición tiene por objeto demostrar que la masa blanda del cerebro no es propiamente la sede o lugar del alma racional, "sino que sirve de almohada de dichos vasos para evitar que se rompan, y como de custodio del espíritu animal para evitar que se desparrame cuando va a ser comunicado a los nervios". Pero como la idea central de nuestro fisiólogo es localizar el lugar donde se asienta el alma, dice: "Para mayor seguridad en la custodia del espíritu, es necesario que los nervios conserven la túnica de la membrana que es común a dichos vasos, en su cavidad interior, y ello gracias a la meninge delgada, lo mismo que la gruesa les proporciona otra túnica exterior. Además, estos espacios o lagunas de los ventrículos del cerebro, que asombran a filósofos y médicos, contienen nada menos que el alma." Más tarde insiste en su aspiración y dice: "Estos ventrículos han sido hechos, en segundo término, para que penetrando hasta sus espacios vacíos a través del hueso etmoides una porción de aire aspirado, y atraída mediante la diástole por los vasos del alma, alimenta el espíritu contenido en ellos y ventile el alma. En estos vasos está la mente, alma, y espíritu de fuego..." (15)

El descubrimiento de la circulación de la sangre nos deja perplejos. ¿Se trata de una intuición genial o es, simplemente, una observación personal obtenida a través de sus estudios sobre el cadáver? . Contra la doctrina galénica vigente, señala Serveto el paso de una porción de la sangre del corazón derecho al izquierdo a través de los pulmones. Juan Antonio Paniagua ve en tal hecho "la certera corrección de un aspecto de la teoría galénica sobre el movimiento de la sangre. Años después - añade - lo expondría por su cuenta R. Colombo en su obra sobre Anatomía. El cuidado texto latino de su libro sobre los jarabes, esmaltado de citas en griego, revela el consumado humanista que Servet fue". (16)

Otro de los interrogantes que se plantea es el relativo a que este descubrimiento, tan trascendental probablemente realizado en París, cuando trabajaba al lado de Vesalio, lo mantuvo oculto y no lo publicó hasta el año 1553. El interrogante cobra intensidad cuando se considera que el descubrimiento lo hizo en un libro de Teología y no de Medicina, consignándolo, como de pasada, en unos párrafos perdidos en la abrupta prosa del volumen. Para Marañón, la respuesta a este interrogante es obvia: En aquel tiempo, un hallazgo científico no tenía la trascendencia que hoy le damos, ni tenía la ciencia el pugilato de nuestro tiempo. Flourens apunta que el descubrimiento de la circulación, el conocimiento perfecto de la misma era un argumento para Miguel Serveto, para resolver un problema teológico, el de la formación del alma infundida por Dios en la sangre. Por su parte, Marañón añade que el descubrimiento llevado a cabo por nuestro sabio no fue un "milagro" ni tampoco una nota de intuición genial que brotó como por azar de su mente atormentada. Se trata - señala Gregorio Marañón- de una conclusión científica, a la que llegó después de numerosos estudios en el cadáver.

Para Serveto, el argumento de la circulación pulmonar solamente tenía importancia como problema teológico, ya que era preciso conocer exactamente el alma infundida por Dios en la sangre, es decir que el interés de Serveto se cifraba en el conocimiento inmediato de la sangre, su mecánica y su mezcla con el organismo, para llegar, a través de este conocimiento, al alma localizada en el mismo organismo. En esta búsqueda, trata de encontrar por todos los medios la correlación existente entre la palabra de Dios - la Biblia - y la Naturaleza. En su investigación exhaustiva, Serveto, hombre representativo del Renacimiento y enemigo de la falsa tradición, se nos presenta apasionadamente por el examen libre de los hechos, desprovistos de todo aforismo.

El sabio aragonés podía haber dedicado su talento a la observación de la fábrica del cuerpo humano, como lo hizo

su compañero Vesalio, pero quiso penetrar en el fondo de los temas teológicos. Sobre la base filosófico-teológica, asienta su doctrina cardiovascular. Es así que la revolución científica y la reforma religiosa se conjugan en íntima unión en los estudios servetianos, conjunción que presenta una incomparable unión, unión que algunas veces los conceptos religiosos confirman y complementan afirmaciones científicas. En otras ocasiones, las supuestas verdades religiosas reciben apoyo de hechos científicos que el autor cree verdaderos. Niega que la sangre pueda contener dos especies de espíritu distinto: espíritu vital y espíritu natural y afirma que la sangre es de una especie única y sostiene esta unidad. El espíritu no es otra cosa que el alma del hombre, que equivale a la sangre.

Sobre esta base filosófico-teológica y, por añadidura científica, Serveto se interesa por la causa de las relaciones de la circulación pulmonar con la atmósfera, que el fisiólogo aragonés considera saturada del soplo o espíritu divino purificador. La sangre es, para él, el alma en el hombre. Esta sangre, una vez que se descarga de sus detritus, recoge del aire, mediante los pulmones, parte de este espíritu purificador, que la dejan pura y clara, sin que se pueda entender que existen dos espíritus distintos, La sangre, mediante el pneuma de la atmósfera, puede quedar totalmente libre de escorias. Mediante esta doctrina teológico-científica, la circulación pulmonar de la sangre intu-ída por Serveto está subordinada a la demostración de tesis teológicas en ella encerrada.

Tanto los médicos como los historiadores han reconocido en Serveto unos méritos innegables. Sin embargo, han considerado que las pocas palabras dedicadas a la pequeña circulación logran perfecta y ampliamente su fin, en cuanto sirven a la más fácil definición del "espíritu" del "pneuma"; principio vital de los partidarios de pneumatismo, secta



médica fundada por Ateneo de Atalia en el primer siglo de la Era Cristiana, que atribuía a las enfermedades su origen en el "pneuma", principio de calor íanato. Serveto, dicen algunos de ellos, más médico que naturalista, médico observador y experimentador, no habría hecho nunca una demostración experimental de su descubrimiento. Es así que el capítulo sobre la pequeña circulación se adapta, pues, como un pequeño mosaico del sistema teológico del mundo imaginado por el pensador herético. (17)

Cabe preguntarse con Ugo Stefanutti si el hallazgo de Serveto se basa exclusivamente en consideraciones teóricas o es el fruto de experiencias o al menos de observaciones prácticas. Cabe preguntarse también si Serveto, en el terreno médico, fue un puro teórico o su actividad reformadora en el orden teológico tuvo una repercusión en su metodología naturalista y médica, impulsando la investigación de rutas nuevas, siempre exactas y más próximas a las que en el siglo siguiente seguirían Galileo Galilei y su escuela. La respuesta a estos interrogantes se halla en sus mismas obras, según apunta el Profesor Stefanutti: "Es así que en la Geographia de Tolomeo hallamos cumplida respuesta a las siguientes palabras, referidas a la medición de la Tierra, en donde se precisa: "Esto lo advertimos para no dejarlo a la especulación, sino que podemos investigar la verdad con la segura experiencia". En la "Syruporum", al hablar de la digestión, dice que entre Aristóteles y Galeno prefiere confiar la decisión a la Naturaleza y dice textualmente: "La Naturaleza no sería bastante próspera si hubiese negado a aquellas partes u órganos esta decisión de adelgazar. Y también la experiencia prueba que no falta, pues la Naturaleza digiere algunas veces los excrementos por providencia de toda la Naturaleza, que cuando a los órganos se les ha encomendado alguna función también se les da para ello una preparación". Y satisfecho de ello, escribe también: "¿Quién es tan romo que viendo el esfuerzo que pone la Naturaleza en evacuar no lo fomenta?". Y concluye: "Faltando la fuerza expulsora. ¿Qué médico hay

tan estúpido que no aporte los remedios para la curación?"

En la Christianismi Restitutio se puede observar la referencia a observaciones e investigaciones de su autor. A propósito de experiencias químicas, dice: "Prueba la misma experiencia que nunca se ha visto que la tierra se vuelva agua". Y, en la misma obra, cuando expone magistralmente su hallazgo, al hablar de que el ventrículo derecho del corazón está comunicado con el izquierdo y esta comunicación existe, no precisamente por un tabique intermedio del corazón, como se cree vulgarmente, sino con un arte admirable la delgada sangre es conducida desde el ventrículo derecho del corazón por un largo canal a través de los pulmones y que dicho tabique, por carecer de vasos y movimientos, ~~no~~ es a propósito para tal comunicación y trabajo". Termina esta argumentación Serveto, con estas palabras: "Esto lo entenderás - lector - si fueres ducho en Anatomía". Quiere decir con ello que hay que estar ejercitado en Anatomía práctica.

Johan Winter von Andernach y el Decano de la Facultad de Medicina de París, Jean Tagault, dicen respecto a Serveto: "Estando presentes dichos discípulos en el patio de nuestra escuela, después de la disección de un cuerpo humano, que el mismo Villanueva había abierto con otro cirujano", refiriéndose a Miguel Serveto. (18)

El mismo Serveto afirma implícitamente haber realizado autopsias. En la Christianismi Restitutio, tras describir la circulación pulmonar, habla de los vasos del cerebro y después dice: "También nosotros sentimos latir con más fuerza junto a las siemas el trabajo del entendimiento por fuera y por dentro, de modo que con solo esta experiencia vamos como de la mano al mismo punto donde reside la inteligencia."

Pero volvamos al descubrimiento de la circulación de la sangre en sí mismo. Este descubrimiento, que fue uno

de los hallazgos más importantes del siglo XVI, nos suministra el conocimiento de un fenómeno biológico, que ya conoció en el Medievo Ibn-an-Nafis, pero que era necesario su redescubrimiento, labor que llevó a cabo el español Miguel Serveto. En efecto, trescientos años más tarde del descubrimiento del mencionado médico árabe, Miguel Serveto, tomando a la letra varios textos de la Sagrada Escritura, veía en el alma humana una emanación de la Sagrada Escritura y que la sede orgánica y consustancial de esa emanación vivificadora es y solo puede ser la sangre. (19)

Serveto cayó en la cuenta de que la arteria pulmonar, que proviene de la cavidad derecha, era demasiado ancha para nutrir con la sangre en ella contenida sólo los pulmones y creyó que debía servir para la transformación de la sangre rojo-oscuro venosa en la rojo-clara arterial en los pulmones mismos, donde la sangre se libera de las impurezas que son eliminadas con la espiración y se regenera a base del aire inspirado. Una vez purificado a través de las venas pulmonares, vuelve a la cavidad izquierda del corazón, estableciéndose así la circulación pequeña, que se conoce también con el nombre de circulación pulmonar o simplemente circulación de la sangre. Así las cosas, Serveto aducía, como prueba de esta su tesis, que la regeneración en los pulmones a base del aire inspirado, no puede suceder en el feto, ya que éste no respira, prueba por la que la purificación de la sangre cargada de escorias se realiza a través de la circulación materna. El aire inspirado por la madre sirve también para proporcionar también el "espíritu" a la sangre del feto. Mediante la negación de toda comunicación entre el corazón derecho e izquierdo por medio de agujeros visibles e invisibles del tabique interventricular, excluye toda relación directa entre el círculo venoso y arterial. (20) Los hechos mencionados presuponen el descubrimiento de la pequeña circulación por Serveto, descrita por éste en su Christianismi

Restitutio.

Por lo que se refiere a la falta de comunicación interventricular, es al sabio aragonés a quien hay que atribuir la gloria del descubrimiento, pues la imperforación del tabique de Vesalio es posterior a la obra de su antiguo compañero de estudio, no apareciendo tal capítulo en la primera edición de su Anatomía De Corporis Humani Fabrica, siendo natural que no citara al autor para no hacerse reconocer como persona que hace suyas las ideas de un heresiarca, como Miguel Serveto. (21) A Guillermo Harvey cabe la culminación de la obra que estudiamos, su confirmación experimental pero no su descubrimiento.

Del hallazgo de Serveto, se derivan numerosas consecuencias y se demuestran numerosos hechos. He aquí los principales:

1.- La creencia de anatosmosis entre las arterias y las venas.

2.- La sangre arterial, que tiene su origen en el ventrículo izquierdo, es portadora de agua, aire (oxígeno) y temperatura que suministra a los tejidos.

3.- La sangre arterial posee una fuerza ígnea capaz de quemar (oxidar), siendo de color rojo-claro y constituye la parte más pura (menos tóxica) de la sangre.

4.- El espíritu vital se engendra en los pulmones, sobre la sangre recibida por el ventrículo derecho.

5.- En los pulmones es donde se vuelve brillante y viva, preparándola para cumplir sus funciones.

6.- La espiración purga de impurezas a la sangre y elimina los tóxicos.

7.- La fijación del espíritu vital (oxígeno) sobre la sangre de los pulmones.

8.- Que se llegan a conocer transformaciones hepá-

ticas de la sangre venosa en la víscera y la circulación sanguínea de la misma.

9.- Que la sangre pasa a la circulación mayor desde el ventrículo a la aorta, que unida a la creencia de las anastomosis arterial y venosa completan el círculo de la circulación mayor. (22)

Nicasio Mariscal y García de Rello hace notar que Miguel Serveto descubrió las dos circulaciones, la pulmonar y la general, resaltando que si no se extendió en ésta última fue porque no lo necesitaba para sus deducciones teológicas y por encontrarla más sencilla y fácil que la pulmonar (23). Es indudable que Serveto, mediante su conocimiento de las válvulas del corazón y de los grandes vasos más una serie de conocimientos básicos en este orden de cosas, como la admisión de los dos espíritus - vital y animal - en torno a la cual decía que el espíritu vital era lo mismo que el espíritu natural, el conocimiento del circuito sanguíneo cerrado, la circulación que hacía posible que la sangre saliera del ventrículo derecho del corazón y volviera al ventrículo izquierdo pasando por los pulmones, etc. formuló una serie de teorías confirmadas por sus experimentaciones, que hoy forman un "corpus" de doctrina servetiana que hoy son conocidas, como una primicia de su tiempo, por los investigadores de la doctrina cardiovascular. Sin embargo, nuestro Serveto, lejos de vanagloriarse de sus grandes aportaciones, parece como si estuviera empeñado en pasar desapercibido y se nos presenta un tanto conciso en sus explicaciones, ya que se encuentra inmerso en sus grandes preocupaciones teológicas.

Serveto pudo dedicar su talento a la observación de la fábrica del cuerpo humano, como lo hizo su compañero el brusalés Vesalio y, sin embargo, quiso penetrar en el fondo de los temas teológicos. En este orden de cosas, se observa en su obra una tendencia al análisis directo de la realidad de las cosas, con ausencia total de apriorismos

y preocupaciones. Otro tanto podemos decir en relación con la experiencia propia. En este sentido, queremos ver en Serveto un precursor de los métodos experimentales, tanto en el campo de la Medicina como en el de la Geografía, Astrología, etc. Es indudable que el descubrimiento de la circulación pulmonar es fruto de sus profundos conocimientos y de su experiencia personal, con los naturales aportes de sus ilustres predecesores. Este descubrimiento ha servido de pretexto, apunta Francisco Vega, para que un genio de la historia llegase a ser conocido por los hombres, sin que nunca presintiera el ilustre español tanpreciado galardón.

"En cierto modo - solo en cierto modo - dice P. Laín Entralgo, la Fisiología moderna comienza con el redescubrimiento de la circulación menor de la sangre. Ignorada por todos la descripción medieval de Ibn-an-Nafis, el español Miguel Serveto (1.511-1.553) fue su descubridor para el mundo entero". (24)

La Fisiología moderna ha considerado con detenimiento los planteamientos anatómicos y fisiológicos del médico español. Es así que una pregunta invadió fuertemente su mente: "Si la sangre, que desde el ventrículo derecho va al pulmón por la vena arteriosa, sólo sirve para nutrirle. ¿Por qué es tan grueso el vaso que la conduce?" Y Serveto se responde a sí mismo y dice: "No, si la Naturaleza es tan sabia como afirma Galeno, las cosas no pueden ser así: esa sangre tiene que pasar al corazón a través de la arteria venosa, después de airearse en el pulmón y ésta es la vía, no las presuntas perforaciones del tabique interventricular, por la cual se llena de sangre ya arterializada. Quedaba así sumaria pero perfectamente descrita la circulación pulmonar o menor. Estamos ante una idea renovadora y antigalénica por su contenido, y antigua y galénica por el estilo del razonamiento que la suscitó".(25)

Sin embargo, el descubrimiento de la circulación de la sangre no fue un hecho aislado y sin precedentes; tuvo

una larga conexión en las doctrina clásicas. A través de la evolución de estas doctrinas, se observa que se han desvanecido tres grandes errores: 1º Que el tabique divisionario está horadado. 2º Que las arterias contenían solamente aire. 3º Que las venas conducían la sangre a las partes del todo, en vez de ser devueltas de éstas al corazón. Galeno conoció que la sangre pasa por el pulmón, Vesalio participó de este conocimiento pero fue Miguel Serveto quien descubrió que la sangre que sale del corazón vuelve al corazón, existiendo, por consiguiente un circuito marcado por la sangre. Que hay circuito, que hay circulación, quiere decir que hay conexión de la vena arteriosa o arteria pulmonar con la arteria venosa o vena pulmonar, es decir circulación por los pulmones. La arteria venosa, que es de gran magnitud, y la sangre, han de mezclarse con el aire que purifica y rejuvenece. Mediante este proceso, Serveto llega al conocimiento de la hematosis, que siglos después había de descubrir Lavoisier. (26)

Respecto al descubrimiento servetiano, Mariscal ha probado tres cosas fundamentales: 1º Que Miguel Serveto habló de él antes de la publicación de la Christianismi Restitutio. 2º Que no se destruyeron todos los ejemplares de la mencionada obra en la hoguera expiatoria sino que muchos de ellos pasaron a Alemania e Italia, Italia especialmente, donde seguramente cayeron en manos de Colombo y Cesalpino. 3º Que cuanto éstos describen, utilizando casi las mismas palabras que Serveto, demuestran que cae por su base la pretendida atribución del descubrimiento a los médicos italianos. (27)

Aunque en la descripción servetiana se observan errores de detalle y de tecnicismo anticuado, es indudable que Serveto abrió el camino a la gran síntesis de Guillermo Harvey. Así lo han reconocido estudiosos de la talla de Leibnitz, Guillermo Wolton, James Douglas, Flourens y Willis. No obstante, Chéreau, Bibliotecario de la Facultad de París, puso en tela de juicio la prioridad del descubrimiento, atribuyéndolo al italiano Realdo Colombo, que en 1.559 publicó su

De re Anatomica , opinión totalmente refutada por Dardier. En efecto, aunque el Dr. Aquiles Chereau, en su Memoria leída en el acto de la inauguración de las sesiones de la Academia de Medicina en París, en 1.879, bajo el título de "Historia de un libro: Miguel Servet y la circulación de la sangre" , disputa a nuestro sabio el honor de haber descubier- to la pequeña circulación para concedérselo a Realdo Colombo de Cremona, otro autor de mayor fuerza en sus argumentos ha demostrado que el honor corresponde a Miguel Serveto. Nos referimos a Dardier, quien ha publicado una respuesta adecua- da al Dr. Chereau, reivindicando el honor del de-scubrimien- to de toda la circulación de la sangre para nuestro compatrio- ta, haciendo notar que este honor corresponde en especial a nuestro Serveto en lo que se refiere a la pequeña circula- ción, como fenómeno fundamental de la vida, gracias a la oxidación que se produce. El Dr. Dardier, que se expresa en esta ocasión con una erudición y una dialéctica admirables, hace observar en su "respuesta" a Chereau - recogida en la traducción francesa de Portrait-caractère de Serveto de Henri Tollin - que no hay lugar a la duda sobre la prioridad del descubrimiento pulmonar en favor del español, deplorando la actitud negativa observada al respecto en contra de tan incuestionable tema, actitud contraria a los principios de la investig-ación de la verdad histórica auténtica. Esta labor de Mr. Dardier en Francia ha sido contrastada por el Dr. Willis en Inglaterra, el cual publicó una entusiasta his- toria de Serveto ayudado por M. Alexander Bordon.

Por si ello resultara todavía insuficiente, anotaremos que a los argumentos de Dardier se unieron los del Dr. Char- les Richet (28). He aquí algunas de las palabras de Richet al respecto: "Servet sentó, el primero, contrariamente a lo que habían afirmado Aristóteles y Galeno, que el tabique del corazón no está perforado". Por su parte, Flourens creyó que Vesalio fue el que descubrió la no perforación del tabique interventricular, pero Mr. Tollin ha demostrado que en la primera edición de Vesalio la nota o el párrafo se trata de



la imperforación del tabique cardiaco, no existe. Solamente aparece esta teoría en ediciones posteriores, la más lejana data del año 1.555, es decir dos años después de la informada muerte de Serveto y de la publicación de su Christianismi Restitutio. Unicamente entonces, Vesalio se atreve a decir que el tabique no está perforado. De esta forma, aparece derribado el aserto de Galeno, relativo a la comunicación de los dos ventrículos y "esto no por Vesalio sino por Servet". Se ha dicho que Vesalio no hace mención a Serveto. Es probable que, si Vesalio hubiera hablado de Miguel Serveto, se hubiese expuesto a ser tildado de contaminación con ideas heréticas. En aquel tiempo de universal intolerancia religiosa, el hecho de sostener las doctrinas de un heresiarca constituía un verdadero peligro mortal.

Algunos años después de la muerte del español Miguel Serveto, Realdo Colombo describe con extraña exactitud la circulación pulmonar. Resulta curioso que sus expresiones son las mismas que utiliza Serveto. Es evidente que Colombo copió al fisiólogo español, lo que no resulta extraño, puesto que los amigos y discípulos del malogrado español se refugiaron en Padua y en Venecia.

Podemos preguntarnos por los antecedentes del gran hallazgo servetiano. En el antiguo Oriente, nada existe que demuestre siquiera un conato de este fenómeno fundamental de la vida. Ni en los geroglíficos egipcios ni en la escritura cuneiforme de Nínive y Babilonia, ni tampoco en los cantos védicos y en los escritos de este caracter y escritos chinos, se halla noticia relativa a ello. Unicamente en un canto de Zendo, atribuido a Zooastro, se prohíbe verter la sangre humana en holocausto de Ormuz, pues no es lícito que se derrame el "líquido vital" del hombre, que da fuerza y vida al corazón. En la antigua Grecia, ni Hipócrates ni Galeno, supusieron que la sangre circulaba por el cuerpo. Existía por aquellas épocas un gran respeto religioso hacia el cuerpo humano, como escultura viviente creada por los dioses, que impedía conocer bien la estructura de sus órganos y de sus

funciones y no se atrevían, en consecuencia, a practicar la disección.

Aristóteles entendía que las venas no nacen de la cabeza sino del corazón y los discípulos de la Escuela de Alejandría se fijaron en el fenómeno del "pulso", haciendo constar el isocronismo de los latidos del corazón con los de las arterias y llaman "vena arteriosa" a la que va desde el ventrículo derecho a los pulmones y "arteria venosa" a la que en nuestros días se llama vena pulmonar. Hablan también de las válvulas del corazón pero creen que solo las venas contienen sangre y que las arterias están destinadas a llevar aire. También hacen mención a que todo el funcionalismo del corazón y de las venas consiste en un pequeño vaivén que se verifica en el corazón mismo.

Sin embargo, fue Galeno el primero en conocer que las arterias contienen sangre y que mantienen comunicación con las venas. Creyó que la pared media del corazón estaba perforada y precisamente por esta perforación se verificaba una especie de vaivén de un ventrículo a otro, existiendo allí la sangre arterial de manera fija, sin que proviniera de otra parte del cuerpo humano.

Resulta curioso y hasta sorprendente que, a lo largo de toda la Edad Media, las escuelas cristianas y las escuelas árabes de Bagdad, Córdoba o Salerno no avanzaron un paso en este campo. Habría que esperar la llegada del Renacimiento para que se produjera el genial descubrimiento por el español Miguel Serveto, si exceptuamos el conocimiento de la circulación sanguínea que tuviera ya en el siglo XIII el médico árabe Ibn-an-Nafis, conocimiento que jamás conoció Serveto <sup>como</sup> procedente de éste, sino por efecto de sus estudios experimentales. Fue, por lo tanto, Miguel Serveto un redescubridor de la circulación pulmonar y el primer autor de la descripción impresa de la circulación sanguínea.

Desde que aparece el libro de Serveto, tanto en Padua como en otros lugares de Italia, los anatomistas y

fisiólogos hacen una serie de comentarios al tema, a lo largo de medio siglo. Es así que Cesalpino, en Pisa, sin hablar para nada de Serveto, afirma que las venas devuelven la sangre gastada al corazón. Cuando ello se produce, es tachado de ateísmo, salvándose del castigo por ser amigo y protegido del Papa Clément VIII. Se comprende que los escritores y científicos no se confesaran amigos y seguidores de Serveto, pues ello les comprometía ante el Tribunal del Santo Oficio.

Pero sigamos anotando, de aquel momento, algunos datos, en donde se palpa la influencia del hallazgo de Serveto cerca de sus contemporáneos, estudiosos del tema de la circulación sanguínea. Ya hemos hecho mención a Realdo Colombo que en su obra de Anatomía estudia la circulación pulmonar en términos análogos a nuestro Serveto. Por su parte, Jerónimo Fabricio d'Acquapendente hace su "descubrimiento", concordante con la teoría de Cesalpino. El Padre Sarpi habla de un gran secreto relativo a la circulación, "que no se debe revelar a nadie", secreto relativo a un descubrimiento realizado con la ayuda del diablo, por un gran heresiarca

español (Miguel Serveto). En cuanto a los médicos de Padua, Gorgio Balandrata y Curione, no cabe duda alguna de que recibieron la Christianismi Restitutio de Serveto y que éste les envió por ser amigos suyos.

Pompeyo Gener asegura que la obra teológica mencionada de nuestro compatriota fue escrita, en su primera forma, en 1545, anotando también que en dicho año, Carlos Etienne, hermano del librero lyonés Roberto Etienne, amigo de Servet, amigo de nuestro Serveto, describe las válvulas y las venas, aunque sin hablar de circulación sanguínea propiamente tal. Se nos ocurre preguntar ¿De qué modo puede argumentarse un fenómeno como el precedente, si no existiera previamente un conocimiento que, a buen seguro, no pudo provenir sino de su maestro, que conoció en Lyon?

Con posterioridad, el veterinario Carlos Ruosisi,

en 1598, en su Tratado de la Anatomía del caballo, habla de la circulación pulmonar. Dos años más tarde, es decir en 1600, el Profesor de Padua Eustaquio Rudio explica lecciones sobre el tema, apoyándose en lo que dijo Juan de Valverde en su Anatomía corporis humano, publicada en 1556, en donde aparecen pasajes tomados evidentemente de la obra del doctor Miguel Serveto. Es indudable que, ya en el siglo XVII, Harvey marchó a estudiar a Padua y, sobre la base de Serveto y su experiencia sobre el tema, pudo escribir su De circulacione sanguinis et motu cordis.

Conviene añadir que el manuscrito de la Christianismi Restitutio circulaba en 1546, es decir siete años antes de que se editara la obra correspondiente. Ello hizo posible que el tema de la circulación de la sangre con la aportación del español no fuera un secreto para muchos. El mismo Calvino, en su Opera confirma la existencia de este manuscrito y que tuvo en sus manos. (29)

No faltan, sin embargo, detractores del sabio español, los cuales arguyen que éste se inspiró en la lectura de los textos de Nafis. No existe prueba alguna que haga pensar con fundamento en tal cosa. Jamás Serveto tuvo relación alguna, vinculación posible, con el mundo árabe anexo al tema, ni en sus estudios ni en sus relaciones personales. Serveto no hace mención alguna en su obra a aspecto o aspectos que pudieran sospechar su relación con el trabajo de Nafis. A Miguel Serveto jamás llegó conocimiento de los trabajos realizados al respecto por dicho médico árabe. Ya hemos hecho mención<sup>a</sup> que Miguel Serveto fue redescubridor de la circulación pulmonar y el primer autor que publicó la descripción de dicha circulación de forma impresa. Ello lo llevó a cabo en su ya mencionada obra teológica y más concretamente en el libro V de la misma, aportando un nuevo concepto sobre Anatomía y Fisiología, dentro del contexto de un texto teológico, lo cual no tiene antecedente ni consecuente en la Historia de la Medicina.(30). Y como las sorpresas se suceden, anotaremos que la inclusión de este hallazgo en un

libro de Teología ha hecho posible que el mismo haya permanecido ignorado por los mismos anatomistas, por espacio de siglo y medio. En 1694, Wolton nos reveló su descubrimiento después de 141 años de silencio.

A la hora de ponderar las posibles causas que llevaron a Serveto a incluir su descubrimiento en un libro de signo teológico, pensamos que su autor podía haberlo incluido en su obra Syruporum Universa Ratio, única obra de carácter médico-terapéutico que escribió. En 1546 ya conocía Serveto la circulación pulmonar y parece lógico que incluyera su descripción en dicha obra y más concretamente en la última edición de la misma, que apareció en 1548. Sin embargo, Serveto, inmerso en el fondo teológico de sus estudios, prefirió incluir su hallazgo en su obra teológica, en su Christianismi Restitutio, dando así a su descubrimiento un auténtico sentido teológico y, por lo tanto, un decidido apoyo a sus teorías teológicas.

A nuestro teólogo le preocupaba más el recorrido del alma que el de la sangre propiamente tal. Serveto se plantea el problema de si alma está en la sangre y para entender el alma se decide a estudiar la circulación de la sangre, o lo que es lo mismo: el recorrido del "spiritus" o alma. Y para demostrar su pretensión, recurre a citas y fuentes bíblicas que sirven de fundamento a su teoría. Es así que recurre con frecuencia al Génesis, al Levítico y al Deuteronomio.

Asombra, dice José Barón Fernández, la lectura de las páginas 168 a 173 de la Christianismi Restitutio, en que el sabio español describe magistralmente el recorrido de la sangre en el cuerpo humano, no solamente por el magno descubrimiento sino por lo correcto, detallado y científico de la exposición. (31) Serveto apela a dos fuentes irrefutables: Galeno y la Biblia. Mediante la doctrina de Galeno, trata de demostrar que las verdades que incluye en su descubrimiento son "verdades desconocidas por el

el mismo Galeno." Serveto hace observar que la doctrina galénica, hasta entonces inexpugnable, era capaz de ser revisada y superada. Mediante las Escrituras, trataba de conseguir que la Biblia pudiera repaldar sus posiciones fisiológicas.

El autor que estudiamos dice algo que en Occidente nadie ha dicho: Que la sangre sale del ventrículo derecho, llega a los pulmones y pasa al ventrículo izquierdo. Pero añade que, al pasar por los pulmones, es sometida a una preparación, mezclándola con el aire inspirado. Es así que se ha producido lo que llamamos oxigenación, aunque Serveto, naturalmente, desconocía el oxígeno, pero lo intuyó con el nombre de espíritu vital. Todavía más: Señala que, mediante la inspiración de las sustancias fuliginosas, se ha purificado la sangre de estas impurezas. Y por si todo ello fuera poco, no contento con anunciar los hechos precedentes, pasa a razonarlos. Galeno pensaba que en el tabique interventricular había unos poros, por donde pasaba la sangre. Serveto, por el contrario, hace hincapié en que existe una impermeabilidad en el "septum". Para llegar a su descubrimiento, logró comprobar el notable tamaño de la arteria pulmonar. Sin embargo, no cayó en la cuenta que de todo ello pudo extraer deducciones apropiadas al caso. Nuestro fisiólogo expone su genial descubrimiento con gran sencillez aunque se resiste a comprender su trascendencia. Apostilla Serveto que las verdades desconocidas fueron también desconocidas por Galeno, aspecto que no olvida de consignar el insigne médico español.

Las disecciones sobre el cadáver, no muy abundantes en su época, no fueron ajenas al estudio profundo de nuestro fisiólogo. Tenemos un testimonio fehaciente de ello, en las mismas palabras del Catedrático de Anatomía de la Facultad de Medicina de París, Juan Guenther de Andernach, quien en el prefacio de su obra Institutiones anatomicas (32) se refiere a la gran colaboración prestada por Vesalio y Michael Villanovanus, los cuales han contribuido a la

ampliación y perfeccionamiento de dicha obra, haciendo mención expresa a las disecciones llevadas a cabo por los mismos.

Hemos hecho mención<sup>a</sup> que Serveto no saca deducciones de su "milagro" y, sin embargo, matiza su descubrimiento cuando dice que la mezcla de la sangre se hace en los pulmones, anotando que de ellos y no del corazón obtiene la sangre su color. Después apostilla: "Y de la misma forma que en el hígado se hace la transfusión de la vena aorta a la vena cava, en cuanto a la sangre se hace en el pulmón la transformación de la vena arteriosa a la arteria venosa. Por lo que se refiere al espíritu (sangre arterial), desde el ventrículo del lado izquierdo del corazón se derrama a las arterias de todo el cuerpo."

Resulta anecdótico que, antes de Doctorarse en Medicina, publicase una obra relacionada con la misma. Y resulta curioso, por otra parte, que Serveto, autor de numerosas obras escritas, una gran parte de ellas dedicadas a sus apasionados temas teológicos, solamente escribiera una obra ajena a dichas apasionadas misivas de nuestro autor. Y, para colmo, ello lo hace antes de adquirir su condición de médico. La obra de referencia lleva por título Syruporum Univer-  
sa Ratio, obra de contenido terapéutico principalmente, en la que su autor plasma su profundo conocimiento de la Medicina clásica, un tanto discordante con los moldes prefijados de su época. Estamos ante una obra, escrita por el médico español cuando solamente contaba 25 años de edad. En ella deposita Miguel Serveto sus profundos conocimientos terapéuticos y humanísticos. El éxito alcanzado por este libro debió ser grande, a juzgar por el número de ediciones que aparecieron en un breve período de tiempo. Publicada la obra por primera vez en 1537, la segunda edición vio la luz en 1545 y las siguientes en 1546, 1547 y 1548. Fueron, por lo tanto, cinco ediciones las que se hicieron en un período corto de tiempo. Estamos ante una obra antiverroísta y galé-

ca y está catalogada como un excelente tratado de Terapéutica, que en su época produjo gran conmoción. Por primera vez, a través de esta obra, se criticó al galenismo y se impugnó el arabismo. Esta obra constituyó en su época una aportación importante en el campo de la Terapéutica clínica y fisiológica y un buen ejemplo del buen gusto y elegancia espiritual que caracterizó siempre a su autor. (33)

Aunque el título de la obra hace relación a la doctrina de los jarabes, la mayor parte de su contenido está destinado a la "concoctio", término de la época que equivale a la moderna digestión. Sobre tan interesante como actual tema en su tiempo, Serveto sigue la línea marcada al respecto por Galeno. De aquella época es el concepto de los cuatro humores: sangre, moco (flematituita), bilis amarilla (cólera) y bilis negra (melancolía), todos ellos íntimamente vinculados al concepto de la "concoctio" galénica. La "concoctio" galénica estaba concebida sobre la base de las tres digestiones: la primera sustentada en la formación de la papilla alimenticia o quimo, la segunda en la transformación del quimo en sangre y la última en los órganos y tejidos. Esta última viene a ser la asimilación. (34)

Miguel Serveto, humanista consumado, escudriña la doctrina clásica hasta sus últimas consecuencias. Es así que estudia las teorías de los médicos de la Antigüedad. De un modo especial, hace mención a Hipócrates y Galeno. En este orden, señala que no existe una pesaje hipocrático sin que surja la doctrina de la "concoctio" y de los cuatro humores. También hace mención expresa a la doctrina de los árabes. "Los árabes - dice - han dejado sentada la existencia de una "vis concoctrix", la cual actúa durante la enfermedad y en donde el médico debe ayudar medianre el uso de los jarabes". La postura de nuestro sabio sobre el tema de la digestión es bien clara: en el Discurso I de la obra se refiere a que la "concoctio" es la perfección por el calor especial y natural de los efectos pasivos. Defiende que la digestión es única y no múltiple y afirma que los signos



que señalan la existencia de la digestión y las mismas defensas que la protegen son únicas. Reitera la concoction de las cosas crudas y semicrudas para llegar a la evacuación de lo acre y podrido. Hay que observar en ello un trasunto de las doctrinas hipocráticas y galénicas.

Dedica Miguel Serveto varios capítulos de su obra Syruporum al estudio de los aforismos de Hipócrates y tras ello dice: "El alimento se cuece en el ventrículo, después se digiere, o lo que es lo mismo, se distribuye por el cuerpo...." Mediante la doctrina servetiana, se pone de manifiesto que resulta de todo punto necesaria la "concoctio", no solamente para la asimilación sino también para eliminar los detritus, que son lo útil y supérfluo de la alteración metabólica. En este orden y de acuerdo con la doctrina de Hipócrates y Galeno, el ilustre médico español se inclina por la búsqueda de medios terapéuticos que puedan ayudar a la función digestiva y preparar el organismo para la purgación.

En otro orden de cosas, se siente un tanto crítico y acomete contra la teoría de los árabes, que consideraban la acción de los jarabes como una digestión, cosa inexacta. A este respecto dice: "Los tumores son digestivos cuando la materia se difunde en la zona circundante, pero son concoctivos cuando supuran." En su crítica contra los árabes, ataca su doctrina y afirma que ésta - su doctrina - ha corrompido la Medicina, por lo que sus teorías deben ser derrotadas por la Medicina galénica. Es así que, mientras la teoría árabe afirmaba que el proceso digestivo varía de los enfermos a los sanos, Miguel Serveto, siguiendo criterios opuestos, defiende que es uno mismo el proceso de digestión en salud y enfermedad.

Especialmente, Serveto pone su atención en la acción curativa de los jarabes, los cuales regulan el intestino y son "astringentes, concoctivos y diuréticos". Para la defensa de los mismos, recurre a la autoridad del ya mencionado Galeno, Archigenes, Musa, etc. los cuales utilizaron los jugos

vegetales, obteniendo mediante ellos jugos dulces, que son los que nosotros llamamos jarabes. De esta suerte, Miguel Serveto no recomienda las hierbas secas sino los jugos esprimidos, "en los cuales está la máxima e íntegra virtud".

En cuanto al uso de los jarabes, el fisiólogo aragonés se sumerge en campos muy concretos. Anotamos, entre ellos, la orina, la cual estudia y vincula su significado con la Medicina de su tiempo y con la postura medieval al respecto. Para Serveto, la orina tiene un gran poder diagnóstico y de pronóstico de la enfermedad. En otro orden de cosas y por lo que se refiere al vómito, afirma que desembaraza el estómago y descarga las pequeñas y grandes venas y, por extensión, el organismo todo. Sobre el recto, su descongestión la cifra en el flujo hemorroidal, el útero mediante la menstruación y los riñones mediante la orina. Muchas de estas ideas servetianas tienen su origen en nuestro Medievo y fueron solícitamente recogidas por nuestro ilustre autor. A través de ello, la Syruporum Universa Ratio mezcla el galenismo con hipocratismo, haciendo en todo este contexto cierta alusión a reminiscencias árabes.

Defiende el principio de la acción curativa de la Naturaleza. Nada de medicinas acervas y sangrías inútiles. Por el contrario, es partidario de los depurativos. Sostiene que las enfermedades son producidas por alteraciones. En lugar de drogas nauseabundas, preconiza el uso de las aromáticas y agradables y hace mención por primera vez a lo que los farmacéuticos llaman vehículos, es decir ingredientes de olor grato y sabor dulce que, no produciendo efecto alguno en el curso de la enfermedad, son valiosos para acompañar a las drogas en su acción terapéutica. Cita al respecto más de 50 fármacos para las distintas curaciones. En este orden, se ha querido ver en Miguel Serveto un precursor de la moderna Terapéutica y hasta de las modernas vitaminas. Es así que Fulton estima que en el pensamiento servetiano se divisan los prolegómenos de la moderna Farmacología. Está claro, por otra parte, la gran proyección

del sabio español hacia el hombre, en su culto a la Antigüedad.

Demostró, a través de la Syruporum Universa Ratio, un bagaje completo de conocimientos de Farmacología, conocimientos que probablemente adquirió en su contacto con Synforiano Champier, amigo suyo, y con Sylvio y Guenther de Andernach, entre otros. La Syruporum Universa Ratio o Tratado Universal de los Jarabes roza con la profesión médica de Serveto. La Terapéutica en aquella época era una especie de descendencia legítima del pensamiento médico, algo así como una aplicación notable de la Medicina. Ello explica que Miguel Serveto, médico de profesión, dedicara una parte de sus estudios al conocimiento exhaustivo de la Terapéutica, incluso antes de que comenzara el estudio formal de la Medicina, dado el carácter de proyección práctica del contenido terapéutico, a través del cual, en contra de todas las previsiones, el español ascendió a la Medicina. Es así que la Terapéutica y la Teología facilitaron el camino de los estudios médicos de Serveto, la primera mediante la aplicación de los jarabes a la curación de las enfermedades y la segunda, como una proyección y satisfacción de su autor, deseoso de conocer la razón última de nuestra existencia. Ello explica, a nuestro entender, que los caminos trazados por el polígrafo español rompen un tanto los que siguieron muchos de sus predecesores y hacen de su trayectoria científica un "modus", totalmente original y plenamente ajustado a una personalidad fuera de lo normal, a su vocación y dedicación "sui generis".

Leyendo la Syruporum Universa Ratio, se saca la conclusión de que la formación del español era fundamentalmente galénica. En la misma descripción de la circulación pulmonal, se observa esta tendencia. No obstante y a pesar de esta tendencia no precisamente virtuosa galénica, Miguel Serveto rompe con la doctrina de Galeno en un momento dado, a pesar de su gran predilección por el maestro y en esta rotura suscitó fisuras un tanto discrepantes con aquél.

Esta postura del sabio español explica por sí sola una de las características más acusadas de su personalidad científica. Cuando discrepa con su maestro, no puede ocultar con el mayor respeto al mismo su repugnancia con lo afirmado por aquél, dando, a renglón seguido, su "respuesta" adecuada a cada situación. En esta obra, en la obra terapéutica de Serveto, se criticó por primera vez al galenismo. Es así que, a pesar de su culto a la Antigüedad, no dudó Serveto de acometer su crítica positiva hacia la obragalénica. La Syruporum Universa Ratio constituye todo un proyecto dirigido al hombre, en su afán de conquista de nuevas metas. Es, además, un estudio en donde se manifiesta el buen gusto y la elegancia de su autor.

Resulta curioso que una obra dedicada al estudio de los jarabes, esté dedicada en gran parte a la digestión, a la "concoctio", en término usado en el siglo XVI. Cuando analiza la "concoctio", reitera que ésta es única y no múltiple, con lo que se aparta del galenismo. Sabemos que el médico de Pérgamo creía en las tres digestiones, como parte de la fisiología de la digestión. Y como su posición es totalmente independiente y, por supuesto "no ortodoxa", sus afirmaciones se dirigen también contra Rhazes, Avicena y Manasdu. Su actitud le lleva al análisis directo de las cosas desde la misma realidad, con ausencia total de apriorismos y preocupaciones. A través de su obra terapéutica, como en el campo teológico y polígrafo en general, Miguel Serveto, aunque vivió en su época, no fue de su época. El tesón, la obstinación y a veces rebeldía con que defiende su doctrina, explican también su dimensión de hombre totalmente independiente en el terreno científico. Otro tanto le aconteció en el campo teológico, en donde su personalidad toda se "volcó", en aras de sus grandes ideales religiosos. Es así que, en la Syruporum, se encierran invectivas contra los médicos que no sabían más que sangrar y hacer sufrir a los enfermos con sus cataplasmas, vejigatorios y cauterios, con lo que su autor muestra una vez más su sentido crítico e independiente. Lejos de actuar

como los médicos de su época, aconseja que se aplique a los enfermos sustancias medicinales más apropiadas y bajo formas farmacológicas que no resultaran repugnantes. Es así que prescribe el ácido fórmico para dar energía muscular, pero administrado en forma de jarabe. Aconseja también ser muy parco y atinado en la ordenación de los medicamentos y contar preferentemente con las condiciones higiénicas y el método de vida. Prefiere el empleo de un purgante a una sangría y se opone a la utilización de ésta, la cual resta fuerzas al enfermo.

Pompeyo Gener, al referirse a la Syruporum Univer-  
sa Ratio, (35) hace mención al barullo que produjo la primera edición de esta obra entre los doctores de la Facultad de Medicina de París, en 1537, mediante el método terapéutico que supo plasmar esta obra y que había de cambiar la mentalidad en este orden en días venideros. Hace mención a a las invectivas de la Syruporum contra los médicos, por su afán de hacer sangrar a los enfermos y por la aplicación repetida en los mismos de cataplasmas, cauterios, etc. Por el contrario, Serveto - añade - es partidario de fórmulas farmacológicas y de ciertas sustancias, siempre que no fueran repugnantes. Es así que aconseja el ácido fórmico y otras sustancias, no olvidando las condiciones higiénicas y sobre todo el régimen de vida de los enfermos. En vez de sangrías, aconseja un purgante drástico, generalmente áloes, pretendiendo en todo caso no disminuir fuerzas al cuerpo del enfermo, y privarle de su primer elemento plasmático. Esta obra alcanzó una gran popularidad en Francia e Italia.

Tres fueron los fines que se propuso el autor con la publicación de esta obra: Ayudar al progreso de la Medicina, defender la justa doctrina de Galeno y llegar al conocimiento de la verdad científica. (36) El libro, dedicado al mundo en general para que se beneficie de su contenido todo, no versa sobre materia nueva. Serveto estudia en esta ocasión una vieja doctrina, invocando la maduración, la

concoctio, los jarabes, las purgas.... siguiendo - como ya hemos hecho mención - las doctrinas del "Divino Galeno". A través de la lectura de la obra, se puede divisar que su pensamiento no es totalmente afín a los jarabes aunque, vista su gran necesidad al no existir otros productor más eficaces, se inclina a los mismos y los estudia con todo rigor en este libro. Tras esta introducción en torno a la obra terapéutica de Miguel Serveto, nos vamos a sumergir en su análisis y crítica, detectando su verdadero sentido científico, para lo cual recurriremos al texto auténtico de la obra.

El título completo de la obra es el siguiente: Syruporum Universa Ratio, ad Galeni censuram diligenter expolita. Cui, post integra de concoctione disceptationem, praescripta est vera purgandi methodus, cum expositione aphorismi: concocta medicari. Michaele Villanovano authore, y que traducida al idioma español dice así: Tratado general de los jarabes expuesto diligentemente a juicio de Galeno, al cual, después de la disertación de la concoccion, le dio el verdadero método de purgar, con la exposición de aforismos, el autor Miguel Villanovano.

Se hicieron - repetimos - seis ediciones de la obra: La primera en París en 1537, la segunda en Venecia en 1545, la tercera en Lyon en 1546, la cuarta en Lyon en 1547, la quinta en Lyon en 1548 y la sexta en Lyon en 1548. La publicación de seis ediciones en once años pone en evidencia el éxito clamoroso que obtuvo la obra. Obsérvese que en 1548 se produjeron dos ediciones.

A través de la obra, se nos presenta su autor como un auténtico definidor de la naturaleza de los jarabes y como un detractor de los fármacos purgantes y de la doctrina de los árabes. Aunque proclama la excelencia de los árabes, en el preámbulo hace mención expresa a que tanto los jarabes como las pócimas no se emplearán de "forma bárbara". No puede ocultar su profunda admiración hacia su amigo Sinforiano Champier - en forma latinizada

"Campegio" - y aquí, en el preámbulo, hace mención expresa al mismo al indicar que, en principio, no deben ser extraídos los tenues jugos de las infusiones. Con estos "propósitos", el autor se va sumergiendo en lo que va a ser el contenido de la Syruporum. En todo caso, se siente seguidor de la postura de Sinforiano Champier, apela a la autoridad de Galeno y ataca a los árabes, mientras se muestra moderado en el uso de los jarabes, cuya utilización proclama.

Ya, desde el principio, se siente seguidor de Galeno, para restituirle su primitivo esplendor pero también para expurgarlo de todo aquello de que hubiere sido manchado y se muestra juez para dirimir el dudoso pleito sobre la utilización de los jarabes o preparador para purgar. En este orden, reconoce que algunos rechazan los jarabes digestivos y entienden que "nada operan en la digestión" y piensan que "los humores biliosos se han de expurgar sin esperar la cocción".

Respecto a este debate o polémica suscitada, Serveto incluye a los árabes, mostrando su posición al respecto, afirmando: "Al contrario, vienen a la palestra más numerosas falanges árabes, invocando en su defensa a Galeno o Hipócrates..!" (37) Pero, a renglón seguido, afirma Miguel Villanova, que en esta controversia nadie ha llegado al fondo, "si es que yo entiendo algo. Y no porque me estime tanto, que me vaya a sentar en medio de sus controversias como austero censor o condenando a ambas partes, me haga enemigo de unos y otros". En este orden de cosas, recoge el "gratis datum" de Platón y afirma que promete arrojar en medio de la polémica lo que estime necesario, pero deja constancia de que son muy útiles los jarabes o pociones dulces preparadas, no solo para la concoction sino para otros usos también. Al fin, no duda en presentarse como un defensor de los jarabes, cuyas virtudes proclama.

Tras la precedente introducción, nos presenta el esquema de cuanto pretende tratar en su Syruporum: 1.º Demos-

tración de que la concoctio es única y no múltiple. 2º Demostración<sup>de</sup> que puede llegarse a la concoction. 3º Tratado de la concoction a base de espesar la misma. 4º Tratado de los jarabes. 5º Uso de los jarabes.

Entrando ya en materia, el autor que estudiamos estudia en el "Discurso Primero" que la concocción es única y no múltiple. Estamos, por lo tanto, en la primera parte de la obra. En esta parte de la obra, reprueba la "sentencia de los árabes" y menciona expresamente a Avicena, haciendo mención a que éste erró torpemente cuando se inventó operaciones de la facultad concoctriz, afirmando que nunca actuará esta facultad concociendo, dirigiendo o elaborando de algún modo. (38). Serveto, en este momento, al condenar el error al respecto de los árabes, hace partícipes del mismo a los partidarios de Galeno, con lo cual inicia la apertura de fisuras en la doctrina de su maestro. En este orden de cosas, nombra a Manard, el que en la epístola 1ª del Libro XIII, enseña que los segregados humores se concuecen durante el curso de las enfermedades y son asimilados de alguna manera a la naturaleza mediante la concocción, resultando así mejor expelidos. Y por si ello fuera insuficiente, éste tres especies de concocción. A ello responde Miguel Serveto diciendo: "Mas yo, si bien no niego, con Aristóteles y Galeno, que es una cierta concocción aquella maturación de la sangre cruda o viciosa, cuando se genera el pus, afirmo, no obstante, en este discurso, que no hay, en general, mas que una sola especie de concocción y en el discurso siguiente he de impugnar las conciones de los humores segregados". Nuestro autor reitera, a continuación, que es única la facultad concoctriz y que es única e idéntica su acción sobre los mismos alimentos y los humores viciosos. Esta acción procede en todo momento de las partes sólidas del animal. Este hecho lo afirma Galeno, el cual sigue en este orden a Hipócrates y Platón. En ello hay coincidencia con lo que afirma al respecto Aristóteles en el Libro I de De generatione et corruptione.

Recapitulando todo lo anterior, se decide a definir-



se e indica que la concocción es, siguiendo a Aristóteles, "la perfección por el propio y natural calor de los opuestos pasivos". Serveto aclara la definición anterior del Estagirita, haciendo notar que esta definición comprende todas las concocciones de las enfermedades, del pus y de la flujiones.

Aristóteles establece la diferencia entre concocción del alimento y la del pus. Nuestro autor está conforme con el establecimiento de esta diferenciación, que implica una diferencia "per accidens", por cuanto la causa eficiente es la misma y lo mismo la causa formal, la material y la final. Sin embargo, añade Serveto que "como quiera que la naturaleza tiene su fin en la concocción, que es la asimilación, y otro es el fin de la acción preternatural, que es la corrupción, puede ocurrir alguna vez, de un modo accidental, que la naturaleza no llegue a la finalidad a que se dirige". Serveto, que a cada paso sabe coger de la mano al Gran Galeno, hace observar que la naturaleza, estorbada por las causas putrefacientes, no puede alcanzar la asimilación perfecta pero puede lograr una cierta asimilación, produciendo una coloración semejante cuando no pudo asimilarse la sustancia. De ahí que el color blanco de las partes sólidas concocientes lo tomen, por extensión, el pus y el sedimento de la orina, como muy bien lo demuestra Galeno.

El conocimiento de los clásicos por parte de Miguel Serveto supera toda ponderación. Ello pone de manifiesto en su obra terapéutica. Es así que con inusitada frecuencia hace mención a las obras del Estagirita De generatione et corruptione (Libro 1º) y Los Meteorológicos. También menciona con frecuencia Las Predicciones de Galeno, De ratione victus in morbis acutis de Hipócrates, etc. etc. También hace mención expresa a la obra Epidemias, en donde Galeno expone que la concocción que se produce en las enfermedades no se diferencia de la concocción del alimento sino en razón "de más o menos", como en dos sujetos sanos, de los cuales uno digiere mejor que el otro. De esta suerte, consulta las

concocciones del sano y del enfermo.

Acomete el problema de la purga, tan en boga en su tiempo. En este sentido, refiriéndose a la obra galénica Acerca de aquéllos a quienes hay que purgar, nos muestra que, en primer lugar, la naturaleza concuece; en segundo lugar, separa; y en tercer lugar, aparece la expulsión. Al referirse a la expulsión, menciona la excreta y luego la expulsión, porque de permanecer en el organismo sería dañoso y no alimentaría a la naturaleza. Y concluye este punto Serveto con estas palabras: "Como quiera que este orden se guarda lo mismo en la concocción de las enfermedades que en la de los alimentos, síguese que no es distinta, en modo alguno, la causa de ambas concocciones sino única; por ella, no obstante, nunca se concuecen los humores sinceros". Con las precedentes palabras, confirma el escritor español una vez más que la digestión es única y no múltiple.

Como una confirmación de la precedente doctrina, se refiere a que en el final de la obra Las Predicciones, Galeno resalta que es misión de cada una de las partes del animal atraer a la propia naturaleza el humor próximo. Es así que, tanto el estómago como el hígado y otras partes corporales, concuecen para sí pero no tienen acción sobre otros órganos en este orden.

Refiérese también a los condicionamientos de una buena concocción. Para ello, topa con la doctrina hipocrática. Hipócrates, en el libro IV de De la razón del alimento en las enfermedades agudas, muestra que el cuerpo necesita reposo y cuidados y es menester que la naturaleza descanse para que el estómago cueza. Del mismo modo, en la enfermedad, para que se produzca la concocción, buscamos el descanso y un calor moderado, vigorizando el nativo calor de las partes sólidas que han de convertir los humores en su sustancia. Buscando el efecto de las motivaciones naturales, Serveto tiende lo mismo que su maestro Galeno a reconocer e impulsar las causas naturales y recogiendo las palabras, en este sen-

tido de su venerado maestro, en su Libro II "De Natura Facultatum", dice: "Si alguno entra en fiebre, la concocción se ha de hacer inmediatamente peor y la acción del estómago se impedita por el calor preternatural". Con estas y otras consideraciones, termina el Discurso I.

En el "Segundo Discurso", dedicado a la "Demostración<sup>de</sup> que puede llegarse a la concoction" o dicho en otros términos "cosas que pueden concocerse", demuestra nuestro autor que, en contra de la opinión que se acepta sobre la concoction de la naturaleza, los humores biliosos putrefactos y otras secreciones análogas no son elaboradas en modo alguno por la potencia digestiva o concoctriz.

Intenta Serveto, en este Discurso, el logro relativo a la virtud de los jarabes, cuyo conocimiento se propone investigar y por lo tanto conocer. Este conocimiento se dirige a las cualidades de los jarabes, en cuanto éstos favorecen la digestión. De nuevo, en esta ocasión, topa con Galeno y afirma que favorece a la concoction la materia cruda, la semicruda y la que tiende a la putrefacción. Por lo que se refiere a las materias putrefactas, éstas requieren la evacuación. Menciona a Galeno, resaltando que "se enciende" la fiebre, a causa de los humores putrefactos. Cuando la fiebre hace su aparición, en los casos de fiebre, en palabras de Serveto "la indicación de tales casos, es la alteración y la evacuación, que elimina del cuerpo toda sustancia". Es así que reitera nuestro autor, recogiendo las palabras de Galeno, que la concoction acaba en putrefacción.

Se pregunta, a continuación, de qué manera la concoction impide la acción de la podedumbre y la hace cesar. Galeno, dice Serveto, opta por una acción mixta, es decir que hace mención a una causa natural que elabora la asimilación más una causa preternatural, corrupta y putrefaciente. Estas causas se rechazan mutuamente, de suerte que una hace cesar a la otra. Tras una serie de divagaciones, Serveto concluye indicando que la podedumbre de ninguna manera, en abso-

luto, es materia de concoction, y en cuanto al humor semicru- do, es materia de concoction, en tanto quede en él algo que pueda asimilarse. Por ello, Galeno en la curación de los ab- cesos y de las úlceras, nunca aplicó a la podredumbre concoc- ciantes sino absumentes, evacuentes y digerentes.

Recoge después el ejemplo de la bilis, indicando que si no se puede expulsar produce la ictericia. Cuando ha- bla de la bilis, hace mención a que es totalmente incapaz la concoction, siendo expulsada por la naturaleza. Si no se pue- de expulsar, se enciende la fiebre. A este respecto, convoca a los médicos y dice: "Quien hay tan necio que viendo el sumo empeño de la naturaleza en expeler no le ayudará disminuyendo la abundancia si ella obstruyó, extenuando o incidiendo la crasicie y el lentor, si ellas perjudicasen la acción de la facultad expulsiva, abriendo los emunctorios, si la estrechez de ellos puso impedimento y, finalmente, vigorizando la misma facultad expelente?". "Pues éste es el método de Galeno", añá- de. Y, finalmente, apostilla: "Mes los bárbaros e ineptos hombres soñaron que todas estas funciones son operaciones de la facultad digestiva o concoctriz".

Hace alusión, a continuación, a las palabras de Galeno que éste escribiera en su "Const. artis medicae", pa- labras que aparecen al final del libro y por medio de las cuales hace notar que, aquellas cosas que pueden volver al estado natural, se concuecen y las que son preternaturales se expulsan. Cuando habla de los humores, preceptúa que se evacuen, excepto la pituita. Respecto a ésta, sigue puntual- mente a Galeno e indica que si ésta sobreabundase, es nece- sario se elimine o expulse; y si es ácida, es preciso que se altere, ayudando así a la concoction. Y, mediante este análisis, no olvida de citar de continuo a Galeno, mencio- nando las distintas obras de éste. No olvida también de ha- cer la observación que, antes que Galeno se ocupase de es- tos temas, ya prestó su atención en los mismos Aristóteles.

Tras los precedente, se interna en el "Discurso

III", relativo al tratado de la concoction a base de espesar la misma, o dicho de otro modo, relativo a cómo la concoction siempre se hace "inocrasando". En este orden, frente a las posiciones imperantes, Serveto se muestra partidario de Aristóteles y Galeno. Es así que recoge el testimonio de Aristóteles en su libro IV de Los Meteorológicos, en el que expone que las cosas que se concuecen, necesariamente pasan a ser más crasas, más calientes y más secas. Recoge las palabras de Galeno, el principio del libro IV de Ratione victus in morbis acutis, en el que expone que la concoction todo lo inocrasa y aprieta.

Insiste en las propiedades de la concoction, indicando que ésta es una acción de las partes sólidas sobre los jugos y esta acción es asimilación, lo cual no puede consumarse si los jugos se inocrasan, porque las partes sólidas son más crasas que jugos. En torno a éstas y otras consideraciones, discurre el "Discurso III". No existe en el mismo otra novedad destacable que lo indicado al respecto.

En el "Discurso IV", se ocupa Serveto de uno de temas fundamentales de su obra: de los jarabes. Serveto hace una exposición del aforismo hipocrático, empezando por la acción misma de medicar y mover lo concocido y no precisamente lo crudo. En este orden se plantea el viejo problema de la purga, considerando la doble dimensión de la misma en el campo terapéutico: la concreción de la purga y la prohibición de la misma. Serveto aconseja que la purga se realice después de la concoction, según indica a la perfección su maestro Galeno y su visión del tema, "porque después de la concoction, tenemos la naturaleza dispuesta a ser ayudada por el fármaco", como muy indica en su obra que ahora estudiamos. Es así que expulsando la naturaleza y atrayendo el fármaco, se sigue más fácilmente la expulsión. Tras una serie de evocaciones a obras y doctrina de Galeno, explica que la crudeza de los humores depende del llamado "humor crudo". Da una razón para la purgación, a saber: que el humor crudo, por la crasicie y la frigidez, es de tardo

movimiento y no obedecerá al fármaco. En la lucha entablada, se excitan movimientos intestinales (retorcijones, corrosiones, irritaciones, desfallecimientos, fastidio, pulso irregular y vértigos). El medicamento atacará las partes sanas, las contagiara y, llevando el cuerpo a la debilidad, aparecerá una enfermedad mayor. Además, la purgación que se está intentando violentará la naturaleza e impedirá la concocción futura, que se facilitaría con el descanso, según dictamen del mismo Hipócrates y que éste hace constar taxativamente. Y añade que no solamente los mismos crudos no se han de expeler entonces sino también otros humores preparados para la expulsión y sobre todo cuando los crudos obstruyen los caminos por los cuales han de ser los otros expulsados.

Insiste en el tema, al decir que los humores crudos del estómago que son extraídos por conducto del vientre presentan una actitud contraria de nuestro sentir, por cuanto el humor crudo es tardo al movimiento.

Vuelve posteriormente al tema ya mencionado de las purgas y afirma ahora que no prohíbe los fármacos que lubrican el vientre y expulsan las materias de él, pues esto es sacar no el humor crudo sino los excrementos. "Nuestro aforismo", dice Serveto, prohíbe la extracción de lo crudo y no de toda la deyección del vientre. Con este aforismo servetiano parece matizar el autor que estudiamos el tema de las purgas. Y tras ello comenta que todavía Hipócrates y Galeno usaron las purgas al principio. Es el caso de que Hipócrates purga al principio con leche cocida de burra y Galeno usa también de estas purgas preparatorias. Sin apartarse de la doctrina hipocrática y galénica, hace observar que, en efecto, se puede purgar y "purgamos como urgentes, aquellas cosas que molestan al vientre y ello cuando el fármaco purga lubricando, es decir no atrayendo con fuerza". Hace observar Miguel Serveto que la misma naturaleza expulsa muchas veces en los primeros accesos, mediante el vómito y por conducto del vientre, la misma bilis o la pituita. Y

apostilla: "Y sería un error no imitar los movimientos de la naturaleza como auxiliantes del fármaco, tanto más cuanto que tales excretas no pueden ser nuevamente concocidas y, por lo tanto, es facil evacuarlas, cuando llegan a las partes inferiores, para ser expulsadas por la naturaleza".

Esta es la razón de que Galeno haga expulsar, en este orden, la bilis que afluye al estómago e Hipócrates purga también con escamonea y es lo que "nosotros - dice Servento - intentamos con mayor seguridad con fármacos benditos". De ahí que Hipócrates dijera que aquél que intenta purgar en un principio, precisa antes meditarlo mucho. Nuestro autor se coloca en su tiempo y nos dice que, en su siglo, se purga más audazmente, porque se dispone de fármacos más suaves.

Inexplicablemente, nuestro autor se pasa del tema de las sangrías al de las purgas, sin haber concluido este último tema. "Como quiera - dice - que muchas personas juntan humores por lujo e intemperancia de alimentos, es propio de la sangría disminuir la indiscreta abundancia de humores". En este sentido, se opone a evacuar del vientre humores crudos, lo que pudiera acarrear malos síntomas. Solamente, con motivo de la sobreabundancia, puede acontecer que algún humor se hinche y sea separado para ser expulsado. Entonces el cuerpo debe ser purgado y, no por la abundancia precisamente, sino por el hinchazón. Apunta la idea de Galeno de que, extraída la mayor parte del humor vicioso por la ufusión de la sangre, se recurra a otros remedios, ya que, aliviada la naturaleza, concocerá con más rapidez lo demás. Mas lo propio de la purgación - añade - es extraer no precisamente la sangre sino las materias excretadas. Y concluye este punto con estas palabras: "Observa, ya lector, cuán inepta es la purgación para alimentar parte de la sangre incocida o del humor crudo o craso, y no uses nunca de tal hecho, si sabes lo que haces. Pero si quieres amnorar con seguridad, expulsa solo las materias comunes o excrementos".

Citando después a Hipócrates, hace notar que con las predichas meditaciones y a base de realizarlo al principio, se puede purgar lo "cocido", ya que en ningún otro tiempo se hallarán los humores tan movibles. Con posterioridad, se suelen "afirmar" sobre alguna otra parte. Como quiera que nuestro sabio no se queda satisfecho con lo precedente, lo ratifica con los textos de Galeno, cosa que hace con frecuencia. Y, para dar todavía más valor a sus afirmaciones al respecto, hace mención a Manardo, Galeno e Hipócrates, indicando que estos hombres impulsaron la purga sin que la materia estuviera "turgente y cocida".

Prohíbe las purgaciones cuando existen las "orinas crudas". A este respecto recoge la idea de Galeno, quien afirma que la purgación del cuerpo no debe hacerse cuando hay crudeza de humores. A través de todo este tratado de la purga, preséntase partidario de la purgación, cuando invade el dolor las partes que están al alcance de la enfermedad, pero aún así insiste en que la purgación debe realizarse al principio, compartiendo esta reiterada idea con Galeno y también con Hipócrates y más con éste último que con aquél.

Se muestra partidario de mover el vientre, a base de lavativa o leve fármaco, con lo cual el intestino se alivia de la carga de los excrementos, quedando así preparados para expeler otros humores. También se presenta como partidario de provocar el vómito, cuando hay en el estómago exceso de crudeza o los humores confluyen allí. Vuelve al tema de la purga, expresando su licitud, cuando los humores descienden hacia las partes inferiores, "para querer irrum-  
pir por allí o los intestinos murmuran o hay molestia de-  
bajo del diafragma, gravedad, pesadez de rodillas, dolor  
de lomos, pues ha de seguir el movimiento de la naturaleza,  
ya que ello es en cierto modo rurgir". También es lícito expeler inmediatamente los tenues pestilentes.

Con el fin de facilitar las funciones previstas hace constar que, si bien se puede ayudar en este orden con



fármacos benignos, Miguel Serveto recoge la orientación de Celso, el cual prescribe comidas y bebidas que a la vez alimentan y reblandecen el vientre, aunque no debe prodigarse su uso pues las fuerzas del enfermo se debilitan con demasiadas deyecciones del vientre.

Una vez más Serveto se nos presenta ahora como un decidido partidario de ayudar a la naturaleza y no contrariarla. Por ello, afirma que se ha de cuidar no retroceder con la purga la naturaleza que mueve los sudores de la orina o que se dirige a otra parte. Al final de la enfermedad, "purgarás con seguridad", dice Serveto, y añade "si vieres que no purgó suficientemente, una vez terminada la enfermedad expurgarás las reliquias para que no revivan". No contento con ello, añade lo relativo a otro caso, en que es necesario purgar al principio: nos referimos cuando haya un tumor del que no haga esperar concoction alguna. En este orden, añade: "Si el humor es tenue, ya sabemos lo que debemos hacer. Por el contrario, si es craso, no se debe extraer al principio porque antes hay que esperar la concoction de la enfermedad".

Finalmente, en el "Discurso V" se ocupa del uso de los jarabes. Al estudiar su uso, hace mención también a su composición.

Empieza el presente Discurso anotando que los jarabes tomaron este nombre, no de los griegos sino de los árabes, como si se tratara de jugos extraídos traídos de Siria. Serveto tiene necesidad de hablar de la utilización de los jarabes y en este orden anota los siguientes usos de los mismos: Ayuda a las concoctiones, facilitan las purgas, facilitan los efectos de las sangrías. En este orden, una vez más sigue a Galeno. Es así que se refiere a los jarabes utilizados por Galeno, a base de oximiél y mulsa, es decir vino con miel y hierbas incidentes: El oximiél utilizado contra los humores viscosos y la mulsa contra los crasos. Serveto, recogiendo una orientación de Pablo de Egina, dice que se hacen mejor las purgas por medio de la dieta alimenticia que por medio de jarabes. Es el caso de que, mediante cier-

to régimen alimenticio, extenuante, debe ser preparado el enfermo antes de purgarse. Serveto recoge la aplicación que hiciera Galeno de los jarabes, a base de hierbas secas con oximiél o la mulsa.

La parte principal del régimen de alimentación de las llamadas "enfermedades aguas" es, para Hipócrates y Galeno, el oximiél, la tisana y la mulsa. En toda dieta extenuante debe contenerse la tisana y la mulsa.

Distingue varias clases de jarabes. Serveto recoge la orientación de los jarabes, distinguiendo entre los julepes, los apodemas (pócimas), los robubs y los loes. Los julepes se hacen con azúcar, no olvidando de clarificarlos. También se hacen con azúcar pero incluyendo infusión de flores. La técnica es sencilla: basta sumergir rosas o violetas en agua hirviendo y cuidar que no haya evaporación. La última operación es la de exprimir, colar y clarificar. Cuando estos julepes se desean conservar, se ponen en ebullición con una mayor cantidad de azúcar. El apocema es el resultado de un cocimiento a base de condimentos dulces o sustancias medicamentosas. Los robubs (arropes) son jugos que se han espesado colocándolos al sol o al fuego y carecen de dulzor. El robub puro es el mosto cocido. El objeto de los robubs es lograr el efecto de astringir. Por su parte, los loes no se beben sino que se chupan, reteniéndolos en la boca. Los loes ya se utilizaban en tiempos de Galeno. Vienen a ser algo así como un caramelo. Cuando se utilizan contra la tos y las afecciones torácicas, lleva en composición miel. Hay loes de pino, adormideras, escila. La técnica de preparación de los loes ya la mostraron en sus escritos Hipócrates y Galeno.

Los jarabes propiamente dichos se preparan tomando manojos de hierbas, onzas de raíces, semillas de flores con varias libras de agua y cociendo hasta reducir a la mitad el volumen del líquido existente. Las raíces hay que cocelas más intensamente que las flores. Tras la coción, se cule el líquido existente y se clarifica con clara de huevo.

Finalmente, se mezcla con una cantidad igual de miel despumada o con azucar, pudiéndose incluir más o menos cantidad de estos productos, según el amargor de los líquidos en cuestión y el variado gusto de los pacientes. Cuando el líquido resultante se cuece poco, se llama apocema. Es conveniente aromatizar a base de incluir una cantidad de aroma de dos dracmas por cada libra existente. Serveto, en su actitud aconsejante, recomienda más las apocemas que los jarabes propiamente dichos.

En las referidas composiciones de los jarabes, Serveto - al igual que en otras muchas ocasiones - no aparta su mirada de Galeno, el cual componía los jarabes a base de jugos de nuez, moras, manzanas, granadas y membrillos. No olvidaba Galeno, al igual que nuestro Serveto, que todas las fórmulas y cociones sean clarificadas convenientemente. Es de señalar que, para la conservación de los productos a lo largo de todo el año, Serveto, al igual que su maestro, recomienda cocer los jugos con miel.

Serveto, humanista que sabe escudriñar los secretos de la Antigüedad, menciona en su obra terapéutica una serie de jarabes utilizados en aquella época. De esta suerte, hace mención a Oribasio que, en el libro IV dedicado a Eustadio, dedica un capítulo entero donde se indica el empleo de los jarabes en caso de fiebre. También se refiere en dicho lugar a unas pociones dulces, refrigerantes, atenuantes y astringentes, elaboradas a base de jugos de frutas y de miel, agua y vinagre. Serveto recomienda estos preparados con destino a las fiebres, recogiendo ahora las palabras de Filagrio: "La poción dulce acarrea doble utilidad: primero, porque la naturaleza la acepta con gusto por ser agradable, y por ello se recrea y vivifica excitando sus funciones lángidas y fatigadas por la dureza de la enfermedad; y segundo, porque aquella poción se opone de dos maneras a la enfermedad, contrariando la acción de ella por opuestas cualidades y suscitando las actividades, para que el enfermo soporte más fácilmente el ataque y violencia de la enfermedad".

Por todo ello, Miguel Serveto arguye en su obra en favor de recomendar los jarabes, toda vez que éstos producen efectos útiles, por su condición de pociones dulces. Es ahora, cuando a la vista de todo lo indicado sobre los mismos, indica que los jarabes son "porciones dulces que sirven para exonerar el vientre por sus cualidades de astringentes, concocientes y diuréticas". Y , añade, después: "El uso de los jarabes por nadie debe ser reprobado".

En cuando al efecto medicinal de los jarabes, Serveto apunta que el primer efecto es concocer, el segundo alterar la enfermedad hacia una cualidad contraria, el tercero el de exterminar, el cuarto es su caracter diurético, el quinto consiste en mover el vientre, el sexto consiste en estreñir el vientre y el séptimo el de vigorizar y confortar: Todo un programa medicinal.

Un efecto capital, por otra parte, es de favorecer la concoction. Para favorecer la concoction, son útiles los jarabes en general y de un modo especial los de jugo de membrillo con pimienta, los de menta, de corte de limón añadiendo coriandro, azafrán, nardo, y otras sustancias olorosas. Serveto da también un paso adelante en el campo de la concoction, señalando que no solamente se ayuda a la misma mediante los jarabes sino también con el sueño, el descanso, las fricciones, los levados y las comidas y bebidas medianamente calientes. Con ello, puntualiza el primer efecto de los jarabes.

En cuanto al efecto de los jarabes de alterar la enfermedad hacia una cualidad contraria, hay que recoger el pensamiento servetiano en el sentido de que este segundo efecto solamente lo mantienen los árabes, ya que sus medicamentos digestivos los aplicaron siempre de tal forma que su cualidad fuera contraria al humor viscoso. Serveto, a este respecto, solamente recomienda aquellos jarabes que se aplican en las fiebres biliosas y no siempre de una manera constante, pues no conviene aportar a la bilis más grasa. Por

ello, aconseja al respecto los jarabes a base de de vinagre con julepe de violetas.

Y por este orden, va haciendo algunas consideraciones sobre los efectos de los jarabes. Mientras ello realiza, nos habla de un "remedio generoso", que él cifra en el llamado causón, que consiste en el empleo de las distintas cosas frías que podemos utilizar durante el ardor que produce la fiebre. En estos casos, aconseja más el baño que otra cosa, por cuanto la "materia" se encuentra fuera de los vasos y se va a la piel. Recomienda también en estos momentos el uso de los jarabes frigidantes. Serveto explica su posición al respecto diciendo que intenta con ello engendrar sangre fría para que no convierta en bilis, combatir el calor y la sequedad que se insinúa en las paredes sólidas y demás partes afectadas. En cuanto a la pervivencia de los efectos del agua, ésta pronto se altera, mientras que los jarabes, más espesos, conservan durante más tiempo el temple y no convierten tan fácilmente en bilis. Y, tras esta explicación, apostilla: "Los jarabes fríos han de ser administrados antes de la purga, por cuanto vigorizan la energía y destruyen la acrimonia del humor que se ha de eliminar".

Recoge de Asclepiades el uso de los jugos necesarios para los enfermos de bazo y recoge en su "arsenal" de jarabes otros jarabes como los de hisopo y marrubio. En su búsqueda, topa con los jarabes recomendados por Galeno, a base de semilla de ortiga y mulsa y los que recogen en su composición las hierbas acres, como el orégano, el hisopo, la calamita, el pulegio y la raíz de iris ilírica, que es un verdadero jarabe. No contento con ello, Serveto recoge otros jarabes de aplicación al pecho, al pulmón, el hígado, el bazo y de limpieza de riñones, tomados todos ellos de Galeno.

En cuanto al efecto diurético de los jarabes, ello es muy familiar para Galeno. De ahí que recomiende éstos en las fiebres tercianas, cotidianas y cuartanas y

también en las obstrucciones viscerales. En cuanto a la indicación de que los jarabes están indicados para mover el vientre, toma de la mano a Celso diciendo que este uso de los jarabes en las fiebres ha de anteponerse a todos los fármacos. Es partidario de usar de tales pociones dulces antes que destruir la naturaleza. Se hace eco de Aecio, el cual se muestra como Galeno ajeno al uso de fármacos contrarios entre sí. No obstante, entiende que, si hay acceso de fiebre, sobre todo si ésta es continua, es lícito la aplicación el fármaco. En esta ocasión, Miguel Serveto se muestra enemigo de las purgas y se inclina por las pociones dulces. Aconseja provocar la deposición a la misma hora siempre y acostumbrar a esto a la naturaleza.

En cuanto al uso de de astringir y rebustecer y en lo referente al uso de los jarabes para inducir al sueño, prescribe el jarabe de adormideras con agua de violeta más el jugo de membrillos, tan utilizado por Galeno para reprimir el flujo del vientre.

No olvida de concretar todavía más su doctrina sobre los jarabes para cada una de las especies de fiebre. En la terciana, son recomendables los jarabes alternantes, porque el humor bilioso se expelle fácilmente. En este caso, se recomienda un fármaco leve o una lavativa. En fiebre cotidiana, después de una lavativa de sal o de otro fármaco, se empleará un jarabe galénico con dos onzas de oximiel. En las obstrucciones de bazo, se prescribe la utilización de jarabe de alcaparras, tamarindo, escolopendrio, etc. Cuando se trata de ayudar a la concocción, se recomiendan las fricciones, los baños y los paseos moderados.

Insiste Serveto, entre sus recomendaciones relativas al uso de los jarabes, a la formación de hábitos tales como la realización de deposiciones en un mismo tiempo de cada día y muestra totalmente opuesto a la utilización de los purgantes, por cuanto su utilización acostumbra a los cuerpos a posiciones incorrectas. Prodigar las lavativas supone des-

trozar energías y acostumbrar incorrectamente a la naturaleza. Esta, irritada, se olvidará de la deposición espontánea.

A modo de apéndice, Miguel Serveto finaliza su Syruporum Universa Ratio con lo que podemos llamar "Discurso VI", anotando, entre otras cosas, que después de la purga los "prácticos" son partidarios de lo que ellos llaman "lavativo", utilizado antes de comer, una vez transcurridas cuatro o cinco horas después de haber tomado el fármaco o después de dos, tres o más deposiciones del vientre. Estos "prácticos" entregan después al enfermo una tisana. En definitiva, concluye Miguel Serveto: después de la evacuación, hay que robustecer la parte afectada, en opinión de Galeno que recoge nuestro autor.

Obsérvese que en la Syruporum coloca su autor las doctrinas hipocráticas y galénicas en su relación con el arabismo, mientras demuestra su gran dominio en materias médico-terapéuticas. Consideramos que estuvo acertado al tratar de conciliar algunos puntos tales como los extremos de Avicena con la doctrina de la Antigüedad. Es la Syruporum Universa Ratio un libro de polémica, escrito durante la juventud de Serveto, pero serio, reflexivo, sensato. Castro y Calvo indica que seguramente fue escrito durante su estancia en París, cuando fue discípulo de Sylvio y compañero de Vesalio. Por su parte, Mariscal, al hablar de este singular libro, se limita a decir que fue una "crítica acerba a los métodos terapéuticos entóces en boga, recordando lo sabio, sencillo y suave de la Medicina árabe, que tanta importancia alcanzó en las escuelas españolas y cuya base fueron sus célebres jarabes que, según ellos, tanto favorecían a la concoction".(39) Goyanes juzga así la Syruporum: "Es preciso hacerse cargo del conceto galénico sobre el proceso de la digestión y de la circulación, para hacerse cargo del sentido de la Syruporum".(40)

Diepgen nos habla sobre la Syruporum en los siguien-

tes términos: "El combate contra el arabismo conduce a Servet a conmover una conciencia fundamental de la patología humoral. Servet niega la eficacia de los jarabes introducidos por la sarracenos en la Terapéutica, con el fin de favorecer la natural concocción o digestión de la materia morbosa. Sometió la doctrina general de esta digestión a una acerba crítica, demostrando que los humores cardinales, prescindiendo de la flema, no eran, en general, aptos para ser digeridos".(41)

La Syruporum fue para su tiempo un tratado excelente de Terapéutica, que logró en once años cinco ediciones. Es, en el fondo, un libro galenista aunque sin sumisión servil, en el cual se impugna con acritud la Medicina de los árabes, como ya venimos anotando, en especial el Colliget de Averroes. A través de sus páginas, se hace observar que bajo el nombre de "Syrupi", se recoge todas las concoctiones o infusiones dulces, llamadas vulgarmente tisanas. Es de señalar también que, en el pensamiento profundo del autor, queda implícito el deseo de hacer ver que las enfermedades son una perversión de las funciones naturales y no introducción de elementos nuevos en el cuerpo. A ello añade Willis, según testimonio de Menéndez Pelayo, que el líquido llamado quilo, a que se refiere Hipócrates, se engendra en las venas del mesenterio, según el testimonio de Serveto, en una de sus entrelíneas de la obra que analizamos.(42) Ello constituyó un notable progreso sobre la ciencia de su tiempo.

Leyendo la Syruporum Universa Ratio se llega a la conclusión de que la formación de nuestro Serveto era profundamente galénica a ultranza, algo así como la de Sylvius, que se negaba a reconocer los descubrimientos de Vesalio en <sup>el</sup> cadáver humano. Estamos ante una obra que demuestra la gran proyección del hombre hacia la Antigüedad clásica. A través de esta proyección, Serveto desliza su pensamiento médico. Es así que hace la insinuación de que el enfermo llega muchas veces a serlo por falta de medios económicos,



por la dureza de la existencia y hay que esforzarse para llegar a la curación. Se le puede, en muchos casos, salvar la vida sin que se le abandone, poniendo en práctica los medios oportunos de curación. La vejez puede ser tranquila y respetable. Hay que curar sin hacer sufrir. Todo hombre tiene un alma a la que puede infundir una nueva vida, a través de la Medicina. Para que el espíritu funcione bien, es necesario un cuerpo sano y fuerte. Nada de dolor, nada de medicinas acerbadas. Nada de sangrías inútiles. Son preferibles los curativos. El enfermo no es un ser que sufre un castigo divino. (43) En el fondo de todo este canto servetiano late su profundo amor al prójimo y la situación un tanto calamitosa de la sociedad de su tiempo, duramente castigada por mil calamidades físicas y morales, siendo una de ellas la falta de medios económicos en que se desenvolvía la vida de muchos enfermos, hasta el extremo de que muchos de ellos llegaban a serlo por la falta total de los más elementales medios de subsistencia.

A través de la Syruporum Universa Ratio, pone de relieve Miguel Serveto su vasta cultura. Ello no obsta para que su lectura resulte un tanto confusa, abundando las repeticiones de conceptos. Toma de la mano a Aristóteles para explicar la causalidad de los hechos y, como hemos insistido, no se apea de la doctrina hipócratica y sobre todo galénica, fustigando, cuando hay ocasión para ello, las distintas posiciones de Galeno. También se refiere a Praxágoras, Apolinario, Aecio, Paulo de Egina y otro muchos de la Antigüedad, de cuya aportación y doctrina se hace eco. El libro fustiga las ideas de la Escuela de Medicina de Córdoba, cuyo representante es Averroes. Aunque recoge la aportación árabe, rebate alguna posición de la Medicina árabe, como aquella que defiende la necesidad un tanto hipotética, por la cual habría que pasar por las ciudades y "matar a los viejos, en quencles o enfermos crónicos, del mismo modo que cada año se hace una entresaca o una poda, para que mejore el mismo". Es más, afirma que los árabes han corrompido la Medicina y

propugna la derrota de sus teorías por las doctrinas de Galeno "don divino que nos ha hecho Dios". De este modo, estudia y matiza las dos grandes corrientes médicas y terapéuticas del Renacimiento: la corriente propulsada por Averroes y la corriente galénica, como presunto de las posiciones hipocráticas. Tiene mucho cuidado Serveto de que su posición terapéutica no se confunda con la de los árabes. Es así que, al recomendar los jarabes, hace la observación de que éstos interesan no solamente para debilitar y aligerar, "sino para otras cosas que después referiré para que nadie pudiera confundirlos con los de los árabes". Añade Serveto que los jarabes de los árabes no tienen virtud concoctora, porque son producto de destilería; en cambio, los de Galeno, que él recoge, son los que se obtienen de extractos de hierbas, "siendo los únicos que tienen eficacia terapéutica".

Hemos analizado las aportaciones servetianas en el campo cardiovascular y en terapéutico, mediante el descubrimiento de la circulación pulmonar y de su obra Syruporum. No termina aquí la aportación servetiana en el contexto médico-terapéutico. Veamos:

La Terapéutica del siglo XVI no se había desglosado todavía de las ciencias ocultas. Si las enfermedades era para muchos de este tiempo "un producto de los malos espíritus", es natural que se buscasen los remedios más heroicos y absurdos para combatirlos. Algazel, filósofo y místico de los musulmanes, afirmaba que, solamente después de conocer la causa de una enfermedad, podía el médico formular tratamiento adecuado para combatirla. No se apartaba todavía, en este siglo, la mirada de los agentes misteriosos que "provocaban" las enfermedades, imperando acá y allá las supersticiones. Es así que, para curar la epilepsia, era remedio infalible coger al paciente de la mano y decirle al oído: "Oremus preceptis salutaribus maniti et divina institutione formati andemus dicere: Pater noster qui es in coelis.....". Esto debía repetir el paciente tres veces. Esta fórmula servía también para ahuyentar las tentaciones. La infanta d'Armagnac

utilizaba el zafiro para curar la quimosis de la esclerótica y las úlceras intestinales. El diamante y el topacio servían para curar el mal de hígado. Las perlas curaban males de corazón, las esmeraldas tenían poder afrodisíaco. Las piedras preciosas daban también la buena suerte, siendo como amuletos que ayudaban a espantar al diablo y servían para amar y aborrecer, salir triunfante en las batallas y navegar sin peligro de naufragio. (44)

En cuanto al uso de materias vegetales como panaceas universales, la canala, aunque repudiada por Plinio, Galeno, Columela y Teofrasto, servía para curar males de estómago. La pimienta servía de tónico, el jarabe de manzanas de la India o más conocido por el nombre de azufaitas se empleaba para curar y expulsar las materias biliosas, etc. La Terapéutica física llegó alcanzar gran éxito. Se hacía entonces gran uso de las ventosas y de la lanceta y se usaba la sangría hasta el extremo de llegar al abuso de la ella. Tal fue el abuso en que se incurrió, que el Rey Juan I dispuso que ningún barbero practicase la sangría en los primeros treinta días del verano.

Los médicos tenían esquemas representando al cuerpo humano con los signos de Zodíaco. Cada órgano tenía su signo, cada sujeto tenía su estrella y el que no tenía tal cosa era considerado como un desgraciado. La Astrología ejercía su influencia en todo.

Miguel Serveto creía firmemente en la Astrología. En la Facultad de Medicina de París abrió cátedra de Astrología. Su intervención en los cursos organizados en dicha cátedra fue brillante, lo que no impidió que se viera envuelto en un proceso, cuyo primer ponente fue el decano de dicha Facultad, bajo la acusación de haber practicado la Astrología judiciaria o de adivinación, proceso que pudo llevarle a la hoguera y que, afortunadamente, terminó con su absolución. Miguel Serveto llegó a predecir guerras, peste y también opresión para la Iglesia, mientras afirmaba que las

actuaciones humanas dependen del firmamento y de los mismos astros.

La Astrología médica de Serveto es muy interesante. Su autor comprueba, con razones científicas de la época, numerosas suposiciones de los astrólogos anteriores a su siglo. En su Apología - In quendam Medicum Apologia Disceptatio pro Astrologia - impresa en París en 1538, su autor realiza lo que en su tiempo se llamó Discurso en favor de la Astrología, a través de un folleto de 16 páginas. Estamos ante un razonamiento polémico de Miguel Serveto contra el Profesor Tagault, Decano de la Facultad de Medicina parisina y, por extensión, contra el resto de profesores de dicha Facultad, donde defiende sus ideales astrológicos, basados en su muy sólida preparación humanística.

De las 16 páginas de que conta el folleto, dedica 11, las once primeras, a la exposición de sus criterios sostenidos por los antiguos en materia de Astrología. No olvida de citar en primer lugar a Galeno en su Diebus decretoriis, Aristóteles, Sócrates, Tales de Mileto, Hipócrates y Pitágoras, con inigualable erudición. Hace mención al eclipse de Marte por la Luna que él predijo y se refiere a las Sagradas Escrituras, "hechas por Dios las estrellas a modo de signos informativos". De un modo especial, interesa destacar la influencia climatológica sobre la salud de los enfermos. Como quiera que alude al influjo de Syrio y Arturo, coincide con el espíritu de la Astrología judiciaria. En un orden estrictamente médico y dejando la polémica que el médico español estampa en su obrita, anotemos que algunas ideas en el orden de curación de la enfermedad se divisan acá y allá. Es así que desliza, entre otras, esta importante afirmación para su tiempo: "Si el tratamiento prescrito por el médico fuese acertado será necesario que el medicamento posea tal número de cualidades contrarias como la enfermedad pueda tener, además del propio temperamento del enfermo. Si esto es así, es necesario el que estas tres partes constitutivas sean conocidas por el médico a la perfección. Sin

embargo, no es necesario que esto suceda así, puesto que Galeno en el libro De temperamentis nos enseña a conocer nuestros temperamentos por conjeturas solamente muy aproximadas, de suerte que incluso si son conocidas no se sepa cómo medir las partes. Igualmente, yo deduzco que es necesario que el cielo permanezca inmóvil, porque desde el momento en que el médico conjetura sus remedios, hasta aquél en que serán aplicados, ya se habrá producido algún cambio en la enfermedad, porque el cielo se ha movido. ¿Encargaremos a la enfermedad y al cielo el que permanezcan estáticas durante ese tiempo?"

En otra parte, hace constar las teorías de Hermes de Egipto sobre la influencia de los cinco planetas en torno a los cinco orificios de la cabeza. No olvida, como gran seguidor de las posiciones hipocráticas, de indicar la gran influencia de las constelaciones de Arturo, Perro y Pléyades sobre la enfermedad, haciendo observar que la hora y salida de las mismas coincide con los movimientos críticos de la muerte o curación de los enfermos.

Miguel Serveto ha pasado a la Historia, entre otras cosas, como descubridor y como impulsor de la Terapéutica. Su fecundidad y eficiencia en estos dos órdenes de actividad hemos puesto de relieve. Anotemos también en el orden médico que estudiamos, su "hacer" de médico práctico, de facultativo de la Medicina que pone en práctica sus profundos conocimientos de esta ciencia.

En la pequeña ciudad francesa de Charlieu permaneció tres años, dedicado a la práctica de la Medicina rural. Tenemos noticia de su actuación médica en aquella población. Su "método curativo" se dirige a curar al enfermo, procurando por todos los medios no hacer padecer, prefiriendo la prescripción de drásticos, en especial los áloes, a otros métodos menos racionales. Acostumbra a los enfermos a "seguir el curso de la naturaleza" y utiliza los jarabes dulces y los tratamientos dietéticos e higiénicos y no vomitivos. Ante esta su actuación, lejos de utilizar las sangrías, emplastos, etc,

el éxito de su método de curar fue un éxito. En todo caso, su terapéutica es parca y siempre efectiva, Su fama como médico aumentaba y pronto surgieron médicos envidiosos, que intentaron cercar el paso del nuevo médico llegado a la población. Cierta noche, en que iba a visitar a un enfermo, fue atacado por mano armada. El valeroso español se defendió e hirió a uno de los atacantes, lo que le propinó unos días en prisión. También ejerció con éxito la Medicina en Viena del Delfinado de Francia, durante doce años, al servicio del Arzobispo del Delfinado Pedro Paulmier, antiguo discípulo suyo en los cursos que Serveto organizaba años atrás en la Universidad de París.

Miguel Serveto, a pesar de sus altos conocimientos médicos en el orden teórico y de su genial hallazgo, es un médico práctico. La práctica médica significó para él algo así como un paréntesis en sus proyectos y aspiraciones y no una seria renuncia a los mismos. Pudiéramos decir que la práctica médica fue la continuación y el perfeccionamiento del método de observación y de su labor experimental. Miguel Serveto, uno de los espíritus más libres y profundos del examen racional de la Teología, puede ser considerado también como uno de los médicos de mayor altura del siglo XVI. En el médico español vemos conjugado lo mejor de todo lo más maduro del siglo XVI. Al igual que sucede en otros humanistas, es confuso pero rico en sugerencias, cuando escribe sobre temas médicos. Sin embargo, su actuación cerca del enfermo es concreta y <sup>no</sup> conoce vacilaciones. Miguel Serveto, que en unión de Andrés Vesalio, examinó muchos cadáveres, pudo comprobar en el ejercicio de la profesión médico sus altos conocimientos anatómicos y sus conclusiones en el orden terapéutico. El médico que había recopilado más de cincuenta fármacos y que anotó cuidadosamente en su obra Syruporum Universa Ratio, cuidó también de aplicarlos cautelosamente con sus enfermos en Charliew y Viena del Delfinado.

## 2.- Pensamiento y obra de Miguel Serveto como geógrafo y astrólogo.-

Una de las facetas científicas no suficientemente conocidas y, por supuesto, divulgadas del saber polifacético de Miguel Serveto, es su condición de conocedor profundo de la Geografía y Astrología de su tiempo y su gran aportación al progreso de estas ciencias. Interesa en este lugar, a la hora de profundizar en el pensamiento y obra del sabio Miguel Serveto, plasmar esta obra científica realizada por el mismo, con sus aportaciones personales y la influencia que ello supuso en el contexto científico del siglo XVI.

Nos internamos, en primer lugar, en el campo de lo que podemos llamar "Geografía de Miguel Serveto". La "Geografía de Miguel Serveto" no es ni más ni menos que la versión que, de la Geografía de Tolomeo hizo nuestro polígrafo. Si consideramos que el Tolomeo de Serveto constituye una de las aportaciones fundamentales de la ciencia geográfica del siglo XVI, caeremos en la cuenta en la trascendencia de la aportación servetiana a este respecto. Todavía más: No es fácil abordar el estudio profundo de los conocimientos geográficos de dicho siglo, si no se estudia también en profundidad la obra geográfica servetiana.

¿Cuándo y dónde sobrevino al sabio español lo que podemos llamar su realización en el campo de la Geografía? ¿Cuándo puso de relieve su también vocación geográfica, además de su manifiesta pasión por los temas teológicos y médicos? La respuesta a estos interrogantes nos llega al estudiar una breve etapa de su azarosa vida, en la ciudad francesa de Lyon. Esta etapa se cifra en el año 1535, en que Serveto publicó una nueva versión del Tolomeo, y en años sucesivos. En esta nueva versión, se depura el texto del autor alejandrino, esfumando equi-

vocaciones que habían introducido los copistas, más otras deformaciones de sentido atribuibles a los defectuosos traductores.(45) Es así que el trabajo que se realizó en esta versión fue meritísimo, algo así como el realizado en aquellos años el humanista Hernán Núñez de Guzmán con los textos de Pomponio Mela, Séneca y Plinio.

Pero volvamos al ambiente lyonés. Era en aquella época la Ciudad de Lyon un centro intelectual de primer orden. El número y la calidad de las imprentas que en la misma se habían establecido atrajo sin duda al joven Miquel, que a la sazón contaba en aquel 1535 la edad de veinticuatro años. Su situación económica no debía ser muy boyante, pues el español buscó denonadamente un trabajo para lograr la subsistencia. El trabajo que encontró satisfizo sus anhelos intelectuales aunque resultaba inferior a sus merecimientos. Los hermanos Trechsel lo colocaron en su Casa Editorial como corrector de pruebas de imprenta. Sus conocimientos de lenguas clásicas le granjearon muy pronto la admiración de los Trechsel, los cuales no dudaron en encargarle una nueva edición - corregida y anotada - de la célebre Geografía de Claudio Tolomeo Alejandrino. Con diligencia suma, nuestro Serveto puso manos a la obra y en poco tiempo despachó su trabajo.

Giacomo d'Angelo fue el primer autor de una traducción a la lengua latina de la Geografía de Tolomeo. Ello se produjo en 1409 con la publicación de la misma, lo que nos lleva a indicar que, antes del siglo XV, no se había producido traducción latina alguna de la obra del Alejandrino. Durante el siglo XV se produjeron nuevas versiones de la obra, algunas de ellas sin mapas, lo que no satisfizo la necesidad imperante de contar con una versión "puesta al día", con las correcciones y rectificaciones pertinentes. La traducción del ilustre matemático Juan Werner supuso un gran avance en este orden.



Mientras esto último sucedía, un gran humanista; Bilibaldo Pirckheimer sacaba a la luz una nueva versión de la ya mencionada obra, ganando en riqueza de contenido y metodología. Sin embargo, la obra colosal al respecto estaba reservada al español Miguel Serveto.

En efecto: Serveto no se contentó con hacer una versión más del libro sino que, ponderando el contenido todo del mismo, lo corrigió, mejoró y anotó con numerosas notas, dotando a la obra del sabio alejandrino de una versión sin precedentes. En la corrección de los errores tuvo muy en cuenta las críticas que el astrónomo Juan Müller había puesto de manifiesto en el siglo XV. (46).

La versión servetiana se inicia con una especie de prólogo o preámbulo que Miguel Serveto titula "Miguel Villanovano saluda al lector". Desea el sabio aragonés, en primer lugar, dar unas pinceladas a su obra con un brevísimo apunte biográfico sobre Claudio Tolomeo Alejandrino. Dice así: "No será ajeno, amigo lector, anticipar aquí unas pocas noticias de nuestro Claudio, y, después, transcribir lo que quisiéramos en esta edición. Fue Tolomeo oriundo de Alejandría, real ciudad de Egipto, y muy docto en letras griegas..... Su diligencia por ilustrar el orbe fue mayor que la gloria de Hércules, de suerte que invadiendo, sin límites, el orbe terráqueo, se consideró que lo puso para que lo gozásemos. Y no solo hizo esto, sino que unió lo celeste con lo terrestre, juntando las medidas de ambos. Fue posterior a Strabón, Plinio y Pomponio Mela, pero superó fácilmente en el arte geográfico a todos aquellos predecesores suyos". Con posterioridad, es decir después de haber plasmado la idea "madre" del sabio Tolomeo en el orden geográfico, se refiere a su propósito al realizar la presente versión. Se expresa así Miguel Serveto:

"Por lo que a nosotros atañe, aplicamos todas las

fuerzas y nervios en la enmienda de lo equivocado, y en la explicación de lo oscuro. Peligrosa labor por ambas partes y por nadie hasta ahora acometida, aunque piadosa, y pedimos perdón, si no hiciéramos bastante para el lector en cuanto a los lugares. Ello no lo callaría. De otros códices, ya griegos, ya latinos, y de la asidua lectura de otros autores, restituimos lugares a muchos miles, de los cuales será importante referir algunos centenares, para dar algún solaz a los que han de gustar de ello; pero serán suficientes los ejemplos de la sola Galia narbonense". (47)

Tras esta su postura y propósito, el preámbulo desciende a detalles que nos muestran el futuro hacer de Serveto en la versión geográfica de referencia. Es así, por ejemplo, en el libro II de la obra de Tolomeo, léese Betira, que es la Ciudad biterrense, vulgarmente llamada Bessiers y que figura en la obra de Tolomeo con el nombre de Quetira. Serveto aclara definitivamente que su verdadero nombre es el ya nombrado de Betira. Por lo que se refiere a las Fosas Marinas, alude a ellas con el nombre de Aguas Marinas. Realiza por doquier las oportunas correcciones y puntualiza aspectos tales como la de "los cabellos", de la que hizo dos Masilus, una griega y otra no griega. Cuando menciona el río Orobio, señala que por otros es llamado Obris. Con frecuencia coloca en los márgenes de la obra los nombres geográficos que corresponden a los temas tratados. Y no satisfecho con ello, añade comentarios o "scolios", lo que facilita la lectura y comprensión del texto. En otro orden de cosas, explica los vocablos relativos a ciudades, valiéndose de la lengua materna, "con lo cual parece que hablamos en francés con los franceses, en alemán con los alemanes, en italiano con los italianos y en español con los españoles, cuyas regiones todas vimos y cuyas lenguas hablamos en todas partes".

Inicia su versión abordando una parte muy amplia de la Geografía tolomea, la que lleva por título Estudio reciente de las Regiones de Europa. Como es lógico, divide el estudio de Europa en grandes regiones o en lo que en su tiempo se dio en llamar nacionalidades.

"De la Bretaña y de Irlanda" es la primera de estas divisiones que aborda, siguiendo la pauta del Maestro alejandrino. Mientras hace el entronque de las ideas de Tolomeo al Mundo del siglo XVI, no olvida de coordinar las mismas con los hechos históricos que les son afines. De un modo especial, se fija en los aspectos humanos de la Región o Nacionalidad que estudia: "Indiscretos los hábitos de los escoceses, indiscreto casi todo en ellos, poseen la misma lengua que los anglos y las mismas costumbres. Son de un género pronto e inclinados a la venganza y feroces. Fuertes en la guerra y pacientísimos para sufrir la falta de sueño; de forma corporal decorosa pero muy negligentes en su cuidado....."(48)

Miguel Serveto, comentador meticoloso de la obra de Tolomeo, intercala aspectos humanos como el precedente al lado de la descripción física de la Región de referencia. No olvida en este orden la forma de la misma, su clima, su orientación..... Y, junto a ello, los aspectos económicos: sus producciones todas: oro, plata, hierro, plomo, estaño y carbón en abundancia, por una parte; y por otra, vino, etc. Y, como humanísta, insiste en los aspectos humanos. "Hay en Inglaterra - dice - dos sedes arzobispales, de Cantorbery y de Evora; episcopales, 19; ciudades, casi 50; villas, 136 y provinciales, 63. Ducados y condados, muy pocos".

Especial interés despierta en los españoles el capítulo dedicado a España. Lo titula "De España y su comparación con la Galia". Estamos ante un capítulo que ha sido ligeramente calificado por algunos biógrafos del aragonés, por no conocer la esencia del verdadero

sentido de sus palabras. Veamos los términos y el alcance de dicho capítulo:

Parece como si el autor de esta versión tuviera la intención de establecer una comparación entre ambos países, marcando la superioridad de los galos. Ello parece desprenderse de una simple lectura del texto, aunque una consideración en profundidad de dicho texto, no proporciona precisamente aquel resultado, que ha ganado nada menos a nuestro compatriota el sobrenombre de "apátrida". "España es vencida por la Galia - dice - en abundancia de vino, trigo y carnes; pero la vence en la bondad y en el sabor de ellos; los españoles usan mucho de aguas acanaladas, trayendo de muy lejos acequias de los grandes ríos. ...." Respecto al temperamento, añade: "El temperamento de los españoles es más cálido y más seco, y la color, obscura. El de los galos, más frío, más humedo; la carne blanda y la color blanquecina. Es mayor la fecundidad para procrear de las mujeres de los galos que la de las españolas."

No olvida Serveto de analizar todos los aspectos de la vida de su tiempo, referido a españoles y galos. Cuando ha de referirse a las cualidades de unos y otros para la guerra, hace mención a que los galos están dotados de miembros corporales mayores. Por su parte, los españoles son más duros; tienen delgadísimo el cuerpo en la cintura. Como resultado arguye que los galos "pugnan con mayor ferocidad que arte, y llevan a la guerra más fiereza que consejo. Los españoles, al contrario".

Incide más profunda y extensamente en el campo de la Geografía Humana y trata de calar en el alma de unos y otros: "Los galos beben puro; los españoles, diluido en mucha agua. Entre los galos, los forasteros son recibidos humanísimamente en las hospederías (posadas); ningún oficio se les niega; se les ofrece todo preparado para comer. Entre los españoles se les recibe más dura e

incivilmente; de suerte que, cansado el viajero, por el camino, tiene que buscarse la comida de lugar en lugar. Esto hace que los españoles no sean tan avezados a viajar y no quieran gastarse la penuria tan prodigamente; ni siquiera son inclinados a prestar servicios, de tal manera, que ni<sup>a</sup> un príncipe se digna ofrecérselos un rústico, si no le da la gana".(49)

El párrafo precedente, que hemos reproducido textualmente, ha servido para crear una atmósfera de pesimismo en torno al afecto de nuestro personaje hacia su Patria. Ello es totalmente injustificado. Miguel Serveto demostró siempre un gran afecto hacia su Patria, hacia su Región y hacia su Lugar natal. Ello se atestigua con monumentos escritos de trascendencia, como son la casi totalidad de sus obras, en donde no duda a pesar de los riesgos que ello entraña, con su condición española, aragonesa y hasta villanovana, en recuerdo y veneración a la Villa que le vio nacer.

Por este camino, hace mención al carácter de los habitantes de ambos pueblos. A los galos los ve como más parlanchines y a los españoles, más taciturnos, ya que dice de ellos que aprendieron a disimular mejor. Los galos son, según Serveto, alegres, animados, inclinados a banquetes y huyen profundamente la hipocresía y la gravedad, que guardan los reconcentrados españoles. Es así que ve a los españoles menos sociales, más ceremoniosos, afectando a la severidad, de la que los galos no participan.

En cuanto a la manera de hablar, destaca que los hispanos hablan de manera más grave. No olvida de anotar que los pueblos castellanos usan de un lenguaje más elegante, lo cual puede atribuirse a una mayor madurez lingüística del castellano que el resto de los pueblos peninsulares. Se detiene a considerar la nobleza de uno y otro pueblo y dice así: "Hay en España ingente número de príncipes, marqueses, condes y barones. En Francia, hay

ciertamente abundancia de nobles". En este orden hace un recuento de la nobleza española de su tiempo: 20 duques, 20 marqueses, 60 condes, más los vizcondes, barones, prefectos de provincias, virreyes, gobernadores, marcales, alcaldes y sobre todo príncipes, cuyo número, confiesa, desconoce. A ello añade los maestros de las Ordenes Militares. Es de señalar que atribuye a algunos de los precedentes las rentas que disfrutaban. Destaca, por lo tanto, el carácter nobiliario de una parte de la sociedad española de su tiempo. Completa este cuadro con las dignidades eclesiásticas: 9 arzobispados y 46 Obispos con sus correspondientes titulares, más 8 cardenales. Por este orden, enumera otros detalles estadísticos. En la Galia, se destaca la presencia de 12 arzobispos, 96 obispos y 8 cardenales.

Serveto, hombre defensor de la libertad de los fueros del pensamiento, no puede silenciar la gran autoridad conferida en España a los inquisidores de la fe contra los herejes, sarracenos y marranos, "en los que se ensañan cruelmente". También hace mención a otra institución admirable conocida por Hermandad, formada por una fraternidad de ciudadanos, "que a toque de campana de cada una de las ciudades salen muchos miles de hombres armados, y al que hubiere delinquido lo persiguen por todo el Reino, enviando mensajes a todas las demás ciudades, de suerte que le es casi imposible escapar, y al cogido lo atan vivo al palo y lo atraviesan con flechas". Serveto parece intuir lo que le esperaba, pues él, por desgracia, habría de terminar en manos de la Inquisición, no precisamente española, para ser *condenado* a muerte en la hoguera. Sin embargo, la Inquisición española anduvo persiguiéndole y firmó <sup>un</sup> decreto disponiendo su captura en Medina del Campo, en 1532. (50)

Matiza, a continuación, su impresión sobre el carácter de los españoles, impresión "sui generis" de nuestro Serveto. Es así que ve en los españoles a los

promotores de grandes empresas; son éstos "de ingenio feliz, pero aprenden infelizmente". Afirma, a continuación, que, siendo semidoctos, considéranse doctos, muestran sabiduría mayor que la que tienen, "por la simulación y una cierta verbosidad". También afirma que aman el sofisma más de lo conveniente, gustando de hablar en las academias más que en lengua latina en lengua hispana, sin abandonar muchos vocablos de los moros, cultivando, por otra parte, la barbarie en muchas de sus costumbres y maneras. Por si ello fuera poco, Serveto vuelve a la carga y dice de sus compatriota que rara vez transfieren los monumentos de su ingenio a los descendientes y a las gentes circunvecinas, "por el defecto de su lengua". "Ellos - dice - mendigan libros de otras partes."

Por lo que respecta a las mujeres españolas, Miguel Serveto no ve con buenos ojos que se perforen los lóbulos de las orejas con un aro de oro o plata, para prender del mismo, las más de las veces, alguna piedra preciosa, así como que rodeen su talle con un cinturón de madera, con el fin de parecer más pomposas, etc. En contraposición a ello, afirma que las francesas proceden con mayor sencillez. Tampoco es partidario de lo que hoy llamaríamos maquillaje de las españolas, por cuanto vituperas la deformación de su rostro a base de colirios, minio y cerusa, porque - añade - "son inferiores a las francesas en color nativo".

Como contrapartida, el sabio aragonés señala que los españoles alcanzaron algún nombre por su bélica fortaleza en muchas victorias ganadas al enemigo, destacando como personas sufridísimas de hambre, sed y trabajo en las batallas y muy astutas en las estratagemas. Tienen un cuerpo tan ligero que, con facilidad, huyen y persiguen al enemigo. A renglón seguido, apostilla que no consumen tanto alimento y bebida como los franceses y germanos, "a menos que sean invitados, pues entonces se llenan en los banquetes hasta la saciedad, porque para

ellos son raros los convites y los toman con mayor avidéz".

Finalmente, Miguel Serveto, hombre del Renacimiento cuya vida coincidió con la época áurea de los grandes descubrimientos y conquistas allende nuestros mares, termina su capítulo dedicado a España y su comparación con Francia haciendo notar que son numerosos los españoles en todo el orbe que se han dedicado a descubrir nuevas tierras, tanto hacia los confines meridionales del África, como en el extremo Oriente y, por descontentado, en Occidente, donde los "castellanos llegaron en pos de muchedumbre de islas, ricas en oro, que descubrieron y sometieron a su imperio".

Paso a paso, Serveto, siguiendo a Tolomeo, describe con infinidad de detalles las distintas partes de la vieja Europa. Continúa ahora con la Galia. Empieza el capítulo correspondiente analizando el nombre o significación de los galos, los cuales eran tenidos en otro tiempo en gran terror entre los romanos, griegos y asiáticos, tras la destrucción de Roma. Califica a la Galia como "Tierra feraz en hombres y en frutos".

Lo precedente le sumerge en un auténtico "retrato" del talante del pueblo galo, de su idiosincracia, de su hechura integral. He aquí sus palabras al respecto: "Si las costumbres de estos hombres deseas conocer, diré que tienen los galos mente ignea, pecho noble, son deseosos de novedades. Juvenal llama a los galos litigantes, y reciben este nombre porque promueven por la cosa más nimia litigio forense, lo cual los germanos y los españoles nunca hacen, sino coaccionados. Son alegres, animados e inclinados a los banquetes. Me atrevo a afirmar que hay más abogados, procuradores y escribanos en sólo la Galia que en diez Germanias y Españas".(51)

No satisfecho con ello, Miguel Serveto desea dejar bien claro el talante galo, en donde abunda la gente



de toga. A este respecto, muestra que no solo de abogados está llena Francia sino también de Profesores de todas las disciplinas, como la Academia de París, la tolosana que es madre de los jurisperitos y otras muchas, aunque la más ilustre de todas ellas es la de París, a la cual acudían en el siglo XVI estudiantes de toda Europa y en donde se podía aprender en profundidad Filosofía, Teología y las Artes Liberales en general.

No podía silenciar tampoco nuestro personaje tal anotación, por cuanto él, en plena adolescencia, fue enviado a la Tolosa francesa por su padre Antón Serveto alias Revés, Notario público en Villanueva de Sijena de la provincia española de Huesca, para que iniciase los estudios de Leyes, siguiendo así la tradición familiar de cursar estos estudios.(52)

Tras hacer referencia al número de dignidades eclesiásticas existentes en el siglo XVI en la Galia, hace mención escueta a otras dignidades y personajes nobiliarios, con lo cual finaliza este capítulo dedicado al país galo.

El capítulo siguiente lo dedica a la Germania y en el mismo sabe recoger lo más sustantivo de las distintas posiciones sobre el origen de los germanos. A la hora de encuadrarla en un marco geográfico, echa mano de Tolomeo y la sitúa entre los ríos Rhin, Danubio y Vístula. Tras dar un enfoque, también histórico, al tema, asegura que los soldados teutónicos sometieron a Prusia y otras partes de Sarmacia, tras lo cual se apoderaron del Imperio Romano, "no obedeciendo demasiado al Emperador".

Enumera Serveto con minuciosidad las producciones de este país. Pero resulta curiosa la descripción de su talante, de sus vivencias. "En la sociedad civil - dice - no riñen fácilmente los germanos, si no fuesen atacados por el vino, pues, entonces, arrojando primero las mesas, rompen la vajilla y finalmente pelean con puños y car-

chillos".

Se detiene a considerar la porción mayor de toda la Germania, Suavia. Al estudiar la misma, nos ofrece unos datos de sumo interés: "Por todas partes corren ríos clarísimos, todos los cuales desembocan en el Rin y en el Danubio. Toda la provincia goza de salubridad; posee ciudades celebérrimas, villas y magníficos castillos. Hay fortalezas elevadísimas, defendidas por la Naturaleza y por el Arte. Y - por lo que atañe a la religión cristiana - goza de bellísimos y riquísimos templos, colegios, monasterios de varias órdenes y de ambos sexos. Está adornada de basílicas e iglesias parroquiales..." (53)

Otro tanto hace en relación con Baviera, provincia de Germania. Tras situarla geográficamente, nuestro comentador, hombre religioso por excelencia, se fija en el talante cristiano de esta región de Germania. A este respecto indica que el Beato Lucio, Rey de Britania, fue el primero y después Roberto, para finalizar con Bonifacio, arzobispo maguntino, que enseñaron la piedad cristiana.

El estudio de Italia está sometido a un más riguroso examen por parte del geógrafo español. Tras su caracterización física y económica, hace un canto de sus excelencias como madre y maestra de muchas tierras, por su labor ejercida a través de su lengua y su conquistas. De ahí que le atribuya Serveto una celestial providencia, capaz de poner en concordancia a las discordantes lenguas, mientras supo suavizar las "costumbres de las gentes bárbaras".

En otro orden apunta que, entre los italianos, existe variedad. Los hay - dice - que se gobiernan por leyes pontificias, otros por leyes cesáreas, otros por leyes municipales. Algunas observaciones son curiosísimas, como la que hace mención a que uno de sus deleites consisten en <sup>que</sup> los nietos utilizan los vestidos de los tatarabuelos, los que éstos llevaron. Fingen perdonar las

injurias, pero si alguna vez tienen ocasión - apostilla - nadie se venga con más crueldad. Es posible que alguna de estas curiosas observaciones las recogiera nuestro polígrafo durante sus viajes por Italia, cuando se puso en contacto con el pueblo italiano. Era la época en que formó parte de la Corte del Emperador Carlos V, viajando "como un príncipe", como Secretario del Confesor del Cesar, Fray Juan Quintana. (54)

Sicilia, Cerdeña y Córcega son estudiadas a continuación pero de una manera breve, brevísima. Serveto se limita en esta ocasión a recoger la descripción de Tolomeo e intercala matices llenos de sentido y a veces un tanto pintorescos. Esto se produce al hablar de Cerdeña, en donde se produce - dice - una hierba, celebrada por muchos escritores y poetas, que "contrae la risa a los hombres y casi mata a los que ríen". Y, por último, sin salir de Cerdeña, añade: "Tiene Cerdeña fuentes calientes, que dan medicina a los enfermos y ceguera a los ladrones, si supersticiosamente tocasen sus ojos sus aguas". No olvida el sabio español de dar a su trabajo un sentido geográfico-histórico, es decir que no limita su acción a lo que podemos llamar estudio geográfico estricto. Lejos de ello, otorga al mismo un carácter histórico, situando a los distintos países en el contexto de su pasado histórico. A la hora de llevar a cabo este extremo, recurre con frecuencia a la anécdota, sin apartarse del texto suscrito por Tolomeo. En el caso de Córcega, atribuye a los ligures un origen determinado. Entonces nos habla de una mujer de nombre Córseica, que vio regresar a un toro de su rebaño, el cual apacentaba cerca del litoral, acostumbrando a pasar a nado, por intervalos, a la isla. Esta determinada mujer deseando saber dónde se encontraban los pastos desconocidos, cogió su navío y siguió al toro hasta la isla, donde conoció la fertilidad de la misma, isla que habrían de ocupar posteriormente los ligures.

Finaliza el estudio de Europa con Polonia, Hun-

gría, Tesalia, Macedonia y Acaia. Lo más destacable, tras los aspectos físicos del tema, es la peculiar división que hace del país polaco: La Polonia mayor y la otra Polonia que confina con Hungría y Rusia y que la conoce por la menor. La totalidad del Reino, que él dividió en cuatro regiones, es visitado por el Monarca todos los años en circuito: "cada una de ellas alimenta al Rey y a su cortejo durante tres meses. Por lo demás, si fortuitamente o por deliberación, permaneciere el Rey más tiempo en una parte del Reino, no se le debe nada más".

Fija Miguel Serveto su atención en Cracovia, ciudad célebre y amplísima, donde reside la corte. Las demás ciudades están poco limpias, sus casas están construídas - anota - de cascotes y barro. La gente - añade - es, en general, prudente y de mucha amabilidad hacia los huéspedes. Su literatura es mezcla de la gentil y de la griega.

Resulta altamente significativa la descripción que hace de Hungría. Dice así refiriéndose a la misma: "Ex-tiéndese el imperio de aquella gente - se refiere a sus habitantes - mucho más que el nombre de la tierra. Estaba esta tierra (como dicen los antiguos escritores) rodeada de nueve círculos, que en lengua germana llámanse Hegas, de los cuales cada uno era construído de postes de encina o de haya o de ambiego; de manera que de un margen al otro había 20 pies de espacio a lo ancho y otros tantos se alzaba a lo alto. Y toda la ciudad era rellena o de piedra durísima o de creta muy tenaz. La superficie de los valles mismos estaba cubierta con césped apretadísimo, entre cuyos confines había plantados arbustos, que cortados y empo-trados, las más de las veces echaban hojas y brotes. Y desde el primer círculo al segundo había 20 millas teutónicas, y desde allí otro tanto al tercero, y así hasta el noveno, aun cuando cada uno siempre era más reducido que el anterior. Dentro de estas construcciones de pueblos y villas, así formadas apenas se oye la voz del hombre desde la una

a la otra. Los edificios están defendidos por delante con robustos muros. Las puertas son estrechas para que, con ocasión de los robos, se pueda fácilmente entrar y salir por todas partes. Un círculo daba señales ciertas de cualquier cosa a otro mediante el toque de trompeta". (55)

Y, al lado del dato histórico, a veces un tanto legendario, desciende a detalles tales como que los varones abren los vestidos por arriba, llevando debajo una túnica de lino que asoma en las proximidades del cuello y los hombros, en donde aparecen adornos de seda y oro.

En relación con Tesalia, Macedonia y Acaia, nuestro comentarista hace unas puntualizaciones simples y cierra así su estudio en torno a Europa. De Tesalia dice que allí se hicieron las primeras monedas de oro y allí fue hallado primeramente el uso de domar a los caballos. En torno a Macedonia, hace mención a que en el famoso monte Olimpo no se sienten las nubes ni los vientos. Por último, de Acaia, provincia y ciudad del río Aqueo, anota que existe la piedra asbesto, "que una vez encendida, nunca se extingue".

El estudio de Africa lo divide en cuatro tablas. Entresacamos las ideas fundamentales. Tras la descripción física del continente africano, Miguel Serveto aborda lo que podemos llamar "talante geográfico" del continente. Hablando de sus habitantes dice que al principio tuvieron por alimento carne de fieras y hierbas, como si se tratara de ganados, y entonces carecían de costumbres, leyes y autoridades. Como no tenían residencia fija, entregaban el descanso sus cuerpos allí donde les sorprendía. Sin embargo, con posterioridad, se han hecho más suaves y cultos. En otro orden de cosas, enumera la serie de fieras que en el Africa se cultivan y cita, como hecho que parece singular, que Herodoto hace mención a que allí nacen asnos cornudos.

Respecto a Etiopía, no olvida de consignar que

es llamada así por Etíope, hijo de Vulcano, que la gobernó, como dice Plinio. De Egipto hace notar que nunca se vio llover sino que es fecundada por la inundación del Nilo. Añade que los egipcios fueron los primeros de todos que inventaron los nombres de los doce dioses. Es así que es creencia admitida por no pocos que inventaron los altares, los simulacros y los templos de los ídolos. "Las mujeres orinaban de pie y los hombres, sentados. Vulgarmente exoneraban el vientre en casa y comían en la calle!" Añade después que los egipcios dejaban crecer el cabello y se rapaban la barba. Amasaban el pan con los pies y el barro con las manos. Tras estos detalles, se introduce en la trascendencia de la sabiduría, leyes y costumbres de Egipto y cita, entre las personas que fueron a Egipto para aprender de los egipcios, a Orfeo, el poeta Homero, Museo, Melampodes, Dédalo, Licurgo el espartano y, por último, Solón, Platón, Pitágoras, Demócrito, Moisés el hebreo, etc."

Los temas de interés se suceden a lo largo de la versión de la Geografía de Tolomeo. En la primera parte del estudio de Asia - Tabla I - hace una especie de introducción al tema del estudio de esta parte del Mundo. En capítulos sucesivos o "Tablas" aborda los temas específicos del Asia, sobre todo de carácter humano. En este orden, comenta que existen varios portentosos lugares donde residen hombres de peculiares condiciones. Serveto se fija en uno de ellos que, según él, merece ser descrito. En él comenta que hay bárbaras mujeres, egregias en armas y en batallas, que se llaman amazonas. El lugar de referencia tiene una isla rodeada de toda clase de ríos, donde ellas - las mujeres - en número mayor de 200000 suelen habitar sin la compañía de los varones. Ellas, cuando en compañía de su reina, regresan vencedoras de las batallas, son adoradas por sus hombres, que ordinariamente moran fuera de la isla. Anualmente y con el fin de engendrar prole, se acercan a sus maridos y,

si conciben varón, lo alimentan por espacio de seis años y lo entregan a su padre. Si lo que conciben fuera hembra, se la guardan consigo. Cuanto más raramente cohabitán, tanto más fuertes y más hábiles resultan las mujeres para pelear. Esta historia fantástica recogida por el comentador Miguel Serveto es completada por otra no menos fantástica, que hace relación a otras mujeres asiáticas, que llevan vestidos "y usan armas de plata, porque allí carecen de hierro". Miguel Serveto, en estas ocasiones como en otras, recoge fabulosas "historias" de signo oriental y sabe dar, a la vez que un sentido un tanto humano a su descripción geográfica tolemaea, un carácter a veces hasta jocoso.

Al hablar de Armenia, relata que lo hace así por referirse a Armeo, compañero de Jason el tesalo, el cual, perdido el rey Jason y reunidas las personas dispersas, tomó Armenia. De ahí su nombre.

Famosas son las llamadas leyes de los babilonios. Enumeramos algunas de ellas que recoge Serveto: No habiendo entre los babilonios la costumbre de consultar a los médicos, dicese que aquéllos que se sintiesen afectados por una enfermedad debían acudir a los que ya habían superado la misma, los que les habrían de recomendar algún medicamento o práctica para curarla. Otra ley babilónica se refería a que los enfermos solían ser exhibidos en público, estando estipulado por la ley que los que alguna vez hubiese enfermado debían rodear a los afectados.

Los hechos humanos se suceden en la descripción de los distintos países asiáticos, combinando los datos rigurosamente históricos con aquellos otros fruto de la imaginación y la fantasía de los pueblos orientales, que recoge con toda nitidez el comentarista español.

Especial atención ofrece la Tabla o capítulo relacionado con el Océano Occidental o de la Tierra Nue-

va. Serveto trata este tema con sorprendente brevedad aunque comprensible hasta cierto punto. Serveto quiso visitar América, aunque al fin desistió de su propósito. Ello demuestra el interés que América le provocó. En su tiempo, por otra parte, no era conocida América como se conocía Asia. De ahí la brevedad con que estudia América, pese al interés que siempre le despertó el Nuevo Continente.

Miguel Serveto se limita en esta ocasión a relatar el viaje colombiano que produjo el gran descubrimiento del Nuevo Mundo. No ofrece mucho interés el relato, que comprendemos se hiciera en tal tono, en el que está escrito, por haber sido escrito precisamente a los pocos años del descubrimiento de América.

Serveto vuelve sobre sus pasos y vuelve a hablar de algunos países europeos, a continuación de lo anteriormente expuesto. Es así que se refiere a la Germania y en particular de las regiones de Bohemia, Sajonia, Franconia por un lado, de Hungría, Polonia, Prusia, Rusia y Valaquia; por otro, de Moscovia, de Bosnia, Servia, Grecia y Eslavonia y Grecia, de Tracia. Otro tanto podemos decir respecto a Turquía.

En el capítulo de Arabia, aunque referido inicialmente a los turcos, nos refiere una breve biografía de Mahoma, con algunas de sus ideas. A ello añade una referencia al pueblo turco. Tras anunciar el origen remoto y oscuro de los turcos, califica a éstos de vagos y dispersos, "por donde a cada uno le llevó su suerte, robando más que peleando, devastaron las provincias!" (56)

En la llamada Tabla de Tierra Santa, nuestro comentador describe la Tierra Santa como la Tierra prometida de Abraham, Isaac y Jacob, la tierra que "manaba leche y miel". Serveto relata con brevedad la historia bíblica referida a esta tierra y tras una sucinta exposición



de la misma, dice, finalizando este capítulo: "Sin embargo, has de saber, óptimo lector, que, por pura jactancia e injuria, se atribuyó a esta tierra tan gran bondad; pues to que la misma experiencia de mercaderes y peregrinos enseña que ella es inculta, estéril y carente de toda dulzura (comodidad); por lo cual, a la tierra prometida llámalas esperada; pero no la alabes en lengua vernácula". Este último párrafo, en que Serveto hace mención expresa a la esterilidad y sequedad de la Tierra Santa, constituyó uno de los cargos que sirvieron a Juan Calvino para acusarle, en el Prceso de Ginebra. Hemos de hacer notar que esta apreciación del sabio español corresponde con la realidad habida en su tiempo. Miguel Serveto respondió adecuadamente a Juan Calvino ante su acusación, rechazando los cargos que se le hicieron. (57)

La Tabla de la India Superior y de la Tartaria Mayor ofrece una vistosidad histórica. Los tártaros - dice - moran siempre en los lugares donde se encuentran los mejores pastos. La vida de los hombres se cierce en torno a la guerra y las mujres hacen todo lo demás. Su alimentación es a base de toda clase de carne, menos la humana. Beben leche de jumentos. Entre sus costumbres existen prácticas tales como el tomar por mujres a las consobriñas, nueras y parientas, no existe redención para los homicidas, aunque una persona <sup>no</sup> hiera a otra con la espada pero le amenace con ella, incurre en el delito de perder la mano; el que incurre en hurto recibe del herido siete azotes con un bastón de pinchos y a medida que avanza el hurto, los azotes ascienden de siete en siete. En el caso de que el ladrón sea notable - persona importante - incurre en pena de muerte, a no ser que restituye nueve veces lo sustraído . Detrás de la provincia de Alcán, donde está el monte en que son enterrados todos los grandes Khan, aparece una extensión de terreno, cuyas gentes - dice nuestro comentador - son salvajes y están sometidos a los tártaros.

A través de su descripción, relata que a tres jornadas del Ergonil, el gran Khan tiene un jardín de 15 millas y junto al jardín tiene este magnate nada menos que 10000 yeguas, cuya leche nadie bebe sino el gran Khan y sus parientes. Menciona la existencia de 2000 monjes en uno de los monasterios que se proliferan en el lugar, los cuales ayunan continuamente a pan y agua y viven con una austeridad y aspereza incomparables. En contraposición, el gran Khan vive fastuosamente: "Cuando ha comido el gran Khan, sus servidores y coperos, que todos son varones, tienen sus bocas tapadas con un paño de seda o de oro, para que su aliento no dé asco al señor".

El polígrafo español finaliza su versión con comentarios de la Geografía de Tolomeo con la llamada Tabla neoterica de Creta o de Candia. Empieza describiendo a Creta, llamada también Candia, tomando datos suministrados por Strabon. Tras unas atinadas reflexiones sobre la evolución histórica de la isla, a través de sus hombres más representativos, hace, como de costumbre, una referencia expresa a los aspectos humanos de la misma, incidiendo en los mismos con gran pulcritud de detalles: Los varones celebraban entre sí públicos convites, celebraban vulgarmente una danza que llamaban pírrica y que consistía en un salto en que se doblaba el cuerpo, con el cual se eludían los dardos y saetas. Las vírgenes, reunidas en grupo, ejercían el derecho de elegir el esposo. Termina Miguel Serveto aludiendo a la costumbre de los cretenses de señalar con piedra blanca los días que les resultaban alegres y risueños y con piedra negra aquellos otros días que eran para ellos molestos y tristes. Añade, por último, que esta costumbre es atribuida por muchas personas a los tracios.

Hasta aquí, en rigurosa síntesis, lo más sustantivo del pensamiento servetista en el orden geográfico y, por lo tanto, su obra geográfica. Ocho libros o quizá podamos decir mejor ocho grandes capítulos, a veces no

clara y suficientemente diferenciados, recopilados por Miguel Serveto (Miguel Villanovano) y que recogen los ocho libros de la Narración Geográfica de Claudio Tolomeo Alejandrino. En realidad, la versión de Serveto sobre la base de la versión de Pirckheimery, viene a constituir un libro con los mencionados capítulos más otras acotaciones y derivaciones que supo introducir el mencionado sabio español. Estamos ante una nueva edición, corregida y aumentada de la obra de Tolomeo con una serie de modificaciones sustanciales, que hicieron de la obra del geógrafo alejandrino prácticamente una nueva obra. Serveto se despachó su trabajo con gran diligencia y sobre todo con gran erudición. A pesar de la apariencia del estudio en cuestión de nuestro Serveto, éste tuvo mucho de creador y de personal aportación, hasta el punto de que no ha faltado algún estudioso de nuestro sabio que ha visto en este trabajo la primera muestra histórica de lo que luego ha dado en llamarse Geografía Comparada. (58)

Nicasio Mariscal y García de Rello, refiriéndose a la versión servetiana de la Geografía de Tolomeo, dice "lo que hizo - se entiende Miguel Serveto - a la perfección, corrigiendo muchos errores hasta del mismo Tolomeo y de su traductor latino, Bilibaldo Pirckheimery, enriqueciéndola con notas y escolios de un gran valor científico y literario, y haciendo, en fin, una de las mejores ediciones que se conocen del famoso geógrafo de Alejandría." (59)

Por su parte, José Barón y Fernández, se expresa en este orden: "El Tolomeo de Serveto constituye una aportación fundamental del siglo XVI. Así se viene reconociendo. Y, después, añade: "Se puede afirmar que no es posible abordar un estudio serio de los conocimientos geográficos del siglo XVI, sin estudiar esta obra". (60)

El amor de nuestro compatriota a los viajes prueba sin duda su natural inclinación a los estudios geográ-

ficos. Sus numerosos viajes por tierras y ciudades de Europa le permitieron hablar, como testigo ocular, de los países civilizados. Es así que, mediante ello, comparó gentes con gentes, tierras con tierras, intentando y consiguiéndolo que su lectura se realizara mil veces en el mismo libro de la Naturaleza y de la vida. Ello no obsta para que su inclinación por los clásicos presentase como un hecho singular en su labor investigadora. También se nos muestra con entusiasmo cerca de las tierras y mares descubiertos, hasta el extremo de que pensara pasar al Nuevo Mundo.

En la obra geográfica de Serveto se palpa el noble afán de estudiar y comentar y, por lo tanto, conocer la obra de los clásicos geógrafos de Grecia y Roma. Un espíritu mediocre y un tanto dependiente se hubiera limitado a reproducir la versión de Biribaldo Pirckheimery de la obra de Claudio Tolomeo, entonces en tan boga. Sin embargo, lejos de ello, compara entre sí los diversos manuscritos y depura el verdadero sentido de los pasajes difíciles, con la ayuda de su erudición histórica, humanística y geográfica. Y esto hace con paciencia de benedictino, demostrando a la posteridad que no gustaba de los senderos trillados y que su mirada se dirigía a lo lejos, como correspondía a su agudo entendimiento.

Su honestidad de investigador se observa en la versión de la Geografía de Tolomeo. Coteja ejemplares y demás noticias que entonces se conocían, ratifica lo derecho y positivo, rectifica errores y, como resultado de todo ello, introduce anotaciones al margen de su obra para no violar el estilo de Tolomeo. Serveto comprendió la relación de todas las ciencias, llegando a dominar los aspectos científicos de nuestra existencia. En lo tocante al tema geográfico, sabe amenizar sus descripciones con hechos históricos, que nosotros hemos hecho notar a la hora de exponer el contenido de su obra, dando un se-

llo didáctico a la exposición doctrinal. También incluye en su obra aspectos literarios, algunos de ellos de signo anecdóticos, destacando las motivaciones humanas de los distintos pueblos que estudia y que nosotros también hemos querido resaltar en la exposición de sus ideas geográficas. Es de señalar que todo ello lo hace Miguel Serveto con brevedad, dejando caer sus observaciones de carácter humano por doquier, como el que no quiere la cosa.

El geógrafo español presenta, a través de su obra geográfica, su profunda admiración hacia los descubrimientos geográficos de sus compatriotas. Sin embargo, todo parece interesar a Serveto: El planeta con sus mares y tierras, el cielo con sus soles y mundos, el hombre y su fisiología, el espíritu y sus facultades, Dios y sus atributos, la comunicación del alma con el cuerpo, las emociones, la luz en el Universo, la sangre en el cuerpo. Parece imposible que un hombre, sin ayudas ni favoritismos, pudiera conocer tantas tierras, habitar en tantas ciudades, imprimir tantos libros.... Estas tierras, estas ciudades, las gentes que conoció acá y allá supo detectar en su obra geográfica. Cuando estudia el contexto del Nuevo Mundo, protesta de que recibiera el nombre de América, lo cual es un acto de patriotismo. Insistimos: El español Serveto gustó de ver diversas tierras y tratar con numerosas gentes. Parece como si quisiera leer en el mismo libro de la vida. Ser secretario de Fray Juan Quintana, confesor del Emperador Carlos V, supuso para él viajar por Italia y Alemania. Ello le permitió comparar gentes con gentes y tierras con tierras en su empresa geográfica, en su versión de la obra del sabio alejandrino.

Se desprende de esta, su obra, lo que podíamos llamar "curiosidad geográfica", curiosidad que le allegó al conocimiento de la psicología de los distintos pueblos, los que supo comparar entre sí. Al hablar de España, no dice : "Descripción de España" sino "De España y su comparación con Francia" (Hispania et de ius ad Galliam com-

paratione). Paralelamente a lo expuesto, supo realzar los pensamientos más significativos, frente a la pedantería de muchos escritores antiguos y modernos. Su sagacidad le lleva a comprender el pensamiento completo de Tolomeo y salvar las lagunas en que incurriera Biribaldo Pirckheimery en su edición de 1525. Lejos de imitar a éste, que trata de justificar sus errores atribuyendo éstos a Regiomontano, quien colocó notas a su estudio, con lo cual intenta sacudirse la responsabilidad de no pocos errores, Serveto, que pudo hacer lo mismo, tuvo el buen acierto de revisar con todo detenimiento todas las descripciones geográficas. Sebastián Munster resume su juicio, en orden a la obra geográfica de Serveto, con estas elocuentes palabras: "Solo el perspicacísimo Miguel Villanovano ha salvado todas las equivocaciones". Es indudable que la obra de Miguel Villanovano al respecto constituye la antesala de otras realizaciones muy notables en este campo, entre las que anotamos a los frutos cosechados por hombres de la altura de Varenius, Ritter, Humboldt y Ratzel.

En un orden metodológico y como escritor, Miguel Serveto se distingue por la sobriedad, rara virtud en los comentaristas, propicios a la prolijidad, a la excesiva admiración o al afán de mostrar erudición y sutileza. Dos palabras, dos renglones, bastan, a veces, para aclarar, realzar o completar el pensamiento de Tolomeo. Su metodología es amena, metodología que supo crear. Desea que la lectura de su obra resulte agradable y para ello sabe relacionar los nombres de las ciudades con sus denominaciones antiguas, adaptándolas al lenguaje de su época. Serveto va a la amenidad y comprensión sin menoscabo de la integridad científica. El hecho de que escribiera su obra en latín, lengua que "pocos leen y menos la entienden", según dijera el humanista contemporáneo de Serveto, Pedro Simón Abril, se entiende que haya tenido pocos adeptos.

"Servet hizo un trabajo admirable para su tiempo"  
(61). Obra maestra de tipografía y erudición la llama

Dardier. Por su parte, Henri Tollin, a la vista de su labor geográfica, no dudó en otorgarle el honroso título de "padre de la Geografía Comparada". (62) Por su parte, Menéndez Pelayo hace observar que Miguel Serveto enmendó muchos grados de longitud y latitud geográficas, no olvidando además de añadir numerosos "scolios", tan necesarios a la obra de Tolomeo. Mediante esta labor, hace alarde de haber practicado una concienzuda lectura de los historiadores y poetas antiguos y de poseer un conocimiento profundo de las distintas lenguas. Ello le permitió el establecimiento de una correspondencia de los nombres antiguos de las regiones, montañas y ciudades con los nombres modernos, en torno a los idiomas francés, italiano, alemán, castellano, etc. Hace observar también Menéndez Pelayo el tipo de descripciones que hace el español: descripción del aspecto físico de cada país, costumbres y género de vida, contribuyendo mediante ello a divulgar las noticias que, sobre las Indias Occidentales, contenían los libros de Pedro Martir de Anglería, Simón Grineo, Sebastián Munster, etc. (63)

La obra geográfica del español, lejos de quedar perdida en el olvido, fue incorporada a la Geografía del Renacimiento. En la versión del Tolomeo de Serveto, se inspiraron eruditos de los siglos XVI y XVII. El Tolomeo de Miguel Serveto - dice José Barón y Fernández - constituye una aportación fundamental del siglo XVI. Así se viene reconociendo. Y añade después: "Se puede afirmar que no es posible abordar un estudio serio de los conocimientos geográficos del siglo XVI, sin estudiar esta obra". (64)

Dos fueron las ediciones de la Geografía de referencia. Ambas fueron publicadas, la primera en 1535 y la segunda en 1541. La primera lleva el pomposo título: Claudii Ptolemaei Alexandrini Geographicae enarrationis libri octo. Ex Bilibaldi Pirckeymheri translatione, sed ad graeca prisca exemplaria a Michaelae Villanovano iam

primum recogniti. Adiecta insuper ab eodem scholia, quibus exoleta nomina ad nostri seculi more exponuntur....  
Trechsel Fratrum. M.D.XXXV. En esta primera edición, Miguel Serveto, sobre la base de la versión de Bilibardo Pirckeimherry, realiza la tarea que hemos venido apuntando, cotejada con los antiguos ejemplares griegos. La segunda edición aparece dedicada a su noble y dilecto amigo Pedro Paulmier, antiguo discípulo suyo en las clases que impartió Serveto en la Universidad de París. Más tarde, Pedro Paulmier, Arzobispo de Viena del Delfinado de Francia, le brindó su palacio para que residiera en él. El sabio español aceptó el ofrecimiento del Arzobispo y en dicho palacio residió durante doce años como médico de cámara, los doce años más felices quizá de su vida, y en donde pudo preparar con tranquilidad su gran obra teológica. De ahí la dedicatoria de esta edición del Tolomeo. La dilatada dedicatoria se inicia con las siguientes palabras: "Amplíssimo, Illustríssimoque ac Reverendíssimo D. Domino Petro Palmerio, Archiepiscopo et Comiti Viennensi Michaël Villanovanus S.D."

El sabio español, cuya laboriosidad se pone a prueba durante toda su vida, siente una gran devoción por su amigo y protector Pedro Paulmier. "Justo es, pues - dice en dicho prólogo - que Tolomeo, que antes te tuvo por discípulo, te reconozca ahora por patrono. ¿Ni a quien se ha de dedicar un Tolomeo, corregido en Vienne, sino a tí, señor de los vienenses y aficionado a este autor?".

La obra se imprimió en Vienne aunque el editor, Hugo de la Porte, residía en aquel tiempo en Lyon. Esta aclaración formulada por Eloy Bullon Fernández (65) sirve para aclarar el tema del lugar de impresión de esta edición, ante el confusionismo de algunos autores que sostuvieron que el libro se editó en Lyon. Es así que el mismo Miguel Serveto, a renglón seguido de la mencionada dedicatoria, hace referencia al editor-librero de Lyon, Hugo de la Porte, a quien califica de editor rumboso,



pues no perdonó gasto alguno para que el libro resultase lo más perfecto posible: "Calcar insuper adiecit exhortatio Hugonis a Porta, bibliopolae Lugdunensis, viri de re tota literaria quam optime meriti, qui nullis pepercit impensis, ut Claudius noster Ptolomaeus, quoad eius fieri possit, a mendis, quibus, scatebat, emacularetur". El título de esta segunda edición, en síntesis, es el siguiente: "Claudi Ptolemaei Alexandrini Geographicae enarrationis, libri octo..... a Michaele Villanovano secundo recogniti.... prostant lugduni apud Hugonem a Porta. M.D.XLI". Tanto la edición de 1535 como la de 1541 se llevaron a cabo en la imprenta de los Hermanos Melchor y Gaspar Treshsel.

El tamaño de la edición última es un poco menor que la anterior. Sin embargo, la paginación de una y otra es la misma. El índice de la edición de 1541 es más práctico que el de la anterior. La de 1541 recoge un mayor número de "scolios" y correcciones del más diverso género. Ambas ediciones contienen el mismo tipo de mapas. Por último, al final del prólogo, figuran unos versos que completan la segunda edición. He aquí los versos, tal y como aparecen en la obra de Serveto:

"Si terras et regna hominum, si ingestia quoque  
Flumina, coeruleum si mare mose iuvat  
Si montes, si urbes populoque opibusque superbs,  
Huc ades, hoc oculis prospice cuncta tuis".

Probablemente estos versos tengan su origen en el mismo Miguel Serveto. No hay razón alguna para desechar esta hipótesis, aunque a lo largo de la vida de Serveto no conocemos ninguna otra manifestación literaria de este carácter.

Son muy escasos los estudios que, tanto dentro como fuera de España, han sido dedicados al conocimiento de la personalidad geográfica de Serveto. Mientras los trabajos sobre la vida y muerte del malogrado español han pro-

liferado acá y allá y los relativos a su personalidad teológica y médica son frecuentes, no ocurre otro tanto por lo que se refiere a la obra y significación geográfica del ilustre Villanovano, o lo que es lo mismo del ilustre hijo de Villanueva de Sijena de la provincia española de Huesca.

Gran aprecio se dispensó a Tolomeo en la Edad Moderna, aprecio "solo comparable al prestigio de que gozaron Séneca, como moralista, y Tomás de Aquino, como teólogo. (66) Era Tolomeo, en aquella época, el geógrafo por excelencia o, como solía llamársele, el "príncipe de los geógrafos". El mismo Serveto, en el prólogo de su primera edición de la Geografía de Tolomeo se expresa así: "Fuit Strabone, Plinio et Pomponio Mela posterior, sed qui illos et priores omnes in geographico artificio facile superavit", o lo que es lo mismo: "Fue posterior - se entiende Claudio Tolomeo Alejandrino - a Strabon, Plinio y Pomponio Mela, pero superó facilmente en el arte geográfico a todos aquellos perdedores suyos".

Numerosas obras de caracter geográfico que se escribieron durante los siglos XV y XVI se inspiraron en el "Tolomeo". En 1533, se publicaba el texto griego en Basilea, por Erasmo. Sin embargo, las versiones de la obra en latín se había ya proliferado.

El renombre adquirido por la inmortal obra de Tolomeo en la Edad Media fue heredado en el Renacimiento. Se creía encontrar en la Geografía del geógrafo alejandrino rigor en las mediciones geográficas, rigor que el tiempo se encargó de demostrar que no existió. El epíteto de "divino", con que se bautizó al sabio alejandrino, llegó incluso al Mundo árabe y las ideas astronómicas pasaron a tomar parte de la cultura arábica. De un modo especial influyó la gran "Síntesis astronómica", que los musulmanes llamaron Almagesto, obra del signo del Tolomeo, en que su autor venció a sus predecesores.

Numerosas con las reimpressiones que se han realizado de la Geografía de Claudio Tolomeo, durante los siglos XV y XVI. Sin ir más lejos, en 1475, 1482 y 1486 se realizaron sendas reimpressiones, algunas de ellas sin mapas. Anotamos entre ellas la de Giacomo d'Angelo; d'Angelo tradujo al latín los ocho libros de la Geografía de Tolomeo. En Estrasburgo, en 1513, aparecía de nuevo el Tolomeo con la participación de varones doctísimos, entre los que cabe destacar al famoso Waldseemüller. Al año siguiente, se imprimía en Nuremberg la versión por Werner. Sin embargo, el gran humanista alemán Biribaldo Pirckheimery publicaba en 1525 una nueva versión de dicha obra, que alcanzó mucho éxito sobre todo en Alemania. Hacía falta, sin embargo, una depuración comparativa de los diversos códices, a fin de establecer el texto primitivo, tal y como había salido de las manos de Claudio Tolomeo. (67)

Esta ímproba labor quedaba reservada al claro entendimiento de Miguel Serveto. Lejos de repetir la versión de Biribaldo, se dedicó a depurar los diversos manuscritos, buscando el verdadero sentido de los pasajes, perfeccionando en todo caso la versión del humanista alemán. Con esta labor se acreditó como un gran helenista. Habiendo advertido algunos errores en su primera edición de 1537, se dedicó con gran entusiasmo a la preparación de la segunda edición que, como hemos dicho, apareció en Vienne en 1541. El trabajo realizado por el geógrafo español fue extraordinario.

Una de las innovaciones fue la de señalar la correspondencia entre los nombres citados por Claudio Tolomeo y los nombres modernos. Debajo o al margen de los nombres de regiones, ciudades, ríos o montes, colocó la nueva denominación. Cuando una ciudad del tiempo de Tolomeo había desaparecido, tuvo muy en cuenta la edificada en su lugar o en sus cercanías y señaló este hecho, dando el nuevo nombre a la población surgida. Se sirve de la lengua materna, hizo las cosas de tal manera que, "hablando a los franceses les hablo en francés,

de los italianos, en italiano, y de los españoles, en español". Conviene añadir que Serveto habla de estos países por conocimiento de los mismos. El mismo habla de haber visitado dichos países. Interesa resaltar que Serveto colocó en su obra una serie de escolios, que constituyen el comentario de su autor a los distintos temas tratados.

En cuanto a los escolios que hace sobre España y su comparación con la vecina Francia, no siempre son coincidentes con la realidad española del XVI. Ello suscitó diversas reacciones en los comentaristas. Eloy Bullón exclama al respecto: "¡Lástima que Servet afease la realidad española con un retrato poco halagüeño!" Y, después, añade: "Ello es digno de censura, no porque señalase defectos, ya que esto es lícito y patriótico, sino porque algunos de los que atribuye no existen sino en su imaginación. Menos mal que a vuelta de llamarles inhospitalarios, taciturnos, supersticiosos, ceremoniosos, indocitos y otras lindezas, les reconoce ánimo inquieto y emprendedor de cosas grandes - "Inquietus est et magna moliens hispanorum animus".- (68)

No han faltado escritores hispanos que, guiados por las palabras al respecto de nuestro compatriota, le han apellidado apátrida. Otros, por el contrario, lo han llamado "español universal". "Es evidente - escribe José Barón - que la estampa general que de los españoles ofrece Serveto no es muy lisonjera. Ello ha sido criticado a lo largo de los siglos y sigue censurándose, especialmente por los patrioterros, más atentos a la fidelidad al tópico que a la proclamación de nuestros defectos, cuyo conocimiento puede abrir el canal a la enmienda. Pero la crítica, sin más adjetivos, si se apoya en el fundamento efectivo, no solo no merece censura sino agradecimiento. El juicio de Serveto sobre los españoles es, en general, auténtico, salvo algunas excepciones que se justifican por el variado mosaicos de nuestro solar...." (69). Como contrapartida, no olvidó su ilustre autor de incluir el

mapa de España, tanto en la edición de 1535 como en la de 1541.

José Barón Fernández señala que el juicio sobre los españoles y su comparación con los franceses derivó en un incidente entre el cosmólogo alemán Sebastián Munster y el humanista portugués Damián de Goes. Es así que el primero había publicado en Basilea en 1540 una edición de la Geografía de Claudio Tolomeo, en la que se hacía observar el plagio de que había sido objeto la versión servetiana de la obra de Tolomeo y, por lo tanto, la comparación entre españoles y franceses formulada por Miguel Serveto. Como quiera que no indicara su procedencia, Damián de Goes publicó un folleto en 1541, cuya impresión se llevó a cabo en la ciudad de Lovaina y en la cual se refutaban los juicios de Serveto plagiados por Munster. Al final, Sebastián Munster declaró que el autor era Miguel Serveto, en frase suya "Miguel Villanovano".

Respecto a la descripción de la Tierra Santa, ya hemos insinuado que Serveto deslizó sus afirmaciones en el sentido de que se "trata de tierra seca y estéril", noticia que recibió el sabio español de viajeros y mercaderes. Estas afirmaciones sirvieron de argumento a Calvino para volver sobre el español en el Proceso de Ginebra. (70) Conviene aclarar que las afirmaciones de Serveto no constituyen ataque alguno contra el Pentateuco. Si en la edición de 1535 el aragonés se guía por las noticias de comerciantes y viajeros que acudían a Palestina, en la siguiente edición suaviza su descripción de la Tierra Santa. Parece como si Miguel Serveto hubiera presentado que lo afirmado al respecto en la primera edición le comprometía, por lo cual no lo introdujo en la edición segunda, lo que no fue obstáculo para que el Tribunal le condenase, pese a que la descripción de Pa-

lestina en la segunda edición no da pie a ningún tipo de acusación malévol. Es así que, en la segunda edición, nuestro Serveto, al estudiar Palestina, dice textualmente: "Fénix, hermano de Centeno, que reinó en Sidón, llamó a la región Fenicia. Esta es fértil y buena..." No había, por lo tanto, argumento alguno ni culpabilidad posible por parte del español.

Las descripciones que hace nuestro autor dan a la obra colorido y amenidad y reflejan un tanto el temperamento del autor. Con frecuencia, recurre al método comparativo. Ello no lleva necesariamente a la concesión del honroso título de creador de la Geografía Comparada, como dejó escrito Henri Tollin. El método comparativo no es creación de Miguel Serveto y fue utilizado mucho antes por Polibio, Erastótenes y sobre todo por Estrabón. Vemos, eso así, en nuestro Serveto un honroso precursor de la Geografía Científica, creación que había de ser una realidad en el siglo XIX con Humboldt y Varenius, verdaderos maestros del método comparativo de la moderna Geografía Científica.

Conviene resaltar que la Geografía de Tolomeo, puesta al día por el español, es todo un acontecimiento renacentista. Como tal, vuelve los ojos a la ciencia de los antiguos, exhumando la ciencia de la Antigüedad clásica, mientras otorga al hombre un lugar de preeminencia en el contexto complejo e integral de la ciencia geográfica. Por doquier aparare el hombre en sus múltiples vertientes, en sus realizaciones económicas, culturales, en sus vivencias todas. Si hemos de destacar algo sustancial a la Geografía de Serveto es el "culto" que tributa al hombre, colocándolo en el centro de la realidad toda terrena. En su lugar, al analizar las partes de su versión geográfica, hicimos hincapié en la fecundidad de este fenómeno de la obra geográfica servetiana. Podemos arguir sin temor a equivocarnos que, la simple lectura de la

obra servetiana, nos da pie para que, por encima de la simple descripción de los meridianos, paralelos, distancias, mapas, etc. flotan las aptitudes, los hábitos, el temperamento, las costumbres, el folklore, etc. de los hombres de los distintos países y regiones. Sus observaciones, como dijimos anteriormente, rayan en lo anecdótico y verdaderamente curioso. Hasta tal extremo, el geógrafo Serveto se fijó en la hechura de los hombres de los distintos países que, tan pulcramente, describe.

Un observador de la obra servetiana poco experimentado, que no sea capaz de "situarse" en el contexto del siglo XVI, con facilidad hará una crítica quizá basada en criterios actuales. Nada más erróneo. Encontrará este observador que los montes de los mapas incluidos en la obra adolecen de dimensiones exageradas cuando no resultan burdas e incoherentes con la moderna cartografía. Sin embargo, un atento estudio comparativo de la cartografía del siglo XVI con la de nuestra época nos presenta lo acertado de la cartografía de aquellas realizaciones servetianas, tomando como determinante la escala de valores de la época. No es de sorprender, por ejemplo, que la situación de una ciudad determinada en la descripción servetiana no coincida exactamente con la que hoy admitimos, por la perfección que en nuestro tiempo han alcanzado las mediciones, las curvas de nivel, etc. cosa que en la época que estudiamos no era posible, dado el progreso logrado en aquel tiempo, naturalmente muy distante al del siglo que hoy vivimos.

Concluamos: La obra geográfica de Miguel Serveto fue fecunda para su tiempo. Sus aportaciones siguen hoy en pie, con las consiguientes rectificaciones propias de la evolución de la ciencia geográfica. Ello ha merecido para el ilustre español un puesto preeminente en el campo de la evolución de la Geografía moderna y, por lo tanto, de la Geografía científica.

Durante el siglo XVI, la Astrología era una materia aneja a la profesión médica. Por lo que se refiere a nuestro personaje, sabemos que desde 1537 se encuentra en París. El 25 de Marzo de dicho año se matricula en la Facultad de Medicina de la capital de Francia, (71). Allí, mientras estudia Medicina, ingresa en el Colegio de los Lombardos, con el fin de conseguir recursos para subsistir. En el Colegio de los Lombardos explica Matemáticas y, como anejo a las mismas, Astrología, Astronomía y Geografía. La aceptación que tuvieron los cursos organizados por el profesor y al mismo tiempo alumno universitario Miguel Serveto en París debió ser unánime. Entre los concurrentes a los cursos figuraba Pedro Paulmier, futuro Arzobispo de Viena del Delfinado de Francia y que, con el tiempo, sería su gran protector y amigo.

Vemos, por lo tanto, introducido a nuestro personaje en el tema de la Astrología. Durante uno de los cursos, pronosticó la aparición de guerras y otras calamidades, mientras hacía una defensa denonada de la Astrología judiciaria. Pronosticó un eclipse de Marte y, en efecto, el día 13 de Febrero de 1538 se producía el eclipse de Marte por la Luna. Resulta altamente significativo que el eclipse de referencia fue confirmado por el profesor Tacchini quien demostró que el tal fenómeno se produjo desde el 13 de Febrero del mencionado año y 13 horas, 9 minutos y 21 segundos.( 72). Durante los cursos públicos y en el transcurso de los cursos privados, Serveto se refirió de un modo claro y reiterado a la gran influencia de los astros en el hombre.

Miguel Serveto, estudiante desordenado y aventurero, que saltaba de una materia a otra, de un país a otro, pretendía ver y escudriñar todo, sin someterse a la disciplina de la organización académica y al magisterio, en mil ocasiones más solemne que provechoso. De ahí que desembocara en la Astrología como lo hiciera en la Geografía,



en la Medicina, en la Terapéutica, en la Teología. En sus lecciones, Miguel Serveto se refiere a la Astrología judicial, la cual estaba castigada severamente en aquella época, incluso con la pena de muerte en la hoguera. Lógicamente, esta actitud de nuestro sabio tenía que chocar con las autoridades encargadas de velar por el cumplimiento de las leyes. Y, en efecto, la jerarquía académica intervino con el fin de evitar que continuase desarrollando el curso.

Era entonces Decano de la Facultad de Medicina de París el cirujano Juan Tagault. Tagault incoó ex-al profesor español que, como ya sabemos, era también estudiante de la Facultad de Medicina mencionada. Hagamos un breve inciso: La libertad de enseñar era total en aquel tiempo. Cualquiera persona, sin distinción de nacionalidad y titulación, podía abrir cátedra. La universalidad del Latín ayudaba al logro de una real libertad de enseñanza. Así se comprende que nuestro Serveto, sin ayudas ni protecciones, con el bagaje de su cultura y clara inteligencia, abriera cátedra en París, mientras compartía esta actividad con la de estudiante de Medicina. Otros muchos estudiantes pudieron hacer cosas semejantes, recorriendo Europa y enseñando en las distintas Universidades del viejo continente. El Decano de la Facultad parisina arremetió denodadamente contra el español. Los hechos se desarrollaron así:

Miguel Serveto recibió con mucha parsimonia la denuncia del Decano. Para entonces, ya había cambiado su nombre por el de Miguel Villanovano - Michael Villanovanus - a raíz de sus primeras publicaciones teológicas en Hagenau en 1531 y 1532 (De Trinitatis erroribus libri septem y Dialogorum de Trinitate libri duo, respectivamente). El Decano tuvo mucho interés en llevar adelante el proceso, por la "insolencia" mostrada por el estudiante español cerca de su persona y por la predicción un tanto nefasta del eclipse del 13 de Febrero de 1538.

El curso de Astrología fue clausurado, por orden del Decano Tagault y por el claustro de la Facultad. El Decano llamó la atención de Miguel Serveto sobre su postura relacionada con la Astrología, a lo que éste contestó con gesto molesto y no acorde con la disciplina académica entonces imperante, actitud que molestó grandemente al Decano. (73). He aquí unos fragmentos de dicho texto, los cuales recogen los hechos acaecidos con motivo de este grave incidente, que pudo costar a Miguel Serveto la muerte en la hoguera.

"Cierta estudiante de Medicina, Michael Villanovanus, de nacionalidad hispana, según dice Navarro, aunque hispanos sus progenitores, durante algunos días del año de 1537, explicó lecciones de Astrología judiciaria o bien de adivinación en París; abandonó esta actividad al oír que la Astrología judiciaria había sido condenada por doctores médicos en París, tanto en público como en controversias privadas. Por ello, se indignó y mandó el dicho Villanovano que se publicase un folleto titulado Apología, en la cual atacaba a varios médicos y al Colegio de médicos de París."

"Serveto, agrega el Decano de la Facultad de Medicina, había predicho guerras, pestes y dificultades para la Iglesia. Como Decano le conminó a dejar este camino de la Astrología y a que dejase de imprimir su Apología. Villanovano hizo caso omiso de la advertencia, pese a las amenazas que le hizo el Decano, cuando salía de hacer una disección en unión de otro compañero. Cuando se distribuyó la Apología, afirma el Decano que, cogiendo un ejemplar, lo llevó a la autoridad superior, para que se prohibiese su venta, mientras presentaba su denuncia al Procurador general del Rey. Se ordenó a Villanovano que al día siguiente compareciese ante la curia, lo que hizo de una manera desconsiderada, mientras el Decano pidió la adhesión de cada una de las Facultades, lo que le fue concedido. Entonces, Villanovano envió emisarios como mediadores. A ello aceptó el Decano, a condición de que reconociese su error".

A continuación, el texto recoge la jactancia con

que Miguel Serveto respondió a la actitud del Decano. Y, tras ello, dice el texto: "El Decano solicitó la ratificación de la adhesión de las Facultades, lo que le fue concedido y además le nombraron Delegados con dos abogados, Seignier y Le Febure".

Continúa el texto con las grandes vicisitudes y pormenores del proceso. El Doctor Seignier habló defendiendo a la Universidad. También lo hizo, por la Facultad de Medicina, Le Febure. Por último, Marillac lo hizo en favor del estudiante Serveto. La sentencia consistió en que la prohibición de profesar la Astrología judiciaria en París, prohibiéndole también en que atacase a los médicos de París, tanto verbal como por escrito, bajo pena de multa arbitraria o de cárcel. No contento con ello, la Facultad de Medicina solicitó el concurso del Parlamento de París, cuyas funciones eran judiciales y no legislativas, a fin de que prohibiese la Apología.

El 18 de Marzo de 1538 se vió la causa en el Parlamento de París, proceso conocido por "Contra Astrología judiciaria". Se acusa a Miguel Serveto de hacer adivinación sobre la naturaleza de los hombres, sobre su aventura y su fortuna. Se presentó demanda a la Corte para que en lo sucesivo, ni en público ni en privado, Miguel Villanovano o sea Miguel Serveto se abstuviese de explicar Astrología judiciaria y de publicar su Apología. Ante este requerimiento, la audacia del español se puso de relieve, por cuanto mandó publicar su folleto, su Apología con la mayor diligencia. La Corte dispuso en última instancia que el procesado hiciera, por retirar todas las Apologías, las gestiones pertinentes, tanto de los libreros y otras personas como de los impresores, enviándolas al escribano mayor para que haga con las mismas lo que estime conveniente. Al mismo tiempo, encomienda a Miguel Villanovano obedecer y reverenciar a la Facultad y sus doctores "como un buen y notable discípulo debe a

sus maestros y preceptores, prohibiéndole hablar y escribir contra la Facultad o los dichos doctores cosas injuriosas". Recomienda también a la Facultad y doctores tratar amigable y dulcemente a Miguel Villanovano, "como los padres a sus hijos". Otras prohibiciones encerradas en la sentencia se refieren a que Miguel Serveto no debe estudiar los influjos particulares de los cuerpos celestes, so pena de ser privado de todos aquellos privilegios concedidos por el Rey a los escolares, aunque puede hacer profesión de la Astrología para la observación del tiempo y de otras causas naturales. Prohíbe también a los impresores y libreros vender o imprimir y también exponer cualquier libro relacionado con la Astrología que previamente "no haya sido inspeccionado por un Doctor en Medicina y otro de Teología". El documento, lleno de interés para conocer aspectos humanos de nuestro Serveto y su posición doctrinal sobre la Astrología, está fechado en la Ciudad de París el día 18 de Marzo de 1538. (74)

In quendam medicum Apologetica Disceptato pro Astrologia , fue publicada en París en el citado año de 1538. Vulgarmente se conoce por la Apologia Disceptatio pro Astrologia y también por Discourse in favor of Astrology . Estamos ante una disertación de Miguel Serveto sobre y en favor de la Astrología, consistente en un folleto de dieciseis páginas, no foliadas que, a pesar de ser publicada en París, no figura en la edición el lugar de la edición ni la fecha de la misma. Los dos ejemplares conocidos - asegura José Barón y Fernández - figuran en la Biblioteca Nacional de Francia . (75)

Nos encontramos ante un escrito de Miguel Serveto dirigido a la defensa de la Astrología ante los cargos que, contra ella y sus adeptos, se habían dirigido en el transcurso del curso que, sobre Astrología, había dirigido Miguel Villanovano, como se le conocía en aquel tiempo en la capital de Francia. Se puede considerar como un folleto

que contiene un razonamiento polémico contra Juan Tagault, Decano de la Facultad parisina en 1538. El folleto, dirigido también a los doctores de dicha Facultad que habían impugnado la enseñanza servetiana sobre la Astrología, contiene dos partes, la primera se refiere a lo que pudiéramos llamar argumentos de autoridad; y la segunda, a lo que llamaríamos argumentos de razón o dialécticos. Ambas partes están dirigidas a la defensa de la Astronomía y Astrología, que con los dos nombres designa indistintamente Serveto a su posición astrológica, no solamente en aquella parte de la misma que intenta estudiar, con el auxilio de aparatos, los movimientos celestes, sino también en la repercusión de las evoluciones de los astros en el conocimiento y previsión del futuro.

Lo que hemos denominado argumentos de autoridad son citas de textos contenidos en varias obras de Platón y Aristóteles, de Hipócrates y Galeno, con los cuales Serveto atestigua la gran importancia de esta ciencia. Por añadidura, nombra también otros sabios, otros impulsores de la verdadera Astrología, demostrando una vez más su vastísima erudición.

La segunda parte - parte polémica - está concebida sobre la base de todas las reglas de la disputa de la época escolástica. O'Malley, C.D. citado por Barón Fernández, recoge la versión inglesa de la Apología Disceptatio pro Astrologia (76) y la francesa de Rude, F. (77), de todo lo cual recogemos los siguientes argumentos sustentados por Miguel Serveto en el mencionado folleto.

En el argumento primero formulado por Juan Tagault, la base de la exposición del mismo <sup>reside</sup> en que es necesario que la doctrina sea constante y consecuente, para que exista realmente la ciencia. Es así que dice Tagault, a través de su argumento, que "si los astrólogos mienten a menudo y no dicen la verdad, ellos emplean preceptos y doctrina inconsecuentes e inconstantes; y si las doctrinas

astrológicas son contradictorias, la Astrología no es una verdadera ciencia. Así, pues, si ellos mienten frecuentemente y no dicen la verdad, la Astrología no es una verdadera ciencia".

Miguel Villanovano no acepta la defensa anteriormente formulada y califica de pueriles las palabras correspondientes. Basándose en la autoridad de Aristóteles y también en la de Hipócrates, llega a la conclusión de que los astrólogos experimentados son mayoritariamente consecuentes en sus doctrinas con ellas mismas. Sin embargo, los juicios particulares, deducidos diversamente por hombres diferentes y con motivo de distintas conjeturas, no son consecuentes con ellos mismos. Apostilla Serveto que, en toda ciencia, hay opiniones diferentes y hasta divergencias, lo que prueba no precisamente la imperfección de la ciencia sino la de los sabios, la de los cultivadores de los mismos. Concluye Miguel Serveto diciendo que si nosotros viéramos todas estas cosas de forma clara y evidente, no seríamos seres humanos sino dioses. De ahí que es necesario admirar la gran sabiduría de Dios, mientras reconocemos nuestra debilidad, pero nunca condenar las ciencias.

El segundo argumento de su adversario hace mención a que el horóscopo, actuando hipotéticamente con certeza, será necesario que el astrolabio no produzca engaño al dioptra ni al ojo. Si no se produce error, será necesario e imprescindible que el cielo permanezca inmóvil, además de extenderse por todas partes ante los ojos. Con el fin de que ello pueda suceder, será necesario que el astrolabio se equivoque. Para que la determinación del horóscopo sea cierta es necesario que las cosas no sean como son.

El Villanovano responde a este argumento con las siguientes palabras: "El segundo argumento encierra una gran parte de tontería, porque queriendo parecer experto

en Matemáticas, delira de forma pueril. Se puede lograr - añade - un horóscopo sin astrolabio. Por ejemplo, si yo veo el Sol naciente y conozco su inclinación por el calendario o de otra forma. Además, yo he enseñado en Geografía que se puede encontrar la línea meridiana de cuatro maneras. Una vez encontrada, se conoce la hora del Mediodía e inmediatamente el horóscopo. Pero concedámosle que yo quiera, a no importa qué hora, hallar un horóscopo con ayuda del astrolabio, por la altura del Sol o de cualquier estrella. ¿Será necesario para esto el que el cielo permanezca inmovil? Esto puede parecerle a un ignorante, pero no a un filósofo".

Miguel Serveto lleva después su respuesta al lado médico y dice, entre otras cosas, que teóricamente el cielo debe permanecer inmovil, por cuanto, desde el momento en que el médico propone el remedio para la curación de enfermo hasta aquel otro momento en que es empleado dicho remedio, se ha producido algún cambio en la enfermedad del enfermo, ya que el cielo se ha movido. Y, apostilla, finalmente: "Encargaremos, dispondremos que tanto la enfermedad como el cielo permanezcan inmóviles durante algún tiempo?"

Con oportunidad lógica - dice Tollin - (78) argumenta Serveto y dice que las leyes diagnósticas de Hipócrates aplicadas en sentidos diametralmente opuestos, por dos médicos distintos en un solo y único caso, que dos jueces aplicarán de diversa manera una misma ley producirán similar efecto que en el caso de los astrólogos que, a pesar de conocer las leyes de su ciencia, pueden errar en su aplicación particular y concreta.

Nuestro sabio había estudiado el pro y el contra de la Astrología y se inclinó por el pro. De ahí el título de su sustanciosa publicación sobre esta ciencia: Discusión en elogio de la Astrología. Refiriéndose a estos sus estudios, nos dice: "pues yo vi con algunos amigos

mios algo parecido..... para la noche siguiente, Marte es eclipsado por la Luna, cerca de la estrella llamada "Rey o Corazón de León". Más tarde dice: "Os di ejemplo - ya os lo dije - en una conferencia - que, mientras otros anunciaban lluvias, yo decía - a juzgar por el subsiguiente movimiento de las estrellas - que había vientos que empujarían las nubes. Igualmente, mientras ellos iban diciendo a cada momento que habría frío, yo, fundado en las señales que ignoran los periodistas, anuncié muchas veces que todo este invierno sería frío, y lo dije públicamente. Lo que a muchos les parecía admirable - la predicción - . Mas el hecho comprobó que yo había acertado".

En otro lugar, dice al respecto: "Por lo cual yo he predicho que el año próximo los corazones de los leones serán más excitables, es decir que los espíritus de los príncipes serán más inducidos a las empresas guerreras, que muchos países serán devastados por el fuego y por el hierro, que la Iglesia sufrirá, que algunos príncipes morirán y desarrollarán las pestes".

La Apología disceptatio pro Astrología se refiere también a la influencia de las condiciones climatológicas en la salud del hombre. También y basándose en la tradición y en la autoridad de los sabios de la Antigüedad, hace mención expresa al paralelismo existente entre los fenómenos atmosféricos y la predicción de los hechos, el influjo de Syrio y Arturo, lo cual hace incurrir en la Astrología judiciaria, prohibida terminantemente en su tiempo.

Miguel Serveto, a través de su Apología, nos muestra una sólida formación humanística y una gran agilidad mental para la disputa. Recurre a la Sagrada Escritura, que afirma que la creación de las estrellas fue realizada a modo de signos informativos y a los sabios de la Antigüedad clásica: parece como si cogiera de la mano a Aristóteles, Sócrates, Tales de Mileto, etc. por una par-



te, y por otra a Galeno e Hipócrates, y, a través de una disertación salpicada de ironía y sarcasmo, va desgranando sus conocimientos profundos sobre Astrología.

Miguel Serveto - el Miguel Villanovano de la Apolo-  
logía disceptatio pro Astrología - termina su interesante y polémico folleto con estas elocuentes palabras: "Me ha complacido, auditores, el recurrir en vuestro favor, estas nociones que no han sido jamás enseñadas por nadie, de forma que así tendreis el medio de defenderos si algún día, alguien de esta especie hace un ataque contra nuestra ciencia.- Adios.-"

El estudio que acabamos de analizar, como hecho sustancial del pensamiento y obra de Miguel Serveto en el terreno de la Astrología y dirigido al Decano de la Facultad de Medicina de París, Juan Tagault, y<sup>a</sup> cuantos seguían la oposición ideológica contra el español en el campo de la Astrología, ha servido, sin que Serveto lo presintiera, para que el mundo de la investigación y de la ciencia llegara a conocer la gran aportación del ilustre polígrafo español a la ciencia de la Astrología. Por causa de una de las paradojas de la Historia, por una disputa entre nuestro compatriota y la Facultad de Medicina de París, se ha logrado el conocimiento de tal aportación que, de otro modo, es decir, de no producirse tal disputa, es posible no hubiéramos conocido, con lo que esta ausencia hubiera producido en el campo de la formación de la ciencia moderna.

### 3.- Pensamiento y obra de Miguel Serveto como teólogo.-

Médico singular, filósofo, teólogo originalísimo, humanista consumado, geógrafo, Miguel Serveto fue un hombre audaz hasta el límite de lo imposible. Abierto y polifacético, tenía una curiosidad plural y su vida una andadura que tiene mucho de quijotesca y espectacular. Destácase en él una inclinación natural hacia los temas teológicos. Su compleja personalidad le lleva a ser lógico y coherente pero asistemático, mientras presenta una inclinación natural hacia los temas teológicos. (79)

Era Miguel Serveto un hombre profundamente religioso que rayó en el misticismo. En los años que reside en Tolosa - la Toulouse francesa - analiza, compara y pondera las distintas posiciones religiosas entonces en boga. Su vocación religiosa es cada vez más firme y decidida, hasta el extremo de que, muchos años antes de morir, afirma estar persuadido de que la defensa y exposición de sus convicciones le costarán la vida. Su amor a la verdad no tiene límites. Para Serveto, Dios y la verdad se identifican y donde está Dios no cabe la mentira. Por ello, toda falsedad es impiedad, blasfemia y sacrílega profanación. Su obra acusa una impotencia total ante la mentira. Es más: es incapaz de enmudecer ante la falsedad y la injusticia. (80)

Fue Miguel Serveto un hombre radical y su doctrina toda la expuso sin rodeos. Ello lo hizo con la frente descubierta, pese a que el ambiente que le rodeaba le era hostil y peligroso. No hemos de perder de vista que nos movemos en el siglo XVI y Europa toda ardía en hogueras ideológicas y luchas doctrinales religiosas sin fin. La intolerancia y el fanatismo de sus enemigos constituyeron las premisas de su ruina, de su muerte. Supo defender sus principios hasta el límite de lo imposible. Esta su actitud, esta su defensa, tenía que terminar con su trágico fin.

Científico y teólogo por naturaleza, además de filó-

sofo, su pensamiento llega a lo profundo y trascendente. Lejos de encasillarse en posiciones prefijadas y acomodaticias, su pensamiento científico, su filosofía, termina en la Teología. Dios es para él el principio y el fin de todo: Sin Dios no hay razón para la existencia del hombre y de las cosas.

La Teología es el norte de su vida y la razón de su pensamiento. Ello le había de llevar a conectar con las grandes potencias espirituales de Europa. Tan profunda es su pasión por el hecho teológico, que el descubrimiento de la circulación pulmonal le pareció un hecho secundario. Lo describió en el Libro V de su Christianismi Restitutio. El argumento de la circulación pulmonal de la sangre tenía para él una notoria significación teológica: Era preciso conocer exactamente su mecánica y su mezcla con el organismo, para llegar al alma infundida por Dios en la sangre. Estamos ante una conclusión científica. (81) En sus trabajos - dice Ugo Stefanutti - la revolución científica y la reforma religiosa se conjugan en íntima unión, tan estrecha y tan indisoluble, que unas veces los conceptos religiosos vienen a completar ciertas afirmaciones científicas; otras, las supuestas verdades religiosas reciben apoyo de hechos científicos que cree verdaderos. (82)

Miguel Serveto, aunque es un profundo científico, destaca por su singularísimo pensamiento teológico. En efecto: es en la Teología donde el sabio español intenta reconstruir el antiguo Cristianismo, volviendo al espíritu que inspiró el Redentor. De ahí que toda su obra científica esté inspirada en el sentido cristiano de nuestra existencia toda. Miguel Serveto, enamorado de Jesucristo, encuentra en la Teología la razón suprema de la existencia humana. En la Teología se explaya, se refugia y vive. A la vista de sus obras teológicas - casi todas ellas tienen por tema a Dios, en sus diversas manifestaciones - se observa la aparición de arrebatos místicos, al modo de San Juan de la Cruz.

Para nuestro biografiado, toda ciencia dimana de la

Bíblia. Nada es científico si de ella no tiene su origen. La Biblia es fuente de inspiración de su obra científica toda. Con frecuencia hace referencia a ella en su aportación geográfica y médica: "Lege obsecro millies, Bibliam non si cum legendo non copia eo est quiam perdidisti clavem scientiae, Omnia quae Deum spectant, si scripturi non probentur sunt mendacia". (83)

Alcalá distingue claramente tres sentidos en la Biblia, en el pensamiento y obra de Miguel Serveto. Desprecia de un modo radical Serveto el sentido místico de la misma, tal y como se presentó en la Edad Media, y que sirvió para obtener toda la gama de conclusiones por el camino de la comparación o analogía. Nuestro teólogo se fija en el sentido literal del texto bíblico, que él "bautiza" con el nombre de sentido histórico. De ahí que niegue el significado a las llamadas profecías del Antiguo y del Nuevo Testamento. Es así que, desde un punto de vista profético, que por supuesto niega en todo su valor, hace ver que las profecías no son otra cosa que aplicaciones a hechos posteriores, con los que tenían cierta analogía. De esta suerte, Serveto, utilizando el sentido literal o histórico, rechaza diversas doctrinas escolásticas, tales como las metafísicas y aún las dogmáticas relativas a los sacramentos, el culto, etc. bajo un punto de vista que podemos llamar "sentido típico" y se dirige por unos horizontes que rozan lo que hoy son campos propios de la Filosofía y Teología de la Historia.

Serveto utiliza tres fuentes o focos de luz para la comprensión y entendimiento de la Biblia, con lo cual intenta llegar al sentido global de la misma, disipando todo conato de oscuridad en ella. Veamos:

1).- La Filología. Mediante la Filología intenta determinar el sentido o significado textual de las palabras de la Escritura. Para llegar al este significado por medio del análisis filológico, presupone la exigencia de conocer el latín, el griego y el hebreo, la necesidad de recurrir a los

Targums arameos, la referencia a los sabios judíos en cuanto a su contenido hebreo, a los intérpretes rabínicos y a los Santos Padres de la antigua Iglesia, que son testigos de la tradición original y primitiva. Por medio de estos instrumentos, Serveto quiere llegar al análisis de los términos fundamentales en el estudio del dogma, como los que se refieren al Verbo, al Espíritu, al Hijo, a la persona, a la naturaleza, etc.

2.- La Filosofía.- Por medio de la Filosofía, se intenta coordinar la doctrina bíblica con otros conceptos paralelos, o que, al menos, son tenidos por paralelos en el Renacimiento, tales como la unidad del Ser en el pensamiento de los presocráticos, la preexistencia de ideas en el entendimiento sostenida por los platónicos, el misticismo de las enseñanzas herméticas de la etapa Alejandrina y que todo el Renacimiento entendía como muy antiguo.

3.- La Ciencia.- Mediante la Ciencia, Miguel Serveto deseaba llevar al terreno empírico la verdad de los conceptos y sus correspondientes contenidos bíblicos. Nuestro Serveto - añade Alcalá - tenía aún de la Ciencia una idea pragmática, anterior a la idea moderna de Galileo o de Kepler. Es así que, su descubrimiento genial de la circulación de la sangre, no tiene para él tanto un sentido de descubrimiento científico, como un ejemplo que sirve para mostrar que "aun hasta los más recónditos ámbitos llega la fuerza dinámica de ese aspecto (rostro - persona -) de Dios que se llama espíritu (aire, anemós, ruaj, spiritus) divino, o Dios en cuanto espíritu". (84)

No se insistirá bastante en el sentido religioso y hasta teológico de nuestro sabio. Creía que la acción vivificadora de la divinidad se encontraba en la sangre: "Anima ipsa est sanguis". Tiene la sangre para él un carácter sagrado, algo así como para los actuales Testigos de Jehová. Siendo la sangre tan importante, tan sustancial, se explica que Serveto deseara conocer su curso por el cuerpo humano y a ello dedicó sus más importantes investigaciones. Su ahinco y profundo in-

terés dieron con el curso de la misma. Cuando llega al descubrimiento de la circulación de la sangre, se siente poseedor de un argumento poderoso para resolver un auténtico problema teológico: el de la formación del alma infundida por Dios en la sangre. Sin embargo, este descubrimiento es en sí mismo un hecho secundario y ante todo subordinado a un hecho teológico para el incuestionable. De ahí que toda la obra de Serveto como investigador del sistema cardiovascular implique una intencionalidad teológica. Dos son, por consiguiente, los entes que rigen su actividad investigadora: Dios y el hombre. Cuando topa con el hombre, lo hace en sus relaciones y dependencias para con Dios. De esta suerte, Miguel Serveto, además de científico y gran polígrafo, es el médico-teólogo por vocación y dedicación de toda una vida. La Teología fue para él la "gran locura" de su vida y la razón de su sabiduría y de hombre de ciencia. (85)

Tan sumergido está nuestro sabio en el tema teológico, que su genial hallazgo lo lanza en una obra teológica sin precedentes, la Christianismi Restitutio, su obra fundamental de Teología. Y ello lo hace sin afán de pugilato ni prioridad, como un argumento más en sus reflexiones y afirmaciones teológicas. Explica así la razón de la divinidad de la sangre: "El alma está en la sangre y el alma misma está hecha de sangre o mejor dicho, de espíritu sanguíneo". No dice que el alma esté principalmente en los tabiques del corazón o en el cuerpo mismo del cerebro o del hígado, sino en la sangre, como lo enseña el mismo Dios - Génesis, 9; Levítico, 17; Deuteronomio, 12 -. Es así que, en la obra de Miguel Serveto, se observa que la revolución científica y la reforma teológica se conjugan en íntima unión, como ya hemos hecho mención. Sucede que nuestro personaje estaba convencido de que, sin el conocimiento exacto del organismo humano, no se puede afrontar ni menos resolver el delicado problema de la relación existente entre el alma y el cuerpo, entre el espíritu universal de Dios y el alma individual del hombre.

La Filosofía neoplatónica era la más cultivada durante el tránsito de la Edad Media a la Moderna, siendo la Escuela de Florencia la más docta. El pensamiento de Miguel Serveto hace suyo el ideal neoplatónico, juntamente con el de Parménides, Proclo y Plotino. En su obra se observa la presencia de Hermes, Trimegistro, Filón y Numerios. A pesar de ello, su doctrina es totalmente original, fruto de sus largos y muy diversos estudios. Su doctrina es un tanto "sui generis" y resulta difícil y hasta arriesgado encuadrarla en un marco determinado del pensamiento. Pero cifrándonos al objeto propio del pensamiento servetiano, nos encontramos ante la imposibilidad de clasificar a nuestro personaje como "pro-testante," por cuanto sus escritos no se dirigen precisamente por el camino de este credo. Su pensamiento religioso y, por lo tanto, teológico, se entrecruza con el Anabaptismo, el Espiritualismo y el Antitrinitarismo, tomando como Antitrinitarismo la versión que se refiere al Miguel Serveto antitrinitario, desde un punto de vista escolástico ya que, de hecho, la posición servetiana en el tema de la Trinidad, lejos de ser antrinitaria, es auténticamente trinitaria, como veremos más tarde. Sin embargo, ni Anabaptismo, ni Espiritualismo, ni Antitrinitarismo ni Trinitarismo, ni aún su libre interpretación de la Escritura nos proporciona un lugar para encasillar a nuestro sabio. Su doctrina, su pensamiento teológico, le hace partícipe de algunas de las tendencias o posiciones religiosas indicadas. Quizá su posición de teólogo haya que situarla en la titularidad de ser una de las figuras más singulares del examen racional de la Teología, participando tanto del lado anabaptista como del neoplatónico de la Escuela de Florencia. En su obra teológica, Serveto se presenta como un reformador religioso que desea a toda costa remover las bases de los dogmas principales de la Iglesia, aunque le ilusiona permanecer en la misma presentando posiciones no coincidentes con la misma.

Puede catalogarse también a Miguel Serveto entre los

llamados "humanistas cristianos" de principios y mediados del siglo XVI que imperaron en Europa, cuyo objetivo principal fue la reforma pacífica, a base de la ilustración cultural y la vuelta a los orígenes cristianos. Pocos como Miguel Serveto aseveran la idea propuesta por Renaudet, que dice al respecto: "Es menester admitir la realidad histórica y la legitimidad religiosa de un Humanismo cristiano, fundado en la reconciliación de la cultura antigua, el espíritu científico y el hecho helénico con el dogma".

Para Miguel Serveto, la erudición y la ciencia no tienen un fin en sí mismas. Solamente, miradas ambas por el lado trascendente, tienen sentido para el teólogo y científico español. Pero esta posición suya de humanista un tanto radical lo sitúa en lo que hoy podríamos llamar el "ala izquierda" de la Reforma, término propuesto por J. McNeill en 1940 y, asumido muy pronto por Bainton, <sup>y que</sup> conforma con el lenguaje de nuestros días y sobre todo con su realidad. Esta posición de Serveto tiene una similitud semejante a la ocupada por otros autores de su siglo, como Johann Campanus, David Joris, Guillaume Postel y otros. Es posible que Serveto no llegara a conocer las obras de estos autores contemporáneos suyos, lo que confirma su posición original y singular. Lo que sí podemos afirmar es la gran afinidad de nuestro biografiado con las posiciones radicales anabaptistas, lo que deja traslucir en su obra teológica.

En la época a que nos referimos, la Teología era la ciencia de moda. No solamente absorbía el cerebro y el entusiasmo y las fuerzas todas de los intelectuales, sino que su cultivo más o menos profundo se llevaba a las mismas Cortes. Las cuestiones teológicas eran el eje de la política y hasta de la diplomacia intelectual. Serveto es un hombre de su época. Es así que el Miguel Serveto religioso expone sus ideas teológicas acá y allá, desperrama en sus escritos principios los estados de su conciencia religiosa, sus escrúpulos, sus averiguaciones y hasta los fundamentos de su doctrina y de su obra teológica. En los tres o cuatro años que per-



maneció en Tolosa, analiza, compara y pondera las teorías entonces en boga. Fue en aquella época cuando se inclinó a la Teología, con el ligero paréntesis de su estancia en la Corte Imperial. "Difícilmente se hallará en la Historia - dice S. Pey Ordeix - un tipo en que vivan simultáneamente con tanta energía el teólogo y el filósofo. La Filosofía y la Teología, la ciencia y la fe, se conjugan, ora en el místico, ora en el teólogo, ora en el filósofo". (86) Serveto es un hombre profundamente religioso y cristiano hasta el misticismo. Busca denodadamente la verdad religiosa y en esta búsqueda se agota. En sus páginas de Teología se observa una arrebatadora exaltación religiosa y en el fondo de su doctrina religioso-filosófica subsiste la noción básica de que las ideas no son separables de Dios, aunque se distinguen de El. Son más bien irradiaciones del Ser Supremo, el cual es a las ideas lo que éstas son a las cosas. Dios es esencia-esenciante y, en medio de la unidad sustancial del todo, existen tres formas o modos: Dios, las ideas y las cosas.

Nos podemos preguntar por la época en que se inclinó definitivamente por la Teología. Ya hemos apuntado que en Tolosa topó con las teorías de los movimientos del momento. Sin embargo, unos años después y en la ciudad de Lyon, topó con Sinforiano Champier, quien le aconsejó iniciase los estudios de Medicina y le inclinó en el campo del hermetismo y neoplatonismo. Por otra parte, en dicha ciudad entabló relación con el gran hebreista italiano Sancte Pagnini, fraile dominico. Utilizó los textos de Pagnini para sus estudios bíblicos, en los que avanzó notablemente. Ello le condujo a publicar su Bíblia, una de sus grandes aportaciones en el campo teológico y cuya significación no ha sido suficientemente estudiada. Su persuasión por el hecho teológico debió ser algo fuera de lo normal. Es así que, en cierta ocasión, escribía sobre la lectura bíblica: "Leed la Biblia una y mil veces, os

lo suplico; si no le teneis gusto, es que habeis perdido la llave del conocimiento".(87) En otra ocasión, escribiera: "El Espíritu Santo entra en nosotros como una corriente de aguas vivas".(88) Bainton, recogiendo la dirección de los estudios religiosos de nuestro personaje, dice así, utilizando palabras de la Opera Calvini: "Tanto fue su entusiasmo que nunca más volvió a abrir a Justiniano. (89)

Roland H. Bainton hace mención a que Serveto estudió la Biblia utilizando grandes tomos de la misma, escritos en los idiomas hebreo, griego y latín y que aparecieron en su época gracias a Cisneros. Apunta también que, en sus estudios bíblicos, no utilizó el Nuevo Testamento de Erasmo. Hace observar Bainton que en el texto bíblico no encontró referencia a la Trinidad, lo que debió impresionar al teólogo español. Hay algo sobre el Padre, algo sobre el Hijo y algo también sobre el Espíritu Santo pero nunca - añade - que fueran "Tres en Uno". Serveto leyó también y con fruición las obras de los Santos Padres, especialmente de los primitivos del siglo II. los cuales contribuyeron poderosamente a su formación teológica. Se detuvo en la lectura de Tertuliano e Ireneo, cuyas obras habían salido, en su época, de las prensas de Basilea. Estudió las obras de Cipriano y Lactancio, que habían sido editadas a fines del siglo XV. Otro tanto debemos decir de las Epístolas de Ignacio, tan epictéas como geminas, que habían llegado a manos de Miguel Serveto a través de su buen amigo Champier.(90)

Estaba también empapado en la doctrina de la época nicea y de las controversias cristológicas que siguieron a la misma. Esto no fue, no obstante, un factor determinante en la formación de su peculiar pensamiento. Bainton señala que los autores que más contribuyeron a la constitución de su pensamiento fueron los más cercanos al Nuevo Testamento y sobre todo los ya nombrados, Tertu-

liano e Ireneo.(91) La obra del primero apareció en 1528. Tertuliano parece no estar muy conforme con la ortodoxia posterior y hace presente su idea sobre el misterio de la Trinidad. Tertuliano nos muestra que las discrepancias verbales no constituían un obstáculo para llegar a la reconciliación con las posturas presentadas por la Escolástica. Por su parte, Miguel Serveto no era partidario de tal reconciliación, teniendo en cuenta las posiciones antagónicas existentes entre los teólogos anteriores a Nicea y las que surgieron a raíz del Concilio de Nicea, celebrado en el año 325.

Por lo que atañe a Ireneo, traducido en 1526 y 1528 por Erasmo, ejerce notable influencia en el pensamiento servetiano. Si el nombre griego de Ireneo significa paz, la idea de paz está enlazada al pensamiento de Erasmo y de Serveto. Sin embargo, Miguel Serveto, para llegar a la paz propugnada por el pensamiento de Ireneo, desea a toda costa extirpar el error. En su andadura hacia la búsqueda de la verdad, Miguel Serveto sigue a Pablo Samosata, estudia al ya mencionado Tertuliano y también a Ireneo y tiene muy en cuenta el pensamiento de Ignacio en sus Epístolas, tanto las espúreas como las genuinas que, precisamente, habían sido publicadas por su amigo y consejero Sinforiano Champier, en traducción latina. Inspirado en estas fuentes, Serveto trata de conformar su doctrina teológica.

A la hora de formular su doctrina, parte de premisas que le conducen necesariamente a formular sus propios principios doctrinales. Para nuestro teólogo y fisiólogo, la Teología, la Filosofía y la Fisiología no son departamentos estancos. Nuestro sabio tiene una formación clásica. Es así que, en efecto, es hijo del Renacimiento, y, por lo tanto, ha recibido un caudal de doctrina de la Antigüedad. En este orden, ha recibido y desarrollado el concepto de la cohesión interna del Universo. Para nuestro sabio, toda la realidad está unida con una gran cohesión interna, formando el Universo, existiendo una verdadera integración racional, por cuanto el Todo, como habían dicho los estóicos, está saturado

por aquella razón que capacita al hombre para entender y al Mundo para ser entendido. A causa de este racionalismo inmanente, se manifiestan los mismos principios esenciales de los distintos aspectos de la existencia y, de esta suerte, se encuentran interrelacionadas disciplinas tales como la Música, las Matemáticas y la Astronomía. Bainton hace ver que nuestro Serveto intentó relacionar todas las disciplinas, mientras armonizaba los sistemas. En ello, tuvo mucha influencia el ya nombrado humanista Sinforiano Champier, quien fue uno de los impulsores del Neoplatonismo florentino en Francia y un ardiente reconciliador de discrepancias con el interpretación de la tradición clásica. (92)

Miguel Serveto es un hombre de su tiempo aunque, a decir verdad, se adelantó a su siglo, El problema de la salvación personal ocupa en él un puesto preeminente. Si Martín Lutero piensa que la salvación personal está relacionado con la fe, Miguel Serveto lo trata de resolver mediante la unión del hombre con Dios. Piensa Serveto, al igual que los místicos, que en el hombre reside un cierto ámbito de divinidad. Esto es lo que los místicos conocen con las acepciones de luz interior del hombre, semilla o "chispita", términos que acepta nuestro teólogo. "Nuestra alma - dice Miguel - es como una luz de Dios, como una chispa del espíritu de Dios, poseedora de una innata luz de divinidad". Y en su búsqueda del alma en el cuerpo, pasa del campo teológico al fisiólogo, aunque en su metodología parte del cuerpo para llegar al conocimiento del alma en el mismo. En este orden de cosas, reflexiona sobre bases bíblicas y dice que, si la Biblia nos muestra que el alma fue inspirada por Dios al hombre, estamos ante el hecho que proclama el principio divino como proyectado a éste mediante la respiración. Todavía más: Como quiera que la finalidad de la respiración es la purificación de la sangre, Serveto hace ver que en la doctrina hebrea se encuentra el hecho de que el alma está en la sangre. (93). Y, abundando en ello, hace observar que la sangre está localizada, no precisamente en el corazón, ni el hígado, ni el cerebro, sino

que reside en todo el cuerpo, a través de su movimiento por el mismo: "sanguis est peregrinus", o lo que es lo mismo, la <sup>a</sup>sangre es viajera. Siguiendo el trayecto de la sangre, Serveto siguió su futa hasta el cerebro. De haber seguido el curso total de la misma, hubiera llegado, a no dudar, la circulación total. Pero en su búsqueda de la realidad del alma y mientras sigue su ruta, el principio divino, inyectado a base de la respiración, como se ha dicho, reside en la sangre o es la misma sangre, en expresión de nuestro teólogo y fisiólogo. Y para corroborar su aserto, apostilla haciendo observar que el "proceso perfectivo del hombre va de la respiración a la inspiración, de la generación a la regeneración, de la aprehensión a la comprensión, del nacimiento al renacimiento espiritual". Ello equivale a decir que la penetración en la respiración humana supone haber llegado a sentir el aliento de Dios.

La preocupación suya en torno a los temas teológicos debió nacer pronto en su ánimo y clara inteligencia. El mismo nos hace mención a su preocupación relativa a los mismos, en sus años mozos. Dice así: "Quando era joven, de unos veinte años, me movió cierto impulso divino a tratar este asunto, no habiéndome enseñado nadie. Cuando empecé, era tal la ceguera del mundo, que procuré aquí y allá ser arrebatado por la muerte. Aterrorizado y habiéndome exilado, me encontré durante años entre extranjeros de dolida tristeza de espíritu. Sabiéndome joven, impotente y sin pulido estilo, casi abandoné mi causa, por no sentirme suficientemente fuerte... ..". Y, después, continúa: "¡Oh clementísimo Jesús! Te invoco de nuevo como testigo divino de que atrasé mi proyecto y de que, por la inminente persecución, como Jonás, suspiré por huir al mar o una de las Nuevas Islas". (94) Mediante estas palabras, parece claro que nuestro pensador hacía alusión a su posible marcha al Nuevo Mundo, reciente descubierto, en una de las numerosas expediciones de aquel momento.

En un orden metodológico y por lo que se refiere a los estudios bíblicos, reconoce que los comentaristas admitían en la Escritura cuatro sentidos: El sentido histórico llano, el sentido alegórico, el moral en el orden de la conducta y el nagórico para la esperanza. Si los protestantes de la Reforma rechazaron los distintos sentidos menos el histórico, nuestro Serveto, que siempre ofrece una versión singular de las cuestiones teológicas, lo hace también en el orden que estudiamos y solamente admite como el primer sentido - el histórico - En este orden, preséntase como un defensor del aprendizaje del idioma hebreo, única manera de trabajar sobre camino llano, literal. Ello constituye, para él, la premisa para llegar a otros sentidos más profundos. Reproducimos algunas de sus palabras relativas al verdadero sentido de la Escritura:

"La Escritura tiene una doble faz,... y bajo la vejez de la letra que mata, encierra la novedad del Espíritu que vivifica. Por eso cuando se aclara un sentido, sería erróneo omitir el otro, tanto más cuanto que el histórico desvela lo místico. Esta es la razón por la que en nuestras notas hemos intentado restaurar el sentido literal o histórico tan despreciado por doquier, a fin de que a través de él, como tipo, pueda conocerse el verdadero sentido místico y todos nosotros podamos ver claramente y sin celos a Jesucristo, nuestro Dios, el fin de todo, velado en sombras y figuras, razón por la cual los ciegos judíos no lo vieron".

El problema capital de la Teología servetiana es el logro de una interpretación auténtica y real de Dios, de acuerdo siempre con la Escritura. Hemos dicho que siguió a Tertuliano en aspectos concretos de su doctrina. Interesa destacar que Tertuliano veía al Logos como un Dios eterno, pero sin olvidar que tenía al Hijo por efecto de una emergencia histórica. A pesar de su inspiración en Tertuliano y en otras fuentes ya mencionadas, nuestro teólogo obró desinteresadamente, sin condicionamiento alguno. Para él, Jesús fue un hombre pero al mismo tiempo Dios e Hijo de Dios. Esta rea-

lidad la afirma sin ambigüedades y, por lo tanto, de manera diametral. Nuestro teólogo se plantea el problema de que, siendo hombre y Dios al mismo tiempo, solamente Jesús podía ser Dios en el "sentido de que el hombre puede ser capaz de ser Dios". Para él, existen diversos modos de ser Dios. Su metodología, para llegar a expresar su pensamiento, se cifra en mencionar a la deidad en el idioma hebreo, lo cual connota para él aspectos diversos de la divinidad. Y, tras ello, es más explícito y dice, por ejemplo, que el término Jehová se aplica a Dios como creador de cielos y tierra y nunca aplicando el término a los ángeles ni al hombre. Por otra parte, el término Elohim, con el cual se desea expresar un término inferior referido a la deidad, se utiliza con referencia a los mortales. Lejos de pensar que estas distinciones dentro de la deidad, tienden a quebrantar la unidad de Dios, el objetivo servetiano tiende a conservar la unidad divina y también la humanidad de Cristo. Es más: prescinde reconocer la divinidad con un sentido aún significativo.(95)

En torno a estas altas consideraciones, discurre el pensamiento servetiano en el orden teológico. Ello no confirmaremos posteriormente, a través del estudio de sus obras de Teología. "Aunque Serveto fue médico de profesión, en el fondo de su alma se sentía reformador religioso y como tal la lectura de la Biblia le había llevado al convencimiento de que la sangre es la parte del cuerpo, por la que directamente se comunica Dios con la naturaleza humana".(96) Por su parte, Para Marañón fue un idealista, para Menéndez Pelayo el "caballero andante de la Teología", para Deumerge "manifiesto de herejía protestante, mezcla inclinada de evangelismo, pnostismo, panteísmo, pensamiento torturado y torturador". Para los católicos - dice Doumerge - un mal menor; para los protestantes, el mal era doble". Hasta hoy se manifiesta esta diferencia: Los calvinistas siguen hoy odiando a Serveto y los católicos le presentan misericordia.

Obsérvese, a través de sus obras, que sus ideas propias de un hombre singular, no eran comunes. Su obtención

tiene su origen en la Biblia, como ya hemos insinuado, pero a base de una lectura profunda obtenida sin prejuicios, ayudado de las mejores técnicas lingüísticas. "Servet - asegura Newman - buscó los textos originales, tanto en la Biblia como en la literatura rabínica y postbíblica y los estudió para su edificación, así como para el apoyo de sus ideas teológicas".

Es, además, un idealista, un romántico, un creyente fervoroso. Su fervor religioso y reformista le lleva a escribir: "Medito continuamente, día y noche, y de estos soliloquios nació el sentimiento de llevar su ansia de reforma hasta la muerte."

Mientras que otros reformadores, persuadidos de su antigua audacia, reflexionan, se detienen y retroceden ante su obra realizada, nuestro Serveto no conoce compromiso alguno. No satisfecho con ello, asume todas las consecuencias de sus propias acciones, fiel reflejo de sus sólidos principios. Se ha dicho que estamos ante un hombre que es un radical de la Biblia, que rechaza con energía todo lo que está en desacuerdo con las Escrituras, aunque está siempre preparado para modificar sus posiciones dogmáticas. Como muy bien señala el Dr. Ladame, tras la Guerra de los Campesinos, Lutero, espantado, hizo todo lo posible para detener la marcha progresiva de la Reforma, Melancton busca la continuidad en la tradición apostólica desde el Concilio de Nicea y hace las más grandes concesiones a los católicos y Calvino en su Institución del Cristianismo da la fórmula definitiva de su fe, nuestro Serveto está, como hemos dicho, siempre preparado para modificar sus opiniones en materia del Dogma, siguiendo, eso sí, sus lecturas y profundas meditaciones.

A través de estas meditaciones, profundas y frecuentes, se nos presenta como un ardiente místico, destacándose en su pensamiento teológico, en sus efusiones místicas, arrebatos parecidos a los de San Juan de la Cruz. Fue un devoto ardiente de Jesús. Para Serveto, Cristo, Jesús, es el ejemplar eterno de la Humanidad, por medio de Cristo vemos a Dios. Siendo como fue un devoto ardiente de Jesús, no tuvo la tranquili-



dad suficiente para hallar el camino del éxtasis, que le hubiera conducido al misticismo ortodoxo.

Ninguno de los Reformadores religiosos del siglo XVI llega a someter al libre examen los dogmas de la Iglesia ni presenta el rigor lógico en sus deducciones como Serveto. La originalidad en sus principios es algo inherente a su personalidad teológica. Unas y otra cosa configuran dicha personalidad. Solamente, al finalizar su siglo, con la aparición de Giordano Bruño, y al comienzo del siguiente con la aparición de Spinoza, el pensamiento servetiano alcanza la dimensión que quiso imprimir el doctor español. El Dr. Pérez Fontana insiste en su carácter de místico cristiano y ve en él también al hombre piadoso y de buena fe y buenas costumbres, mientras hace observar que dedicó la mayor parte de sus vigiliias y talento al estudio de la Teología, a pesar de las corrientes revisoras de la época. Como tantos hombres geniales - añade - desde muy joven se dedicó con ahinco a la lectura de los Libros Sagrados, entonces fuente de la más pura doctrina de los conocimientos divinos y humanos.

La vocación religiosa del teólogo español es, además de fija, firme y decidida, hasta el extremo de que, muchos años antes de su muerte, afirma estar persuadido de que la defensa y exposición de sus propios principios, de sus convicciones últimas, le costaría la muerte. La profesión de Médico era para él un simple pretexto, un oficio que le ayudaba a vivir. Su vocación religiosa le lleva a vivir el Cristianismo con auténtico frenesí. En este sentido, cabe ver en él un auténtico apóstol del pensamiento cristiano de sus orígenes, ausente de todo condicionamiento. En este orden, mantiene con firmeza el principio de libertad de conciencia. A los 29 años, ya escribió una carta en estos términos, en los términos que recogía el brutal castigo que se imponía a los herejes: "Me parece cosa grave matar a los hombres porque ellos se equivoquen sobre ciertas cuestiones, en cuanto a la manera de entender las Escrituras". A este respecto, dice Aguado Bleye,

"La muerte de Miguel Servet puso sobre el tapete de todos los países reformados la cuestión de si era lícito castigar al hereje". Fue ante todo un hombre audaz hasta el límite de lo imposible, aunque asistemático pero lógico y coherente, y, por supuesto, una víctima de la incomprensión, del olvido, de la ignorancia, ignorancia no ausente de los mismos humanistas de su Patria, a quienes ha costado esfuerzos sobrehumanos levantar la losa que, sobre su figura, le colgaron los que, sin más predicamentos, le calificaron como hereje, sin observar las demás realidades tangibles de su personalidad. Eloy Bullón refiriéndose a Fray Luis de León y Miguel Serveto dejó escrito: "Uno y otro fueron caracteres impetuosos, enérgicos, indomables. Rindieron fervoroso cultivo a los ideales del Renacimiento, cultivando con afán las lenguas clásicas y empleando su actividad intelectual en el estudio greco-latino....Padecieron acerbos persecuciones a causa de sus ideas". Por su parte, Gregorio Marañón vio en él a un reformador y un profeta.

Contemporáneo de Serveto fue Erasmo. Ambos no soportaron jamás la verdad sediciosa. Miguel Serveto se inclinó por el estudio de la Teología y las Ciencias de la Naturaleza. Erasmo murió combatido como Serveto, por católicos y protestantes aunque no por el Papa y la Inquisición. El Pape quiso nombrarle cardenal del Sagrado Colegio Cardenalicio. La influencia de Erasmo sobre el pensamiento del español es notoria. Es indudable que entre ambos hubo puntos de vista doctrinales. Añadamos también la influencia de Melanthon, a través de los Lugares Teológicos .

Una de las ideas más cálida acariciada por nuestro teólogo es la referente a la Trinidad divina, idea un tanto "sui generis", aunque compartida en algunos de los puntos de su esencia por teólogos de otros tiempos. Nuestro teólogo creía firmamente en la Trinidad, pero no al modo de entenderla los teólogos de la época, por cuanto consideraba que existía una divergencia entre las Escrituras y las interpretacio-

nes filosóficas.(97) Aunque después analizaremos, mediante la doctrina emanada de su obra De Trinitatis Erroribus Libri Septem, la postura de Serveto sobre la Trinidad divina, digamos ahora que éste tenía de la misma una visión distinta a la Escolástica y, por lo tanto, no acorde con la postura de la Iglesia. Nuestro teólogo, estudiando el Evangelio, afirma que éste no ha conocido jamás los términos de las tres personas divinas y distintas, dentro de la divinidad. La Sagrada Escritura, la cual sigue con todo rigor nuestro Serveto, no nombra al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo sino es para referirse a los diferentes modos de acción de la divinidad, que es una en esencia, en tanto que - añade Miguel Serveto - nuestras tres hipóstasis o no significan nada o significan tres dioses: un primer Dios, que engendra; un segundo Dios, que es engendrado y no engendra a su vez; y un tercero que ni engendra ni es engendrado. De estos tres "dioses", el uno se hace hombre y los otros dos permanecen dioses; es decir, que uno muere y los otros dos siguen viviendo. Estamos, según nuestro teólogo, ante un Dios extraño, compuesto de varios dioses: verdadero triteísmo que, en lugar de un solo único, nos presenta un cervero de tres cabezas.(98)

Miguel Serveto no niega la Trinidad. Antes bien, es un decidido apasionado de la misma. Serveto nunca se refiere a las tres divinas personas sino a manifestaciones o facies de una persona, apoyándose en las opiniones sostenidas en los escritos de los Padres de la Iglesia: San Policarpo, San Ignacio, y otros. Creía en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, las cuales tienen para él tres formas o aspectos de la divinidad. Resulta antitrinitario en el concepto ortodoxo pero no antitrinitario "sensus strictiori", porque al decir que "el Padre es la sola sustancia divina, de la cual descienden los otros grados o personas", no niega la existencia de estos grados o personas, sino que da al Hijo preexistente el carácter de prototipo o primera figura del Mundo y al Espíritu Santo la significación del "espíritu humano justificado", o bien la idea que Dios tiene en la mente de todas

las criaturas. Es más: A través de ese fondo pancristianista de nuestro teólogo no puede negarse esa cualidad de trinitario que encierra su doctrina.

Miguel Serveto hace mención en su obra teológica al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, lo cual hace expresamente. Jamás ataca a la divinidad de Cristo, como se ha pensado tantas veces, ni menos a la Trinidad divina. Lo que ocurre es que Serveto no estaba de acuerdo con el modo de concebir las verdades divinas, al modo de la Teología escolástica. Si la Teología Escolástica se asienta sobre la base de los misterios sobrenaturales, el teólogo español, sin perder de vista dichos misterios, fija su mirada también en los hechos naturales. Sabemos que lo sobrenatural está por encima de lo natural pero en modo alguno lo contradice. La divinidad concebida por Serveto tiene el doble rango de religiosa y científica, sin apartar en ningún momento la mirada de los textos sagrados, que son el principio y el fin de la inspiración del teólogo español.

La Iglesia Católica establece como verdad religiosa la razón humana. Ella y la Naturaleza son, en frase de David, "la gran revelación auténtica de Dios". También hace mención a la fiabilidad de las Escrituras, de las cuales afirma haber recibido toda la autoridad, con los límites que ella señala. Un tercer criterio de verdad religiosa es la tradición escolástica. Todo ello tuvo muy en cuenta Serveto en la búsqueda de la verdad religiosa.

No negamos que faltó a nuestro teólogo una más completa visión sobrenatural del hecho religioso y de un modo especial del misterio de la Trinidad divina, lo que no obsta para que en su ánimo latiera el germen de un verdadero Cristianismo que, de haber dirigido sus pasos por mano maestra, hubiera dado sus mejores frutos. Vemos en la investigación trinitaria del teólogo un gran intento de

racionalizar y explicar la Teología, a base de los medios entonces en boga. Ello no es reprobable. Santo Tomás se sirvió para su ingente concepción teológica del sistema aristotélico, a pesar de que éste encierra más de una tesis heterodoxa. En nuestros días, Gabriel Marcel ha ideado un existencialismo católico, a pesar de la orientación de su pensamiento. Por otra parte, se viene discutiendo la posibilidad de utilizar los elementos positivos: cristianos y humanos, diseminados en la Filosofía de Ortega y Gasset, autor que en su concepción literaria y filosófica existe un alejamiento de toda influencia católica, según confesión del propio filósofo.

Bainton nos muestra que Serveto comenzó a estudiar a fondo la Trinidad porque, a su juicio, esta doctrina constituía el principal obstáculo para la conversión de judíos y moros. Y la estudió apoyado en su conocimiento de las lenguas orientales, en la literatura rabínica, en los últimos escolásticos (Ocam Holcot, D'Ailly, Gregorio de Rimini y, en el siglo XVI, John Major). La base nominalista y empírica unida a la neoplatónica y su alejamiento de la Escolástica fueron los motores de la orientación de su pensamiento, un tanto "sui generis" en el campo de la Trinidad divina.

Tras el precedente estudio preliminar de las posiciones fundamentales de nuestro teólogo, pasamos a estudiar sus obras de Teología, analizando los aspectos más sustantivos y peculiares de la Teología servetiana. Sobre los mismos textos, sobre las mismas obras que escribiera el teólogo español, reseñamos las ideas "madres", es decir su ideario teológico y, por supuesto, representativo de su pensamiento religioso pero presentando el pensamiento con ausencia de todo condicionamiento apriorístico. Ello permitirá un cotejo textual del pensamiento servetiano y un mayor rigor en la exposición de la materia. Estudiamos, pues, lo más descollante de sus obras escritas y destacamos lo más sustantivo de sus obras funde

mentales de Teología. A través de ellas, se pondrá de relieve el pensamiento y la obra de Miguel Serveto en el terreno teológico, confirmando lo que venimos analizando en este orden de cosas, en las páginas anteriores.

De Trinitatis erroribus libri septem. Per Michaellem Serveto alias Reves ab Aragonia Hispanum. Anno MDXXXI es el título original de la primera obra de nuestro teólogo y que traducida al idioma español y expresada en síntesis sería De los Errores de la Trinidad. Ante lo conflictivo de los temas tratados en este libro, su autor no encontraba un impresor que se atreviese a publicarlo. Al fin y tras varias tentativas, se publicó en la ciudad de Hagenau, situada al norte de Estrasburgo, por un tal Johann Setzer. Se desconoce el número de ejemplares de esta primera edición de la obra primera que preparó y publicó Miguel Serveto. Nosotros, para nuestro estudio, hemos utilizado una de las reimpresiones de Johnson Reprint Corporation. Esta versión tiene la propiedad de recoger la totalidad y primitivo estilo de la edición original de Hagenau.

De Trinitatis erroribus libri septem constituye, por su naturaleza y contenido, un ataque a la posición tradicional sobre el tema de la Trinidad y una verdadera recapitulación de la doctrina del teólogo español sobre tan delicado tema. Sobre este tema, nuestro autor se siente familiarizado con Ricardo de San Victor, Occam Holcot, D'Ailly, Gregorio de Rimini, Major y otros. A todos estos autores estudia el teólogo español en su conflictiva obra bajo el prisma de la confrontación bíblica. Resulta sumamente curioso que no mencionara a Santo Tomás de Aquino, figura que luego estudió en un opúsculo en lengua española. Al analizar las últimas teorías escolásticas, llega a la conclusión de que en la Iglesia Católica existe corrupción ideológica.

Fija su atención en Dios y sobre todo en la persona  
de

Cristo. Critica la posición de cuantos establecen demarcación excesiva entre la humanidad y la divinidad. Dice al respecto que éstos "no comprenden la naturaleza de la humanidad, que es tal que que Dios puede comunicarle divinidad a ella"(100) Trata de explicar tal cosa nuestro teólogo, cuando dice: "No, precisamente, por degradación de la divinidad, sino por exaltación de la humanidad".(101). Y deseando remarchar su idea, dice poco después, reafirmando la gran aportación divina al hombre: "Dios nos envía su luz, y esta luz es Dios mismo". (102). Más tarde, vuelve sobre sus pasos y es más explícito: "Digo, por lo tanto, que Dios mismo es nuestro espíritu que habita en nosotros, y este es el Espíritu Santo dentro de nosotros. Con esto decimos que existe latente en nuestro espíritu cierta energía, que es activa, que es cierto espíritu divino, que no es otra cosa que que una divinidad latente que se oye donde se escucha. Yo oigo su voz aunque no sé de dónde viene ni a donde va. De esta manera es todo el que ha nacido del espíritu de Dios". (103). Con ello, desea hacer ver que nosotros somos o estamos unidos conservando la unidad del espíritu, respondiendo a las mismas palabras de Cristo que pidió al Padre que sus apóstoles fueran uno, como "Tu, Padre, en Mí y yo en Ti".

Ahora bien, de ello no se desprende que Cristo no tenga preferencia sobre la simple naturaleza humana, sobre el hombre. Nada más lejos de realidad teológica. Por ello, dice al respecto: "Si dices que no logras ver la diferencia existente entre Cristo y los demás, por cuanto todos somos llamados hijos de Dios, tengo que responderte que si nosotros recibimos el título de hijos de Dios es simple y llanamente por su don y gracia, por cuanto El es el autor de nuestra filiación y, de este modo, es llamado Hijo de un modo excelente". De ahí que se emplee el artículo y a Cristo se le llama el Hijo de Dios, para mostrarnos que El no es hijo en el mismo sentido general que nosotros, sino en uno muy especial y peculiar. Es Hijo natural, los demás no lo son, pero son hechos hijos de Dios. Por la fe en Cristo nos hacemos hijos de Dios,

y por eso somos llamados hijos por adopción . (104)

Con estas argumentaciones, nos demuestra que la divinidad y la humanidad no se excluyen y, de acuerdo con ello, Jesús pudo ser Dios sin dejar de ser hombre.

Problema peliagudo es el relativo a la eternidad del Verbo y del Hijo, problema que a Serveto tanto le preocupó y fue el origen de sus ulteriores y radicales posiciones teológicas. Estamos, por lo tanto, ante el establecimiento de la relación existente entre Jesús y Dios. Veamos lo que, al respecto, dice nuestro teólogo:

"Se deben callar todos aquellos que aseguran que el Hijo fue enviado del Padre de alguna otra manera que como uno de los profetas. Quien desde el principio era el escondido Dios de Israel, cuando su figura permanecía oculta a la sombra del Padre, cuando habitaba en el sigilo-palacio del Altísimo y moraba el Todopoderoso, este mismo era el Hijo, haciéndose de manifiesto, siendo ésta la aparición de nuestro Salvador Cristo".(105)

Tras esta disertación, Serveto lanza una catapulta teológica, relativa a la eternidad del Verbo y del Hijo: "Anteriormente a su encarnación, era llamado el Verbo y después de su unión con el hombre Jesús, se le llamó Hijo. Por lo tanto, el Verbo era eterno y el Hijo no lo era."(106). Y no contento con ello, con este pensamiento tan vidrioso de su teología, en otro lugar de su obra, acomete de lleno el problema de la Trinidad, el cual no se cifra en la existencia de tres personas divinas sino "al modo de Tertuliano, de una trinidad de dispensaciones o administraciones en el seno de la Trinidad". (107)

Como se observará, para Serveto existe un solo Dios que se manifiesta de diversos modos. Serveto no separa a Cristo y a Dios. "Cristo - dice - en en el Padre como la voz en el hablante". Y reconoce la existencia de un profundo misterio mediante el cual Dios puede unirse con el hombre y el hombre



con Dios.

Serveto es un profundo enamorado de Jesús. Sus exclamaciones referidas a Jesús rebasan toda ponderación. En su obra teológica, su emoción traspasa lo imaginable. He aquí algunas de sus palabras sobre Jesús: "Jesús es el alma del Mundo. .... pues por él vivimos no solo en la vida temporal, sino también en la eterna. La temporal nos la ha dado en el Verbo y la eterna nos la ha ganado en su carne.... El es el brillante lucero de la mañana. Hay algunos que tan erróneamente han concebido su humanidad que se sonrojan al hablar del esplendor de su gloria, pero El mismo dijo "yo soy la Luz del Mundo"....."  
"Muchas más cosas quedan por decir de El. Es la Luz de Dios, la Luz de los gentiles; el esplendor de su rostro ilumina el cielo todo y también iluminará los mundos en las generaciones venideras. El es el poder de Dios por quien los mundos fueron hechos y, aunque la palabra de la cruz es una locura por algunos hombres, para otros es el poder de Dios".(108). Y más tarde, dice: "Como Daniel, veo a Jesús venir sobre las nubes del cielo. Le veo en el carruaje de Ezequiel y cabalgando entre los arrayanes de Zacarías. Le veo sobre el trono de Isaias".(109)

Marcelino Menéndez Pelayo hace mención expresa a la forma literaria de nuestro teólogo en este su primer libro de Teología, haciendo notar que dicha forma de Serveto no es muy latina ni muy ciceroniana, pero es al menos sencilla y clara, añadiendo al respecto que, la enérgica personalidad del autor infunde a veces carácter a su lenguaje insurrecto, diríamos menor "desusado brío".(110). También se observa desorden en las materias que trata, aunque en el pensamiento del autor están mejor concebidas las ideas que expone. En todo caso, Menéndez Pelayo se fija en el punto que acabamos de exponer y que tiene su significación en la profunda admiración que Serveto muestra por Jesús. Todos los biógrafos y críticos coinciden - apunta Menéndez Pelayo - en que Miguel Serveto se fija especialmente en este libro del llamado "Cristo histórico", o lo que es lo mismo Jesucristo, el Hijo de Dios.

Sin embargo, a la hora de ofrecer su "idea" de la

divinidad de Cristo, el pensamiento de nuestro teólogo se aparta de la línea ortodoxa. La "idea" cristocéntrica de Serveto tiene por base estas palabras suyas: "Cristo, según la carne, es hombre, y por el espíritu es Dios, porque lo que nace del espíritu es espíritu, y el espíritu es Dios..... Dios estaba en Cristo de un modo singular..... El no era Dios por naturaleza, sino por gracia..... porque Dios puede levantar a un hombre sobre la sublimidad y colocarle a su diestra..... Se le aplica el nombre de Elohim porque el Padre le ha concedido el reino y toda potestad, y es nuestro juez y nuestro monarca.... El nombre de Jehová conviene sólo al Padre. Los demás nombres de la divinidad pueden, por excelencia, aplicarse a Cristo, porque Dios puede comunicar a un hombre la plenitud de su divinidad..... El Cristo histórico es mi único Maestro, Todas las predicaciones de los Apóstoles en el libro de las Actas tienden a presentarnos a este Jesús vivo y por ahí llevarnos a la convicción de que este hombre es Cristo, el Hijo de Dios, el Salvador. Pero para todo lo que se relaciona con la discusión científica sobre la persona del Verbo, ella es secundaria, se procederá sabiamente en dirigir todas las investigaciones hacia la persona histórica de Jesucristo. Todo depende del conocimiento que tengamos del Cristo histórico".(111)

Es de señalar que el teólogo que estudiamos reconocía en Jesús las cualidades divinas, como muy bien hace observar José Barón Fernández, si bien hace una salvedad en lo referente a su eternidad, destacando, como hemos visto, el carácter de Cristo histórico y admitiendo su carácter de Salvador. Nuestro teólogo admitía que Cristo podía ser Dios sin dejar de ser hombre, ya que para él no hay antagonismo entre humanidad y divinidad, Admite que el Verbo es eterno y se hizo carne y que el nombre del Verbo corresponde a la preencarnación y tras su unión con Jesús-hombre se llamará Hijo, ya que "el Verbo era eterno, pero el Hijo (Jesús) no lo era!" (112)

De todo lo expuesto, se desprende su posición en re-

lación con la Trinidad. Tras reconocer en Jesucristo las cuadidades divinas, apunta que en "Cristo encontrarás la sabiduría del Padre, en su boca está la nueva ley y la interpretación de la antigua, la palabra de Dios que nos lleva al conocimiento del Padre...."(113). Años más tarde, se le achazaría su posición respecto a la eternidad del Hijo, con estas palabras: "Al negar la eternidad del Hijo negais también, forzosamente, la eternidad del Padre". El mismo Proceso de Ginebra - tercer interrogatorio - dijo que él no entendía por trinitarios precisamente a los que creían en la Trinidad, "porque yo mismo creo en ella". Disiento de todos aquéllos que la disfrazan de un modo que no corresponde a su realidad, es decir de todos que ven en la misma una distinción real en vez de una esencia divina. Para Serveto, existe en la Trinidad una distinción personal pero no real. Ve en la Trinidad modos pero no es partidario y, por supuesto, niega, que haya división en la esencia divina. Vemos en ello una posición ajena a la doctrina escolástica. Insistimos en que, para él, las divinas personas no son hipóstasis sino formas varias de la divinidad, es decir "facies, multiformes, Delectatis aspectus". De ahí que vea en la Trinidad el modo escolástico un "cerebro de tres cabezas, visión papista y quimera mitológica". En esta primera obra teológica, Miguel Serveto echa los cimientos básicos de su ulterior doctrina teológica.

El estudio de Jesús, su profunda admiración y la posición que adopta en relación con el vidrioso tema de la Trinidad constituyen dos puntos claves del contenido de la De Trinitatis erroribus libre septem. Otros temas también aborda el ilustre español en la mencionada obra. Veámoslos:

Dividido el libro en siete parte o "libros", los temas que aborda en los mismos son los siguientes:

Libro primero: Cristo fue un hombre histórico

real, de acuerdo con la doctrina de los Santos Pa-dres. Es, por lo tanto, más que un simple hombre, por cuanto es Hijo de Dios. En esta obra señala también su autor que el Espíritu Santo no es un ser que se encuentra desunido, ya que de estar desconectado, ello pudiera concluir a una diversidad de dioses y al ateísmo. Aborda también en este tema al hecho de la Trinidad, la cual, según este autor, no es mencionada en la Biblia. Allí, según el mismo autor, no se nombra para nada la hipóstasis, la esencia y las personas y que, "los escolásticos han introducido para confundir".

Libro segundo.- El libro segundo estudia Serveto a Cristo como la palabra de Dios y del Espíritu Santo. Estudia cómo el Verbo se encarnó como primogénito de Dios y también como representante suyo en la Tierra. Mediante su resurrección, probó al Mundo que era Hijo de Dios. También contiene el hecho de que el espíritu de Dios anima a todos los hombres y a todas las cosas existentes.

Libro tercero.- El libro tercero continúa la disertación de su autor sobre el Verbo divino. Estudia cómo a Cristo le son dados todos los honores, aunque no como un ser abstracto. El cristiano que lo es - estudia también Serveto - cree en Cristo porque El es el Hijo de Dios. El que cree en Cristo asegura su salvación.

Libro cuarto.- El libro cuarto estudia las tres dimensiones y pormenoriza cómo actúan.

Libro quinto.- El libro quinto se refiere a aspectos concretos del Antiguo Testamento, estudiando las palabras del mismo por las que Dios Nuestro Señor se refiere a Cristo como Creador y también como Salvador. En esta ocasión, Serveto hace saber que aquéllos que tengan fe en Cristo como tal Hijo de Dios se encuentran en condiciones de lograr la salvación.

Libro sexto.- El libro sexto hace mención al co-

nocimiento que tenemos de Dios no se produce precisamente por las condiciones filosóficas que tengamos sino porque tenemos a Cristo, el Hijo de Dios, en el cual se manifiesta Dios. Serveto hace observar en este sexto libro que, solamente a través de Cristo, podemos llegar al conocimiento de Dios.

Libro séptimo.- En el Libro séptimo recalca Miguel Serveto el carácter divino y la realidad de Cristo. A pesar de ello, insiste en que Cristo fue una realidad y no una mera hipótesis, pero una realidad divina, por cuanto Dios no tomó forma de hombre sino y a través de Cristo.

Como se observará, toda la obra De Trinitatis erroribus libri septem constituye un canto a Cristo, al Cristo histórico de los primeros Padres, el cual es glosado y hasta poetizado por nuestro teólogo, y una exposición detallada de la Trinidad divina, tal y como la concibió el joven teólogo español a sus veinte años de edad: dos puntos éstos que resumen el carácter cristocéntrico de esta primera obra escrita de Serveto y de su posición en el vidrioso tema de la Trinidad.

El ideal teológico que desarrolla a través del contenido todo de De Trinitatis no difiere sustancialmente del marcado en sus obras escritas posteriores. A lo sumo, Miguel Serveto cayó en la cuenta en la necesidad de corregir algunos aspectos del estilo de la obra, queremos decir en las incorrecciones de estilo, aunque a decir verdad, nunca adjuró ni desaprobó cerca de sus propios principios. En sus obras posteriores, tuvo ocasión de introducir "todo un poderoso elemento neoplatónico.(114)

Un año más tarde de la aparición de esta obra, es decir en 1532, hacía su aparición una nueva obra servetiana titulada: Dialogorum de Trinitate libre duo. De iusticia regni Christi, capitula quatuor. Per Michaelem Serveto alias Reves, ab Aragonia Hispanum. Anno M.D.XXXII.-

Diálogos sobre la Trinidad - así es conocida esta obra en España - se publicó también en Hagenau y en los talleres del impresor Setzel, donde se imprimió la obra anterior. Nos encontramos ante una breve publicación de dos libros, que recogen diálogos sobre la Trinidad divina más cuatro capítulos sobre el tema de la Justicia del Reino de Cristo. En total el número de páginas de esta obra es de 44. Para el estudio de la misma, hemos utilizado una copia del ejemplar-copia de Yale.

No debió quedar muy satisfecho Miguel Serveto con el contenido y matización de la doctrina que expusiera en la obra De Trinitatis erroribus libri septem, por cuanto al año siguiente de aparecer ésta, se decidió a publicar la que ahora nos ocupa que, aunque más breve, recoge aspectos teocéntricos del pensamiento servetiano, más matizados y perfilados que la ocasión anterior. Parecióle a Serveto su De Trinitatis un tanto imperfecta y, mediante esta nueva aportación, pretende y en cierto modo consigue dar un mayor rigor a su pensamiento escrito. Dardier ha dicho de este nuevo estudio de Miguel Serveto que este nuevo enfoque de la doctrina servetiana fue provocado por las objeciones que hiciera Bucero sobre los siete libros de De Trinitatis erroribus libri septem.

La obra se inicia mediante unas palabras dirigidas por el autor a sus lectores. Son dignas de ser transcritas: "Me retracto de lo que recientemente he escrito acerca de la Trinidad, en siete libros. No porque sea erróneo o falso, sino por incompleto y escrito de un niño para niños. Sin embargo, ruego a usted lo tenga presente, pues podrá ayudarme a entender lo que digo ahora. Todo lo que en forma confusa, bárbara e incorrecta apareció en mi primer libro, debe atribuirse a mi falta de experiencia y a descuido del impresor. No deseo ofender a ningún cristiano por ello. Dios acostumbra algunas veces, a manifestarse me-

diante su juicio a través de los necios instrumentos del mundo. Yo ruego a usted, por esto, que preste atención al propio asunto; porque si usted lo hace así, mis torpes palabras no serán un obstáculo. Amén".

A través de esta especie de prólogo o preámbulo, parece deducirse, el principio, que Miguel Serveto se retracta de lo expuesto en el libro anterior. En principio, parece que rectifica sus principios doctrinales, pero, a renglón seguido, consolida sus tesis anteriores, toda vez que la rectificación que parece deducirse no hay que imputarla a la falsedad de la doctrina sino a defectos de forma. Es así que, lejos de pretender una rectificación de sus posiciones doctrinales, lo que realmente persigue es perfeccionar las mismas, afianzarlas y darlas un mayor sentido y significado. No obstante, a pesar de hablar de una mayor experiencia por parte de Serveto, a la hora de escribir esta obra, no parece que ello fuera exacto. Un año más, a la edad de los veintidós años, que corresponde a la edad en que nuestro teólogo escribió sus Diálogos sobre la Trinidad, no presupone una mayor exigencia en el orden de haber logrado la experiencia a que se refiere Serveto. Más creemos que se trata de una rec<sup>pa</sup>citación de algunos puntos de su doctrina, lo que se traduce en una mayor matización de la misma; Creemos que ahí está la justificación de esta obrita teológica de nuestro Serveto. Veamos lo más sustantivo de la misma, lo más significativo de las tesis teológicas expuestas.

En el primer Diálogo estudia la preexistencia de todos los hijos de Dios en Dios. Dice al respecto: "Yo no podría llamarme hijo de Dios si no tuviera participación natural con el que es su verdadero Hijo, de cuya filiación depende la nuestra, como de la cabeza los miembros. Si llamé al Verbo sombra de Cristo fue por<sup>no</sup> encontrar otra palabra con que expresar este misterio: pero no quise decir por eso que el Verbo sea una sombra que pasa y no permanece; antes creo que es ahora sustancia del cuerpo de Cristo, la misma que fue antes sustancia del Verbo,

en el cual la luz de Dios alumbró y prefiguró el Verbo". (115) Tras esta declaración, Serveto explica las palabras: "In principio creavit Elohim" y considera la creación como una manifestación o desarrollo de la esencia divina. Y creó por medio de su Verbo: he aquí el Logos, el Elohim, el Cristo. Y cuando Dios habla, pasa a una modificación que antes no tenía: se manifiesta." Y si Dios se ha manifestado y revelado en la carne, necesario es que viendo aquella carne veamos a Dios". Con posterioridad, añade: "Dios, con su Verbo, creó el Mundo y le comunicó su espíritu y lo comunicó a nosotros internamente. En otro tiempo no era Dios adorado en verdad sino en sombra, en templos de madera, en tabernáculos de marmol. Ahora el templo de Dios es Cristo, a quien vemos con internos ojos y hemos de venerar con espiritual adoración". (116) A lo largo de este primer Diálogo, nuestro teólogo hace observar que en el hombre está la plenitud de toda divinidad y que en el cuerpo de Cristo se concilia, concurre, recapitula y resuelve todo. Con ello, pretende el teólogo hacer notar que en Cristo se aunan Dios y el hombre, el cielo y la tierra, la circuncisión. No olvide de consignar que el cuerpo de Cristo es divino y de la sustanciade la deidad, el cual descendió del Cielo.

El Verbo, para nuestro teólogo, es la palabra de Dios que, al exteriorizarse, al proyectarse externamente, tiende a crear. Este es el origen de la creación. Cristo y Elohim son lo mismo. Estamos ante la persona del Hijo, salida del Padre. Esta doctrina tiene mucho de neoplatónica y gnóstica. Todo el Diálogo primero discurre en esta dirección y contexto. Tanto el Diálogo primero como el segundo tienen por objeto el estudio de Cristo: estamos ante un tratado de Cristología y no de un estudio de la Trinidad propiamente dicha.

El Diálogo segundo lo dedica al estudio de la Encarnación de Cristo. Serveto rechaza el término "naturaleza". Este término parecele ofensivo para la Majestad de Dios y no lo admite. Como resumen de su posición al respecto, dice: "Una sola cosa, una hipóstasis, una sustancia, un plasma, una



celeste semilla plantada en la tierra. Por ello, Cristo viene a ser no una criatura sino partícipe de todas las criaturas". (117) Cuando Menéndez Pelayo comenta esta última postura de Miguel Serveto, no puede menos de manifestar el carácter panteísta de su doctrina, calificándolo como un panteísmo de fuera a dentro: "El panteísmo servetiano no es de dentro a fuera, como los modernos sistemas alemanes, sino de fuera a dentro". (118)

Conviene señalar que, a través de los Diálogos sobre la Trinidad, se viene observando una evolución en ciertos aspectos doctrinales del teólogo español. Si anteriormente "ve" a Cristo como el Hijo de Dios, no por naturaleza sino por gracia, ahora añade a la gracia la naturaleza, por cuanto al Hijo le pertenece la gloria del Padre "naturalmente". Serveto está dispuesto a admitir dos naturalezas en Cristo a base de que por naturaleza se entendiese una propiedad "natural".(119) Todavía más: Anteriormente, se sentía remiso a llamar persona al Espíritu Santo, pero ahora no tiene inconveniente a base de que el Espíritu se "personifique", inhabitando en nosotros tras la venida de Cristo aunque, a decir verdad, no hay - dice - personalidad en el Espíritu.(120) Si en un tiempo anterior había hablado del Hijo encarnado y del Verbo preexistente, ahora dejando aquella posición que dejara escrita en su De Trinitatis erroribus, se pronuncia en la defensa de que el Verbo es Cristo, aunque el Verbo no tuvo sustancia - hablando en propiedad - hasta que Cristo fue revelado y su sustancia se hizo perceptible.(121)

Otro de los aspectos que aborda ahora Serveto es el relacionado con la presencia de Cristo en la Eucaristía. Serveto defiende ahora que en la Eucaristía hay presencia real pero esta presencia no es propiamente física. Dice así en el Diálogo: "El cuerpo de Cristo es comido místicamente". (122). Más tarde añadiría, puntualizando su posición: "Por medio del Espíritu, comemos y bebemos la carne de Cristo". (123) Y no satisfecho todavía de sus manifestaciones anterior-

res, puntualiza más su posición al respecto: "Solamente y de una manera figurada, hablamos del pan como cuerpo de Cristo".(124)

En este tema de la llamada Cena eucarística, Serveto se manifiesta de acuerdo con lo pronunciado por Ecolampadio y Butzer. Ambos estaban de acuerdo con Serveto en que la Eucaristía suponía la presencia de Cristo en la misma, pero a base de entender que en el misma existe una presencia real pero no una presencia física. Butzer presente concordancia con el teólogo español en este orden y ello le allega un tanto con el mismo.(125). También había en su posición - en la posición de Serveto, se entiende - cierta coincidencia con Lutero. Martín Lutero defendía que el Cuerpo de Cristo es carne divina, espiritual, aunque no está localizado sino que se encuentra difuso por el Universo. Serveto recurre también a la ubicuidad del cuerpo de Cristo, el cual no está localizado en el espacio.(126) Serveto, para manifestar ésta su doctrina, recurre a elementos poéticos, glosando así la presencia de Cristo, presencia que no es precisamente - según él - de signo físico: "Cristo camina en alas del viento y habita en el vértice de la Tierra". Y más tarde, continúa: "Mide los cielos con su palmo, en su mano tienen capacidad las aguas del mar".(127) Y sobre todo, donde puntualiza esta posición suya es en las siguientes palabras: "Se encuentra Cristo en los objetos espirituales y en cualquiera que son capaces de su inhabitación".(128) Más tarde dirá de la carne de Cristo que es divina y consustancial con Dios. Es más: "Cristo cayó del Cielo como el maná".(129)

Es de señalar que la materia que aborda Serveto a este respecto fue tema candente del momento. Martín Lutero, Gaspar Schwenckfeld, Melchor Hoffmann y, en general, los teólogos luteranos y suizos presentaron distintas tesis sobre el tema de la Cena eucarística. Con el ellos, presenta afinidades y discrepancias nuestro Serveto. A la hora de las discrepancias, reitera éste su pensamiento sobre el tema, dicién-

do: "Su carne - quiere decir la carne de Cristo - es divina y consustancial con Dios".(130) En otro pasaje dice: "La carne de Cristo era como la nuestra porque también la nuestra es susceptible de deificación".(131). Al final y a través de la lectura de los Diálogos de la Trinidad se cae en la cuenta que la doctrina teológica de nuestro teólogo es algo que se aparta de posiciones cómodas y trilladas y que su pensamiento teológico es creación suya, disintiendo de sus mismos contemporáneos, unas veces en problemas de fondo y otras en cuestiones de matiz. En los capítulos titulados De Justicia regni Christi, se palpa esta discrepancia: "Todos me parecen tener parte de verdad y parte de error, y cada cual espía el yerro ajeno, incapaz de ver el propio. Quiera Dios en su misericordia hacernos percibir nuestros errores sin obstinación. Sería fácil juzgar, si a todos se les permitiera expresarse en la paz de la Iglesia, de tal manera que pudieran llegar a rivalizar en el don de profecía y aquéllos que se sienten inspirados pudieran escuchar pero en silencio, como dice Pablo, respecto a los que hablan después cuando algo les es revelado. Sin embargo, hoy en día todos presentan en pugilato el ansia de honores. Ojalá el Señor destruya a los tiranos de la Iglesia. Amén".(132) Con esta especie de oración, Miguel Serveto remata su posición doctrinal sobre el problema de la Cena eucarística, alejándose de cuantos compatriotas suyos abordaron el tema. Podemos decir que Miguel Serveto es un revisionista de los dogmas en su tiempo en boga, si bien no se pronuncia a favor de las distintas banderías que en su tiempo florecían. No se le puede catalogar, por lo tanto, en un grupo determinado ni favor de una tendencia con exclusividad. Su doctrina, su posición "sui generis" le aleja de todo ello. Su pensamiento teológico es auténticamente original, con las naturales influencias neoplatónicas, anabaptistas, sin desdeñar por completo posiciones panteístas y emanatistas. Concluamos con sus Diálogos sobre la Trinidad:  
De Justicia regni Christi, a través de sus cuatro capítulos, pone el broche a los Diálogos de la Trinidad, citando con

mucha atención la Epístola del Apostol San Pablo a los Romanos. Una parte de las veinticinco páginas de este epílogo de los Diálogos la dedica al comentario de dicha Epístola, argumentando contra la doctrina de Malenchthon. A través de los cuatro capítulos de De Justicia regni Christi, dedica también otros espacios a las Sagradas Escrituras en general. Toda la doctrina de los Diálogos de la Trinidad se presenta a base de diálogos, entre dos hipotéticos personajes: Michael y Petrucius. Quizá dichos nombres se refieran al propio autor de los Diálogos y a su hermano Pedro Serveto alias Revés, natural y residente en Villanueva de Sijena, en la provincia española de Huesca. A la hora de escoger dos nombres hipotéticos, parece ser que se decidió por nombres de la casa solariega de los Serveto-Revés de la mencionada Villa aragonesa.

En 1542 y en la ciudad de Lyon, Miguel Serveto sacaba a la luz pública su obra sobre la Biblia, diríamos su Biblia Sacra. El título completo de esta versión bíblica es el siguiente: Biblia Sacra ex Santis Pagnini translatione, sed ad hebraicae linguae amussim novissime ita recognita, scholiis illustrata, ut plane nova editio videri possit. Accessit praeterea liber interpretacionum hebraicorum, arabicorum, graecorumque nominum, quae in sacris literis reperiuntur, ordine alphabetico digestus, eodem auth ore. Lugduni, apud Hugonem a Porta. MDXLII. Cum privilegio ad annos sex.

Obsérvese que en la versión de referencia no figura el autor de la misma. Miguel Serveto alias Revés tenía sobradas razones para ocultar su personalidad. Sus obras aparecidas en Hagenau le habían granjeado enemigos y, ante el previsible temor de persecuciones, el teólogo español optó por silenciar su auténtica filiación. Ahora se nos presenta con el apellido de adopción de Villanovamus o de Villanuefve, en recuerdo afectuoso a su Villa natal. Pero obsérvese también que el nombre de Michel Villenuefve no aparece en la portada del libro. A principios del volu-

men séptimo, aparece, como quien no quiere la cosa, un aviso del corrector de pruebas de imprenta, aviso seguido del mencionado nombre de Michel Villeneuve. Una aclaración conviene hacer de inmediato, en cuanto a la aparición del nombre de Michel Villeneuve. Veamos:

Además de la edición a que nos estamos refiriendo, aparecida, como ya dijimos, en 1542, Hugues de la Porte, el editor, publicó otra edición en el mismo año. Si aquella primera edición lo fue en tamaño folio, ésta lo fue en octavo, la cual es conocida como rara con el título de Ex postremis doctorum, aunque su verdadero título es como sigue: Biblia Sacra ex postremis doctorum omnium vigiliis, ad hebraicam veritatem, probatissimorum exemplarium fidem, cum argumentis, indice, hebraicorum nominum interpretatione. Lugduni, apud Hugonem a Porta, 1542.- (133) Con posterioridad - en 1545 - aparecía la tercera edición de esta versión, pero en esta ocasión hizo su aparición la obra completa pero en siete volúmenes. La preparación de esta obra completa le ocupó a nuestro teólogo nada menos que cinco años de actividad. La obra es conocida por la Biblia Sacra cum glossis. El título de la misma, título completo de esta importante obra es así: Biblia Sacra cum glossis, interlineari ordinaria, Nicolai Iyrani postilla moralitatibus, burgensis additionibus, thoringi replicis..... omnia ad hebraeorum graecorum fidem iam primum suo nitori restituta, variis scholiis illustrata. Lugduni, anno MDXLV. Cum privilegio regis. El nombre del corrector Michel Villeneuve aparece publicado en la edición última de siete volúmenes. Es de señalar que todas las ediciones mencionadas se hicieron en la imprenta de los Hermanos Trechsel. La revisión corrió a cargo de Claudio Guillaud, Doctor en Teología por la Universidad de París y Canónigo de Autun.(134) Se suscribió un contrato entre el español Miguel Serveto y la "Compañía de Libreros" de Layon, para la edición de la obra,(135) y se solicitó y concedió un privilegio signado por

el Rey de Francia en 1544 y un privilegio del Parlamento francés, que se concedió en 1545.

Grande debió ser la tarea que se impuso Miguel Serveto a sí mismo, al comprometerse a llevar a cabo la versión de la Biblia de referencia. Su tarea consistió en la realización de una Biblia a base de dotar a la misma de un nuevo estilo. Bainton asegura que a la versión bíblica le dedicó una labor mucho más árdua y asidua que a Tolomeo. Añadamos, para comprender lo precedente, que la versión de la Geografía de Tolomeo fue el resultado de una pacientísima y árdua labor del ilustre Villanovano. Este no se limitó a una mera exposición del texto bíblico. Lejos de ello, cogiendo de la mano el texto de Santes Pagnini, ilustre hebraísta y erudito fraile dominico, famoso en su tiempo, agregó nuevos escolios que proporcionan al nuevo texto una verdadera aportación personal y que sirvieron para facilitar nuevos cauces de interpretación al texto sagrado. Por añadidura, modificó los encabezamientos de los distintos capítulos, presentando la "nueva Biblia" de Serveto otro cariz, más en consonancia con los modernos tiempos, aunque con ciertas tendencias heterodoxas.

Marcelino Menéndez Pelayo, cuyo estudio sobre el teólogo español ofrece aspectos positivos, aportando luz sobre el mismo, juzga desdeñosamente a nuestro Serveto por su condición de "heterodoxo". A lo largo de su Historia de los Heterodoxos Españoles, critica a nuestro polígrafo más o menos acertadamente, en algunas ocasiones con desacierto. Dice respecto a la obra bíblica de Serveto: "Lo único que pertenece a Servet son los escolios y notas, bien poco ortodoxos por cierto; como que tienden a dar un sentido material e histórico a las profecías mesiánicas; por lo cual han dicho sus biógrafos y encomiadores que es el padre de lo que llaman Exégesis racional y que se adelantó en más de un siglo a Spinoza, Eichornn y demás fundadores de semejante manera de interpretar. Por esto mandó nuestra Inquisición expurgar tales glosas, especialmente las que se refieren a los Salmos y a

los profetas, aunque no prohibió el libro en su totalidad".  
(136)

Gran aportación representó la versión latina de la Biblia de Pagnini. En primer lugar, nuestro compatriota, cumpliendo con su compromiso expresado por escrito, cerca de los editores, restituyó las dicciones griegas o hebreas que aparecían en lengua latina. De ahí que el teólogo español aconsejara al lector de esta versión bíblica que conociera previamente la historia hebrea para llegar al verdadero conocimiento bíblico, aconsejando también que se otorgue al griego la trascendencia que le corresponde para una fiel interpretación de la Escritura. Otro tanto hace en relación con el conocimiento del idioma hebreo. En segundo lugar, se queja de que la mayor parte de los estudiosos de la Biblia no han alcanzado el sentido literal e histórico que implique el texto sagrado. Por su parte, acomete esta labor, frecuentemente olvidada, iluminando su versión con una notas que dan a la Biblia un nuevo caracter y devolviendo a la misma el sentido histórico y literal que encierra. Es partidario Serveto de conceder a las profecías una visión de porvenir, por cuanto es difícil descubrir en las mismas - dice - su significación. En cambio y por lo que se refiere al conocimiento de Cristo, afirma que solamente se le puede entender de una forma indirecta y mística.

Sin embargo, Serveto rechazó una de las profecías del Antiguo Testamento, la profecía de Isaías 7,14. Esta profecía es traducida por la Vulgata del siguiente modo: "He aquí que el Señor mismo os dará una señal y una virgen concebirá". Es de señalar que la palabra virgen, en hebreo, significa una joven. Serveto, en su anotación marginal, indicaba que la dicha joven que concebirá fue nada menos que la esposa de Ezequías. Por lo que se refiere al Cantar de los Cantares y que en el Medievo era presentado como una alegoría del amor de Cristo a la Iglesia, en la versión de nuestro compatriota no aparece por lugar alguno. Ahora bien, la interpretación que había de costarle mayores críticas es la

que hizo del capítulo 53 del profeta Isaías. Nuestro teólogo, lejos de ver en dicha profecía un anticipo al conocimiento de los sufrimientos reales de Cristo, "ve" en la misma una atribución a Ciro, "porque este increíble y estupendo misterio se refiere a Ciro, porque el sublime sacrificio de Cristo permanece oculto tras los humildes tipos de la historia". El capítulo 53 de Isaías, cuya interpretación no se ajusta a la larga tradición cristiana, es éste: "Fue despreciado y rechazado por los hombres, un hombre de dolores y familiarizado con el sufrimiento... Traspasado por nuestros pecados, magullado por nuestras iniquidades. Por sus heridas somos salvados".

Roland Bainton hace referencia a que los intérpretes medievales admitían cuatro sentidos en la Biblia: Sentido histórico llano, que podía ser eliminado si el pasaje era contradictorio o falso; sentido alegórico para la doctrina; sentido moral para la conducta, y sentido anagógico para la esperanza y el consuelo. Los reformadores del Protestantismo rechazaban todos los sentidos menos el histórico y Serveto era coincidente con ellos.(137) Era partidario de establecer el hecho, a base de situarlo en su momento histórico, recoger su sentido literal de la Escritura y, con posterioridad, podemos llegar al logro de interpretaciones más profundas. Dice así, al respecto: "La Escritura tiene una doble faz.... y bajo la vejez de la letra que mata encierra la novedad del Espíritu que vivifica. Por eso, cuando se aclara un sentido sería erróneo omitir el otro, tanto más cuanto que lo histórico desvela lo místico. Esta es la razón por la que en nuestras notas hemos intentado restaurar el sentido literal o histórico, que ha sido muy despreciado, y que, a través de este sentido, se puede llegar a conocer el verdadero sentido místico, con el objeto de que todos nosotros podamos ver con claridad y sin obstáculos a Jesucristo, Nuestro Dios, que es el fin de todo, velado por las sombras y figuras, razón por la cual los ciegos judíos no lo vieron".



Existe una larga tradición relativa a que nuestro Serveto publicó en esta época una versión española de la Summa Teologica de Santo Tomás de Aquino. En la autenticidad de esta tradición coinciden Menéndez Pelayo y Barón Fernández. La noticia parece que tiene su origen en D'Artigny (138), quien hace mención a un tal Juan Frellón, librero lyonés, quien, en su declaración formulada el 23 de Mayo de 1553, se refiere a ello. Juan Frellón no aclara donde se publicó la hipotética Summa Teologica - versión de Miguel Serveto - aunque, por razones de localización, es posible se publicara en la ciudad francesa de Lyon. Menéndez Pelayo recoge también otra obra del teólogo, de carácter místico: Thesaurus animae christianae o Desiderius peregrinus, pero hace mención, a continuación, de que no ha alcanzado de esta obra noticia alguna que le simple nota.(139). También menciona dicha obra servetiana el estuioso servetista Pompeyo Gener.(140) Gener añade sobre el particular que estamos ante un tratado de Mística que, según la "Biblioteca Antitrinitaria" de Sand fue traducido al holandés y al latín con el título de Dialogus de expedita ad amorem dei via, Dorlingen, 1883 y Rotterdam, 1574.

En un orden cronológico, la última obra publicada por nuestro teólogo es la Christianismi Restitutio, que vio la luz en 1553, es decir el mismo año de su trágica desaparición. Resta, por lo tanto, antes de llegar al estudio de dicha obra, analizar otros monumentos del pensamiento e ideario de Serveto, como las que llevan por título Treinta cartas a Juan Calvino, Predicador de los Ginebrinos, Setenta signos del Reino del Anticristo y su realización, presente ya y Apología a Melanchton. Estudiemos estos importantes documentos servetianos de signo teológico y que, a pesar de no estar considerados como obras escritas de Miguel Serveto, aportan unos eslabones preciosos e imprescindibles para el conocimiento integral de la obra y pensamiento teológico de Serveto. Estimamos que, en el repertorio de obras escritas de este español, deberían figurar estos monu-

mentos de la teología servetiana. Pero vayamos por partes. Estudiemos, en primer lugar, el primer documento de los tres que acabamos de enumerar.

Las Treinta Cartas a Juan Calvino, Predicador de los ginebrinos constituyen, como su nombre indica una colección de cartas - en número de treinta - que Miguel Serveto dirige a Juan Calvino y que el teólogo español dirigió al teólogo ginebrino, como resultado de la controversia religiosa que ambos sostuvieron y que contribuyeron poderosamente al trágico fin del español en la hoguera ginebrina de Champel.

Con el fin de comprender en su integridad y sobre todo en su profundo significado el alcance de estos documentos de carácter epistolar, resulta conveniente y hasta necesario presentar el "statu" del momento teológico y, tras ello, el significado de estas cartas servetianas dirigidas a su irreconciliable enemigo.

Lógicamente, el destinatario real de estas comunicaciones epistolares de Miguel Serveto fue el Reformador Juan Calvino. Resulta difícil seguir la gestación de la idea revolucionaria de Calvino: apenas nos quedan manifestaciones prematuras. Puede decirse, sin embargo, que surge de sus reflexiones y estudios universitarios, a base de una lenta maduración intelectual, motivada por fría actividad racional, sin influencias emocionales. (141) Estamos ante el polo opuesto a Martín Lutero.

Juan Calvino se forma en diversos centros. Desde 1528 a 1532 cursa estudios superiores en Orleans, en donde adquiere conocimientos jurídicos. También estudia en Bourges, en donde cursa Filología, y Teología con Alciato y Melchor Wolmar, los que influyeron mucho en su estado de ánimo. Completaría sus estudios en París, en el Colegio Trilingüe. En 1532, es decir dos años más tarde en que falleciera su padre excomulgado, publica un comentario a De Clemencia de Séneca, en el cual se aprecian síntomas de heterodoxia. El

discurso dirigido a su amigo Nicolás Corp sobre La Filosofía cristiana aparece plagado de párrafos textuales de Lutero. Viaja por Estrasburgo, Basilea, Ferrara durante unos años y, al fin, fija su residencia en Cinebra.

El "cuerpo" de su doctrina se encuentra en su obra Institución de la Religión Cristiana. El estilo de esta obra fundamental de Calvino corresponde al de un moralista, en donde se detectan evidentes deficiencias en su formación teológica aunque un gran apego a la formación jurídica. Son propios de la teología calvinista postulados tales los siguientes: La palabra divina es la única fuente de fe reconocida, la fe nos justifica sin que ello presuponga un consentimiento racional por nuestra parte; respecto a la salvación, no todos los hombres se salvan: la salvación o reprobación es el resultado de una decisión intemporal de Dios, el cual "ordena a unos hombres hacia la vida eterna y a otros a la eterna condenación". No obstante, Calvino aconseja las buenas obras, la práctica de la virtud. En este orden de aconsejar el camino a seguir, no olvida Calvino de aconsejar la actividad económica y el provecho lucrativo.

En un orden más estricto, Calvino matiza aspectos teológicos y hace observar que la Iglesia es la encargada de dirigir la predicación y a su autoridad afecta el respeto de la verdad evangélica. La oración queda reducida para él al canto de salmos y al rezo del "Pater noster", los sacramentos los reduce a dos, los cuales no confieren precisamente la gracia sino que son únicamente signos exteriores de la fe. Es así que el bautismo es símbolo de nuestra generación en Cristo y la Eucaristía rememora la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Por lo que se refiere a las relaciones entre la Iglesia y el Estado, Juan Calvino es partidario de que sean estrechas, por cuanto se identifican los fines de ambas sociedades.

Calvino es más sistemático que Lutero. En su obra fundamental nos legó una dogmática conclusa. Quiso siempre ser intérprete de la Escritura. "Nadie llega ni a la mínima inte-

ligencia de la recta y sana doctrina, si antes no se hace discípulo de la Escritura"... "Esta lleva su credo o credibilidad en sí mismas; en virtud de la iluminación del Espíritu Santo, es reconocida por nosotros como palabra de Dios". Defiende la Trinidad porque desea asegurar la divinidad de Jesucristo.

Nos podemos preguntar por las cualidades personales de este hombre, tan vinculado al teólogo Miguel Serveto. García Villoslada y Bernardino Llorca (142) nos hablan de él como un hombre de indomable energía y de talento organizador. La Ciudad de Ginebra se rindió ante su férrea disciplina, gobernó como verdadero dictador. Los "libertinos" se alzaron contra él. El año en que fue sacrificado Serveto - 1553 - constituye el punto álgido de la batalla que tuvo que dar a sus enemigos en Ginebra, que se sublevaron contra él. Sus enemigos alcanzaron absoluta mayoría en los Consejos de la Ciudad. Juan Calvino llegó a plantearse seriamente la posibilidad de abandonar Ginebra, dispuesto a no ceder en sus decisiones personales. En tan crítica situación, el asunto de Miguel Serveto le sacó de tan difícil situación. Se presentó como guardián de la fe y en ello alcanzó los mayores triunfos. En otro orden de cosas, fue un mecenas de la cultura de su pueblo: Organizó en Ginebra un centro de cultura y formación evangélica que llamó "Academia", creando cátedras de latín, griego y hebreo. En esta labor, encontró la colaboración de Teodoro Beza, teólogo francés de familia noble. Beza hizo de la "Academia" una especie de Facultad teológica calvinista que llegó a ser internacional. Y ya que nombramos a Beza, diremos que a éste se debe el haber limado algunas asperezas del carácter de Calvino.

Concluamos: Juan Calvino tenía una energía de carácter extraordinaria y gran talento organizador. Sin llegar a ser tan sentimental como Lutero ni tan filósofo como Zuinglio, hoy se admite en Calvino la presencia de un carácter decidido y un talento extraordinario como organizador. Se constituyó como juez supremo de la verdad, negando la autoridad del Romano Pontífice, a los concilios y a la tradición cristiana.

(143). Ello, todo ello, explica su actitud para con Miguel Serveto, su enemigo ideológico encarnizado.

Gran número de biógrafos de Serveto coinciden en que fue, en París, donde se produjo el primer encuentro entre éste y el dictador ginebrino. Así lo hacen constar, entre otros S. Pey Ordeix (144), Goyanes Capdevila (145) y Mariscal (146). En general, coinciden todos ellos en que Teodoro Beza, en su Vida de Calvino, hablando de Calvino, dice que éste en 1534 no rehusó discutir con Serveto, acordándose la entrevista a una hora determinada en una casa de la calle Saint-Antoine de París y que Serveto no compareció. S. Pey Ordeix valora la entrevista frustrada de Calvino y Servet en París y saca conclusiones sobre el particular: "Calvino - dice - necesitaba tener averiguado que el estudiante Villanueva de París era el Servet de Hagenau, como también Servet debía saber que en la sotana del cura de San Martín de Marteville, beneficiado de Noyon, había un redomado hereje". (147) De todos modos, los buenos oficios de Jean Frellon, editor de Lyon, que medió en el establecimiento de una correspondencia entre ambos, no dio los resultados optimos que deseara.

Entablada la correspondencia epistolar entre los dos teólogos, el español le envió desde Lyon una misiva, en tono suave, en torno a la figura de Cristo y al problema del bautismo, por mediación de Frellon. He aquí las cuestiones planteadas por el español a su contrincante:

"1.- Si el hombre Jesús crucificado es hijo de Dios, y en qué consiste esta filiación.

2.- Si está en los hombres el reino de Cristo, cuándo entran en él y cómo se regeneran.

3.- Si el bautismo cristiano debe recibirse con fe, como la eucaristía, y qué sentido tienen estas instituciones en el Nuevo Testamento".

Calvino, que firmaba con el pseudónimo de Carlos Despeville o d'Espeville, contestó a su oponente con encendido

tono dogmático, lo cual molestó a Serveto. Como reacción a este gesto molesto del ginebrino, el aragonés adoptó un gesto agresivo y desafiante, a base de treinta cartas, en donde se aprecia un ataque frontal a la doctrina calvinista. En esta actitud servetiana, no se ahorran a veces palabras duras para Calvino. He aquí algunas a título de ejemplo: "Teneis un Evangelio sin verdadera fe, sin buenas obras.... las cuales son para vosotros vanas pinturas. Vuestra decantada fe en Cristo es humo sin valor ni eficacia. Habeis hecho del hombre un tronco inerte y habeis anulado a Dios con la quimera del seверо arbitrario. Haceis caer a los hombres en la desesperación y le cerrais la puerta del reino de los cielos.... la justificación que predicais es una fascinación, una locura satánica.... No sabeis lo que es la fe, ni las buenas obras, ni la regeneración."

Sanz Agüero nos presenta de un modo sistematizado el diálogo polémico entre Serveto y Calvino, el cual resume en cuatro puntos que sintetizamos a continuación: (148)

1.-Serveto inicia su comunicación epistolar, a base de preguntas sencillas dirigidas a Calvino.

2.- Tras ello, prepara sus famosas treinta cartas, las cuales contienen sustanciales posiciones críticas en relación con la doctrina del teólogo ginebrino. Ante este estado de cosas, la actitud de Calvino toma derroteros de escrutin, hasta sacarle de quicio. A ello contesta Serveto con estas palabras: "Yo te he advertido frecuentemente que te sitúas en el mal camino". Calvino, fuertemente irritado, reacciona y pronuncia estas terribles palabras: "Servet me ha escrito recientemente y adjuntado a sus cartas un gran volumen de delirios, advirtiéndome, con una jactancia therasónica, que veré cosas asombrosas e inauditas. Se me ofrece a venir aquí, si me place. Pero no puedo comprometer mi palabra porque si viene no toleraré, por poca autoridad que yo tenga, que él salga vivo". Estas palabras, dirigidas a Farel, explican por sí solas el estado de ánimo y la irritación de Juan Calvino

para con Miguel Serveto

3.- Por su parte, Serveto, tras sus treinta cartas dirigidas a su contrincante, tuvo una infeliz ocurrencia. Se releyó la Institución Cristiana de Calvino y mientras realizaba esta lectura fue anotando, con una sagacidad increíble, una serie de acotaciones en las mismas páginas de dicha obra, hasta plagar la misma de observaciones y misivas. Una vez concluido este trabajo, le devolvió el ejemplar de la obra del dictador ginebrino a su autor, sin dar mayor importancia a lo que estaba haciendo. Por si ello no fuera suficiente, manifestó a su oponente que estaba dispuesto a seguir la polémica cara a cara. "No hubo página - dice Calvino- que no manchara con su vómito".

4.- No satisfecho el intrépido aragonés, decidió enviarle el borrador de su Christianismi Restitutio, borrador que iba acompañado de la siguiente recomendación: "Ahí aprenderás cosas estupendas e inauditas; si quieres, iré yo mismo a Ginebra a explicártelas". Así las cosas, Miguel Serveto caminaba, lento pero seguro, a su trágico fin. Consciente de ello, un año más tarde, en 1547, escribe a Poupin y le dice: "Yo sé, sin dudarlo, que deberé morir por esta causa; este pensamiento no abate nada mi valor. Discípulo, yo sigo las huellas de mi Maestro". Sin embargo, jamás pudo pensar en el castigo brutal de la muerte en la hoguera con que sería sentenciado por el Tribunal de Ginebra.

Los historiadores han afirmado, en su mayoría, que Calvino denunció a Serveto, a excepción de los más intransigentes de su posición teológica. S. Reinach opina que, en efecto, Calvino denunció a Serveto. Por su parte, Reinach opina que se siente culpable Calvino al negar su delación, lo que supone una cínica hipocresía, según él. Doumergue trata de disculparlo. Otro tanto puede decirse de M. Bossert, el cual dice que el estilo de las cartas de delación no es de Calvino. Una carta de Calvino al Cardenal

Tournon hizo sonreír al Cardenal, porque "un hereje delata a otro hereje".

Nos estamos refiriendo a las treinta cartas de Serveto a Calvino, a misivas epistolares, como si se tratara de contenidos epistolares que el teólogo español hizo llegar al teólogo ginebrino, como si aquél enviara estas misivas con el propósito de que éste se enterara más o menos privadamente de su contenido y quizá con la intención de recibir cumplida respuesta. No se trata de cartas de este carácter. De haber sido comunicaciones de este carácter, es presumible que Serveto hubiera recibido respuesta o respuestas a las mismas y que los documentos de la época se hubieran hecho eco de ellas. El mismo Calvino hace notar que no ha recibido estas cartas. En efecto: En su Defensio hace mención a una idea servetiana dirigida a su persona y que se encuentra en la carta número veintisiete, añadiendo que las treinta cartas de Serveto a su persona no las ha recibido. Estamos, por lo tanto, ante pequeños tratados a modo de lecciones o artículos que el teólogo aragonés fue confeccionando con el fin de satisfacer una necesidad muy suya, como es la de defender sus propias convicciones ante las tesis doctrinales de su oponente.

Estos pequeños tratados o "cartas" nos muestran, como las obras escritas todas del teólogo aragonés, al escritor brillante, al teólogo luchador, al original escritor, al profundo pensador, al irreductible y valeroso cristiano. En estas composiciones, fruto de la formación teológica de su apasionado autor, destaca la intención doctrinal del mismo, su propósito firme de hacer ver a su oponente los caminos de la verdad, mientras trata de "dar rienda suelta" a sus ideales religiosos, a sus convicciones más íntimas y meditadas. A pesar de ello, se observa en estos documentos el rigor lógico y el espíritu firme de convicción cerca de su oponente y, por extensión, de cuantos leyeran estas enjuiciosas misivas.



Para una mejor comprensión de las referidas Cartas, hemos optado por una agrupación de las mismas, en razón a su contenido fundamental, toda vez que las mismas son ricas en matizaciones y aspectos concretos de su temática. Para el estudio de estos documentos doctrinales de la teología servetiana, hemos utilizado la edición de A. Alcalá.(149) En la clasificación adoptada se agrupan las cartas primeras - una a la séxta - en un grupo determinado, el cual dedica su autor al estudio del Verbo divino.

Inicia Serveto la primera carta con aire discursivo: "Dices tú que <sup>sólo</sup> de nombre es llamado Hijo de Dios, pero que en realidad no es su Hijo, aquel Jesús Nazareno crucificado por nosotros" .. "Porque no crees que la verdadera razón de que este hombre sea Hijo de Dios consista en que sea verdaderamente engendrado de la sustancia de Dios...." Desgarras a Dios monstruosamente, destruyes al verdadero Hijo, te fraguas nuevos dioses". Serveto, mediante estas palabras primeras, sienta categóricamente el principio de que Jesús fue verdaderamente engendrado de la sustancia de Dios. Esta primera manifestación de la teología servetiana tiene su plena confirmación, al final de la primera Carta, cuando, después de haber hecho diversas consideraciones, dice: "Pero te pido que recuerdes que este Dios y que, así, es verdadero Hijo de Dios. Ha sido este hombre engendrado desde la eternidad por la Palabra..." "Por eso se le llama sabiduría engendrada personalmente, Hijo personal, en la persona de este engendrado". Y, como quiera que desea preparar su idea de la Trinidad, hace constar taxativamente que en ello no existe distinción real sino la gloria eterna del hombre Jesús Cristo, Hijo de Dios, "que existía personal y sustancialmente en él desde la eternidad y para la eternidad". (Carta I).- (150).

Sobre la idea atribuida a Calvino de un Hijo incorpóreo e invisible realmente distinto del Padre y de la inferencia del referido Calvino de que Cristo es llamado hijo

de David por su naturaleza humana e Hijo de Dios por su naturaleza divina, el teólogo español argumenta que, por este procedimiento, se habrán logrado tres hijos: Un hijo respecto a la naturaleza humana, otro para la naturaleza divina y otro para el todo Cristo mismo.

Destaca nuestro teólogo la doble naturaleza de Cristo: una naturaleza divina y otra naturaleza humana, pero haciendo la salvedad: que ninguna de ellas es Hijo, sino el que consta de ambas naturalezas, es decir el Cristo unigénito, que es padre y madre, único Hijo. Y avanzando en el terreno de la Trinidad, reitera que en Cristo no existe una porción de la Trinidad sino toda la plenitud de la deidad. Y como interesa a Serveto destacar que no existe un Hijo incorpóreo, nos muestra que en las Escrituras no se habla de un Hijo sin hombre, a lo cual Serveto se hace y hace sucintamente a los suyos esta pregunta: "Por qué, pues, construís un Hijo sin hombre?". En este orden, se queja de que los "sofistas metafísicos", es decir los escolásticos, se imaginaron un Hijo invisible. (Carta II).

Una de las ideas "madres" de Serveto, relativas a Cristo nos la expresa ahora nuestro teólogo. Como en el resto de las Cartas, ahora trata de aminorar las teorías calvinistas: "Varias veces te he aconsejado que no admitas en Dios esa gran monstruosidad de tres realidades, tan imposible, no probada por ningún testimonio de Escrituras bien entendido. Me dices que una de tus razones es que Dios es llamado padre desde la eternidad, y también que los mismos patriarcas eran llamados hijos de Dios, a causa de ese Hijo incorpóreo que ya existía en tiempo de ellos. Son razones - añade Serveto - demasiado leves para construir en Dios algo tan monstruoso".(151) Serveto contesta a ello, diciendo que, en efecto, Dios es padre. Por lo que se refiere al Hijo, nos hace notar que en el hombre Cristo es en quien hay verdadera filiación. En cambio, la filiación de Cristo que estuviera ya en los patriarcas fue algo así como sombra de

de las futuras, parecido al hecho de que tenían fe en un futuro Cristo. No contento con ello Serveto, hace hincapié en <sup>lo</sup> que decía anteriormente: que sería padre y nosotros hijos, en sombra entonces, pero ahora en verdad. De esta forma, el teólogo reafirma la gran y verdadera filiación de Cristo. (Carta III)

Se queja nuestro teólogo de que se estime que es toda una herejía el hecho de creer que Jesús hombre es verdadero y natural Hijo de Dios; supuesta herejía, porque es atribuir algo visible o perceptible a la Palabra, al espíritu y a los ángeles. Parece que desea justificarse cuando, a renglón seguido, hace notar que esta fe es la que abrazaban en tiempos muy pasados los "rudos discípulos" y la que en tiempos de nuestro teólogo abrazaron los "verdaderos cristianos".

A la hora de comprender y entender a Dios, manifiesta sin rodeos que no es entendido Dios por los mortales sino de una manera parecida a la presentada <sup>en</sup> una imagen por un espejo y, todavía entonces, no es entendido verdaderamente; se le conoce a base de su manifestación y comunicación. El medio de lograr este entendimiento son la Palabra y el Espíritu. Por medio de ellos, Dios se quiso manifestar y por medio de los cuales - añade - se hacen perceptibles todas las demás cosas. (Carta IV)

También se queja de que su oponente se moleste porque nuestro teólogo llame etérea la forma humana de Cristo. Serveto explica su posición al respecto: "Como ahora es verdaderamente real lo que antes era figurado, así es ahora verdaderamente natural al hombre Cristo aquella forma que antes por disposición de Dios estaba figurada en la Palabra y en los ángeles. Por este motivo, no les es tan natural a los ángeles la forma humana como a nosotros, pues como son una sustancia espiritual etérea, sin participación de tierra, fácilmente adoptan otras formas cualesquiera; pero la humana, que prevalecía en la Palabra, formadora de ellos, fue

también siempre, por eso, superior a las suyas".(152)

Hace hincapié en el hecho de que en la Palabra se muestra ya esa forma humana de muchas maneras. Claro, que, a renglón seguido, justifica su posición al respecto diciendo que no atribuye a la Palabra forma corpórea sino manifestación divina a manera de una forma corpórea. Y, para que su posición quede aclarada, aduce nada menos que diez inducciones: la del conocimiento mismo de la sabiduría omniforme, la palabra referencial, la luz, la visión y rostro de Dios, la Palabra como semen verdaderamente formal, la formación del hombre, la conformación esencial, la potencia natural, la relativa a la generación y la visión y asimilación angélica. (Carta V)

Se siente un tanto elocuente Serveto cuando, a continuación, expone su firme posición sobre la inmutabilidad de Dios. "Te mostraré - dice - que ni en la creación ni en la encarnación se realizó cambio alguno de Dios, sino una manifestación de su sustancia, con lo que podrás entender todo el misterio de bondad para gloria de Jesús el Cristo Nuestro Señor". Obsérvese que en el anterior párrafo,(153) se contienen dos ideas fundamentales: la relativa a la inmutabilidad divina, lo que no le inhibe que Dios se manifieste de diversos modos, y las palabras del teólogo español glosando la figura de Jesús, el Cristo Nuestro Señor, en el que destaca el misterio de bondad.

Serveto insiste y reitera la ausencia de cambio en Dios. "En la creación - dice - se hizo visible Dios, abrió su tesoro, las puertas de la eternidad. Pero no por eso hay que decir que se haya cambiado de algún modo, porque sea percibido por nosotros de esta o aquella manera, ya que El contiene en sí mismo cualquier forma de percepción que quiera ofrecernos. Si comprendes que las comunicaciones divinas a nosotros no suponen mutación en Dios, comprenderás que tampoco sus manifestaciones" Y más tarde, hace notar que, si no se ha alterado Dios por cada una de esas manifestacio-

nes, tampoco se ha cambiado Cristo. Al final de esta Carta, reitera su posición diciendo que Dios es acto eterno sin tiempo, actuante siempre en las criaturas, sin alterarse en sí mismo. (Carta VI) En la Carta siguiente, (Carta VII), reitera su posición en torno a la inmutabilidad de Dios pero con una alusión clara a la Trinidad, tal y como la entienden los escolásticos (paternidad, filiación y procesión), a base de sus consiguientes relaciones. Remacha Serveto su postura diciendo: "Lo que ellos llaman accidentes, ya antes dijimos que son para nosotros formales sustancias, como la luz es verdadera sustancia".

Dedica Serveto diversos argumentos para tomar la palabra generación en un sentido real. Recurre a distintas fuentes y distintos argumentos para probar la no procedencia de la generación real. Entre ellos, cabe mencionar a Salomón, el cual - dice textualmente Serveto - utilizó el término "generación" en sentido proverbial y figurado, por cuanto lo trata en razón a una parábola, un simil o figura. Y añade: "¿Quién en sus cabezas podrá negar que por esa sabiduría de Salomón se simboliza y figura la persona de Cristo". (Carta VIII)

Las Cartas IX-XIII hacen mención a la fe como puerta del Reino instaurado por Jesucristo y de la justificación y del crecimiento espiritual. Serveto, hombre introducido en el campo de los textos bíblicos, nos presenta a través de sus Cartas y, por extensión, de todas sus obras escritas, una vista panorámica de los referidos textos en relación con la fe y la justificación, temas candentes para su oponente Calvino: "Todas las cosas están escritas para que creas que aquel Jesús Nazareno es el verdadero Mesías Hijo de Dios y, creyéndolo, te justifiques". (Jn.20), "Creímos en Cristo Jesús, para justificarnos" (Gal.2) Ante estos y otros testimonios, Serveto arguye que si alguien predicase que existe otra fe que justifique a los cristianos, sea anatema. Una sola es la fe y además una sola es la cabeza existente.... por la que se cree

que Jesucristo es el verdadero Hijo de Dios y salvador. Hace observar que esta fe es la única que se requiere para el bautismo, la Cena y en los demás actos cristianos.

(Carta IX)

Dirige el teólogo aragonés al teólogo ginebrino una acusación relativa a que nadie puede justificarse sin promesa, con lo que éste falsea - según aquél - la verdadera fe. Serveto admite que se puede justificar el cristiano aunque falten las promesas expresas. Ello tiene plena justificación en el Evangelio (Mt. 15,22-28 y Mr. 7, 25-30, en que aparece la escena de la curación de la hija de una mujer determinada; y Mt. 8, 5-13 y Lc. 7, 1-10, en que aparece el centurión solicitando la curación de su soldado). En ambos casos, no hay promesa alguna. De ahí que Serveto nos hable de una manera denodada del Hijo de Dios, que salvaba a los creyentes, aunque éstos fueran ignorantes, escitas o de otra condición, pero siempre ignorantes de toda promesa. Se queja de que existan cristianos que no creen en Dios si no se le promete por Dios algo. De ahí que haga alusión a los que estaban en Jonás en la nave y los de Nínive, los cuales creyeron a pesar de que nada se les prometía. Es así que se entregaron con confianza en El y quedaron justificados.

Es tal la confianza de nuestro teólogo en Cristo, que a lo largo de esta Carta hace mención expresa a que "aunque nunca hubiera habido promesa alguna, ni ley, ni profetas, la sola venida de Cristo justificaría a los creyentes en El solo, por el testimonio del Padre. Lo mismo que la sola vista de la serpiente salvaba hasta a los sordos que no podían oír promesa alguna, así la sola mirada de fe al Cristo". No contento con ello, Serveto advierte a Juan Calvino que podía destruir su opinión, con solo echar mano de otros testimonios. El el caso de Cornelio - dice - el cual queda justificado antes de que escuchara a Pedro (Hec. 10), sin que se produzca promesa alguna.

(Carta X)

Admite Serveto la fe, pero la fe con obras, aunque también admite que la fe tiene otros efectos. Se esfuerza al respecto y formula una serie de criterios para demostrar su aserto los grandes efectos de la fe, a base de buenas obras. He aquí algunos de estos criterios:

Tanto el hurto como el homicidio y el adulterio son pecados. Ello no es dudado por persona alguna. Nuestro teólogo se pregunta ¿por qué a los actos contrarios a estos pecados no se les premia, si a los pecados es lógico que se produzca el castigo? De ahí saca la conclusión de que las buenas acciones en gracia sirven para aumentar la gloria, igual que las acciones malas sirven para aumentar la pena.

Las obras exteriores tienen su actuación en el alma como el acto en el hábito. Así como por las malas acciones el alma queda afectada por el mal, por las buenas acciones queda afectada por el bien. Serveto arguye que algo se produce con las obras, bien en un sentido o en otro.

Anotemos, por último, las palabras de Dios a Abraham "porque has hecho, te juro.." (Gén. 22). Obsérvese que Dios hace el juramento después de que Abraham realizara su hermosa acción cerca de su amado hijo y no antes de consumir Abraham su acción. Su generosidad es premiada por Dios con la gran promesa. (Carta XI)

En el orden de la fe, que se aborda de una manera amplia en el grupo de Cartas que estamos analizando, Serveto acomete a continuación las "razones insulsas" con que Calvino condena siempre las obras. Dice así: "Con razones insulsas condenas todas las obras siempre. Cualquiera que sean, dices que son siempre pecados mezclados con heces, fétidas, todas repugnantes a Dios y merecedoras de muerte eterna. Blasfemas contra las obras del espíritu y no distingues bien la muerte primera de la segunda. Dices que ninguna obra es buena si no procede de amor perfecto; pero a éste no lo encuentras en parte alguna".(154)

Serveto, al pronunciarse contra Calvino a través de las palabras precedentes, tiene presente las palabras que escribiera Calvino en su Institución del Cristianismo sobre este tema. En aquella ocasión, el Reformador ginebrino dice: "Por más apariencias de santidad que el hombre manifieste por de fuera y a la faz del Mundo, no es otra cosa que hipocresía y abominación ante Dios, puesto que los pensamientos del ánimo siempre permanecen depravados y corrompidos.(155) A todo ello replica nuestro teólogo señalando que los apóstoles constantemente nos llaman perfectos siguiendo así a Cristo. A este respecto, cita numerosos pasajes bíblicos y destaca las palabras de San Pablo, con las cuales se llama a sí mismo perfecto y no perfecto: no perfecto, atendiendo a la gloria de la resurrección; y perfecto, por la perfección de los dones de Cristo. Y después añade: "Porque se nos ha comunicado la misma caridad perfecta de Dios, concluye Juan que mora en nosotros el amor perfecto que echa fuera todo temor. En consecuencia, de que la carne con sus asaltos codicie contra el espíritu no se sigue que el espíritu del Cristo no produzca en nosotros un perfecto amor".

A continuación, lanza Serveto un dardo contra su oponente: "Te burlas de la perfección porque aún no la has gustado, porque aún no has sido engendrado del cielo. Para tí miente Cristo al decir que hay algunos santos, de corazón limpio, honesto y bueno.(Mt.5,Lc.8).Para tí mienten Pablo e Ignacio al llamar santos, limpios, immaculados, a los de corazón irrepreensible, a los puros ante Dios..." "Innoble y blasfemo eres tú si condenas las obras del espíritu. Afir- mas que están manchadas y que no se pueden llamar buenas sin previo perdón, como si el espíritu mismo de Dios tuviera que perdonarse a sí mismo o como si Cristo mismo, que actúa en nosotros, pudiera producir suciedades".(156)

Insiste en el mismo tema, una y otra vez, en la Carta que estudiamos. Es así que dice a Serveto que aunque las obras sean buenas tras el perdón, con el perdón podrán



aprovechar para el aumento de la gloria, por cuanto dicho perdón será como una recompensa de ellas. Y añade: "Tú niegas que las obras sean útiles para la vida por creer firmemente estatuido que la vida eterna se nos da por la fe, en modo alguno por las obras". (Carta XII)

Si en la Carta anterior se insinúa el gran problema teológico de la justificación, en la que ahora vamos a estudiar el tema adquiere carta de naturaleza. Echa en cara nuestro teólogo a Calvino su postura que lleve al hombre a no producir cambio alguno, presentando una postura indiferente, de tal manera que no se distinga el justo del injusto en orden a su justificación. La indignación que tal teoría calvinista produce en nuestro teólogo es sustantiva. Cuando oye hablar de la justificación, tal y como la entiende Serveto, la indignación que ello produce en su ánimo le lleva a exclamar: "¿Qué escucho?" "¿Que por el pecado no se cambia el espíritu del hombre?" "¿Que quién está en tinieblas no se distingue del que tiene luz?" "Que el libertado de la opresión de Satanás no difiere del que aún sufre su opresión?"..... "¿Que el reino de los cielos no se diferencia del infierno?" Y tras ello, su indignación sube de tono y exclama: "Satánica será tu justificación, si tu conciencia es por dentro igual que antes y si en tí la vida de la fe no es distinta de tu muerte precedente".

Tras otras consideraciones similares, Serveto califica de ridícula su teoría de la fe como conocimiento y todavía más mágica aún su alucinación, con lo cual da por desmentida su idea de la justificación. (Carta XIII)

Un nuevo tema se aborda en las Cartas siguientes. Nos referimos al Nuevo Reino del Espíritu, que Miguel Serveto estudia en las cartas XIV al XX, ambas inclusive. En este grupo de Cartas, Serveto establece la diferencia existente entre el Cristianismo y el Judaísmo, mientras aprovecha la ocasión para hacer notar que Calvino no tiene ideas claras sobre la fe en Cristo, sobre las buenas obras y tam-

biéndel Reino Celestial.

En la Carta XIV, Serveto limita a rebatir distintas posiciones presentadas por Calvino y van dirigidas directamente a su persona: "Te burlas, me preguntas, te escandalizas, querría que comprendieras". Ante la pregunta de Serveto: "¿Es que puede darse una composición viva de carne, sangre y huesos, sin el espíritu elemental?". El mismo Serveto contesta que no está en nosotros Cristo truncado, sino que se nos comunica sustancialmente con todo el conjunto de su carne y de su espíritu.

En otra ocasión, dentro de esta Carta, le echa en cara su celo judaico por haber dicho con el Cristo que en este su reino el menor es mayor de lo que fue Abraham y que el mismo Abraham fue carnal. Nuestro teólogo, llevado de su conocimiento de la Escritura y sobre todo del gran papel que confiere a Cristo dice: "Carnal es llamada toda aquella generación antigua, porque no estaban entonces, como nosotros ahora, regenerados por este nuevo espíritu de gloria ni resucitados con el Cristo a esta vida celestial". No contento con el gran papel marcado por la gran regeneración de Cristo, exclama: "No niego que a la misma herencia y al mismo reino de Dios hayan de ser llevados la mayor parte de ellos después de la resurrección, ni que muchos de ellos hayan sido llevados con los patriarcas cuando la resurrección del Cristo. Pero nuestro estado presente, y los dones debidos a la venida del Cristo, insisto en que son superiores a los suyos".(157)  
(Carta XIV)

Una regeneración verdadera no se puede comprender si no se ha comprendido el Reino de Cristo. En este orden, Serveto, aunque admite que no se lleva a cabo en un momento, admite con Mateo que se inicia en un momento dado. Siempre se puede indicar el tiempo en que la persona se convierte, el momento en que la persona recibe el perdón de sus pecados. (Mt. 13; Mc. 4). Aplicado ello al bautismo, se nos da la regeneración y renovación, iniciando así el ingreso en el

Reino celeste. Al respecto, trae a colación las palabras de Clemente Alejandrino en su Pedagogo : "Aunque el efecto del bautismo y de la gena no siempre suceda a su administración, debemos administrarlos, porque para eso fueron instituidos".(158)

Acusa Serveto a Juan Calvino de decir que los hombres se regeneran cuando son iluminados. Se expresa así nuestro teólogo: "Decimos que se regeneran, cuando son iluminados en la fe de Cristo, cuando sus corazones se reforman en obediencia a Dios y, en suma, cuando en ellos se instaura la imagen de Dios".(159). Y, tras ello, apostilla Serveto: "Me tendrás que conceder que tus bebés bautizados no son regenerados, pues ni son iluminados ni entienden nada". Con ello, el teólogo español rechaza de plano el bautismo de los niños, como lo hace reiteradamente en su obra teológica en general, mientras ataca con no poca virulencia a su opositor, sobre todo cuando le acusa de utilizar el término de adopción referido a los niños; "niños adoptados", en frase de Calvino.

Miguel Serveto intenta definir su posición en relación con el bautismo, entendiéndolo por tal un lavado de regeneración y de renovación del Espíritu, el cual nos salva. A este respecto hace notar que, si el bautismo constituye un lavado de carácter regenerador, ese lavado con agua y el Espíritu Santo es la regeneración. Y añade, matizando el concepto de regeneración, que esta regeneración obtenida en el bautismo constituye la consecución del reino de los cielos.

En la Carta XVI estudia el bautismo del adulto en contraposición al de los infantes. Como es habitual en nuestro teólogo, se enfrenta ahora con su oponente. Tras unas breves consideraciones, se sumerge de lleno en el tema del bautismo de los adultos, recurriendo a los pasajes bíblicos. Se pregunta al respecto Serveto el por qué

Cristo fue circuncidado de niño y bautizado de adulto. Serveto, ante este hecho, saca conclusiones, quedando distinguidos los tiempos de la Ley y los del Evangelio. Más tarde hace alusión a las palabras de Calvino en la que éste dice que los hombres nacen santos porque su origen es santo, a pesar de que el mismo Calvino confiesa que nacen hijos de ira: "También nosotros decimos que por naturaleza son hijos de ira, los que descienden del padre Adán".(160)

El misticismo de Serveto, su profunda religiosidad, le lleva a exclamar, al final de esta Carta, suscitando una oración la alta consideración que le merece el tema del bautismo: "Oh, Dios, padre celeste, que en tiempos dijiste que serías Dios de Abraham y de sus hijos y que los hijos de los israelitas te nacían ya hijos tuyos, recibéndolos bajo tu protección para que luego te sirvieran creyendo en tu palabra! : protege ahora y guarda para tu reino celeste a estos niños para que te sirvan fieles a tu reino. ¡Oh, Jesús clementísimo, hijo de Dios, que con tan gran indicio de amor recibías en tus brazos a los niños bendiciéndolos!; bendice ahora y dirige con la mano de tu poder a estos niños para que por tu fe celeste puedan verdaderamente participar en tu celeste reino. ¡Oh, Jesús benignísimo, que desde el vientre de tu madre fuiste siempre inocentísimo!; concédenos vivir sin engaño con el candor de los niños, para que el reino de los cielos, que dijiste ser de los que se hacen como ellos, por tu gracia lo tengamos siempre seguro, y haciéndonos por él niños de espíritu, lo consigamos por tu inmensa piedad. Amén". Es de hacer notar que esta oración dirigida a Dios, con motivo de la inocencia de los niños, la muestra Miguel Serveto a Juan Calvino por si desea aplicar a los nacidos de carne los textos del Antiguo Testamento. Estamos ante una oración del teólogo español que alberga una doble finalidad: De un lado, mostrar su acendrada religiosidad, su espíritu religioso siempre apasionado, y de otro, mostrar a su oponente una pauta para, lejos de aplicar el bautismo a los niños, aplicar a los mismos la doctrina de Jesús relativa a los mis-

mos. (Carta XVI)

La figura de Cristo ocupa un lugar singular, singularísimo para Miguel Serveto. Al cuerpo de Cristo no se le señala - según Serveto - lugar determinado en el cielo. Respecto al cielo, recuerda Serveto las palabras: "que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni nada semejante ocupó corazón de hombre".(161). Más tarde ratifica esta idea diciendo que Cristo está sobre el lugar y sobre el tiempo. A la hora de señalar, en último término, un lugar, es transigente y dice que el lugar es de Dios. No hay otro lugar para él, en orden a la situación de Cristo. (Carta XVII)

Se queja Serveto de que se tome a risa la existencia del infierno, de que Cristo haya bajado a él, llevando consigo a los santos. Calvino habla de todo ello como de una fábula.(162) Para Serveto, infierno equivale a sepulcro o a algo que tiene la significación de sepulcro, de juicios secretos. También recoge las palabras de Salomón, que se refieren a las profundidades del infierno donde están los libertinos con los gigantes. Referido a Cristo, el infierno, sus puertas, no prevalecerán contra la iglesia fundada por Cristo. En cuanto a los sufrimientos del mismo, nuestro teólogo lo ratifica con citas bíblicas. Con ello demuestra su existencia real. Cuando quiere amarrar su existencia cerca del pensamiento de Calvino, dice: "La única razón que dices te obliga a admitir el infierno es que siempre se dice que las almas a él bajan y de él suben, como dice Samuel y otros profetas". Ahora bien, contéstale Serveto a ello diciendo que, el decir Jacob "descenderé enlutado a mi hijo hasta el infierno", no hace relación al lugar del cadáver sino al lugar del alma.

Termina nuestro teólogo esta disertación con una glosa a los regenerados por Dios: "Todo el que cree ser hijo de Dios, regenerado por él al resucitar, estará inmune de ese infierno, trasladado ya al cielo. Esta es la fuerza propia de la regeneración celeste contra la anterior generación infernal del pecado original. El Cristo resucitado vencedor del

infierno guarda verdaderamente del infierno, por el poder de su resurrección, a sus regenerados, para que reinen en el cielo con él. Entre los cuales ojalá que con nosotros reinen tú. Amén". Con esta apología de Cristo, vencedor del infierno, termina Serveto esta carta, a modo de oración. (Carta XVIII)

Resulta elocuente la diferenciación que nuestro teólogo hace al ginebrino, respecto a paganos, judíos y cristianos. Cuando menciona al pagano, dice de él que vive sin ley y apenas sabe de pecado; cuando lo hace del judío, lo menciona como un siervo carnal que sabe de pecado pero que no puede librarse de él. Finalmente, cuando habla del cristiano, lo distingue como hijo espiritual que sabe del pecado pero está liberado por el Cristo y poseedor del Cielo. Todavía puntualiza más, cuando hace mención a los gentiles, los cuales tenían cierto conocimiento de Dios y cierta religión por instinto natural o bien por inspiración innata de Dios. Por su parte, atribuye a los judíos un conocimiento de Dios procedente del oráculo divino, transmitido bajo ciertos velos. En cambio, el conocimiento de los cristianos al respecto se cifra en la revelación de Jesús. Solamente a los cristianos fue dada la regeneración celeste, cosa que no aconteció ni la hubo antes de ellos, señala Serveto. Antes de Cristo, no ve Serveto sino sombra de la verdad, "pues que aún no había sido resucitado Jesús el Cristo". Y, respecto a esto último, apostilla: "Todos estaban detenidos en el infierno, aunque no todos estaban condenados en juicio final. Y respecto a la condenación de los hombres, introduce un inciso: "Dos cosas distingue Pablo que acarrearán condenación final: no haber conocido a Dios u no haber obedecido al evangelio. Aunque no hubiera evangelio como ahora lo tenemos, había antes algún conocimiento de Dios"".

Ante la posible objeción; que no pudieran salvarse los que no tuvieran la fe en Cristo, Serveto generaliza y dice que Cristo salva a todos los hombres piadosos, pero mucho más a nosotros los regenerados. En este orden de la regeneración, sitúa a los judíos en lugar superior a los gentiles, porque

los gentiles tuvieron siquiera oráculos de Dios, en los cuales pudo creer y progresar más que los paganos (163). Es más: a los judíos, Cristo les ofreció el evangelio en primicia como herederos naturales de Abraham. No todos los gentiles, sin embargo, ni los judíos, serán condenados en el juicio y la resurrección final, por no haber obtenido la regeneración. Serveto apoya su aserto en numerosas referencias bíblicas. Una vez más termina nuestro autor con un canto al tema que estudia, pero con referencia expresa al "clementísimo Señor Nuestro Jesús el Cristo, Hijo de Dios, autor y realizador de esta vida eterna para nosotros. Amén". (Carta XLIX)

Termina este grupo de Cartas con el tema de la Iglesia y el Anticristo. El teólogo español configura la existencia de la verdadera iglesia y aconseja que no sea vista ésta sin en el contexto de Cristo, en Cristo, el cual está siempre en medio de los congregados. Reconoce que es grande la potestad de la iglesia aunque esté oculta, con potestad máxima y celeste sobre todo el mundo. Afirma sin vaguedades que siempre están presentes en la Iglesia los espíritus celestes, el Cristo mismo. (164). Claro, que casi a renglón seguido hace la observación de que, entre la Iglesia gobernada por el Espíritu Santo y la Escritura dictada por dicho Espíritu, no puede haber ningún desacuerdo. Perpetuamente reina la Iglesia de Cristo, "aunque se nos haya marchado durante el reino del Anticristo". Respecto a esta marcha, hace alusión sucinta a la defeción, con referencia a muchos profetas que predijeron su desolación y vacío.

Resulta a primera vista sorprendente el papel que el mismo Serveto se atribuye en orden al hecho que podemos llamar "encauzamiento" de la Iglesia a su primitiva forma. Ello no resulta tan sorprendente al lector de las obras servetianas, en donde se vislumbra este papel, esta misión de nuestro teólogo. En esta ocasión, dice al respecto: "Yo trabajo constantemente por la restitución de esta Iglesia, y tú te enfadas conmigo porque me inmiscuyo en esta guerra de Miguel". (Carta

XX).

Otro grupo de Cartas - XXI a XXIII - se refieren a la libertad, la fe, la caridad, la esclavitud de la ley. En el campo de la fe, Serveto es concreto y contundente. "Entiendo por fe la que tenía Pedro cuando creyó que Jesús es el Cristo hijo de Dios vivo. Nunca admitiré otra". Para él, la vida del alma es la fe en Cristo, por cuanto en la fe se nos da el Espíritu que vivifica el alma. Cristo es para él la fuente y vida de la fe: Por medio de Cristo se nos da gratis la fe, se nos aumenta y se mantiene. Pero la fe concebida por él no es una fe estática. Es así que dice al respecto: "Del mismo modo que con los actos se refuerzan los hábitos y con el ejercicio el cuerpo y con la lecciones el entendimiento, así con la fe sucede: las buenas obras incrementan la fe".

Es precavido nuestro teólogo, hablando de la fe. Hace ver que no se nos quita por cualquier pecado el Espíritu de fe sino que lentamente queda sepultado por nuestra inercia. La misma fe, que antes era fe viva, ahora se hace fe muerta. Y hablando de la fe muerta, distingue en la misma dos modos o manera de la misma: la primera que no pasó de ser un tenue asentimiento histórico, "semilla de tal modo echada a rocas estériles, o robada, o pisoteada, que nunca echó raíces". La segunda es aquella que echó alguna raíz pero la abandonó el espíritu hasta quedar yerta. La fe será muerta si falta el espíritu. Es el caso de que será siempre muerta la fe, si falta el espíritu. Es más: la fe muerta no es propiamente fe, "como el hombre muerto ya no es propiamente hombre". Hace observar, por último, que la fe se nos muere lentamente cuando se avigora la carne, irrumpen los vicios, se extingue el espíritu, "se nos muere el Cristo".

Finaliza esta Carta con una especie de oración formulada con distintas frases y contenidos de la Apocalipsis: "Porque eres tibio, empezaré a vomitarte". "Confirma a los que van camino de la muerte". "Recuerda de donde has caído y arrepiéntate", etc. para terminar con estas elocuentes



palabras: "El mismo Cristo que antes vivía con nosotros se nos muere dentro. Cuando la fe se nos muere, es que quienes por el espíritu del Cristo hemos sido regenerados y hechos partícipes de su cuerpo, de este modo matamos al Cristo, lo asesinamos más indecentemente aún que los judíos. Jesús el Cristo nos guarde de tal crimen. Amén".  
(Refer. Aposolipsis- (165) - . (Carta XXI)

Tema capital es el de la predestinación, en relación con la doctrina de Juan Calvino. Ello obliga al teólogo español a abordar el libre albedrío que, ironicamente, Serveto bautiza con el "siervo albedrío", referido a la manera de entender la libertad del hombre por el reformador ginebrino. Nuestro teólogo le acusa de contradicción: "Hablas de acciones libres y a la vez dices que ninguna acción es libre. ¿Quién hay tan loco que le mande a uno obrar libremente, cuando no tiene libertad para nada?".  
(166)

Serveto califica de fatuidad la actitud de Calvino, al defender que el hombre es siervo y, por lo tanto, no tiene libre albedrío ante el hecho de que Dios actúa en nosotros. A ello responde nuestro teólogo diciendo que, en efecto, Dios actúa en nosotros para que podamos obrar libremente, quitándonos obstáculos colocados por Satanás y no ilumina la mente para que comprendamos lo pertinente, mientras nos otorga las fuerzas necesarias en cada caso concreto. No contento con ello, nuestro teólogo hace observar que el mismo Adán obraba libremente. No contento con lo precedente, topa con la figura de Cristo, tan afín a sus ideales, y dice: "Toma en todo esto el ejemplo del Cristo. ¿Acaso Cristo tenía siervo albedrío porque Dios obraba en él? En él obraba Dios; sin embargo, el Cristo obraba libremente."

En su defensa de la libertad humana, del libre albedrío, plantea una serie de problemas, resolviendo lo pertinente en cada uno de ellos. Es así que se pregunta

si Adán perdió por el pecado totalmente la imagen y el espíritu de Dios. A ello contesta diciendo que, aunque se manchó, no se le arrancó en su totalidad la raíz divina. Ello constituye toda una respuesta a la posición presentada por Juan Calvino: "No quedó al hombre - se entiende en el Paraíso Terrenal, a raíz del pecado original - otra cosa sino la ignorancia, la iniquidad, la impotencia, la muerte y el juicio".(167).

Otro problema planteado es el relativo a si el hombre puede hacer algo bueno, sin el don de la gracia. A ello contesta: Hay un doble don, el primero es innato y que es común a todos por creación de Dios y que va creciendo gratuitamente. El otro es superior y es el de la regeneración del nuevo espíritu del Cristo. También se pregunta Serveto si Dios predestinó a ciertos hombres porque previó que iba a vivir piadosamente, mientras reprobó a otros hombres que iban a vivir desordenadamente. Ello no resuelve diciendo que los actos todos son simultáneos con Dios y en Dios y, por lo tanto, ninguno de ellos es causa del otro. Es más: "Admito - dice el teólogo español - que nada podamos en algunas cosas para las que él nos niega poder, pero podemos en las que él quiere que podamos, y además obramos con libertad en aquellas otras en las que él nos otorga el poder de obrar libremente". Serveto recoge el texto bíblico: "Dios no deja que seamos tentados más de lo que podemos resistir".(168) Añade el teólogo que, en el momento de la tentación, Dios nos coloca en situación de poder resistir y no de ahogo. Y añade: "Una cosa es el poder y otra el destino". No contento con ello, argumenta el tema con otras notas bíblicas, citando a Salomón, San Juan y San Pablo. Resume su documentada disertación diciendo que Dios quiso que algunas cosas quedaran bajo el poder del hombre y otras no. Es la misma limitación que estableció para los ángeles.(Carta XXII)

No satisfecho con los precedentes, insiste en el

tema de la regeneración, en la glorificación del hombre con la venida de Cristo, con su gloriosa resurrección. Ello no obsta para que, en su presencia en la Tierra, cumpliera con la ley perfectamente. De incumplirla le acusaban calumniosamente los fariseos. Es más: Serveto afirma que nunca se halló ni una sola persona que observara los detalles de la ley sin transgredirla, excepto Cristo. "El fue - añade - quien estableció todos sus significados, quien realizó todas sus promesas, quien llevó a efecto todos sus misterios, quien la completó a maravilla y la garantizó a la perfección". (169)

Ante la indicación de Calvino relacionada con el cumplimiento de la ley mosaica, la cual según éste ha sido cumplida en sus mandatos, aunque haya sido suprimida en su ceremonial, Serveto, fundándose como siempre en la gran autoridad de Cristo, afirma que, en efecto, se ha suprimido la fuerza misma de la ley, su autoridad para constreñir, o lo que es lo mismo, el yugo de la servidumbre, pero seguimos haciendo muchas cosas mandadas en la ley de Moisés, aunque no las hacemos por la fuerza de la misma sino "porque es el Espíritu quien nos muestra lo que debemos hacer", añade.

Singular pensamiento es el desarrollado por el teólogo español, a continuación y como complemento de su posición con la ley mosaica. "Mientras permanecemos en la verdadera fe del propiciador, todos los pecados nos son veniales. Veniales, sí. Pero atención; no sea que se deje uno seducir por vanos títulos de fe, no distinguiendo bien la fe viva de la muerte, cosa que hoy día se ve a cada momento. Mas una cosa es absolutamente verdadera: que no podemos pecar mortalmente a no ser que se nos apague la fe, pues no puede haber verdadera fe del Cristo sin justicia". Serveto afirma que, mientras tengamos fe en el Hijo de Dios, cualquier pecado que cometamos será de carácter venial y no dejaremos de estar justifi-

cados. Ello lo atribuye Serveto a un regalo incomparable de Cristo. Y, volviendo a la ley mosaica, dice que de la misma nos queda ahora su dimensión espiritual. Cristo - dice - no solamente nos quitó la vigencia y el yugo de aquella ley escrita, sino que nos dio el gran auxilio de la mortificación. "No nos recibe Dios ahora por suyos bajo la alianza, sino por la sola fe de Cristo, de Cristo Jesús, su Hijo querido".(170).- (Carta XXIII)

Las Cartas XXIV-XX versan sobre materias varias, que van desde la Escritura en la Iglesia al Misterio judío, pasando por temas del orden social, tarea de los obispos, presbíteros, etc.

Serveto hace ahora un canto de la doctrina de Cristo, de su testimonio, como corresponde a un teólogo afín a Cristo, a su doctrina indeclinable. Al referirse a la dimensión de ésta, precisa que ahora, en la nueva ley, no necesitamos documentos escritos, como en la ley vieja. "Nada nos promulgó Cristo por escrito, al contrario de la vieja ley escrita en tablas". Matiza Serveto que, antes de que los apóstoles y los evangelistas escribieran documento alguno, existía la ley del espíritu y la fe en los corazones de los creyentes.

Prefija su posición ante Calvino al hacer notar que la observancia de la ley nueva no es tan imposible como dice Calvino, sino posible y, a veces, muy fácil y gozosa. Muestra que Satanás oprime nuestra carne y se nos incita al mal pero el Espíritu nos mueve al bien. Reconoce la fragilidad humana. Con ello, pretende dar a su oponente una manifestación saludable de la doctrina espiritual de Cristo, en donde no hay vínculo legal ni preceptos de esclavos sino todo lo contrario: gracia ofrecida liberalmente y don celeste: "Como estuviésemos presos por el pecado de Adán y la servidumbre de la ley, viene el piadoso Cristo anunciando a sus creyentes

gozo y libertad". (Carta XXIV)

Justifica el teólogo que estudiamos la ley mosaica en orden al momento y al tiempo de su aparición. Reconoce que en aquella ley no había ningún mandamiento disonante sino que todos ellos estaban adoptados a las fuerzas del pueblo hebreo y dirigidos al recto camino. Invita a Calvino a dejar de retorcer la vieja ley y a seguir la nueva ley. Ciertamente que a aquel pueblo duro se le proporcionaban fallos duros, pero ahora han sido abrogados por la misma elemencia de Cristo. Es el caso de la mujer adúltera del Evangelio. (171) Ahí está el "crimen" de Adán pero lo que su ruina mortal ha traído una inmensa compensación: la muerte preciosísima del Hijo de Dios, por la cual podemos conseguir la salvación.

No aterroriza - añade Serveto - el servil miedo del castigo contra nosotros pecadores, ya que es perfecto el amor de Dios para con nosotros, el cual excluye todo temor. La legislación mosaica ha desaparecido y no es lícito - afirma San Pablo - restablecer ahora lo que antes quedó destruído.

Con lo precedente, trata Serveto de hacer ver a Calvino el gran papel que ha desempeñado y sigue desempeñando Cristo con nosotros. Su perdón es constante para con nosotros. Su "ley" cristiana, la que trajo Cristo, no admite que le quite al ladrón el duádruplo o el quíntuplo, como autorizaba la ley antigua, sino que restituya lo robado. Una nueva ley, un Cristo perdonador y ordenador nuevo, aparece en el ámbito de los hijos de Dios: "Que hagamos a los demás lo que querríamos que nos hicieran a nosotros". (Cartas XXV y XXVI)

La variedad de temas define por sí sola el contenido de las Cartas de Miguel Serveto a Calvino. En contraposición con los temas tratados hasta ahora, el teólogo español aborda ahora el problema de si es lícito, es

digno, desempeñar el cargo de magistrado, ser rey o simplemente matar, se entiende en caso de juicio<sup>o</sup> en casos similares. El planteamiento de Serveto parece obvio y, sin embargo, ahí está el planteamiento porque desea a toda costa el orden social. A este respecto añade, entre sus argumentaciones en favor de la participación de los cristianos en la comunidad en que están insertos, pecado sería en los súbditos desobedecer a su rey. Es más: los príncipes no están fuera de la iglesia. Al respecto menciona a San Pablo, quien cuenta entre los miembros de la Iglesia a las autoridades y gobernantes.(172). E insiste en que, mientras dure el Mundo, queramos o no, tenemos que guardar el orden del Mundo, el cual es guardado precisamente con la administración de la justicia, aunque - para Serveto - el mejor orden es aquel que nos enseña el Espíritu, el cual nos lleva a cohibir nuestra carne rebelde.

El tema de matar a otro lo aborda de frente. Hace notar que, siempre <sup>que</sup> hay esperanza de corrección, hay que evitar el matar a otro. Tras ello recoge las palabras de Cristo a la mujer adúltera: "Vete y no peques más". En otro pasaje de la Escritura, se puede leer: "No sea que te pase algo peor".(173). Ahora bien, no se opone a que los criminales sean castigados de acuerdo con el derecho de gentes, lo cual es también un derecho natural. Ello no fue prohibido por Cristo.(Carta XXVII)

Enjuicioso es el tema de los obispos, presbíteros y la confesión. Admite la existencia de uno o varios obispos, a modo de administrador, superintendente. Se percató de que se cuida de que el obispo, con el pretexto de ejercer su ministerio, imponga su dominio. Es menester - dice - que el obispo resida en su iglesia. Es partidario de la imposición episcopal o prebiteral de las manos sobre los cristianos, siguiendo la costumbre que mantuvieran los apóstoles. También se imponían las manos sobre los enfermos, los niños y sobre los que confesaban sus pecados.

Una de las tareas que encomienda al obispo es la de vigilar para que los cristianos no se acerquen indignamente a la cena del Señor y exigir a los desconocidos las garantías necesarias de que conocen la fe y de que han sido bautizados. De esta tarea hace también responsable a los presbíteros. Convoca también a los ancianos para que, aquéllos que tienen alguna diferencia con otras personas, se confiesen con éstas mutuamente, reconciliándose antes de acercarse a la Cena del Señor. También los ministros de Cristo - añade - tienen poder para reconciliar a los hombres con Dios, ya que son sus enviados.(174).

En orden a la penitencia, resulta explícito. Recoge el poder de los ministros para castigar a los inercidos mediante la excomunión, "entregándolos a Satanás y a la muerte espiritual". También recoge su facultad de enseñar a dar frutos verdaderos de penitencia, la restitución de lo robado, la mortificación de la carne con el ayuno y la oración. Serveto insiste en la presencia de los pecados veniales y no de los pecados mortales. "Los papistas - dice - siguen llamando mortales a los mismos pecados que lo eran en la vieja ley." "Pero a los cristianos verdaderos incluso los más graves pecados ya no son mortales si todavía se mantiene la fe, aunque conducen lentamente a su muerte apagándola poco a poco por ser obras de la carne contrarias al Espíritu de fe".(175)(Carta XXVIII)

Tema diverso a los anteriores el que Serveto menciona, comentando la parábola de los trabajadores que fueron llamados a trabajar a diferentes horas del día y todos recibieron igual jornal. De esta parábola y a la vista de la interpretación que le da Calvino, saca la conclusión de que éste concibe una gloria en la que no se reconocen diferencias de fe y de las obras. Indignado Serveto por la interpretación calvinista, exclama: "¿Cómo, pues, puedes deducir que las obras de nada sirven para aumentar la gloria...?" y añade: "Claro que a tí ni la fe ni las

obras te servirán de nada, ya que enseñas que cualquiera puede salvarse tanto con ellas como sin ellas, por el mero hecho de que tenga una genealogía determinada, como sostienes en el caso de ese niño, de quien dices que está justificado antes de creer y verdaderamente salvado, aunque muera sin fe..."

Ante este estado de cosas, Miguel Serveto se pregunta: "¿Es que la fe no justifica al impío?" La respuesta que formula no hace esperar. Para él, la fe en Cristo hace verdaderamente justo al injusto, vuelve de la muerte a la vida.(176), libera al hombre del pecado y de la muerte (177); etc. Serveto es terminante: "Ignora el evangelio todo quien no atribuye esta eficacia a la fe en el Cristo". Tan convencido está de su eficacia, que dice de ella que es demasiado evidente para que haya que demostrarlo aquí. Y, volviendo a la parábola anterior, dice que así como antiguamente recibían todos igual/cantidad del maná, "así ahora se nos da el Cristo por igual en su propia sustancia" (Carta XXIX)

Finaliza nuestro teólogo sus Cartas con una clara alusión a los judíos, a los que califica de carnales. Identifica a los que identifica con Calvino y sus seguidores. A todos ellos acusa de desconocer el celestial beneficio de la venida de Cristo, "en la cena nada comeis sino símbolos, y que haceis del bautismo como una ceremonia levítica, signo de algo inexistente". Con ello expresa una vez más su reprobación de la doctrina calvinista.

Tras estas palabras incisivas, muestra una vez más su "enamoramiento" cerca de la dimensión de Cristo, calificando de nueva y celestial la vida inmortal que Cristo nos trajo. "En vez de cosas terrestres, trajo celestiales" "nuevos caminos en nueva alianza", "todo nuevo".(178). Sin embargo, no se sigue del alimento de la Cena del Señor un mismo aprovechamiento para todos. Es más: se pregunta si se puede parecer tras haber comido una sola vez a Cris-



to, a lo cual contesta que no, si se persevera. De ahí pasa al afianzamiento en la caridad por obras del Espíritu contrarias a la concupiscencia. En este orden, aconseja también el fomento de la fe con oraciones y ayunos y la mortificación de la carne. Aconseja esta vida ascética y previene que nadie debe sentir como absurdo que, siendo partícipe de Cristo, sea luego condenado, toda vez que sigue esta orientación. A este respecto, nombra a Saúl y Salomón, quienes en su tiempo fueron probados por Dios y llenos del Espíritu Santo gozaron de esa plenitud. No obstante, perdieron su justicia, justicia que, según Ezequiel, se puede perder y recuperar.

Tras insistir en la dimensión de la doctrina judía, termina esta Carta y, con ella, todas las demás, con estas palabras: "Ojalá te dé Dios buena comprensión de todo lo que acabo de decirte, guiado por el Espíritu mismo de la verdad, por Jesús el Cristo y por Dios su Padre. Amén". (179)

Llegamos, al fin, a la obra cumbre de nuestro teólogo, la Christianismi Restitutio, cuyo título original y latino es Christianismi Restitutio. Totius Ecclesiae Apostolicae est ad sua limina vocatio. In integrum restituta cognitioni Dei, fidei Christi, iustificationis nostrae, regenerationis baptismi, et caenae Domini manducationis. Restitutio denique nobis regno coelesti, Babylonis impiae captivitate soluta, et Anchrismo cum suis penitus destructo. (Line of hebrew quotation("and at that time shall Michael stand up".- Daniel 2:1) and one greek ("and there war in heaven" - Revelation 12:7) MDLIII.- (180) En castellano es así: Restitución del Cristianismo. Convocatoria a toda la Iglesia Apostólica a volver a los orígenes, a restituir íntegro el conocimiento de Dios, de la fe en Cristo, de nuestra justificación, de la regeneración bautismal, de la cena del Señor; a restituírnos, por fin, el Reino Celestial, a disolver la cautividad de la impía Ba-

bilonia, a destruir del todo al Anticristo y a sus secuaces.  
("y apareció Miguel en el Cielo")("y se desató una lucha en  
el Cielo").

Abordemos el estudio de esta obra, utilizando la edición de Angel Alcalá.(181) Esta obra recoge el "corpus" de doctrina del teólogo español en el orden teológico y en ella figura el primer texto impreso sobre la circulación menor de la sangre. Curiosamente, pese a la gran importancia teológica de esta obra escrita, su fama indeclinable se dirige a que en sus páginas figura inserto el gran descubrimiento fisiológico, por la gran trascendencia que el mismo habría de tener en el campo médico-cardiovascular. Y curiosamente también, el gran apóstol de una de las dimensiones teológicas de nuestro Renacimiento y de la Reforma, cayó en el olvido cerca de este campo, que tanto apasionó a su autor, en una época de tanto apasionamiento religioso como la que correspondió vivir a nuestro Miguel Serveto, mientras un hallazgo que su autor no otorgó importancia, importancia que tampoco detectó su época, adquirió después y sigue adquiriendo importancia tal que hoy es considerado como uno de los descubrimientos más trascendentales que en el Mundo se han hecho. Es así que esta genial aportación anatomofisiológica de la circulación pulmonar ha cubierto de gloria y celebridad a tan ilustre personaje. A esta celebridad habría de contribuir la trágica desaparición del teólogo, médico y polígrafo aragonés.

La Restitución del Cristianismo recogió el pensamiento capital de la Teología servetiana, como ya hemos insinuado. El mismo enunciado del libro ya justifica por sí solo las razones que llevaron a su autor a escribir dicho libro, razones que intentan reconstruir y restituir el Cristianismo a su primitiva pureza, convocando a toda la Iglesia Apostólica a volver a sus orígenes, restituyendo el íntegro conocimiento de Dios, de la fe en Cristo, de nuestra justificación, de la regeneración espiritual en el bautismo, en la cena del Señor y restituirnos el reino celestial, disolviendo la cautividad de Babilonia y destruyendo del

todo al Antierísto y a sus secuaces.

El enunciado de la obra indica ya las partes de la obra cumbre teológica servetiana. De ahí que nosotros, a la hora de conocer el pensamiento de Miguel Serveto estampado en este libro, lo hayamos dividido en distintos apartados que, en síntesis, coinciden con la división de la obra de referencia.

A la hora de ofrecer una panorámica de la teología servetiana inserta en la Restitución del Cristianismo y, por extensión, en toda su obra teológica anterior, se nos ofrecen los tres pilares siguientes sobre los que se encuentra sustentado el complejo edificio de la teología de Miguel Serveto:

1.- Acceso a una nueva versión de la Teología dogmática, abriendo un nuevo cauce al misterio de la Trinidad divina, al cual otorga Serveto un nuevo enfoque, alejado de la versión que ejercieron los teólogos escolásticos.

2.- Apología de Cristo. Cristo es para nuestro teólogo el alfa y omega de la Religión Cristiana y de la vida del cristiano.

3.- Oposición frontal al bautismo de los niños, mostrándose decididamente partidario del bautismo de los adultos, propugnando por la recepción del bautismo por parte de éstos a la edad de 30 años.

Como consecuencia, Miguel Serveto es partidario de una restitución del Cristianismo a sus orígenes, a cuya gran empresa convoca a toda la Iglesia Apostólica. Intenta por todos los medios hacer retroceder a la Iglesia Católica a sus antiguos umbrales, a su primitiva hechura, desposeyéndola de sus añadiduras que - según este autor - han desvirtuado su propia naturaleza.

No existe reformador alguno en el siglo XVI que le aventaje en osadía a la hora de someter al libre examen los dogmas tradicionales de la Iglesia. Tampoco le avanta-

taja en el rigor lógico de sus deducciones ni en la trascendencia posterior de su doctrina. "Solo al finalizar el siglo, con la aparición de Giordano Bruno, y al comenzar el siguiente, con la de otro español de cepa y holandés de nacimiento, Benito Spinoza, el pensamiento racionalista alcanza los vuelos que comenzó a imprimirle el heresiarca español Miguel Servet".(182)

En la primera parte de la obra estudia el tema de la Trinidad divina, tema que ya había abordado en su De Trinitatis erroribus libre septem. En pocas líneas resume el contenido de esta parte de su obra: "De cómo en ella no hay esa ilusión de tres entidades invisibles, sino la verdadera manifestación de la sustancia de Dios en la Palabra y su comunicación en el Espíritu".

En el Proemio de esta parte, ratifica este propósito: demostrar que no hay nada tan sublime como conocer a Dios sustancialmente manifestado y su propia naturaleza divina verdaderamente comunicada. En dicho Proemio hace alusión directa a Cristo Jesús, Hijo de Dios, alfa y gama de la teología, de la vida y hasta de las ilusiones e ideas todas de Serveto: "¡Oh Cristo Jesús, hijo de Dios, que, habiéndonos sido dado del cielo, descubres, de una manera visible la divinidad revelada en tí mismo!.... Dirige mi mente y mi pluma para que pueda cantar la gloria de tu divinidad y expresar la verdadera fe acerca de tí..... Tú nos has enseñado que no puede ocultarse la luz, de modo que ¡ay de mí, si no evangelizo!(183) Y, por si esto fuera insuficiente, añade: "Solo queda, lector, rogarte que te muestres benévolo por Cristo hasta el fin, y así podrás escuchar todo en palabras de verdad, sin engaño alguno."

En su Libro primero dedicado al estudio de Jesucristo hombre y de sus falsas representaciones, presenta de principio tres proposiciones que admite como verdaderas: Que Jesús es el Cristo, que Este es el Hijo de Dios y que Este es Dios. En su primera proposición, afirma que

Jesús es el nombre que fue impuesto al niño el día de su circuncisión y que Cristo es un sobrenombre." De la cual nació Jesús, que es llamado Cristo".(185), "Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús".(186), etc. La segunda proposición: Cristo es hijo de Dios, se demuestra por la Escritura que sostiene de un modo constante que Jesús, el Cristo, es Hijo de Dios. En Lucas se puede leer: "Por lo cual, lo santo que nacerá será verdaderamente Hijo de Dios". Las Sagradas Escrituras hablan de Jesús, Hijo único de Dios, pero nada dicen de otro H-ijo, distinto del hombre, realmente engendrado. De este modo - añade Serveto - es necesario que todos los cristianos reconozcan que este Jesús de Nazaret es el Cristo, el hijo de Dios. Mediante la tercera proposición: Cristo es Dios, afirma nuestro teólogo que es Dios sustancialmente, ya que "en él está corporalmente la deidad", citando entre otros testimonios a Isaías: "Un niño nos ha nacido, será llamado Dios fuerte". Tras esta demostración de sus aseveraciones, de sus proposiciones, refuta los argumentos de los fariseos, con palabras de los textos sagrados: "va a ser Cristo mismo quien los refute por nosotros".

En el Libro segundo explica algunos pasajes de la Escritura, que ayudan de un modo gradual al conocimiento de Cristo.

Serveto explica que el hombre mismo Jesús el Cristo sea verdaderamente la Palabra de Dios. Ello lo demuestra San Juan en la Apocalipsis, donde relata que vio a El que estaba sentado sobre un caballo blanco, "cuyo nombre es Palabra de Dios". "Y estaba vestido de una ropa teñida en sangre, y su nombre es llamado Verbo de Dios".(188). También menciona a Ireneo, el cual proclama que el mismo Jesús engendrado por María, aquél que fue colgado en la cruz, es la Palabra de Dios. Y añade Ireneo: "Pan de vida" (189).

El Verbo "se hizo carne", por cuanto esta carne *está*

engendrada por la Palabra pronunciada "en el principio". Serveto hace la salvedad de que la Palabra se hizo carne en persona, pues aquel rostro, aquella persona Elohim, que todo lo ha creado, se hizo carne de tal manera que este mismo rostro de Cristo es el rostro de Dios, que anteriormente fue visto por muchos. Hace observar también que se hizo carne en sustancia, de tal modo que la esencia de la carne es la misma que la del Verbo.

Nuestro teólogo estudia la primogenitura de Cristo. Para ello, nos muestra que Dios lo hizo todo para gloria de Cristo y "lo puso como cabeza de todo". Una segunda razón de su primogenitura es que ello, la primogenitura, es título de dignidad y de una más rica bendición. Es así que es llamado primogénito a David (190), a José (101) y a Israel (192). Todavía aporta otra razón a la primogenitura de Cristo, por la cual se hace notar que Cristo es, según la carne, la primicia y el "primogénito de todas las criaturas", por cuanto nuestra carne es la segunda carne de pecado, la carne de Cristo es de aquella "primera y pura que hubo antes del pecado". Por eso, su carne es en este sentido anterior a la nuestra, y la primera de todas, como unas primicias, aun excluyendo el misterio de la Palabra. Por ello y precisamente por ello, tiene otra razón más divina para su primogenitura". (193)

Se cueja de muchos que hacen referencia a la primogenitura de Cristo fundándose en aquel pasaje de David, que dice: "Mi hijo eres tú, yo lo engendré hoy". (194). Esto lo ve Serveto como una cosa fuera de lugar, por cuanto tal pasaje no se refiere a la generación sino a la regeneración, como dice San Pablo: "Cristo ha resucitado, como está escrito en el salmo: Mi Hijo eres tú, yo te engendré hoy". Serveto dice que el "hoy" se refiere al

día de la resurrección de Cristo. Pablo insiste en que Jesu-  
cristo "fue declarado hijo de Dios con todo poder, por su  
resurrección de entre los muertos".(195). Y, tras otra con-  
sideración similar, declara Serveto: si no hubiera resucita-  
do, nadie creería que es hijo de Dios. Entonces Cristo fue  
glorificado, hecho hijo de nuevo, y entonces y por eso nos  
es dado un nuevo espíritu que nos hace resucitar como a Cris-  
tò, un espíritu de filiación, que nos hace hijos al resucitar.  
Por este mismo camino, estudia otros pasajes similares, como  
el de San Pablo a los Colosenses: "Cristo habita toda la ple-  
nitud de la Ley y toda la plenitud de la divinidad corporal-  
mente", aquel otro "Mi padre está en mí y yo en mi padre",  
"Antes que Abraham naciese, yo soy", etc. dando una solución  
teológica análoga a los pasajes anteriores. En todos ellos  
asoma Serveto su postura bíblica adosada a su concepción teo-  
lógica "sui generis".

En el Libro Tercero de esta primera parte, dedicada  
a la Trinidad divina estudia la prefiguración de la persona  
de Cristo en la Palabra, la visión de Dios y la hipóstasis  
de la Palabra. Es así que Cristo Jesús, Señor y Dios nuestro,  
tan bien conocido ya en<sup>4</sup> a través de tantos pasajes, Serveto  
investiga ahora el modo verdadero en que se llevó a cabo la  
manifestación de Dios y presenta a Cristo como meta en todas  
las cosas. Mediante ello, pretende que todo el misterio de  
la Palabra redunde en glorificación de Cristo.

Para ello, recurre al evangelio de San Juan: "Y  
la Palabra se hizo carne y vimos su gloria".(196). "Hemos  
visto la misma Palabra divina, la que desde el principio es-  
taba en Dios".(1Jn.1). Más adelante, Serveto señala: "Una  
cosa hay cierta: que, por el pecado, se interpuso en la vi-  
sión de Dios una especie de nube o velo de humo hasta que  
vino Cristo". Y prosigue: "Antes de él no había visión clara  
como ahora, pues Dios habita en la oscuridad y ocultaba de  
algún modo a Cristo". Serveto, queriendo dar una especie de  
testimonio anticipado de la efigie de Cristo, nos nombra a

Daniel, Zacarías y San Mateo. Todavía más: asegura que los textos evangélicos enseñan que se vio a Dios por Cristo; por el contrario, "ni se hubiera visto, ni se hubiera podido verlo". Esto da a entender la visión de Jacob, cuando afirma que vio de noche a Elohim cara a cara, con lo cual da a entender que esa misma cara era la cara y el rostro del hombre Cristo. El "enamoramiento" y la devoción de Serveto hacia Cristo es tal que exclama: "Terrible, tremenda y aterradora era en la Ley esta visión que obligaba a Moisés a taparse la cara". "Ahora, en cambio - prosigue - desaparecidas esas visiones terribles, Cristo nos habla graciosamente". Todavía más: "El velo que desfiguraba la palabra y el rostro de Moisés daba a entender que aún no se había manifestado la gloria de Dios ni el verdadero camino de los santos". (197). "Ahora, en cambio, rasgado el velo del templo, nos es dado asomarnos con la cara destapada al "santo de los santos", es decir contemplando el rostro celestial de Cristo, que a ellos les estaba velado. No tenemos más velo - añade Serveto - que la carne de Cristo, "que encierra en sí sustancialmente toda la divinidad de su Padre". "Esta carne, desgarrada como un velo por los judíos en la pasión, al resucitar pone al descubierto su verdadera deidad y su gloria celestial".

En resumen - dice después Serveto - todo cuanto hay en la Ley no es sino sombra del cuerpo de Cristo, como enseñó el apóstol a los Colosenses y a los Hebreos. Aprovecha la ocasión nuestro autor para poner en evidencia a los judíos, cuando dice que a éstos toda la virtualidad, todo lo que se hacía, era obra de los ángeles, aunque a través de ellos se anunciaba a Cristo. Es así que los judíos llamaban llamaban frecuentemente dioses a los ángeles, a lo cual contesta nuestro teólogo diciendo que a los que realmente se les llama dioses son Dios y Cristo (198). Aprovecha también la ocasión para decir que la gloria de Dios se asienta sobre los querubines, con lo cual reconoce que la gloria de Jesús el Cristo es superior a los ángeles.



En relación con la visión de Dios, Serveto se siente obligado a afirmar que la visión de Dios no es conocida por el Mundo, hasta el extremo de que los hombres "viendo no ven y entendiendo no entienden a Dios". Por el contrario, afirma que el cristiano ha de reconocer que el conocimiento y visión verdaderos que va adquiriendo de Dios lo adquiere por medio de Cristo y a él debe ofrecerle ese conocimiento adquirido. Una vez más, Serveto presenta una posición cristocentrista.

Y, por si ello no fuera insuficiente, añade que "Dios es en sí mismo completamente incomprensible y no se le puede ver ni entender, si no es contemplado en alguna imagen suya, como Cristo mismo nos enseña" (199) Añade también que en aquel gran rostro de Cristo y la persona de la Palabra aparece toda la majestad divina, ya en el monte, ya en el templo y en todas partes. "Así como tú ves la luz en el cuerpo del sol, así también vieron los apóstoles en el cuerpo de Cristo, y con sus propios ojos, brillar a Dios y tú lo puedes ver interiormente. Porque ¿Qué otra luz pudo verse en el rostro transfigurado de Cristo, que brillaba más que el sol, sino la luz increada?". Y, queriendo confirmar su teoría, prosigue: "Nosotros, que vemos en Dios por medio de Jesús el Cristo, experimentamos palpablemente la falsedad de las imaginaciones de otros sobre Dios".

Ataca nuestro teólogo a los judíos, los turcos y los demás paganos, que ven ahora a Dios igual que nosotros y se pregunta ahora Serveto: "¿Qué visión es la que nos ha traído Cristo?" "Es necesario, contesta el teólogo aragonés, que se reconozca que esta visión a base de aparición de Dios, es una auténtica aparición, para que se pueda comprender la gloria de Dios en la faz de Cristo, como muy bien reza el texto bíblico" (200) "Por este camino, dice Serveto, se puede conocer a Dios según la vía servetiana, a quien nunca hubieras conocido ni habías visto". Y como quiera que Cristo va al fondo de la fe, dice que a algu-

nos de poco les ha servido ver a Cristo con los ojos exteriores.

En el libro cuarto del actual tema de la Trinidad divina se estudian los nombres de Dios, su esencia omniforme y los principios de todas las cosas. Los nombres más insignes dados a la deidad son Jehovah y Elohim. Elohim fue el primero de los nombres dados a Dios aunque Jehovah es el nombre más propio de Dios. A continuación, añade Serveto, acude a lo que podemos llamar su posición cristocéntrica: "Tanto Jehová como Elohim son nombres que encierran en sí mismo los misterios de Cristo: Jehová en esencia y Elohim en apariencia. Ello y el resto de este libro cuarto cuenta con el asentimiento que Miguel Serveto hizo en el libro V de Trinitatis Erroribus libri septem.

Serveto se esfuerza ahora en demostrar el único modo divino principal y principio de todos los demás. Es - como él dice - el modo de plenitud de sustancia, modo divino sin medida, realizado como en el cuerpo y el espíritu de Jesús el Cristo. Modo doble, de ahí que se hable de dos personas. A todo ello contesta que la esencia de todas las cosas es Dios mismo. Dios mismo en la totalidad y el conjunto de todo. Hace mención Serveto a Pitágoras y Anaxágoras y a otros discípulos más antiguos, discípulos de Zoroastro y Trimegistro, los cuales cita Platón en sus Diálogos Parménides, Cratilo y Fedón, con la afirmación de la existencia de un solo ser, en el cual están contenidas todas las demás cosas.

Deseando ratificar una vez más la idea de Cristo, su gloria y la esencia de su divinidad y de su luz, hace la deducción de que, de él, parten los principios de las cosas naturales y nos muestra que de él es el principio de todas las cosas. Serveto ratifica que la Palabra, en que se contienen y consisten todas las cosas, es luz y que, en virtud de esa luz, todas las cosas consisten en Cristo. Es más:

todas las cosas son soportadas y sustentadas por su poder. (201). Se ratifica que, al formar Dios la luz, quiso que en ella radicase la forma y la fuerza para la formación de otras fuerzas. Serveto arguye de todo ello que la forma viene de la luz. Y no solamente viene de la luz las formas y esencias de las cosas, sino también las almas y los espíritus, por cuanto la luz es la vida misma de los hombres y de los espíritus. La luz - dice Serveto - es lo más hermoso de este mundo y del otro. Los principios de todas las cosas están en Dios, en Cristo precisamente, dice Serveto. Y, como recurriendo a un simil, dice: "La forma del fuego es luz; la del agua es resplandor, infundiéndose también al aire. La forma del cuerpo solar es también luz, de la que reciben forma las restantes cosas. La forma del cuerpo de Cristo es luz divina, que también nos ha de ser comunicada a nosotros." (202)

El Quinto libro hace mención al Espíritu Santo, Del mismo modo que la Palabra es la esencia de Dios en cuanto que se manifiesta al mundo, así también el Espíritu es la esencia de Dios en cuanto que se comunica al Mundo. Y continúa diciendo Serveto: "Así como en la Palabra estaba la idea clave del hombre creado, así también en el Espíritu estaba la idea clave del espíritu creado" "Era - dice - el arquetipo del espíritu, la constitución inequívoca de la espiración eternamente presente en Dios y como brotando de él".

El apóstol enseña también que Dios mismo es ese Espíritu Santo que habita en nosotros, cuando dice que el Espíritu santo mora en nosotros: "Moraré en ellos", y "Sois templos de Dios". (203) A causa de estas expresiones, Hilario, en sus Libros II y VIII Sobre la Trinidad, entiende que Espíritu Santo<sup>es</sup> el Padre, otras veces el Hijo y en otras ocasiones una tercera entidad. Análogamente hace Atanasio en sus Diálogos, cuando hace mención a un triple espíritu en tres entidades metafísicas. "En cambio a mí - prosigue Miguel Serveto - me resulta todo más fácil sin esas

entidades metafísicas, incluso cuando se dice que el Espíritu de Dios aumenta o disminuye..... Afirmamos que tal variación, división, aumento o disminución del Espíritu de Dios hay que entenderla en el sentido de los modos de la divinidad y también en el sentido de los agregados que realmente se dividen".(204)

Y, a continuación, como quien no dice cosa alguna de importancia, sin otorgar importancia alguna, nos da a entender la naturaleza del alma, que es como una lámpara de Dios. Es, como si dijéramos, una chispa del Espíritu de Dios, imagen de la Sabiduría de Dios. Y, a través de esta sabia disertación, nos da a conocer la sangre, su circulación. "Suele decirse - dice Serveto - que hay en nosotros tres espíritus formados de la sustancia de los tres elementos superiores: el natural, el vital y el animal", con lo cual recoge Serveto la vieja teoría griega de los cuatro elementos, que propugnaran Empédocles, Aristóteles, Hipócrates y Galeno. Afrodasio los llama tres espíritus, aunque son dos espíritus distintos: el vital que es el que se comunica de las arterias a las venas, en las que recibe el nombre de espíritu natural. El primero es la sangre, cuya sede se encuentra en el hígado y en las venas del cuerpo, y el segundo es el espíritu vital, cuya sede está en el corazón y en las arterias del cuerpo. El tercero es el espíritu animal, cuya sede se encuentra en el cerebro, y en los nervios del cuerpo.

Y más adelante prosigue con su maravillosa descripción: "El alma está en la sangre y el alma misma es la sangre o espíritu sanguíneo. No se dice que el alma esté principalmente en las paredes del corazón, ni en la masa del cerebro o del hígado, sino en la sangre, como enseña Dios. (205)".

"Para entender todo esto hay que entender primero cómo se produce la generación sustancial del propio espíritu vital, el cual está constituido y alimentado por el aire

aspirado y por una sangre muy sutil. El espíritu vital tiene su origen en el ventrículo izquierdo del corazón, y a su producción contribuyen principalmente los pulmones. Es un espíritu tenue elaborado por la fuerza del calor, de color rojizo, de tan fogosa potencia que es como una especie de vapor claro de la más pura sangre, que contiene en sí sustancia de agua, de aire y de fuego. Se produce en los pulmones, al combinarse el aire aspirado con la sangre sutil elaborada que el ventrículo derecho del corazón transmite al izquierdo. Pero este transvase no se realiza a través del tabique medio del corazón, como corrientemente se cree, sino que, por un procedimiento muy ingenioso, la sangre sutil es impulsada desde el ventrículo derecho del corazón por un largo circuito a través de los pulmones. En los pulmones es elaborada y se torna rojiza y es trasvasada desde la arteria pulmonar a las venas pulmonares. Luego, en la misma vena pulmonar se mezcla con aire aspirado y por espiración se vuelve a purificar de la fuligine y así, finalmente, la mezcla total, material apto ya para convertirse en espíritu vital, es atraída por la diástole desde el ventrículo izquierdo del corazón.

Ahora bien, que se realice de este modo, a través de los pulmones esa comunicación y elaboración, lo demuestra la variada conexión y comunicación de la arteria pulmonar con la vena pulmonar en los pulmones, y lo confirma el notable tamaño de la arteria pulmonar, ya que ella no hubiera sido hecho tan grande, ni enviaría tal cantidad de la sangre más pura desde el corazón a los pulmones, simplemente para alimentarlos, ni de esta suerte podría ser útil el corazón a los pulmones. Sobre todo, si se tiene en cuenta que, anteriormente, en el embrión, los pulmones se nutrían de otra fuente, a causa de que esas membranas o válvulas del corazón no se abren hasta el momento del nacimiento, como enseña Galeno. Es, pues, evidente, que tiene otra función el que la sangre se vierta tan copiosamente del corazón a los pulmones, precisamente en el

momento de nacer. Lo mismo prueba el hecho de que los pulmones no envían al corazón, a través de la vena pulmonar, aire solo, sino aire mezclado con sangre. Luego tal mezcla tiene lugar en los pulmones: los pulmones dan a la sangre oxigenada ese color rojizo, no el corazón, el cual más bien se lo daría negro. En el ventrículo izquierdo del corazón no hay además suficiente espacio para tan grande y copiosa mezcla, ni actividad capaz de darle ese color rojizo. Por último, dicho tabique intermedio, al carecer de vasos y de mecanismos, no resulta idóneo para semejante comunicación y el boración, por más que pueda resudar algo. Por el mismo procedimiento por el que se realiza en el hígado una transfusión de sangre de la vena porta a la cava, se realiza también en los pulmones una transfusión de espíritu de la arteria pulmonar a la vena pulmonar. Si hay alguien que comparte todo esto con lo que escribe Galeno en los Libros VI y VIII del *De usu partium*, comprenderá cabalmente una verdad que no fue advertida por el propio Galeno! 206)

En nuestro estudio referente a la obra y pensamiento de Miguel Serveto como médico hicimos amplia referencia al magno descubrimiento de la circulación pulmonar de Serveto, que en este lugar hemos descrito con mayor precisión que en aquel lugar. Por ello, omitimos el comentario que entonces hicimos al magno hallazgo de nuestro teólogo y fisiólogo.

Diserta ampliamente Serveto en este Libro sobre el Espíritu Santo. Nada mejor que, para sintetizar su pensamiento sobre el mismo, que recoger sus palabras que, a modo de resumen, nos dan una idea completa de la teología servetiana al respecto: "Puede definirse al Espíritu Santo en pocas palabras así: el Espíritu Santo es un modo sustancial divino, adaptado al espíritu del ángel y del hombre.... El Espíritu Santo es verdaderamente un modo sustancial, distintos del Padre y del Hijo". Pero donde Serveto

define su postura sobre el Espíritu Santo y, por extensión en el tema de la Trinidad divina, es en las siguientes palabras suyas: "Pero aún quiero insistir más ahora en cuán vanamente se atormentan muchos - los sofistas - pensando en cómo procede del Padre el Espíritu Santo, o en si procede del Padre y del Hijo. En cambio, yo lo explico con toda facilidad: El Espíritu Santo de verdad que procede del Padre, o sea, que el Padre da. Pues él es la fuente original y da su buen espíritu a los que se lo piden. Sin embargo, date cuenta de en qué sentido se usa ahí el verbo procede, no sea que te dejes llevar siniestramente de interpretaciones imaginarias. Procede significa "se marcha", "sale": "Yerran los griegos al rechazar que el Espíritu Santo proceda del Hijo, pues Cristo es la única fuente de la que brota el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es verdaderamente vida, alma y sentido de Cristo.... El Espíritu que regenera y glorifica no existía antes de haber sido Cristo glorificado". (207). Serveto, ante su posición teológica al respecto, sale al paso de posibles dudas que puedan surgir: "A estas alturas, alguien podría preguntarse: Si sólo en Cristo estaba originariamente el Espíritu Santo. ¿Cómo pudo descender sobre él en el Jordán? Respondo: Cristo, antes de su resurrección, aún no había obtenido la plenitud de la gloria y poder de Dios. Por divina disposición, estaba reservada para la resurrección.... Así que ahora sólo Cristo contiene hipostaticamente toda la gloria de la Palabra y del Espíritu".

La Segunda parte esta dedicada a dos diálogos sobre la Trinidad divina. En el primero de estos diálogos, - que se desarrollan entre dos nombre hipotéticos: Miguel y Pedro, probablemente referidos al autor de la obra: Miguel Serveto alias Revés y a su hermano Pedro Serveto alias Revés - se aborda el tema de la Trinidad.

En el transcurso de este primer diálogo, aparece Cristo como una manifestación de Dios, cuando dice Pe-

dro: "Estoy plenamente convencido de que esa aparición de Cristo fue una auténtica manifestación de Dios". (208) El diálogo es fluido y allí nuestro Serveto confronta y conforma su tesis cristocéntrica. He aquí una muestra clara: "Tanto Dios - dice Miguel - como su Palabra, su Espíritu, su Luz y sus ángeles esbozaban los misterios de Cristo, tanto lo celeste como lo terrestre apuntaban hacia Cristo. En los hombres y en las otras criaturas se vislumbraba a Cristo. Si a partir de Adán, Abel, Enoch y Noé pasas por todos los profetas, patriarcas, reyes, sacerdotes, en todo ello encontrarás alguna sombra de Cristo. Y no solo en las personas sino incluso en sus oficios, como pastor, agricultor, viñador, había sombra del verdadero pastor, agricultor y viñador que es Cristo. El misterio de Cristo esta prefigurado hasta en los mismos frutos de la tierra: en los animales, piedras, margaritas, metales, tesoros, relámpagos y vientos. Insinuado estaba Cristo en el alimento del paraíso, en el maná, en la vara de Aarón, en el tabernáculo de madera, en la serpiente de bronce, en el arca de la alianza....."

Cuando surge el tema del alma, Miguel contesta a Pedro: "Y realmente el alma es todo eso. Es una sustancia etérea destilada del arquetipo que es Cristo.... El alma de Cristo es Dios, la carne de Cristo es Dios, igual que el espíritu de Cristo es Dios, igual que Cristo es Dios. Cristo tiene un alma semejante a la nuestra y en ella está Dios esencialmente..." Serveto concluye este diálogo con estas terminantes palabras: "Sólo en Cristo hay verdad y eternidad. Sólo en Cristo hay total plenitud y total salvación nuestra. Sólo Dios, solamente él, sea siempre bendito sobre todo. Amén". (209)

El segundo diálogo continua con los mismos personajes hipotéticos: Miguel y Pedro. Si en el diálogo primero se hace referencia a las sombras de la Ley sobre Cristo, con alusiones a los ángeles y las almas y a la misma naturaleza del infierno, con la intención de destacar la dei-



dad de Cristo, habiendo destacado, por nuestra parte, lo más significativo del cristocentrismo servetiano, en el diálogo segundo se estudia el modo de generación de Cristo.

Serveto recurre, en este segundo diálogo, a algo que hoy podríamos llamar recurso periodístico. El diálogo lo inicia Pedro indicando a su interlocutor que gusta de oírle hablar sobre la prefiguración, cumplimiento y perenne verdad de los grandes misterios de Cristo y de otras muchas cosas que antes no entendía. Por lo tanto, "si no te molesta - le dice a Miguel - seguiré con el tema. A ello contesta Miguel diciendo "¿Molestarme? Siempre me es grato hablar de Cristo y profundizar cada vez más en sus misterios". Y añade: "Trabajo sin descanso para conocerlo, y y medito noche y día implorando su misericordia y la revelación de su verdadero conocimiento"".

A través del diálogo, Miguel responde indicando que "al nombre de Jesús se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno"(210). A ello une otras muchas referencias de libros bíblicos, destacando su poder y majestad. Añade Miguel que Cristo no nació como las criaturas sino que fue concebido y engendrado "por obra del Espíritu Santo". Es más: la carne de Cristo, tal como estaba en el sepulcro, tenía forma sustancial divina. Hasta el plasma de Cristo es verdaderamente divino y de la sustancia de Dios, porque tiene forma sustancial de su cuerpo y de su sangre la luz verdaderamente divina del Verbo, porque en su misma carne y sangre existen los tres elementos arquetípicos recibidos de la sustancia del Padre y porque, del mismo modo en la encarnación la materia sanguínea creada tomada de la madre, se transformó luminosamente en Dios luz y como tal fue glorificada, porque incluso en la carne se encuentra el espíritu vital divino, porque su cuerpo tuvo esencialmente en el alma la luz del Verbo, porque desde su resurrección hay en él un nuevo espíritu

divino de gloria regenerador junto con toda la sustancia incorruptible, porque tal divinidad no es reciente, sino que desde la eternidad todo el cuerpo de Cristo estaba ya personalmente en Dios, porque aquel "fulgor de su rostro" es realmente esa luz por la que Dios es luz y porque en él reside todo el ornato y todo el poder de Dios, de modo que todas las cosas consisten y viven en él. Por este mismo orden, nuestro teólogo anota excelencias a la naturaleza de Jesús, el Cristo.

En este orden, Miguel contestando a Pedro, llega a proclamar las excelencias de Cristo con las siguientes palabras: "En la producción de cualquier mineral, metal o piedra, hay cierta imitación de Cristo". (211)

Sumergido ahora en el campo de la naturaleza del alma, el interlocutor Miguel contesta a Pedro, indicando que cuando el hombre comienza a respirar, es cuando nace. Dice al respecto que, mientras permanece en el útero, no hay inspiración ni espiración, y el feto no vive aún con su propia alma sino con la de la madre, como parte de la madre, la cual le comunica espíritu vital, como ya expuso nuestro autor, a través de las arterias umbilicales. Recurre nuestro teólogo a la astrología, al indicar que, según la posición en el momento del nacimiento, así será la clase de alma. "El influjo celeste - añade - deja su impronta para toda la vida, condicionando la inclinación, el temperamento y las demás costumbres innatas del alma". Añade también que las almas de las bestias son seadas de la potencia de luz creada.

Volviendo sobre Cristo, no olvida de anotar que Jesús el Cristo es uno, incluyendo en sí mismo la naturaleza divina y la humana. A las dos naturalezas las une y reconcilia en su cuerpo, en un solo hombre nuevo, como muy bien dice San Pablo. (212) Jesús crucificado, verdadero Mesías, participa de Dios y de hombre, pero con una particularidad: Esta participación no llega a hacer de Cristo

una criatura, sino que más bien participa de la criatura.

Cuestión importante es la que plantea el hipotético Pedro: "Por eso se dice que una persona es la del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo". Miguel responde a ello, nada menos que presentando su posición en torno a la Trinidad, que le ha valido el título de hereje:

"Se dice que una cosa es la persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo. Vemos el Padre en su Hijo, y a este Hijo lo vemos dentro en el Espíritu Santo. Realmente son distintos el Padre de su Hijo y el Espíritu Santo del Hijo, pero no esencialmente, pues tienen la misma esencia de deidad. El Padre es fuente de toda dispensación y deidad, es esencialmente Dios, sin mezcla ni participación alguna de criatura, en sí mismo, considerado incomprendible. Su Hijo tiene la deidad del Padre con participación corporal de criatura. El Espíritu Santo tiene la deidad del Padre y de su Hijo, recibiendo también la participación de criatura de éste, por quien procede y viene a nosotros". En este último párrafo, "participación de criatura"<sup>(213)</sup>, presenta su punto más radical en torno a su concepción sobre la Trinidad.

La Tercera Parte está dedicada al estudio de la fe y la justicia del Reino de Cristo, que supera la justicia y sobre la caridad, y está dividida en tres libros.

En el Proemio de esta parte, asegura Miguel Serveto: "¿Quién no llorará, en este punto, la gran calamidad del Cristianismo: que todos digamos que somos cristianos, cuando ni conocemos la fe cristiana, ni obramos de acuerdo con ella?". En los tres libros que siguen, se persigue: En el primero proclama la fe que justifica y el reino de Cristo; en el segundo, contrasta la Ley con el Evangelio y distingue el cristiano del judío; y en el tercero, recomienda el valor de la caridad con respecto a la fe y a las obras.

En relación con el Libro Primero, se plantea Miguel Serveto qué y cómo es la fe, si la fe sola justifica, si añaden algo las obras.

Serveto se hace eco de que la mayor parte de las personas de su época afirma con razón que la fe sola justifica, aunque ignora de qué fe se trata. Serveto atribuye a ello un gran error, por cuanto cada uno se formula la fe que le viene en gana. Serveto propone, como siempre, la fórmula evangélica: "Este es mi Hijo, los que creen en él me complacen". Respecto a la doctrina paulina: "Nosotros hemos creído en Cristo Jesús para ser justificados.(214)

Considera, lector, con qué eficacia - dice Serveto - con qué vigor de expresión dijo Juan: "El que creyere que Jesús es Hijo de Dios, permanece en Dios y Dios en él", y "Todo el que cree que Jesús es el Cristo, ha nacido de Dios", y "Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es hijo de Dios?".

En este tema de la fe, como en tantos otros, nuestro teólogo vuelve los ojos a Cristo. Es así que dice: "Si, pues, aún no sabes que la religión y la fe de los cristianos consiste en creer en Jesús el Cristo Hijo de Dios, te aseguro que ni eres cristiano, ni tienes alianza alguna con Cristo. Esta es la alianza de nuestra salvación y en señal de esta alianza se nos da en prenda el Espíritu Santo". (215)

Y no contento con la mera fe de promesas, hace observar que hay muchos en su época que se agarran a una fe de mera promesa, sin darse cuenta de que dar es mucho más importante que prometer. Pero esta fe debe implicar confianza, pero confianza, dice Serveto, en Cristo. La formación de esta fe: Su objeto primario y verdadero es Jesús Nazareno, el que fue crucificado por los judíos. A partir de la predicación recibida por el oído, se llega a ciertas ideas, conceptos y proposiciones, tales como

que ha sido enviado por Dios, verdadero Mesías e Hijo de Dios y acepta y justifica a los que creen en El, dándoles el perdón de los pecados, el Reino de los Cielos y la vida eterna.

Por lo que se refiere a la justificación, Serveto afirma de principio el pensamiento el respecto de San Pablo: nosotros somos justificados, es decir hechos justos, solamente por la gracia, por haber creído en Cristo Jesús. Se hace eco de que San Pablo enseña tal hecho en todas las Epístolas y de un modo especial en la que dirige a los Romanos. De la justificación pasamos a la salvación. Miguel Serveto matiza el término salvar y nos dice que salvar es volver a poner en estado de salvación al hombre, una vez perdonados los pecados. Vuelve sobre ello y afirma que ello es poner a salvo al que estaba a punto de perecer: es sanar al enfermo. De ahí que recurra al testimonio del Evangelio, recurso que hace con frecuencia: "Tu fe te ha salvado". Y a renglón seguido, afirma rotundamente: "Cristo, perdonando los pecados, sanaba y salvaba a los enfermos de cuerpo y alma". "El salvará a su pueblo de sus pecados".(216), finalizando esta cuestión indicando que no estamos salvados ya verdaderamente en la actualidad, en el tiempo de nuestra permanencia en este Mundo, ya que estamos liberados de la muerte y del infierno. Y concluye: "No sólo estamos arrancados de ellos, sino llevados al cielo, habiendo alcanzado ya el don del nuevo espíritu y la vida eterna, sólo por la fe en Cristo, por pura gracia suya, sin nuestras obras". Hasta este extremo cree y espera el teólogo español en la divinidad de Jesucristo, en su poder, en su intervención directa y total en nuestra salvación eterna.

El Libro Segundo de esta Tercera parte establece las diferencias existentes entre la Ley y el Evangelio y entre el judío y el cristiano. Inicia su original disertación anotando que el cristiano supera al judío. Para

ello, invoca a san Juan, al decir: "La Ley por Moisés, la gracia por Cristo, por Moisés la sombra, la verdad por Cristo". (217) Y se pregunta Serveto: "De qué ley se trata?" A lo que responde que la ley de Moisés es ley de muerte; en cambio, la gracia de Cristo es pura misericordia.

Analiza nuestro autor que, en la época de los judíos, no hubo bautismo de regeneración que llevara al hombre a resucitar para el cielo. Serveto da una explicación a ello: Entonces no había todavía resucitado Cristo. Antes de Cristo no se podía llegar al Paraíso; "en cambio, nosotros, sí". Y para rematar su posición, sentencia: "Jamás hubo un solo judío en el reino de los Cielos, pues todavía no había llegado el Reino de Dios, que tuvo su entrada precisamente cuando Cristo vino hacia nosotros. Jamás fue un solo judío elegido o predestinado tal como hemos sido nosotros predestinados para recibir la libre adopción de hijos y ser hermanos de Cristo" (218). Insiste en que tanto Moisés como los profetas estuvieron bajo la Ley y no bajo la gracia y estaban obligados a la servidumbre y observancia de la Ley.

La diferencia existente entre la inspiración de la Ley y el Evangelio no existe en realidad, si bien en la Ley, ésta fue inspirada por Dios; Dios habló en aquel entonces por los profetas. Ahora, en cambio, lo hace por medio de su Hijo (219). Y para dar mayor énfasis a sus palabras, añade: "Ahora es cuando verdaderamente se da adoración al padre, ya que antes sólo había sombra de esta verdadera adoración al padre. ahora nos borra de verdad los pecados, que nos tenía amarrados a la Ley, suprimiendo la Ley misma".

Serveto, que a menudo echa mano del testimonio de san Pablo, nos dice con Pablo que la ley mosaica del Decálogo está escrita "en tablas de piedra". En cambio, la ley de Cristo es como la de Jeremías: ley de corazón, ley de re. Esta ley de Cristo no tiene necesidad de escribirse con signos externos como la Ley del antiguo Testamento, "ni

a través de decretos papales."

Situándose en el campo de la objeción, se imagina nuestro autor si los profetas pudieron ver las cosas futuras, las cosas que habrían de suceder con la venida de Cristo. A ello responde: "Ellos tuvieron sus visiones, pero ocultas bajo un velo, por cuanto lo que precedían no lo veían con la misma claridad con que lo vemos nosotros. Así se explican expresiones como la de Daniel: "¡Oh, pero no comprendí!", o la de Jeremías: "En los últimos días lo entenderéis"." (220).

De toda esta argumentación, saca la conclusión de que cada uno de nosotros, aunque sea el menor que existe en el reino de los cielos, es mucho mayor que Abraham, que Moisés, que David y que los demás profetas de la Ley. Serveto extrema un tanto su posición, cuando dice: "nosotros somos mayores que Juan, por cuanto Juan no fue regenerado para el Cielo con el bautismo de Cristo, ya que murió antes de la resurrección. Sin embargo, por la resurrección de Cristo Juan ha conseguido el cielo." Es más: Por la resurrección de Cristo las almas de las patriarcas y profetas son admitidas en la gloria del Reino de Cristo, por haber tenido fe en él: también ellos han resucitado con Cristo. (221).

La fe de Serveto en Cristo es tal que, no solamente nos ha dado ahora, en vida, su heredad, sino que - asevera - nos tendrá a salvo de cualquier eventualidad. Y respecto a judíos y gentiles- añade - no los condenará sin más, sino que "pagará a cada uno de acuerdo con sus obras". (222).

Cuando se plantea el problema de la justificación por las obras en la ley y de la justificación por la fe en el Evangelio, no puede ocultar los grandes beneficios que a través del Evangelio y más concretamente de Cristo, han recibido los cristianos. "Ha hecho tantas cosas Cristo por nosotros, nos ha dado tantos y tan grandes benefi-

cios perpetuos, que somos deudores y servidores suyos para siempre. Tan obligados estamos a él por esta razón que, cualquiera cosa que hagamos en adelante, debemos decir: "Siervos inútiles somos, sólo hemos hecho lo que debíamos hacer". Han sido tantos los dones que nos ha dado Cristo, sin nuestras obras, que sería una locura pensar en darle satisfacción con nuestras obras o pretender merecerlos con ellas".(223)

Sin embargo, que la justificación de la Ley fue justicia de las obras, nos podemos convencer por los textos bíblicos. Ahí están los que señala puntualmente Serveto. "Justo es el que obra justicia".(224). "Conforme a mi justicia, conforme a la pureza de mis manos".(225) En estos y otros salmos se vislumbra el término justicia. El término justicia se asocia en todos los salmos con las obras. David, Isaías, Miqueas, etc. abundan en lo mismo y así lo hace constar expresamente Serveto. No olvida de nombrar a Abraham, quien también fue justificado por sus obras, al ofrecer a su único hijo en el altar, en holocausto.

Aborda Miguel Serveto en el Libro Tercero el problema de la caridad, comparando ésta con la fe. También estudia las buenas obras. Serveto proclama la excelencia de las buenas obras. Y en este orden, hace importantes consideraciones recogidas de los textos sagrados: "El que ama a su enemigo recibirá mayor premio que el que ama a su amigo".(226) "Al que ama más, más se le perdona".(227) No oculta Serveto la gran severidad del infierno, pero nos habla de un infierno que podemos llamar "a medida". Así nos dice que unos serán castigados con más rigor y serán hijos del infierno dos veces más que otros: doble sentencia tendrán y además una doble condenación. Y añade: "Unos serán azotados con más golpes y otros con menos, de acuerdo cada uno con la naturaleza de su falta, de su peso".

En orden a la caridad, a sus atributos insignes, Serveto no se anda con rodeos, por cuanto nos hace más semejantes a Dios esta virtud excelsa. Ve en la caridad la per-



fección y plenitud de la Ley. La Ley entera - agrega - se resume en una sola palabra: caridad. Cristo dejó dicho que en ella consiste toda la Ley, por cuanto el que ama, no roba, no mata, etc. Serveto lanza piropos a la caridad: "La caridad edifica, no tiene envidia, no es petulante, no se hincha, nada desdeña, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa mal....." El estado de caridad, una vez alcanzada la justicia de Cristo, es un excelente y celestial camino del reino celestial, como se demuestra en la Cena del Señor.

Y, como quiera que los temas de la Christianismi Restitutio se entrecruzan, Serveto "vuelve a la carga" de la fe, pero de la fe en Cristo, fe que vivifica, justifica, salva y redime. La fe en Cristo, para nuestro teólogo, da vida a la muerte, salva la maldad y redime la esclavitud. Y lo mismo hace respecto a la caridad, al amor. Y, como obra son amores, la fe sirve de apoyo a las obras y contribuye a su gran realización. Es más: la fe se ha perfeccionado con las obras, con la voluntad del hombre en el hacer, en el hábito provocado por las buenas obras.

La Cuarte y última parte de la Christianismi Restitutio la dedica su ilustre autor al estudio de la Regeneración sobrenatural y del Reino del Anticristo.

Resulta edificante la postura de Serveto, cuando, al iniciar esta última parte de su estudio, se plantea las distintas teorías acerca del pecado original, diciendo a propósito que él se queda únicamente con lo que el Evangelio enseña. Los temas capitales para él salen a flote y, de esta suerte, surge su proclamación de la Escritura, por una parte, y de otra, su defensa del bautismo del adulto. Por ello, ahora, tras la proclamación del Evangelio no duda en indicar que Cristo dio su bendición a niños no bautizados, defendiendo de un modo indi-

recto su posición de no practicar el bautismo cerca de los niños. Y, para remachar su posición, nos dice: "¿Cómo iba a condenar con tanto rigor a quienes no han cometido ninguna impiedad? ¿Acaso sería capaz de pronunciar contra los niños no bautizados aquella sentencia de muerte: "Id, malditos, al fuego eterno?" ¿Cómo va a maldecir a los que él mismo ha bendecido?"

Serveto continúa con el problema de la administración del bautismo a los niños. Se opone terminantemente. Y de esta suerte, dice textualmente: "Me da la impresión de que bromean totalmente los que pretenden hacer depender la salvación de un niño de mi voluntad, del mero hecho de que yo lo bautice o no sin darse cuenta..... Bromean trágicamente quienes antes, en tiempos de la Ley natural, no condenaban a los niños ni a sus padres, y ahora los condenan a todos, como si Cristo hubiera venido a perder a las almas". (228). Más tarde sostiene que no podemos admitir con San Pablo que "reinó la muerte desde Adán hasta Moisés aún en aquéllos que no habían pecado. Serveto se contesta a sí mismo y contesta a los demás, diciendo: "Pero, ¿por qué dijo Pablo hasta Moisés? ¡Pues Moisés no quitó el pecado original!"

En consecuencia, es partidario de la catequesis anterior al bautismo, de la que dice - aludiendo a Juan - éste hizo uso. Serveto conecta el tema de referencia con el pecado, tan alejado de la infancia. Defendiendo las consecuencias de la propia inmadurez de la infancia, explica cómo Cristo ayudó a los niños, por cuanto en su descenso a los infiernos, ayudó a los niños y a los adultos allí detenidos. La luz del advenimiento de Cristo - prosigue - mitigó el horror de las tinieblas de aquellos inocentes, detenidos allí sin culpa alguna.

En otro orden, aunque paralelo, se dirige a los que objetan porque la imperfección fue una de las caracterís-

ticas formales de la redención de Cristo, por cuanto ésta no restituye todo cuanto habíamos perdido por Adán. A ello responde Miguel Serveto haciendo observar que la redención de Cristo fue perfectísima, en todo aquello que quiso fuese redimido. Es así que - añade - nos libró Cristo del infierno y nos trasladó al cielo; actualmente, según el alma; y después, según la carne. En este orden, resuelve cuestiones afines a las anteriores, proclamando por doquier el primordial y exclusivo papel de Cristo en la obra redentora y regeneradora del hombre.

No podía faltar, como contrapartida en este lugar y ocasión, el poder de Satanás. Al referirse al poder del demonio en el Mundo, no olvida Serveto sus estudios filosófico-médicos y enumera, entre otros autores, a Hipócrates. Por culpa del demonio, como ya enseñó Hipócrates, existen enfermedades. Serveto señala al respecto que hay algo en las enfermedades que proviene del demonio, es lo que él llama "espíritu de enfermedad".

Como quiera que en la obra de referencia, los temas se suceden vertiginosamente, Serveto establece paralelismo entre Roma y Babilonia. Y para demostrar su aserto, menciona expresamente a Justino, Ireneo y otros autores antiguos, como bien hace constar - anota escrupulosamente Serveto - Tertuliano.(230). No admite Serveto un Pontífice en Roma, indicando que solamente hay un Pontífice, que es Cristo, que está en el Cielo. La dureza en el trato al Pontífice de Roma le hace llamar Satanás al mismo. Otro de sus calificativos es el de Bestia. Su afán de lograr una reedificación eclesial distinta y en la cual había de ser colocada la figura fulgurante de Cristo, le hace presentar tal postura.

Un tema candente en la obra que estudiamos es el de la circuncisión. Para nuestro teólogo, la verdadera circuncisión de Cristo, que corresponde a la antigua, místi-

camente, es algo espiritual. Por ello - añade - carnales eran antes las acciones y carnales los misterios. En cambio, ahora son espirituales unas y otros. Serveto es partidario de que la verdadera circuncisión del evangelio consiste en circuncidarnos cercenando el cuerpo de nuestros pecados. Y, como es habitual en nuestro autor, lleva el tema al ideal de su vida: Cristo. Es así que dice textualmente: "Los judíos tenían una alianza carnal y acomodada a hombres carnales; nosotros, en cambio, tenemos una alianza espiritual y un testamento espiritual, confirmado por muerte, de que no puede morir con Cristo en el bautismo quien no tiene libertad para testar. Pues así es tu testamento en el bautismo: dejar todas las cosas y seguir a Cristo hasta morir con él".(231)

Analiza algunos elementos utilizados en su momentos, cerca de la vida eclesial. Es así que en relación con el hisopo, propugna que no precisamos otros que el propio Cristo, "el cual, por la aspersion con su sangre expía por nosotros, y nos limpia: por él se dice que nosotros hemos sido "purificado con hisopo". Refiriéndose a las lámparas y cirios, presenta su posición en el sentido de que, mientras esperábamos la luz de Dios, nos servían en la oscuridad. Sin embargo, ahora que ha amanecido un nuevo Sol, que es Cristo, el gran Ser luminoso, que ilumina el cielo y que lo seguirá iluminando en el futuro, no es preciso el uso de lámparas y cirios. Es enemigo de los votos de los monjes, pues afirma que jamás condujeron a la perfección y para refrendar su posición afirma también que Cristo había prohibido tajantemente los juramentos.(232). Y, en relación con la vida célibe, no la desapruueba, anotando que él mismo la ha abrazado voluntariamente. Se apoya en San Pablo, que la recomienda por encima de la vida conyugal, con tal que sea elegida libremente, libre de toda imposición.(233) En torno al sacerdocio, hace observar que solo es y será Cristo sacerdote.

Proclama Serveto la excelencia y la eficacia de la predicación del Evangelio. Es así que proclama que el hombre interior ha sido engendrado del Espíritu Santo por medio de la predicación del Evangelio, al modo y manera que Cristo ha sido engendrado del Espíritu Santo por medio de la Palabra de Dios. Recoge las palabras de San Pedro sobre la eficacia del Evangelio: "Semilla incorruptible", por cuanto a través de ella es engendrado el hombre interior, que es inmortal. A partir de la voz externa se engendra interiormente el hombre nuevo incorruptible, por cuanto en la palabra externa se posa el Espíritu. "Entró espíritu en mí, cuando me habló aquel hombre".(234). Recoge la denominación de las Escrituras al evangelio, al decir que es "semilla del que siempre". Por último, añade que la predicación del evangelio de Jesucristo, que antecede a la fuerza del Espíritu, es la llave que abre la puerta del Reino de los Cielos, que es la "puerta de la fe".(235)

En torno al bautismo, recoge, en primer lugar, las mismas palabras de Cristo: "Quien no haya sido engendrado de arriba, quien no haya nacido de nuevo, no puede conocer lo celestial, no puede entrar en el reino de los Cielos". Por medio del bautismo, prosigue después, en un momento determinado, empieza entonces en nosotros los creyentes la regeneración del Espíritu. Cita Serveto el pasaje del ciego que recobra la vista, al cual envía Cristo a la piscina, para que se lave. Después enumera otras excelencias del bautismo: "El bautismo consagra a los sacerdotes." "Tenían que lavarse los que habían de entrar en el tabernáculo y en el santuario del templo". "Se levaba a los leprosos para declararlos limpios", etc. confirmando así la búsqueda constante de la cita bíblica que sabe acompañar después en sus escritos y en sus armentaciones todas.

El pan de la Cena del Señor es para nosotros cuerpo de Cristo. Serveto se hace eco de que una gran eficacia quiso significar con este misterio, al llamar

al pan su cuerpo. Y añade Serveto que hasta tal punto quiere que seamos conscientes de que su cuerpo está presente en este pan, que "quien come indignamente de este pan se hace reo del cuerpo del Señor".(236). Mediante la Cena del Señor, asegura Serveto, nos ha instituído la cena como comida, como símbolo de caridad y como recuerdo de su pasión. Es más: Mediante el gran hecho de la Cena del Señor se nos da entender que estamos ante un símbolo inequívoco de que el cuerpo de Cristo ha sido inmolado. Comiéndolo, sentimos la eficacia de su sacrificio y la gran realidad de la participación de su cuerpo, que su sangre ha sido derramada para la remisión de los pecados. A esta gran realidad de la Cena del Señor se oponen los empanadores, los tropistas y los transustanciadores, añade Serveto.

El autor de la Christianismi Restitutio termina su obra con unas anotaciones breves sobre la Penitencia, la fe, el catecismo, la muerte, etc. en donde confirma sus posiciones mantenidas en el transcurso de su obra.

Tanto la Apología contra Felipe Melancton y sus colegas sobre el misterio de la Trinidad y las costumbres antiguas como los Sesenta signos del Anticristo, reflejan fielmente y con la antelación suficiente a la aparición de la Christianismi Restitutio, algunas de las posiciones mantenidas en la Christianismi Restitutio, compendio casi total del pensamiento teológico de Miguel Serveto.

N O T A S.

=====

- 1.- GOYANES CAPDEVILA, JOSE.- Descripciones geográficas del Estado Moderno de las Regiones en la Geografía de Claudio Ptolomeo Alejandrino por Miguel Villanovano, precedidas de una biografía del autor y traducidas del Latín .- Madrid, 1932.- Pág. 7.-
- 2.- PALACIOS SANCHEZ, JUAN-MANUEL.- Miguel Servet, un hombre para la Historia.- De: TRIBUNA MEDICA.- Números 796.- Madrid, 1979.- Pág. 3.-
- 3.- STEFANUTTI, UGO.- ¿Fue Miguel Serveto solamente un místico o también un verdadero científico?.- De: GACETA MEDICA ESPAÑOLA.- Transcripción de José Clavero Juste.- Madrid, 1960.- Pág. 348.-
- 4.- PALACIOS SANCHEZ, JUAN-MANUEL.- Miguel Servet y la Ciencia.- De: ARBOR.- Madrid, 1977.- Pág. 88 (404).-
- 5.- PALACIOS SANCHEZ, JUAN-MANUEL.- Aportaciones de la Medicina servetiana.- De: ARGENSOLA.- Huesca, 1978.- Pág. 386.-
- 6.- GUENTHER DE ANDERNACH, J.- Institutiones Anatomicae.- Prefacio.- Basilea, 1939.-
- 7.- RUDE, F.- La naturalisation française de M. Servet.- De: AUTOUR DE M. SERVET y SEBASTIAN CASTELLION.- Haarlem, 1953.- Pág. 130.-
- 8.- CALVIN, J.- Opera VIII.- Págs. 767, 776 y 780.-
- 9.- Proceso de Ginebra.- ACTAS DEL PROCESO DE MIGUEL SERVET EN LA CIUDAD DE GINEBRA.- 1953.-
- 10.- BABON FERNANDEZ, JOSE.- Miguel Servet (Miguel Serveto). Su vida y su obra.- Madrid, 1970.- Pág. 135.-
- 11.- GOYANES CAPDEVILA, JOSE.- Obra cit..- Pág. 58.-
- 12.- SERVETO, MIGUEL.- Christianismi Restitutio.- Vienne, 1953.- Edición original.- Págs. 170 y 171.-

- 13.- MARISCAL Y GARCIA DE RELLO, NICASIO.- Participación que tuvieron los médicos españoles en el descubrimiento de la circulación de la sangre.- Discurso.- Madrid, 1931.- Pág. 76.-
- 14.- SERVETO, MIGUEL.- Christianismi Restitutio.- Vienne, 1553.- Pág. 169.-
- 15.- Ibidem.- Págs. 172-173.-
- 16.- PANIAGUA, JUAN-ANTONIO.- Miguel Servet.- GRAN ENCICLOPEDIA RIALP.- Tomo XXI.- Madrid, 1972.- Pág. 233.-
- 17.- STEFANUTTI, UGO.- Op. cit.- Pág. 350.-
- 18.- TOLLIN, HENRI.- Proceso de Miguel Serveto en París, en 1538.- Opúsculo.- De: Rohlf's Archiv. für Geschichte der Medicin.- Berlín, 1880.- Pág. 7.-
- 19.- WILLIS, ROBERT.- Servetus and Calvin. A study of an important epoch in the early history of the Reformation.- H.S.King.- Londres, 1877.- Pág. 28.-
- 20.- STEFANUTTI, UGO.- Op. cit.- Pág. 348.-
- 21.- ALONSO GARCIA, GABRIEL.- Miguel Servet como médico y la Medicina de su tiempo.- Lérida, 1959.- Pág. 21.-
- 22.- Ibidem.- Pág. 20.-
- 23.- MARISCAL Y GARCIA DE RELLO, NICASIO.- Ob. cit.- Pág. 77.-
- 24.- LAIN ENTRALGO, PEDRO.- Miguel Serveto.- De: HISTORIA DE LA MEDICINA.- Barcelona, 1978.- Pág. 276.-
- 25.- Ibidem.- Pág. 276.-
- 26.- MARISCAL Y GARCIA DE RELLO, NICASIO.- Ob. cit.- Pág. 279.-
- 27.- Ibidem.- Pág. 11.-
- 28.- RICHTER, CHARLES.- Le decouverte de la circulation du sang.- De: Rev. des deux Mondes.- Junio de 1980.- Pág. 50.-



- 29.- CALVIN, J.- Ob. cit.- Págs. 486 y 843.-
- 30.- BARON FERNANDEZ, JOSE.- Ob. cit.- Pág. 166.-
- 31.- Ibidem.- Pág. 169.-
- 32.- Guenther de Andernach, Juan.- Prefacio de INSTITUTIONES ANATOMICAЕ.- Basilea, 1539.- Pág. 4.-
- 33.- PALACIOS SANCHEZ, JUAN-MANUEL.- Aportaciones de la Medicina servetiana.- De: ARGENSOLA.- Huesca, 1978.- Pág. 383.-
- 34.- PALACIOS SANCHEZ, JUAN-MANUEL.- Algunas consideraciones sobre la "Syruporum" de Miguel Servet.- De: UNIFARMA.- Barcelona, 1981.- Pág. 12.-
- 35.- GENER, POMPEYO.- Servet y su tiempo.- Sus obras y sus ideas.- Madrid, 1909.- Pág. 120.-
- 36.- CASTRO Y CALVO, JOSE-MARIA.- Contribución al estudio de Miguel Servet y de su obra "Syruporum".- De: UNIVERSIDAD.- Zaragoza, 1931-1932.- Pág. 1000.-
- 37.- GOYANES CAPDEVILA, JOSE.- Miguel Serveto. Razón Universal de los Jarabes, según inteligencia de Galeno, a la cual se añade, después de la íntegra disertación acerca de la concocción, el verdadero método de purgar, con exposición del aforismo "conducta medicari".- Traducida por el Dr. J. Goyanes Capdevila y la colaboración de Jaime Torreblanco Ripoll.- Madrid, 1935.- Pág. 310.-
- 38.- Ibidem.- Pág. 314.-
- 39.- MARISCAL Y GARCIA DE RELLO, NICASIO.- Ob. cit.- Pág. 109.-
- 40.- CASTRO Y CALVO, JOSE-MARIA.- Estado actual de los estudios sobre Miguel Servet.- De: UNIVERSIDAD.- Zaragoza, 1940.- Pág. 281.-
- 41.- DIPGEN, P.- Miguel Serveto.- Historia de la Medicina.- Traducción de García del Real.- Barcelona, 1932.- Pág. 22.-

- 42.- MENENDEZ PELAYO, MARCELINO.- Historia de los Heterodoxos Españoles.- Madrid, 1956.- Pág. 1000.-
- 43.- ALONSO GARCIA, GABRIEL.- Op. cit.- Pág. 15.-
- 44.- CASTRO Y CALVO, JOSE-MARIA.- Contribución al estudio de Miguel Servet y de su obra "Syruporum".- De: UNIVERSIDAD.- Zaragoza, 1931.- Pág. 994.-
- 45.- BULLON FERNANDEZ, ELOY.- Miguel Servet y la Geografía del Renacimiento.- Madrid, 1929.- Pág. 81.-
- 46.- Ibidem.- Pág. 59.-
- 47.- GOYANES CAPDEVILA, JOSE.- Ob. cit.- Pág. 90.-
- 48.- Ibidem.- Pág. 97.-
- 49.- Ibidem.- Pág. 101.-
- 50.- ARCHIVO HISTORICO NACIONAL.- Madrid.- Legajos Inquisición.- Libro 321, folio 54 v. -
- 51.- GOYANES CAPDEVILA, JOSE.- Ob. cit.- Pág. 108.-
- 52.- PALACIOS SANCHEZ, JUAN-MANUEL.- Miguel Servet. Un español insigne. Un sabio universal.- Reportaje. <sup>Dr.</sup> CAMPO SORIANO.- Soria, 1979.- Separata.-
- 53.- GOYANES CAPDEVILA, JOSE.- Ob. cit.- Pág. 114.e
- 54.- PALACIOS SANCHEZ, JUAN-MANUEL.- El ilustre aragonés Miguel Servet. Breve biografía del sabio español descubridor de la circulación de la sangre.- Huesca, 1955.- Pág. 52.-
- 55.- GOYANES CAPDEVILA, JOSE.- Ob. cit.- Pág. 127.-
- 56.- Ibidem.- Pág. 190.-
- 57.- ARCHIVO CENTRAL DE LA CIUDAD DE GINEBRA.- Actas del Proceso contra Miguel Servet.- Ginebra, 1553.-
- 58.- SANZ AGUERO, MARCOS.- Los grandes enigmas de los tiempos de antaño. Miguel Servet.- De: LOS AMIGOS DE LA HISTORIA.- Madrid, 1953.- Pág. 98.-

- 59.- MARISCAL Y GARCIA DE RELLO, NICASIO.- Ob. cit.-  
Pág. 107.-
- 60.- BARON FERNANDEZ, JOSE.- Ob. cit.- Pág. 72.-
- 61.- MENENDEZ PELAYO, MARCELINO.- Historia de los Hetero-  
doxos Españoles.- Tomo I.- Madrid, 1946.- Pág. 996.-
- 62.- TOLLIN, HENRI.- Michael Servet als Geograph en Zeits-  
chrift der Gesellschaft für Erdkunde Koenig.- Berlin.-  
1875.- Pág. 182.-
- 63.- MENENDEZ PELAYO, MARCELINO.- Ob. cit.- Pág. 997.-
- 64.- BARON FERNANDEZ, JOSE.- Ob. cit.- Pág. 72.-
- 65.- BULLON FERNANDEZ, ELOY.- Ob. cit.- Pág. 159.-
- 66.- Ibidem.- Pág. 134.-
- 67.- Ibidem.- Pág. 60.-
- 68.- Ibidem.- Pág. 117.-
- 69.- Ibidem.- Pág. 79.-
- 70.- ARCHIVO CENTRAL DE LA CIUDAD DE GINEBRA.- Actas del  
Proceso contra Miguel Servet.- Ginebra, 1553.-
- 71.- TOLLIN, HENRI.- Revue de Theologie scientifique.-  
Hilgenfeld, 1878.- Pág. 30.-
- 72.- CERADINE, G.- Opere.- Volumen I.- Pág. 260.- Milano.-  
1906.-
- 73.- ARCHIVO DE LA FACULTAD DE PARIS.- Fondos de Archivo.-  
Actas del siglo XVI.- Volumen, V.- Año 1535.- Folios  
97 recto, 97 verso, 98 recto.-
- 74.- ARCHIVO DE LA FACULTAD DE PARIS.- Fondos de Archivo.-  
Actas del siglo XVI.- Volumen, V.- Año 1535.- Folios  
97 recto, 97 verso, 98 recto.-
- 75.- BARON FERNANDEZ, JOSE.- Ob. cit.- Pág. 113.-
- 76.- O'MALLEY, C.D.- Michael Servetus. A translation of  
his Geographical and Astrological writings.- Filadel-  
fia, 1953.- Pág. 65.-

- 77.- RUDE, F.- Michel Servet et l'astrologie.- De: BIB. D'HUMA. ET REMAIS.- Año 1958.- Pág. 377.-
- 78.- TOLLIN, HENRI.- In quendam medicum Apologetica Disceptatio pro Astrologia. Nach dem einzig vorhandenen echten Pariser Exemplare, mit einer Einleitung und aumerkungen nen herausgegeben.- Berlín, 1880.- Pág. 43.-
- 79.- PALACIOS SANCHEZ, JUAN-MANUEL.- Miguel Servet. Un hombre para la ciencia.- De: TRIBUNA MEDICA.- Madrid, 1979.- Número, 795.- Pág. 2.-
- 80.- Ibidem.- Pág. 2.-
- 81.- PALACIOS SANCHEZ, JUAN-MANUEL.- Miguel Servet y la Ciencia.- De: ARBOR.- Madrid, 1971.- Pág. 88.- (404).-
- 82.- STEFANUTTI, UGO.- Op. cit. Pág. 350.-
- 83.- CASTRO Y CALVO, JOSE-MARIA.- Contribución al estudio de Miguel Servet y de su obra "Syruporum". De: UNIVERSIDAD.- Zaragoza, 1931- 1932.- Pág. 982.-
- 84.- ALCALA, ANGEL.- Servet en su tiempo y en el nuestro.- El nuevo florecer del Servetismo.- Lérida, 1978.- Pág. 50.-
- 85.- PALACIOS SANCHEZ, JUAN-MANUEL.- Aportaciones de la Medicina servetiana.- De: ARGENSOLA.- Huesca, 1978.- Pág. 386.-
- 86.- ORDEIX, S. PEY.- Miguel Servet.- El sabio víctima de la Universidad. El santo víctima de las iglesias.- Madrid, 1911.-
- 87.- SERVETO, MIGUEL.- De: De Trinitatis erroribus libri septem.- Hagenau, 1531.- Pág. 79.-
- 88.- SERVETO, MIGUEL.- Ibidem.- Pág. 75.-
- 89.- CALVIN, J.- Opera VIII.- Pág. 780.9.-
- 90.- BAINTON, ROLAND, H.- Servet, el hereje perseguido.- Madrid, 1973.- Pág. 56.-

- 91.- Ibidem.- Pág. 56.-
- 92.- Ibidem.- Pág. 11.-
- 93.- Genesis, 9,4.- Lev. 17,11.-
- 94.- SERVETO, MIGUEL.- Manuscrito de Edimburgo.-
- 95.- BAINTON ROLAND, H .- Ob. cit.- Pág. 60.-
- 96.- LAIN ENTRAIGO, PEDRO.- Ob. cit.- Pág. 276.-
- 97.- PALACIOS SANCHEZ, JUAN-MANUEL.- Anotaciones a la formación humanística y teológica de Miguel Servet.- Lérida, 1975.- Pág. 31.-
- 98.- MARISCAL Y GARCIA DE RELLO, NICASIO.- Ob. cit.- Pág. 108.-
- 99.- SERVETO, MIGUEL.- De: De Trinitatis erroribus libri septem.- Hagenau, 1531.- Reimpresión de Johnson Reprint Corporation.- Pág. 12 a.-
- 100.- Ibidem.- Pág. 11 b.-
- 101.- Ibidem.- Pág. 12 a.-
- 102.- Ibidem.- Pág. 102 a.-
- 103.- Ibidem.- Pág. 67 a.-
- 104.- Ibidem.- Pág. 23 b.-
- 105.- Ibidem.- Pág. 94 b.-
- 106.- Ibidem.- Pág. 111 a.-
- 107.- Ibidem.- Pág. 64 a.-
- 108.- Ibidem.- Pág. 78 a.-
- 109.- Ibidem.- Pág. 116 b.-
- 110.- MENENDEZ PELAYO, MARCELINO.- Ob. cit.- Pág. 985.-

- 111.- SERVETO, MIGUEL.- Ob. cit. anterior.- Pág. 78 a.-
- 112.- Ibidem.- Pág. 111 a.-
- 113.- Ibidem.- Pág. 78 a.-
- 114.- MENENDEZ PELAYO, MARCELINO.- Ob. cit.- Pág. 985.-
- 115.- SERVETO, MIGUEL.- Dialogorum de Trinitate libri duo. De Justicia regni Christi, capitula quatuor.- Copies used: Yale.- Pág. C 6 B.-
- 116.- Ibidem.- Pág. C 5 A.-
- 117.- Ibidem.- Pág. C 6 A.-
- 118.- MENENDEZ PELAYO, MARCELINO.- Ob. cit.- Pág. 994.-
- 119.- SERVETO, MIGUEL.- Ob. cit. anterior.- Pág. A 3 b.-
- 120.- Ibidem.- Pág. C 3 b.-
- 121.- Ibidem.- Pág. A 5 b.-
- 122.- Ibidem.- Pág. C 2 a.-
- 123.- Ibidem.- Pág. C 5 b.-
- 124.- Ibidem.- Pág. C 6 a.-
- 125.- CALVIN, J.- Opera VIII.- Pág. 869.-
- 126.- SERVETO, MIGUEL.- Ob. cit, anterior.- Pág. C 2 a.-
- 127.- Ibidem.- Pág. C 1 a.-
- 128.- Ibidem.- Pág. C 1 b.-
- 129.- Ibidem.- Pág. B 1 a.-
- 130.- Ibidem.- Pág. A 7 b.-
- 131.- Ibidem.- Pág. B 5 b .-
- 132.- Ibidem y De Justicia Regni Christi, F.- Pág. 7 b-8 a.-
- 133.- FULTON, JOHN, F.- Michael Servetus Humanist and Martyr, with a bibliography of his works and census of known copies by Madeline E. Estanton.- New York.-

- Pág. 82.-
- 134.- BARON, FERNANDEZ, JOSE.- Ob. cit.- Pág. 132.-
- 135.- BANDRIER, J.- Michel Servet, ses relations avec les libraires et les imprimeurs lyonnais.- De: MELANGES OFFERTS A M. EMILE PICOT.- París, 1913.- Pág. 45.-
- 136.- MENENDEZ PELAYO, MARCELINO.- Ob. cit.- Pág. 4005.-
- 137.- BAINTON ROLAND, H.- Ob. cit.- Pág. 107.-
- 138.- D'ARTIGNY, A. G.- Nouveaux Memoires d'Histoire de Critique et de Litterature.- Tomo II.- París, 1749.- Pág. 68.-
- 139.- MENENDEZ PELAYO, MARCELINO.- Ob. cit.-Pág. 4006.-
- 140.- GENER, POMPEYO.- Tres mártires del Librepensamiento: Miguel Servet, el Caballero de la Barre y Giorbano Bruno.- De: ESTUDIOS SOBRE MIGUEL SERVET. KOSMOPHILO.- Barcelona, 1911.- Pág. 46.-
- 141.- PALACIO ATARD.- La Reforma.- De: MANUAL DE HISTORIA UNIVERSAL - Madrid, 1970.- Pág. 162.-
- 142.- GARCIA VILLOSLADA, RICARDO, S.J. y LLORCA, BERNARDINO, S.J.- Reformador Calvino. De: HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA.- Madrid, 1957.- Pág. 713.-
- 143.- GARCIA VILLOSLADA, RICARDO, S.J. y LLORCA, BERNARDINO, S.J.- Reformador Calvino.- Ibidem.- Pág.-716.-
- 144.-ORDEIX S, PEY.- Ob. cit. Pág. 112.-
- 145.- GOYANES CAPDEVILA, JOSE.- Ob. cit.- Pág. 13.-
- 146.- MARISCAL Y GARCIA DE RELLO, NICASIO.- Ob. cit.- Pág. 182.-
- 147.- ORDEIX S, PEY.- Ob. cit.- Pág. 113.-
- 148.- SANZ AGUERO, MARCOS.- Miguel Servet.- De: LOS GRANDES ENIGMAS DE LOS TIEMPOS DE ANTAÑO.- Madrid, 1973.- Pág. 114.-

- 149.- SERVETO, MIGUEL.- Treinta cartas a Calvino.- De:  
Treinta cartas a Calvino. Sesenta signos del Anticris-  
to, Apología de Melancton.- Edición A. Alcalá.- Ma-  
drid, 1981.-
- 150.- Ibidem.- Pág. 85.-
- 151.- Ibidem.- Pág. 89.-
- 152.- Ibidem.- Pág. 95.-
- 153.- Ibidem.- Pág. 99.-
- 154.- Ibidem.- Pág. 125.-
- 155.- CALVINO, JUAN.- Institución del Cristianismo.- Cap.1
- 156.- SERVETO, MIGUEL.- Ob. cit. anterior.- Pág. 126.-
- 157.- Ibidem.- Pág. 132.-
- 158.- ALEJANDRINO, CLEMENTE.- El Pedagogo.- Libro I.- Cap.  
6.- Pág. 8.-
- 159.- CALVINO, JUAN.- Defensio.- Pág. 40.-
- 160.- Ibidem.- Pág. 54.-
- 161.- 1 Cor. 2, 9.-
- 162.- CALVINO, JUAN.- Institución del Cristianismo.- Cap.  
II.-
- 163.- Rom. 3. Salmo, 147.-
- 164.- Hebr., 12.-
- 165.- Apocalip., 3, 16, 21.....
- 166.- CALVINO, JUAN.- Treinta cartas a Calvino.- De:  
Treinta cartas a Calvino. Sesenta signos del Anticris-  
to, Apología de Melancton.- Edición A. Alcalá.- Ma-  
drid, 1981.-
- 167.- CALVINO, JUAN.- Institución del Cristianismo.- Pág.  
106.-
- 168.- I, Cor. 10.-
- 169.- CALVINO, JUAN.- Institución del Cristianismo.- Pág.  
167.-



- 170.- CALVINO, JUAN.- Treinta cartas a Calvino.- Ob. cit.  
Pág. 174.-
- 171.- Jn. 8.-
- 172.- I. Cor. 12.-
- 173.- Jn. 8, 11.-
- 174.- 2 Cor. y Mt. 18.-
- 175.- SERVETØ, MIGUEL.- Christianismi Restitutio.- Edición  
original.- Vienne, 1553.- Pág. 555.- Pág. 555.-
- 176.- Jn. 5; Rom. 4 y 5.-
- 177.- Jn. 8; Rom. 6.-
- 178.- Jn. 3 y 6; Hebr. 1.- 2 Cor. 5 respectivamente.-
- 179.- CALVINO, JUAN.- Ob. cit. anterior.- Pág. 196.-
- 180.- FULTON, JOHN, F.- Ob. cit.- Pág. 84.-
- 181.- SERVET, MIGUEL.- Restitución del Cristianismo.-Edición  
de Angel Alcalá.- Madrid, 1980.- Pág. 3
- 182.- GOYANES CAPDEVILA, JOSE.- Descripciones geográficas...  
..... Ob. cit.- Pág. 24.-
- 183.- Cor, 9 , 16.-
- 184.- SERVET, MIGUEL.- Ob. cit. anterior.- Pág. 121.-
- 185.- Mt. 1.-
- 186.- Jn, 8, 40; y Tim. 2, 5.-
- 187.- Is. 9.-
- 188.- Jn. 19, 13.-
- 189.- IRENEO.- Adv. hoereses.-
- 190.- Sal. 88.-
- 191.- I Para, 5.-
- 192.- Sal. 88, 27.-
- 193.- SERVET, MIGUEL.- Ob. cit. anterior.- Pág. 195.-
- 194.- Sal. 2.-

- 195.- Rom. 2.-  
196.- I Jn. 1.-  
197.- Heb. 9.-  
198.- I Cor. 8.-  
199.- Jn. 5.-  
200.- Cor. 4.-  
201.- Jn. 1 ; I Col. 1; Hebr. 1.-  
202.- Flp. 3.-  
203.- I Cor 3 y 6; II Cor. 6.-  
204.- SERVET, MIGUEL.- Ob. cit. anterior.- Pág. 329.-  
205.- Gen. 9; Lev. 17; Deut. 12.-  
206.- SERVET, MIGUEL.- Ob. cit. anterior.- Pág. 332-333.-  
334-335.-  
207.- Jn. 7.-  
208.- SERVET, MIGUEL.- Ob. cit. anterior.- Pág. 381.-  
209.- SERVETO, MIGUEL.- Christianismi Restitutio.- Vienne, 1553.- Pág. 247.-  
210.- Ibidem.- Pág. 248.-  
211.- Ibidem.- Pág. 255.-  
212.- Ef. 2.-  
213.- SERVETO, MIGUEL.- Ob. cit. anterior.- Pág. 274.-  
214.- Gal. 2.-  
215.- SERVETO, MIGUEL.- Ob. cit. anterior.- Pág. 292.-  
216.- Mt. 1.-  
217.- Jn. 1.-  
218.- Ef. 1; Rom. 8.-  
219.- Hebr. 1.-

- 220.- Jer. 23 y 30.-
- 221.- Mt. 27.-
- 222.- Rom. 2.-
- 223.- SERVETO, MIGUEL.- Ob. cit. anterior.- Pág. 328.-
- 224.- Sal. 14.-
- 225.- Sal. 17.-
- 226.- Mt. 5; Lc. 6.-
- 227.- Lc. 7.-
- 228.- SERVETO, MIGUEL.- Ob. cit. anterior.- Pág. 358.-
- 229.- Rom. 5.-
- 230.- TERTULIANO.- Historia Eclesiástica.- Libro II.- Cap. 15.-
- 231.- SERVETO, MIGUEL.- Ob. cit. anterior.- Pág. 414.-
- 232.- Mat. 5.-
- 233.- I Cor. 7.-
- 234.- Ezq. 2.-
- 235.- Hech. 14.-
- 236.- I Cor. 11, 27.-